

COPIAS DE CUENTOS  
(Versiones superadas)

## De violines y gallinas

Y están las preguntas de siempre, cómo te iniciaste en la música y por qué la abandonaste, y lo peor que uno a veces no sabe lo que responde porque se olvida. La última vez que me lo preguntaron me vino a la memoria un extraño gallinero vinculado de algún modo con ella.

El gallinero estaba en la ciudad de Córdoba, adonde llegué a los 16 de edad para recontrarme con mi viejo, y lo único que sabía yo de ese arte era tocar de oído en el acordeón del abuelo. Papá me enseñó un poco de lectura musical y mandolina, que se le daba bien. Pero la noción del violín, que para mí fue como el descubrimiento de América, se la debo a dos españoles de Galicia, vecinos míos que vivían como yo sobre la misma calle, llamada Camino a Monte Cristo, calle que para mí, que venía de leer a Dumas el viejo, conducía a la casa del Conde de.

Uno de ellos, Manolo, era el dueño de un próspero criadero de gallinas. El otro, Paco, vivía en un garaje y durante la semana vendía a domicilio novelas por entregas editadas en Barcelona, entre ellas "Genoveva de Bravante", que era casi infinita y hacía llorar a barrios enteros. Los fines de semana integraba esas orquestas espasmódicas llamadas rejuntados que tocaban tangos en los pueblos de la campaña. Llevaba veinte años estudiando la "Zingaresca" de Sarasate, que tocaba de maravilla hasta llegar a cierto compás que nunca pudo superar, se trataba de un impedimento metafísico. Este compás es como el día de mi muerte, decía desesperado cada vez, o sea siempre, que no podía ni siquiera ponerle los dedos encima.



Por las tardes salíamos a la vereda con mi viejo a tomar el fresco, (y de paso a ver pasar ese monumento que era la hija de Manolo) y desde allí escuchábamos a Paco en su violín a la sazón gitano, y nos deleitábamos oyendo esa obra de Sarasate hasta el compás en que, lo sabíamos de antemano, arrojaba el instrumento sobre la cama y agarrándose la cabeza lloriqueaba pensando en lo duro que era el exilio hispanoamericano y lo absurdo que era el mundo. Superar ese obstáculo, deducía papá, hubiera significado mucho para él: al otro lado del compás estaba esperándolo la Sinfónica de Córdoba, necesitada de buenos violinistas, y el bienestar, por supuesto; de este lado, las orquestitas de mala muerte con el infinito dos por cuatro abominable de los tangos, y la pobreza, claro.

Yo nunca había visto un violín de cerca hasta ese día en que me animé, llamé a la puerta del garaje, me presenté y le dije que tenía interés en conocer el instrumento que tocaba. Me trató de tú, palabra que para mí era de los libros y no de la vida, me hizo pasar a su garaje repleto de partituras y folletines apilados hasta el techo, y sin mediar palabras ni necesarios ritos previos abrió el estuche y me mostró su violín, que por ser lo único que trajo desde el otro lado del mar era su única vinculación con La Coruña o Cruña como él decía apocopando.

Quiero aprender, le dije, y él entonces me invitó a comer, sacó afuera o sea a la vereda que él llamaba acera el brasero o infiernillo donde hizo fuego de carbón y puso la olla con los ingredientes del pote gallego, y todo estaba hirviendo y despidiendo aroma cuando con precauciones fundacionales me colocó

el violín bajo el mentón y el arco en la derecha, con un ojo y un oído veo el arco rozando la segunda cuerda y oigo su sonido, con el otro binomio veo pasar ese milagro sexy que era la hija de Manolo y oigo el repiqueteo de su taquito en la vereda.

Siguiendo su ritmo de zapatos me presento un día en su casa, toco el timbre y de acuerdo con lo deseado es ella quien atiende. Escucho su español peninsular y todo se me mezcla, el timbre del violín y el del hablar de la península. Cuando le digo que estudio con Paco y que quiero conocer a su padre me dice que ya lo sabe y que le gusta mi sonido, o sea que ella también me mira cuando la miro y también me oye cuando la oigo. Usa el mismo tú que mi profesor sólo que más dulce. Abriendo puertas me introduce en la mansión y cuando estamos muy adentro se oye el violín de Manolo, impecable, paseando por una "Zingaresca" nueva para mí, la que sucede al otro lado del compás imposible de Paco.

Increiblemente toca integra la pieza, y cuando acaba me saluda dando por sentado que nos conocemos desde siempre, con lo que me inaugura violinista. Estoy en las primeras lecciones, le digo. Ya lo sé, me dice, y en cuanto acabes con Paco ven a verme, te daré clases de perfeccionamiento hasta revelarte los más de mil golpes de arco que sabrás que existen.

Y bueno, entonces aparece lo de las gallinas. Salimos a uno de los tantos patios de su casa que más bien es una finca, y después de unos jardines tipo Aranjuez aparece una extensión dedicada a la cría de aves. Estas, según crecen, van rotando por distintos corrales, cada uno con un largo hilo aéreo del que cuelgan hojas de lechuga rozagante. Para poder comerlas, las



gallinas tienen que saltar y saltar, llegando cada vez más cerca hasta alcanzarlas. Cuando lo consiguen, se las pasa a otro corral, donde el hilo está más alto, obligándolas a mayores esfuerzos para poder alcanzar el alimento, como quien aprende a pasar el arco primero en la cuerda del "Mi", que es la más cercana, hasta llegar a la lejana cuarta, el "Sol", que para un principiante parece estar en otro mundo, o por lo menos al otro lado del compás que nunca dejó vivir en plenitud a Paco.

Y me explica que con esos ejercicios sus pollos y gallinas desarrollan unos muslos más grandes que los normales, de la misma manera que Paganini, a fuerza de pasar el arco unas veinte horas por día, desarrolló un brazo derecho musculoso y enorme junto a un brazo izquierdo prácticamente raquítico por falta de ejercicio. Unos muslos tan grandes que los vendía en el mercado a más del doble del precio corriente. De ese modo, mientras las gallinas saltaban durante toda la jornada, Manolo, gracias a ellas y a su plusvalía, podía estudiar horas y horas a Sarasate y Paganini.

Las del último corral del criadero me atemorizaron, eran demasiado grandes y asimismo hirientes, especies de cisnes de las gallinas; unos ojazos y un cogote impresionantes, hay que ver la agresividad que desplegaban y mejor no hablemos de sus muslos. No aguanté más y le pedí que volviéramos a la casa.

Entramos en un salón donde lo más importante era su hija, especie de gallina reina, como la de las abejas. En su entorno había atriles, partituras carísimas venidas de Suiza, desde los dúos de Viotti hasta la Sinfonía Concertante de Mozart, con la

parte de la orquesta incluida, que al Manolo le costaban apenas un par de saltos adicionales de sus gallinas increíbles. Me explica que él en su criadero sube los hilos de las lechugas hasta un límite cuidadosamente calculado, porque llevar a sus pollos más allá de esa altura límite significaría pérdida, por exceso de ejercicio, de lo ganado con las prácticas gimnásticas.

Una técnica muy simple, dice, de golpe de arco aplicado a las gallinas. Cuando lo pasas desde el talón hacia la punta, al llegar a ella debes volverlo en sentido inverso de manera tal que nadie advierta auditivamente el cambio. Es un instante justo, exacto, donde ni se pierde ni se recupera impulso. El momento preciso en que una pelota deja de subir para caer. Y todo eso de tal modo que el cambio no se advierta. Es ése el punto hasta el que llegan mis pollos para desarrollarse en perfectos equilibrios. Gracias a estos descubrimientos hemos comprado esta casa y dentro de poco, en cuanto caiga Franco, iremos de visita a nuestra tierra.

Cuando se lo conté a Paco, se le entristeció un poco la mirada al tiempo que me decía entusiasmado que con el otro violinista yo aprendería mucho más. Esto me decidió a seguir siéndole fiel, aunque no tuviera ni hijas ni partituras ni gallinas, y a renunciar de algún modo a la hija de Manolo, que según el horóscopo podría haberse convertido en mi primer amor.

El único problema planteado por mi fidelidad era que mientras pasaba el arco junto al braserito en la vereda, en vez de mirar las cuerdas del violín me fijaba en mi brazo derecho, observando el movimiento de los músculos tanto al subir como al



bajar, y lo veía como el muslo de los pollos más monstruosos de Manolo. Los de su hija, en cambio, cuando pasaban junto a nuestra pobreza llegados del Olimpo, eran el golpe de arco más perfecto.

La hija de Manolo de noche se multiplicaba para poder llenar los sueños de todos los adolescentes del barrio. Allí se paseaba en pantalones ajustados o en faldas con lo justo (sin que nadie se diera cuenta del cambio, como en el arco del violín). Tanto en los sueños como en la realidad (donde ella era igual que un sueño), siempre estaba llena o plena como esos acordes sobre las cuatro cuerdas que se hacen con dos golpes de arco tan juntos que parecen uno solo. Y si yo no aprendí casi nada con Paco fue por ella, por esa figura musical que pasaba fuera del pentagrama, a los saltitos por la vereda rumbo a esos tranvías que había entonces, llenos de luces y campanas.

Hay que decir también que Paco en realidad me introdujo en la literatura, no en la música, con esas largas sesiones nocturnas de lectura, inviernos enteros tiritando felices junto al infiernillo pero esta vez dentro del garaje, hay que ver cómo sonaba en su voz "La casa de la troya" de Pérez Lugín su predilecto, que él sabía casi de memoria, y si pasaba los ojos por la página era sólo por darse corte, para demostrar, alzándolos y mirando para otro lado sin interrumpir el discurso, que él en literatura también podía repentizar, que también en asuntos de libros es posible leer a primera vista y casi sin mirar las letras.

Paco, que me hizo conocer en ese garaje, mezclados con las partituras de Sarasate, los húmedos apriscos de Gabriel y Galán,

las tierrucas de Pereda, el Armando Palacio Valdés que creí olvidado hasta que me topé con su estatua en una calle de Oviedo, y el inolvidable Campoamor que todos hubimos.

Paco, que un día que se levantó estresado, aunque todavía esa palabreja no existía, me dice que no puede enseñarme más, que mejor me inscriba en el turno nocturno del conservatorio de la provincia, que todos sabemos regentea un violinista loco.

Un profesor que considera pecado mortal alzar el brazo cuando pasamos el arco sobre la cuarta cuerda, que como se sabe es la más lejana en el violín y demás instrumentos de esa familia. Entonces es obligatorio en cada clase llevar un libro y tocar con él bajo el brazo a fin de no levantarlo. Y es que realmente está loco el profesor. Al principio ponemos cualquier libro, el que tenemos más a mano, algunos de tan pocas páginas que no te ayudan para nada, hasta que nos damos cuenta de que si el libro es grueso la cuarta cuerda se te acerca. Hay un alumno que desde el comienzo usa "La Regenta" de Leopoldo Alas en un solo tomo, y es el mejor del curso. No dudo más y me compro "Los Buddenbroks" de Thomas Mann, "Terra nostra" de Carlitos Fuentes todavía no había aparecido. Y alcanzo la cuarta cuerda maravillosamente, serás un genio dice el profesor.

Pero como los alumnos éramos muchos y él en cambio uno solo, la espera para dar la lección era muy larga y esto te obligaba a leer el libro que usabas para conseguir la cuarta cuerda. Así pasé por las obras más largas, desde el citado Mann hasta "El hombrecillo de los gansos" de Wassermann, que también tenía su



extensión, sin olvidarse de media docena de autores muy prolíficos que no puedo citar porque me olvido de ellos.

Un día me toca el turno para dar la lección y cuando el profe me llama para sacarme de la distracción que me produce el libro-brazo le digo chst, cállese por favor que estoy leyendo, y él por poco me expulsa de esa pocilga que llamaban extensión nocturna del conservatorio. Entonces resuelvo abandonar la música y dedicarme a la literatura.

Si Paco y Manolo vivieran para saberlo, se morirían de risa. Yo, en el fondo, no sé si agradecer o no ese equívoco. Los designios de la naturaleza, según ese marqués sádico que de paso era tan feo, son ineluctables. Mi vocación por los sonidos se desvió hacia las palabras debido a la posición lejana que ocupa la cuarta cuerda en el violín. Eso me indujo a la literatura, de la misma manera que la cercanía del pulgar con los demás dedos en la mano del hombre induce a los humanos a la acción.

\* \* \*

October 20, 1989

Pero al levantarse los ojos, y Joaquín también, cuando pasaba la rita del otro gallego, que vestía pantalones y zapatos y De violines y gallinas vestida era más linda que la Maña Desnuda de don Goyas y Lucientes.

Un día voy pasando como por casualidad por la casa del otro gallego, Y están las preguntas de siempre, o sea cómo te iniciaste en la música y por qué la abandonaste, uno a veces no sabe qué responde porque se olvida, pero la última vez que me la hicieron me vino a la memoria algo que había olvidado pero que tiene que ver mucho con el asunto, Yo llegué a Córdoba, a reencontrarme con mi viejo, a los 16 años, y lo único que sabía de música eran dos o tres piezas en el acordeón del nono, Papá me enseñó nociones de lectura musical y mandolina, que él tocaba muy bien, Pero la emoción del violín se la debo a dos españoles, dos gallegos (de los de Galicia, uno de la Coruña, el otro no sé de dónde) que vivían a una cuadra de distancia sobre la misma calle del Barrio Yofre de Córdoba, Camino a Monte Cristo, calle que para mí, que venía de leer a Dumas el viejo, conducía a la casa del Conde de,

Uno de los gallegos, Joaquín Saavedra Lorenzo, que era muy pobre, vivía en un garaje y cocinaba en la vereda, durante la semana vendía a domicilio novelas por entrega y los sábados y domingos integraba alguna orquesta típica, aunque se burlaba de los tangos, El me dio las primeras lecciones de violín y me animó a comprarme el que todavía tengo en La Rioja, si es que no se lo han comido los burros o las mulas del barrio, Tocaba bien la Zingaresca hasta la mitad más o menos, había un compás que para Joaquín, o Don Joaquín, como lo llamaba yo, era casi una impedimento metafísico, Que nunca pudo superar, De lo contrario se hubiese paseado triunfalmente por el mundo con su violín en ristre, Pero había tocado en la Sinfónica de Tucumán, todo el tiempo que le duró el matrimonio, y después, para huir de su mujer argentina, abandonó Tucumán, y en Córdoba nunca le dieron pelota como violinista clásico,

Me enseñaba en la vereda, junto al braserito donde hervía el puchero, De vez en cuando pasaba el otro gallego, violinista también, y miraba como criticando, pero no se detenía ni decía nada; saludaba a Joaquín levantando un brazo, yo lo veía de reojo sin despegar la vista de la partitura, Las gallinas del último corredor me dieron un poco de miedo, eran medio apretadas, especies de ciervas de las gallinas, unos ojos y un



Pero sí levantaba los ojos, y Joaquín también, cuando pasaba la hija del otro gallego, que usaba pantalones ajustados y aún vestida era más linda que la Maja Desnuda de don Goya y Lucientes,

Un día voy pasando como por casualidad por la casa del otro gallego, cuyo nombre no recuerdo, pero le vamos a poner Manolo para ahorrar palabras. Como por casualidad pero esperando ver a la hija, cuando oigo un violín y era Manolo, que al verme me hace señas para que suba, vivía en una casa de dos plantas,

Subo y entonces me dice que cuando aprenda con don Joaquín él me dará clases de perfeccionamiento. Me toca los brazos, dice que tengo malformaciones musculares (la terraja, yo trabajaba en la construcción y me pasaba el día haciendo roscas a los caños), que él me dará unos ejercicios adecuados para desarrollar los músculos armoniosamente, los que más se necesitan para los más de mil golpes de arcos que te enseñaré,

Después bajamos al patio de su casa, que era una finca en realidad, huerta primero y luego una gran extensión dedicada a la cría de gallinas. Las gallinas, según crecen, van rotando por distintos corredores, cada uno con un largo hilo aéreo donde cuelgan hojas de lechuga. Las gallinas saltan todo el tiempo para comer. Cuando se han ejercitado lo suficiente y alcanzan las lechugas sin dificultad, las pasa a otro corredor, donde el hilo está más alto, obligándolas a saltar más para alcanzar las hojas de lechuga, como quien aprende a pasar el arco primero en el *Mi*, que es la cuerda más cercana, hasta llegar a la lejana cuarta, que para un principiante parece estar en otro instrumento.

Entonces me explica que con esos ejercicios sus pollos y gallinas desarrollan unos muslos enormes (de la misma manera que Paganini tenía un brazo derecho musculoso y enorme, a fuerza de pasar el arco, y un brazo izquierdo prácticamente raquíptico, por falta de ejercicio), unos muslos que le permiten venderlos en el mercado a más del doble del precio corriente. Y mientras las gallinas saltaban de la mañana a la noche, Manolo estudiaba a Paganini y Sarasate, del primero le oí tocar bastante bien el Capricho número 13, ése al que yo también, en mis buenos tiempos, le ponía los dedos. Las gallinas del último corredor me dieron un poco de miedo, eran medio agresivas, especies de cisnes de las gallinas, unos ojazos y un



cogote impresionante, y no hablemos de los muslos, que parecían de avestruz y a la vez recordaban a los boxeadores de peso pesado.

Después pasamos al salón, donde estaba su hija (especie de Gallina Reyna, como la de las abejas), que no me dio ni cinco de bola, parece que era española de las de antes, de esas que sólo sabían besar manos de monjas o anillos de obispos. Allí, desparramadas por mesas y atriles, unas partituras carísimas venidas de Suiza, los dúos de Viotti y la Sinfonía Concertante de Mozart entre otras, que al Manolo le costaban apenas un par de saltos de sus increíbles gallinas. Allí me explicó que él subía el hilo hasta un límite justo cuidadosamente calculado. Llevar a sus pollos más allá de esa altura, hubiera significado que empezaran la perder, por exceso de ejercicio, lo ganado con los saltos gimnásticos.

Esta técnica de crianza, me dice, es simplemente la copia de un golpe de arco aplicado a las gallinas. Cuando pasamos el arco tirando, y al llegar a la punta queremos empujar pero de tal manera que no se advierta auditivamente el cambio, hay un punto justo, exacto, donde ni se pierde ni se recupera impulso, de tal modo que el cambio no se advierte. El punto justo hasta el que llegan mis pollos y gallinas para desarrollarse sin pérdida de peso ni energía. Gracias a este descubrimiento hemos comprado esta casa y dentro de poco, en cuanto caiga Franco, iremos de visita a nuestra tierra.

Permanecí fiel a Joaquín. No tenía hija ni gallinas, ni partituras, porque las copiaba no sé adónde. El único problema era que cada vez que me hacía practicar notas largas, en vez de mirar el arco sobre la cuerda (o la hija de Manolo, si pasaba) me miraba el brazo derecho, observando el movimiento de los músculos al tirar y al empujar, y lo veía como un muslo de los más monstruosos de los pollos de Manolo. Los muslos de la hija de Manolo, en cambio, cuando pasaba repiqueteando su taquito en la vereda, eran algo así como el golpe de arco más perfecto. Ella, dentro de sus pantalones ajustados o de esas faldas con lo justo, era el equilibrio perfecto, el momento invisible en que cambiamos de arco en la punta o en el talón cuando éste se termina, y nadie se da cuenta del cambio. Porque la hija de Manolo, que por las noches se multiplicaba en los sueños de los adolescentes de todo el barrio, llenaba su ropa con lo justo, ella siempre estaba llena o plena como esos acordes sobre las cuatro cuerdas que se

hacen con dos golpes de arco tan juntos que parecen uno solo. Y si yo no aprendí más con Joaquín fue por ella, por esa figura, esa clave, esa partitura que pasaba fuera del pentagrama, a los saltitos por la vereda rumbo a esos tranvías que había entonces, llenos de campanas y de luces.

Hay que decir que don Joaquín me introdujo más en la literatura que en la música, con esas largas sesiones nocturnas de lectura, inviernos enteros junto al braserito, hay que ver cómo sonaba en sus palabras *La casa de la Troya* de Pérez Lugín, dedicado "a miña nay", que él sabía casi de memoria, y si pasaba los ojos sobre las páginas sólo era por darse corte, para demostrar, alzando los ojos y mirando para otro lado sin interrumpir el discurso, que él en literatura también podía repentizar, que también en la literatura es posible leer a primera vista y que ésa era la manera, sin mirar las letras.

El me pasó en ese garaje, junto con Sarasate, autores dulces como Gabriel y Galán y sus húmedos apriscos, Pereda y sus tierrucas, el Armando Palacio Valdés que creíamos olvidado por todos y que años después encontramos imponente y desafiando años y lluvias en una calle de Oviedo, y el Campoamor que todos hubimos,

Un buen día me aconsejó inscribirme en el turno nocturno del Conservatorio provincial. El tránsito, al menos en literatura, fue terrible para mí. Pasé de estos suaves autores cantarines a los profundos conceptos alemanes, cuando el nuevo profesor, para que no levantara el brazo derecho al pasar el arco, me colocaba bajo éste los *Bruddenbrooks* de Thomas Mann, y ya era hora de perder la inocencia.



## De violines y gallinas

Y están las preguntas de siempre, o sea cómo te iniciaste en la música y por qué la abandonaste, uno a veces no sabe qué responde porque se olvida, pero la última vez que me la hicieron me vino a la memoria algo que había olvidado pero que tiene que ver mucho con el asunto. Yo llegué a Córdoba, a reencontrarme con mi viejo, a los 16 años, y lo único que sabía de música eran dos o tres piezas en el acordeón del nono. Papá me enseñó nociones de lectura musical y mandolina, que él tocaba muy bien. Pero la noción del violín se la debo a dos españoles, dos gallegos (de los de Galicia, uno de la Coruña, el otro no sé de dónde) que vivían a una cuadra de distancia sobre la misma calle del Barrio Yofre de Córdoba, Camino a Monte Cristo, calle que para mí, que venía de leer a Dumas el viejo, conducía a la casa del Conde de,

Uno de los gallegos, Joaquín Saavedra Lorenzo, que era muy pobre, vivía en un garaje y cocinaba en la vereda, durante la semana vendía a domicilio novelas por entrega y los sábados y domingos integraba alguna orquesta típica, aunque se burlaba de los tangos. El me dio las primeras lecciones de violín y me animó a comprarme el que todavía tengo en La Rioja, si es que no se lo han comido los burros o las mulas del barrio. Tocaba bien la Zingaresca hasta la mitad más o menos, había un compás que para Joaquín, o Don Joaquín, como lo llamaba yo, era casi un impedimento metafísico. Que nunca pudo superar. De lo contrario se hubiese paseado triunfalmente por el mundo con su violín en ristre. Pero había tocado en la Sinfónica de Tucumán, todo el tiempo que le duró el matrimonio, y después, para huir de su mujer argentina, abandonó Tucumán, y en Córdoba nunca le dieron pelota como violinista clásico.

Me enseñaba en la vereda, junto al braserito donde hervía el puchero. De vez en cuando pasaba el otro gallego, violinista también, y miraba como criticando, pero no se detenía ni decía nada; saludaba a Joaquín levantando un brazo, yo lo veía de reojo sin despegar la vista de la partitura.



Pero sí levantaba los ojos, y Joaquín también, cuando pasaba la hija del otro gallego, que usaba pantalones ajustados y aún vestida era más linda que la Maja Desnuda de don Goya y Lucientes,

Un día voy pasando como por casualidad por la casa del otro gallego, cuyo nombre no recuerdo, pero le vamos a poner Manolo para ahorrar palabras, Como por casualidad pero esperando ver a la hija, cuando oigo un violín y era Manolo, que al verme me hace señas para que suba, vivía en una casa de dos plantas,

Subo y entonces me dice que cuando aprenda con don Joaquín él me dará clases de perfeccionamiento, Me toca los brazos, dice que tengo malformaciones musculares (la terraja, yo trabajaba en la construcción y me pasaba el día haciendo roscas a los caños), que él me dará unos ejercicios adecuados para desarrollar los músculos armoniosamente, los que más se necesitan para los más de mil golpes de arcos que te enseñaré,

Después bajamos al patio de su casa, que era una finca en realidad, huerta primero y luego una gran extensión dedicada a la cría de gallinas, Las gallinas, según crecen, van rotando por distintos corredores, cada uno con un largo hilo aéreo donde cuelgan hojas de lechuga, Las gallinas saltan todo el tiempo para comer, Cuando se han ejercitado lo suficiente y alcanzan las lechugas sin dificultad, las pasa a otro corredor, donde el hilo está más alto, obligándolas a saltar más para alcanzar las hojas de lechuga, como quien aprende a pasar el arco primero en el *Mi*, que es la cuerda más cercana, hasta llegar a la lejana cuarta, que para un principiante parece estar en otro instrumento,

Entonces me explica que con esos ejercicios sus pollos y gallinas desarrollan unos muslos enormes (de la misma manera que Paganini tenía un brazo derecho musculoso y enorme, a fuerza de pasar el arco, y un brazo izquierdo prácticamente raquítico, por falta de ejercicio), unos muslos que le permiten venderlos en el mercado a más del doble del precio corriente, Y mientras las gallinas saltaban de la mañana a la noche, Manolo estudiaba a Paganini y Sarasate, del primero le oí tocar bastante bien el Capricho número 13, ése al que yo también, en mis buenos tiempos, le ponía los dedos, Las gallinas del último corredor me dieron un poco de miedo, eran medio agresivas, especies de cisnes de las gallinas, unos ojazos y un



cogote impresionante, y no hablemos de los muslos, que parecían de avestruz y a la vez recordaban a los boxeadores de peso pesado.

Después pasamos al salón, donde estaba su hija (especie de Gallina Reyna, como la de las abejas), que no me dio ni cinco de bola, parece que era española de las de antes, de esas que sólo sabían besar manos de monjas o anillos de obispos. Allí, desparramadas por mesas y atriles, unas partituras carísimas venidas de Suiza, los dúos de Viotti y la Sinfonía Concertante de Mozart entre otras, que al Manolo le costaban apenas un par de saltos de sus increíbles gallinas. Allí me explicó que él subía el hilo hasta un límite justo cuidadosamente calculado. Llevar a sus pollos más allá de esa altura, hubiera significado que empezaran a perder, por exceso de ejercicio, lo ganado con los saltos gimnásticos.

Esta técnica de crianza, me dice, es simplemente la copia de un golpe de arco aplicado a las gallinas. Cuando pasamos el arco tirando, y al llegar a la punta queremos empujar pero de tal manera que no se advierta auditivamente el cambio, hay un punto justo, exacto, donde <sup>ES</sup> se pierde ni se recupera impulso, de tal modo que el cambio no se advierte. El punto justo hasta el que llegan mis pollos y gallinas para desarrollarse sin pérdida de peso ni energía. Gracias a este descubrimiento hemos comprado esta casa y dentro de poco, en cuanto caiga Franco, iremos de visita a nuestra tierra.

Permanecí fiel a Joaquín. No tenía hija ni gallinas, ni partituras, porque las copiaba no sé adónde. El único problema era que cada vez que me hacía practicar notas largas, en vez de mirar el arco sobre la cuerda (o la hija de Manolo, si pasaba) me miraba el brazo derecho, observando el movimiento de los músculos al tirar y al empujar, y lo veía como un muslo de los más monstruosos de los pollos de Manolo. Los muslos de la hija de Manolo, en cambio, cuando pasaba repiqueteando su taquito en la vereda, eran algo así como el golpe de arco más perfecto. Ella, dentro de sus pantalones ajustados o de esas faldas con lo justo, era el equilibrio perfecto, el momento invisible en que cambiamos de arco en la punta o en el talón cuando éste se termina, y nadie se da cuenta del cambio. Porque la hija de Manolo, que por las noches se multiplicaba en los sueños de los adolescentes de todo el barrio, llenaba su ropa con lo justo, ella siempre estaba llena o plena como esos acordes sobre las cuatro cuerdas que se



hacen con dos golpes de arco tan juntos que parecen uno solo, Y si yo no aprendí más con Joaquín fue por ella, por esa figura, esa clave, esa partitura que pasaba fuera del pentagrama, a los saltitos por la vereda rumbo a esos tranvías que había entonces, llenos de campanas y de luces,

Hay que decir que don Joaquín me introdujo más en la literatura que en la música, con esas largas sesiones nocturnas de lectura, inviernos enteros junto al braserito, hay que ver cómo sonaba en sus palabras *La casa de la Troya* de Pérez Lugín, dedicado a miña nay, que él sabía casi de memoria, y si pasaba los ojos sobre las páginas sólo era por darse corte, para demostrar, alzando los ojos y mirando para otro lado sin interrumpir el discurso, que él en literatura también podía repentizar, que también en la literatura es posible leer a primera vista y que ésa era la manera, sin mirar las letras,

El me pasó en ese garaje, junto con Sarasate, autores dulces como Gabriel y Galán y sus húmedos apriscos, Pereda y sus tierrucas, el Armando Palacio Valdés que creíamos olvidado por todos y que años después encontramos imponente y desafiando años y lluvias en una calle de Oviedo, y el Campoamor que todos hubimos,

Un buen día me aconsejó inscribirme en el turno nocturno del Conservatorio provincial, El tránsito, al menos en literatura, fue terrible para mí, Pasé de estos suaves autores cantarines a los profundos conceptos alemanes, cuando el nuevo profesor, para que no levantara el brazo derecho al pasar el arco, me colocaba bajo éste los *Bruddenbrooks* de Thomas Mann, ya era hora de perder la inocencia,

### De violines y gallinas

Y están las preguntas de siempre, o sea cómo te iniciaste en la música y por qué la abandonaste, uno a veces no sabe qué responde porque se olvida, pero la última vez que me la hicieron me vino a la memoria algo que había olvidado pero que tiene que ver mucho con el asunto, Yo llegué a Córdoba, a reencontrarme con mi viejo, a los 16 años, y lo único que sabía de música eran dos o tres piezas en el acordeón del nono, Papá me enseñó <sup>cu pocos</sup> nociones de lectura musical y mandolina, que él tocaba muy bien, Pero la noción del violín se la debo a dos españoles, <sup>uno pelo y itárico</sup> dos gallegos (de los de Galicia, uno de la Coruña, el otro no sé de dónde) que vivían a una cuadra de distancia sobre la misma calle del Barrio Yofre de Córdoba, Camino a Monte Cristo, calle que para mí, que venía de leer a Dumas el viejo, conducía a la casa del Conde de,

Uno de los gallegos, Joaquín Saavedra Lorenzo, que era muy pobre, vivía en un garaje y cocinaba en la vereda, durante la semana vendía a domicilio novelas por entrega y los sábados y domingos integraba alguna orquesta típica, aunque se burlaba de los tangos, El me dio las primeras lecciones de violín y me animó a comprarme el que todavía tengo en La Rioja, si es que no se lo han comido los burros o las mulas del barrio, Tocaba bien la Zingaresca hasta la mitad más o menos, había un compás que para Joaquín, o Don Joaquín, como lo llamaba yo, era casi una impedimento metafísico, Que nunca pudo superar, De lo contrario se hubiese paseado triunfalmente por el mundo con su violín en ristre, Pero había tocado en la Sinfónica de Tucumán, todo el tiempo que le duró el matrimonio, y después, para huir de su mujer argentina, abandonó Tucumán, y en Córdoba nunca le <sup>pidieron</sup> dieron pelota como violinista clásico,

Me enseñaba en la vereda, junto al braserito donde hervía el puchero, De vez en cuando pasaba el otro gallego, violinista también, y miraba como criticando, pero no se detenía ni decía nada; saludaba a Joaquín levantando un brazo, yo lo veía de reojo sin despegar la vista de la partitura,



también por G. Madrazo para hacer canchales

señalar allá y uno aquí, recordar la  
misma, a decir que vio el estudio  
de Bernini, el hombre ande y ande  
gracias por aceptar

Pero sí levantaba los ojos, y Joaquín también, cuando pasaba la hija del otro gallego, que usaba pantalones ajustados y aún vestida era más linda que la Maja Desnuda de don Goya y Lucientes.

Un día voy pasando como por casualidad por la casa del otro gallego, cuyo nombre no recuerdo, pero le vamos a poner Manolo para ahorrar palabras. Como por casualidad pero esperando ver a la hija, cuando oigo un violín y era Manolo, que al verme me hace señas para que suba, vivía en una casa de dos plantas.

Subo y entonces me dice que cuando aprenda con don Joaquín él me dará clases de perfeccionamiento. Me toca los brazos, dice que tengo malformaciones musculares (la terraja, yo trabajaba en la construcción y me pasaba el día haciendo roscas a los caños), que él me dará unos ejercicios adecuados para desarrollar los músculos armoniosamente, los que más se necesitan para los más de mil golpes de arcos que te enseñaré.

Después bajamos al patio de su casa, que era una finca en realidad, huerta primero y luego una gran extensión dedicada a la cría de gallinas. Las gallinas, según crecen, van rotando por distintos corredores, cada uno con un largo hilo aéreo donde cuelgan hojas de lechuga. Las gallinas saltan todo el tiempo para comer. Cuando se han ejercitado lo suficiente y alcanzan las lechugas sin dificultad, las pasa a otro corredor, donde el hilo está más alto, obligándolas a saltar más para alcanzar las hojas de lechuga, como quien aprende a pasar el arco primero en el *Mi*, que es la cuerda más cercana, hasta llegar a la lejana cuarta, que para un principiante parece estar en otro instrumento.

Entonces me explica que con esos ejercicios sus pollos y gallinas desarrollan unos muslos enormes (de la misma manera que Paganini tenía un brazo derecho musculoso y enorme, a fuerza de pasar el arco, y un brazo izquierdo prácticamente raquitico, por falta de ejercicio), unos muslos que le permiten venderlos en el mercado a más del doble del precio corriente. Y mientras las gallinas saltaban de la mañana a la noche, Manolo estudiaba a Paganini y Sarasate, del primero le oí tocar bastante bien el Capricho número 13, ése al que yo también, en mis buenos tiempos, le ponía los dedos. Las gallinas del último corredor me dieron un poco de miedo, eran medio agresivas, especies de cisnes de las gallinas, unos ojazos y un

Tener en cuenta f: es mejor  
donde se susiere, sin contar  
de suserido.

costas  
ho  
Pág. 2



cogote impresionante, y no hablemos de los muslos, que parecían de avestruz y a la vez recordaban a los boxeadores de peso pesado,

Después pasamos al salón, donde estaba su hija (especie de Gallina Reyna, como la de las abejas), que no me dio ni cinco de bola, parece que era española de las de antes, de esas que sólo sabían besar manos de monjas o anillos de obispos. Allí, desparramadas por mesas y atriles, unas partituras carísimas venidas de Suiza, los dúos de Viotti y la Sinfonía Concertante de Mozart entre otras, que al Manolo le costaban apenas un par de saltos de sus increíbles gallinas. Allí me explicó que él subía el hilo hasta un límite justo cuidadosamente calculado. Llevar a sus pollos más allá de esa altura, hubiera significado que empezaran a perder, por exceso de ejercicio, lo ganado con los saltos gimnásticos,

ici

Esta técnica de crianza, me dice, es simplemente la copia de un golpe de arco aplicado a las gallinas. Cuando <sup>lo</sup> pasamos ~~el arco~~ tirando, y al llegar a la punta queremos empujar pero de tal manera que no se advierta auditivamente el cambio, hay un punto justo, exacto, donde ~~ni~~ se pierde ni se recupera impulso, de tal modo que el cambio no se advierte: el punto justo hasta el que llegan mis pollos y gallinas para desarrollarse sin pérdida de peso ni energía. Gracias a este descubrimiento hemos comprado esta casa y dentro de poco, en cuanto caiga Franco, iremos de visita a nuestra tierra,

Pese a todo

Permanecí fiel a Joaquín. No tenía hija ni gallinas, ni partituras, porque las copiaba no sé adónde. El único problema era que cada vez que me hacía practicar notas largas, en vez de mirar el arco sobre la cuerda (o la hija de Manolo, si pasaba) me miraba el brazo derecho, observando el movimiento de los músculos al tirar y al empujar, y lo veía como un muslo de los más monstruosos de los pollos de Manolo. Los muslos de la hija de Manolo, en cambio, cuando pasaba repiqueteando su taquito en la vereda, eran algo así como el golpe de arco más perfecto. Ella, dentro de sus pantalones ajustados o de esas faldas con lo justo, era el equilibrio perfecto, el momento invisible en que cambiamos de arco en la punta o en el talón cuando éste se termina, y nadie se da cuenta del cambio. Porque la hija de Manolo, que por las noches se multiplicaba en los sueños de los adolescentes de todo el barrio, llenaba su ropa con lo justo, ella siempre estaba llena o plena como esos acordes sobre las cuatro cuerdas que se

hacen con dos golpes de arco tan juntos que parecen uno solo. Y si yo no aprendí más con Joaquín fue por ella, por esa figura, esa clave, esa partitura que pasaba fuera del pentagrama, a los saltitos por la vereda rumbo a esos tranvías que había entonces, llenos de campanas y de luces,

Hay que decir que don Joaquín me introdujo más en la literatura que en la música, con esas largas sesiones nocturnas de lectura, inviernos enteros junto al braserito, hay que ver cómo sonaba en sus palabras *La casa de la Troya* de Pérez Lugín, dedicado a miña nay, que él sabía casi de memoria, y si pasaba los ojos sobre las páginas sólo era por darse corte, para demostrar, alzando los ojos y mirando para otro lado sin interrumpir el discurso, que él en literatura también podía repentizar, que también en la literatura es posible leer a primera vista y que ésa era la manera, sin mirar las letras,

El me pasó en ese garaje, junto con Sarasate, autores dulces como Gabriel y Galán y sus húmedos apriscos, Pereda y sus tierrucas, el Armando Palacio Valdés que creíamos olvidado por todos y que años después encontramos imponente y desafiando años y lluvias en una calle de Oviedo, y el Campoamor que todos hubimos,

Un buen día me aconsejó inscribirme en el turno nocturno del Conservatorio provincial. El tránsito, al menos en literatura, fue terrible para mí. Pasé de estos suaves autores cantarines a los profundos conceptos alemanes, cuando el nuevo profesor, para que no levantara el brazo derecho al pasar el arco, me colocaba bajo éste los *Bruddenbrooks* de Thomas Mann, ya era hora de perder la inocencia,

Ad: gracias a.  
La tara de este profesor mi vocación  
musical se desvió hacia la literatura.  
cuando, mientras esperaba mi turno  
para dar la lección, leía los libros  
que llevaba para poder alcanzar  
la cuarta cuerda

De violines y gallinas

Y a raíz de ese reportaje, una de las preguntas de siempre, o sea cómo te iniciaste en la música y por qué la abandonaste, me trajo a la memoria algo que había olvidado pero que tiene que ver mucho con el asunto. Yo llegué a Córdoba, a reencontrarme con mi viejo, a los 16 años, y lo único que sabía de música eran dos o tres piezas en el acordeón del nono. Papá me enseñó nociones de lectura musical y mandolina, que él tocaba muy bien. Pero la noción del violín se la debo a dos espafloles, dos gallegos (de los de Galicia, uno de la Coruña, el otro no sé) que vivían a una cuadra de distancia sobre la misma calle, Avenida Las Malvinas, del Barrio Yofre de Córdoba, o Camino a Monte Cristo, o sea por donde pasábamos cuando íbamos a Morteros.

Uno de los gallegos, Joaquín Saavedra Lorenzo, era muy pobre, vivía en un garaje, cocinaba en la vereda, durante la semana vendía a domicilio novelas por entrega y los sábados y domingos integraba alguna orquesta típica, aunque se burlaba de los tangos, incluso de valeses como "El aeroplano", que las orquestas de entonces tocaban entre tango y tango, para que las damas invitaran a bailar a los caballeros. El me dio las primeras lecciones de violín y me animó a comprarme el que todavía tengo en La Rioja, si es que no se lo han comido los bichos. Tocaba bien la Zingaresca hasta la mitad más o menos, había un compás que para Joaquín, o Don Joaquín, como lo llamaba yo, era casi una impedimento metafísico. Que nunca pudo superar. De lo contrario se hubiese paseado triunfalmente por el mundo con su violín en ristre. Pero había tocado en la Sinfónica de Tucumán, todo el tiempo que le duró el matrimonio, y después, para huir de su mujer argentina, abandonó Tucumán, y en Córdoba nunca le dieron pelota como violinista clásico.

Me enseñaba en la vereda, junto al braserito donde hervía el puchero. De vez en cuando pasaba el otro gallego, violinista también, y miraba como criticando, pero no se detenía ni decía nada, saludaba a Joaquín levantando un brazo, yo lo veía de reojo sin despegar los ojos de la partitura.



Pero sí levantaba los ojos, y Joaquín también, cuando pasaba la hija del otro gallego, que usaba pantalones ajustados y era más linda que la Maja Desnuda de don Goya y Lucientes,

Un día voy pasando como por casualidad por la casa del otro gallego, cuyo nombre no recuerdo, pero le vamos a poner Manolo para ahorrar palabras. Como por casualidad pero esperando ver a la hija, cuando oigo un violín y era Manolo, que al verme me hace señas para que suba, vivía en una casa de dos plantas,

Subo y entonces me dice que cuando aprenda con don Joaquín él me dará clases de perfeccionamiento. Me toca los brazos, dice que tengo malformaciones musculares (la terraja, yo trabajaba en la construcción y me pasaba el día haciendo roscas a los caños), que él me dará unos ejercicios adecuados para desarrollar los músculos armoniosamente, los que más se necesitan para los más de mil golpes de arcos que te enseñaré,

Después bajamos al patio de su casa, que era una finca en realidad, huerta primero y luego una gran extensión dedicada a la cría de gallinas. Las gallinas, según crecen, van rotando por distintos corredores, cada uno con un largo hilo aéreo donde cuelgan hojas de lechuga. Las gallinas saltan todo el tiempo para comer. Cuando se han ejercitado lo suficiente y alcanzan las lechugas sin dificultad, las pasa a otro corredor, donde el hilo está más alto, obligándolas a saltar más para alcanzar las hojas de lechuga, como quien aprende a pasar el arco primero en el *Mi*, que es la cuerda más cercana, hasta llegar a la lejana cuarta, que para un principiante parece estar en otro instrumento,

Entonces me explica que con esos ejercicios sus pollos y gallinas desarrollan unos muslos enormes (de la misma manera que Paganini tenía un brazo derecho musculoso y enorme, a fuerza de pasar el arco, y un brazo izquierdo prácticamente raquítico, por falta de ejercicio), unos muslos que le permiten venderlos en el mercado a más del doble del precio corriente. Y mientras las gallinas saltaban de la mañana a la noche, Manolo estudiaba a Paganini y Sarasate, del primero le oí tocar bastante bien el Capricho número 13, ése al que yo también, en mis buenos tiempos, le ponía los dedos. Las gallinas del último corredor me dieron un poco de miedo, eran medio monstruosas, especies de cisnes de las gallinas, unos ojazos y un

cogote impresionante, y no hablemos de los muslos, que parecían de flandú y recordaban a los boxeadores de peso pesado,

Después pasamos al salón, donde estaba su hija (especie de gallina metafísica), que no me dio ni cinco de bola, parece que era española de las de antes, de esas que no besaban en la puta vida. Allí, desparramadas por mesas y atriles, unas partituras carísimas venidas de Suiza, los dúos de Viotti y la Sinfonía Concertante de Mozart entre otras, que al Manolo le costaban apenas un par de saltos de sus gallinas increíbles. Allí me explicó que él subía el hilo hasta un límite justo cuidadosamente calculado. Llevar a sus pollos más allá de ese límite, hubiera significado que empezaran a perder, por exceso de ejercicio, lo ganado con los saltos gimnásticos. De la misma manera, me dijo, cuando pasamos el arco tirando y al llegar a la punta queremos empujar pero de tal manera que no se advierta auditivamente el cambio, hay un punto justo, que es lo que me dio la idea de aplicarlo a las gallinas, gracias a lo cual me he comprado esta casa y dentro de poco, en cuanto caiga Franco, iremos de visita a nuestra tierra.

Pero yo seguí estudiando con Joaquín. No tenía hija ni gallinas, ni partituras, porque las copiaba no sé adónde. El único problema era que cada vez que me hacía hacer notas largas, en vez de mirar el arco sobre la cuerda (o la hija de Manolo, si pasaba) me miraba el brazo derecho, observando el movimiento de los músculos al tirar y al empujar, y lo veía como un muslo de los más monstruosos de los pollos de Manolo. Los muslos de la hija de Manolo, en cambio, cuando pasaba repiqueteando su taquito en la vereda, eran algo así como el golpe de arco más perfecto. Ella, dentro de sus pantalones ajustados o de esas faldas con lo justo, era el equilibrio perfecto, el momento invisible en que cambiamos de arco en la punta o en el talón cuando éste se termina, y nadie se da cuenta del cambio. Porque la hija de Manolo, que por las noches se multiplicaba en los sueños de los adolescentes de todo el barrio, llenaba su ropa con lo justo, llena o plena como esos acordes sobre las cuatro cuerdas que se hacen con dos golpes de arco tan juntos que parecen uno solo. Y si yo no aprendí más con Joaquín fue por ella, por esa figura, esa clave, esa partitura que pasaba fuera del pentagrama, a los saltitos por la vereda rumbo a esos tranvías que había entonces, llenos de campanas y de luces.



Hay que decir que don Joaquín me introdujo más en la literatura que en la música, con esas largas sesiones nocturnas de lectura, inviernos enteros junto al braserito, hay que ver cómo sonaba en sus palabras *La casa de la Troya* de Pérez Lugín, dedicado a miña nay, que él sabía casi de memoria, y si pasaba los ojos sobre las páginas sólo era por darse corte, para demostrar, alzando los ojos y mirando para otro lado sin interrumpir el discurso, que él en literatura también podía repentizar, también podía leer a primera vista,

## El estuche del cocodrilo

Brasil. Esto nos llevó a una especie de aislamiento, a no ser socios de

Hablemos ya de la naturaleza del cocodrilo, animal que pasa cuatro meses sin comer en el rigor del invierno, que pone sus huevos en tierra y saca de ellos sus crías y que, siendo cuadrúpedo, es anfibio sin embargo.

Justamente el día en que nuestro huésped se le acercó más de lo debido, pudo observar la realidad y comprobar que no se trataba de un cocodrilo. Heródoto, *Euterpe*, LXVIII.

Creo que se habló demasiado sobre este asunto del cocodrilo que tenemos en casa. Nada de lo dicho aportó algo de importancia a un hecho cuyas máximas trascendencia es el hecho mismo. Y todo por desconocer la naturaleza íntima de estos animalitos, que como cualquier otra especie constituyen una parte importante de la realidad.

La mala fama que teníamos en la ciudad se justifica ahora por haberse descubierto esta presencia en nuestra casa. La tía Pina, que siempre se empeñó en negar cosas que pueden estar fuera de lo corriente oponiéndoles una inteligente calma, la perdió abruptamente cuando vio la foto de nuestro cocodrilo en un lugar destacado del periódico local. El ataque de rabia que tuvo alteró, acaso para siempre, algunos de esos rasgos de virginidad en asuntos de cocodrilo que siempre fueron su orgullo. Qué terrible vergüenza, decía aferrada a sus principios, a pesar de que le habíamos explicado hasta el cansancio que el problema no era tener un cocodrilo en la casa sino que la gente pensara que eso no era normal. Pero bueno, así es tía Pina.

La fama que tenemos no es por culpa del cocodrilo. Viene de más atrás, de cosas como reclamar ante las autoridades por los ruidos molestos, por ejemplo, cuando todo el mundo los considera buenos, o de nuestra resistencia a recibir visitas. Nos llamaban egoístas sin darse cuenta de



que lo hacíamos para evitarles sustos con el cocodrilo que tenemos en el patio. No tenemos amigos porque a la hora de elegir entre ellos o él no vacilamos en elegir al cocodrilo, por respeto al abuelo que lo trajo del Brasil. Esto nos llevó a una especie de aislamiento, a no ser socios de ninguno de los clubes de la ciudad, y a comportarnos como bichos raros,

Para despistar, le dimos acceso libre a nuestra casa a don Misail, el hombre más de derechas de este pueblo, diputado nacional por su partido, con un astigmatismo de menos seis dioptrías gracias al cual siempre consideró que el Coco era de serrín. Cuando empezó a usar anteojos, justamente el día en que nuestro huésped se le acercó más de lo debido, pudo observar la realidad y comprobar que no se trataba de un cocodrilo disecado sino de un juguete de material plástico con ilusión de movimiento. Menos mal, dijimos en casa, porque el descubrimiento de la verdad hubiera sido terrible para él.

Nuestro abuelo, contrabajista genovés contratado por una orquesta brasileña, lo encontró una tarde en el patio de su casa junto al Amazonas. El cocodrilo se le apareció como esos perros vagabundos que te siguen para que seas su amo. Fue su único compañía durante esos largos meses; por eso cuando se vino para la Argentina lo trajo disimuladamente dentro del estuche de su contrabajo.

Nosotros nos criamos familiarizados con el Coco, turnándonos, en los días más calurosos de esta ciudad subtropical, para echarle de vez en cuando un balde de agua que le enfríe un poco las escamas. Él forma parte de nuestra vida cotidiana, no como decoración ni como animal doméstico; el Coco es parte de nosotros mismos.

Papá todas las noches, antes de acostarse, verifica que esté dentro del estuche, de la misma manera que se fija si está cerrada la puerta de calle o bien tapados los hijos más pequeños. Sus domingos son enteramente para el Coco; lo lava con jabones finos, le lustra la cola, lo hace jugar con pescados de plástico.

Mamá ignora al cocodrilo, pero no lo elude como tía Pina. A veces, cuando se lo lleva por delante (nuestro Coco suele estirarse en los umbrales en busca de sitios frescos donde corra el aire) hace gestos de impaciencia pero se guarda las palabras, temerosa de las reacciones que



apudieran provocar en papá, Uno de los hechos más repetitivos del abuelo, eso que suele ser la imagen definitiva que se tiene de alguien, es, cuando lo ve muy quieto (nuestro Coco envejece), hacerle cosquillas con la punta del arco de su contrabajo, hablarle en portugués y lamentarse, en esa lengua, de que haya perdido su color original y las membranas natatorias de las patas, Papá colecciona las historias escritas sobre estos animales, que según dice desgraciadamente no son muchas, Recibe sobres con recortes de diarios y revistas, a veces escritos en otros idiomas, referidos a su tema predilecto, donde suelen aparecer fotos o dibujos de la infinita parentela que nuestro ejemplar tiene diseminada por el mundo, Con ellos ha hecho una gruesa carpeta, especie de curriculum del Coco, El abuelo opina que todas esas historias que se cuentan son mentiras, porque, según dice, sobre cocodrilos no puede haber nada más verdadero que el cocodrilo mismo,

*el Dr. Puadi*  
Cuando don Misail se enteró, por el pequeño escándalo que armó el periódico diciendo que la tenencia de esa bestia hacía peligrar la vida de los niños del barrio, que el cocodrilo era de verdad, no volvió pisar nuestra casa, y en el reportaje que le hicieron nos calificó de terroristas, Tía Pina dijo que nunca más saldría a la puerta de calle (donde acostumbra sentarse por las tardes a tomar el fresco y de paso para que la miren), que no aguantaba la vergüenza y que pasaría el resto de su vida en el fondo de la casa aunque se quedara para vestir santos, Casi todos los días salen en el periódico cartas al director hablando de nuestro caso, La mayoría de la gente nos ataca, casi siempre en nombre de la civilización y las buenas costumbres, utilizando, para zaherirnos, argumentos pretendidamente científicos que causan buen efecto en la opinión pública, Los pocos que nos defienden diciendo que la cosa no es para tanto, lo hacen en un estilo poético y sentimentaloides que no conviene a nadie y además nos descoloca, El abuelo se niega a leerlos y a que se los comentemos, Papá los valora aunque sean negativos, los recorta y los guarda en la carpeta del curriculum de Coco,

La denuncia fue hecha por un vecino (uno de los más eficientes protagonistas de los ruidos molestos), en venganza por nuestras quejas, Parece que una noche que nos olvidamos de entrar el cocodrilo y lo dejamos en el patio, puso un aparato magnetofónico sobre la tapia y grabó unos ruidos que él hace cuando duerme, equivalentes de nuestros ronquidos,



y presentó la cinta a la Municipalidad denunciándonos por tenencia ilegal de animales peligrosos o molestos.

Al día siguiente se presentó en casa la policía, tuvimos que aceptar que teníamos ese animal en casa, le tomaron fotos, lo midieron. Después entraron a sospechar cosas, buscaron nuestros prontuarios, nos hicieron preguntas capciosas. Un buen día se presentan unos funcionarios y nos piden amablemente revisar nuestra biblioteca buscando no sé qué obras peligrosas. Y hay que ver la desilusión que se llevan cuando ven que todos los libros que tenemos tratan solamente de cocodrilos.

Lo más duro fue el día que vinieron a llevárselo, "Es para un examen, en cuanto éste concluya se lo devolveremos". El animal se resistió, tuvieron que correrlo por los fondos del patio de la casa. Fue tristísimo ver cómo se escondía tras el macizo de ligustros, sin darse cuenta de que había dejado afuera la cola, de la cual se valieron para agarrarlo y arrastrarlo hasta el furgón donde lo metieron brutalmente, recuerdo todavía el brillo de sus ojitos mirando nuestra casa antes de que la puerta del furgón se cerrara brutalmente.

Porque el Coco, a fuerza de estar con nosotros, de escuchar la música que el abuelo suele tocar para él, ya no es enteramente lo que se dice un animal salvaje. Ha aprendido a convivir, le gustan las golosinas, la comida preparada, el calor del hogar. Es casi como un perrito faldero. El hecho de que se lo llevaran fue desgarrador para todos, incluyendo a tía Pina, que dijo "pobre bestia" y viéndonos tan tristes intentó calmarnos diciéndonos que lo peor que podría sucederle era que lo trasladaran al Zoológico, sin darse cuenta de que la sola mención de esa posibilidad nos hacía saltar las lágrimas.

A los dos días no aguantábamos más y fuimos a la comisaría con papá, le llevamos los alimentos a los que él estaba acostumbrado, ya se sabe que la comida de las cárceles es espantosa para las personas, y es de imaginar lo que será para un cocodrilo. El comisario nos recibió amablemente, nos dijo que no nos preocupáramos, nada le pasaría al bicho, se trataba solamente de que una junta de veterinarios lo examinase, a pedido del denunciante, a ver si era portador de alguna enfermedad. Pero la mayoría de los veterinarios estaban de vacaciones y los días pasaban infructuosos,



La detención duró más de un mes, Nosotros íbamos dos veces por semana a llevarle comida, procurando espiar a ver si en una de esas lo veíamos, Sabíamos, por un agente, que durante el día lo tenían en el patio, de donde lo retiraban solamente a la hora del recreo de los presos, y por la noche en una celda, El mismo agente que admitió que sí, que al bicho se lo veía un poco triste, seguramente no por problemas de salud sino por el cambio brusco de costumbres, El mismo agente que me permitió asomarme al patio, una sola vez, y ver al Coco, que me devolvió una larga mirada entristecida, una mirada de saudade, como dijo el abuelo cuando se lo comenté,

Ni siquiera tuvieron la delicadeza de devolvérselo tal como se lo habían llevado, Tuvimos que ir nosotros a retirarlo de no sé qué corralón municipal, donde lo habían trasladado para estudiarlo, y en un término perentorio, de lo contrario procederían, decía la nota, a su sacrificio, El pobrecito estaba en el rincón de un patio inmenso y sucio, en una jaula rodeada de perros esquizoides que lo aturdían con sus ladridos y le mostraban unos colmillos fraticidas,

En casa, al bañarlo con agua tibia para quitarle las inmundicias de la cárcel, vimos que lo habían raspado por todas partes, descubrimos escamas levantadas, pinchazos de inyecciones; mientras él con sus ojos, que cambiaban de brillo, procuraba decirnos cosas que ignoraremos para siempre,

En una semana se recuperó, Fue hermoso que algunos vecinos antes indiferentes vinieran a casa a solidarizarse, hablaran por primera vez con nosotros, aceptaran una copita de ese licor de menta que hace tía Pina y escucharan, aparentemente emocionados, el pequeño concierto familiar que el abuelo organizó festejando el regreso de su mascota, donde tocó, para él y los vecinos, el primer movimiento del concierto en Mi Mayor para contrabajo y orquesta de Dittersdorf,

El comisario, que llegó de paisano en mitad de la ejecución y se ubicó discretamente entre los vecinos, aplaudió cuando el abuelo terminó, Después de todo se conocían de toda la vida, aunque el uno fuera comisario y el otro un músico y además tuviera un cocodrilo, Había venido para decirnos que por un milagro consiguió salvar al Coco de un seguro sacrificio, convenciendo a sus superiores, de lo contrario nuestro huésped



En estas horas, dijo, estaría convertido en elegantes carteras para las mujeres de los ministros, procurando espigar a

Siguiendo sus consejos, ahora nos hemos hecho socios de varios clubes, oímos misa entera todos los domingos y fiestas de guardar y recibimos miles de visitas. La normalidad que mamá soñó siempre por fin se ha instalado en esta casa. La tía Pina, ayer, volvió a sacar la mecedora a la vereda para tomar el fresco, luciendo un vestido despanpanante.

El doctor \*\*\*\*, responsable en el periódico de la columna sobre medicina práctica, dijo en uno de sus artículos, mencionando como de paso nuestras peripecias, que todo este asunto había significado para nosotros algo así como la Extracción de la Piedra de la Locura,

En general, en toda la ciudad se dice que por fin nos hemos liberado. Para no contradecir, ponemos unas caras de libres que convencen a más de cuatro, especialmente cuando salimos a la calle o cuando nos visitan, porque en lo íntimo, la verdad, seguimos siendo los de siempre.

El único que no tiene nada que fingir es el cocodrilo, que sigue firme y feliz en su rutina, mirándonos, como cada noche cuando lo entramos para que duerma, con esos ojitos más bien tristes y, no sabemos si por costumbre o distracción, siempre con la cola fuera del estuche.

En una semana se recuperó. Los hermanos que algunos vecinos antes indiferentes vinieron a casa a solidarizarse, hablaron por primera vez con nosotros, aceptaron una copita de ese licor de menta que hace tía Pina y el pequeño concierto familiar que el adulto organizó festejando el regreso de su mascota, donde tocó, para él y los vecinos, el primer movimiento del concierto en Mi Mayor para contrabajo.

Daniel Mayano

El comisario, que llegó de paisano en mitad de la ejecución y se ubicó discretamente entre los vecinos, aplaudió cuando el adulto terminó. Después de todo se conocían de toda la vida, aunque el uno fuera comisario y el otro un músico y además tuviera un cocodrilo. Había venido para decirnos que por un milagro consiguió salvar al Coco de un seguro sacrificio, convenciendo a sus superiores, de lo contrario nuestro huesped

## El estuche del cocodrilo

Hablemos ya de la naturaleza del cocodrilo, animal que pasa cuatro meses sin comer en el rigor del invierno, que pone sus huevos en tierra y saca de ellos sus crías y que, siendo cuadrúpedo, es anfibio sin embargo.

Heródoto, *Euterpe*, LXVIII

Creo que se habló demasiado sobre este asunto del cocodrilo que tenemos en casa. Nada de lo dicho aportó algo de importancia a un hecho cuya máxima trascendencia es el hecho mismo. Y todo por desconocer la naturaleza íntima de estos animalitos, que como cualquier otra especie constituyen una parte importante de la realidad.

La mala fama que teníamos en la ciudad se justifica ahora por haberse descubierto esta presencia en nuestra casa. La tía Pina, que siempre se empeñó en negar cosas que pueden estar fuera de lo corriente oponiéndoles una inteligente calma, la perdió abruptamente cuando vio la foto de nuestro cocodrilo en un lugar destacado del periódico local. El ataque de rabia que tuvo alteró, acaso para siempre, algunos de esos rasgos de virginidad en asuntos de cocodrilo que siempre fueron su orgullo. Qué terrible vergüenza, decía aferrada a sus principios, a pesar de que le habíamos explicado hasta el cansancio que el problema no era tener un cocodrilo en la casa sino que la gente pensara que eso no era normal. Pero bueno, así es tía Pina.

La fama que tenemos no es por culpa del cocodrilo. Viene de más atrás, de cosas como reclamar ante las autoridades por los ruidos molestos, por ejemplo, cuando todo el mundo los considera buenos, o de nuestra resistencia a recibir visitas. Nos llamaban egoístas sin darse cuenta de



que lo hacíamos para evitarles sustos con el cocodrilo que tenemos en el patio. No tenemos amigos porque a la hora de elegir entre ellos o él no vacilamos en elegir al cocodrilo, por respeto al abuelo que lo trajo del Brasil. Esto nos llevó a una especie de aislamiento, a no ser socios de ninguno de los clubes de la ciudad, y a comportarnos como bichos raros,

Para despistar, le dimos acceso libre a nuestra casa a don Misail, el hombre más de derechas de este pueblo, diputado nacional por su partido, con un astigmatismo de menos seis dioptrías gracias al cual siempre consideró que el Coco era de serrín. Cuando empezó a usar anteojos, justamente el día en que nuestro huésped se le acercó más de lo debido, pudo observar la realidad y comprobar que no se trataba de un cocodrilo disecado sino de un juguete de material plástico con ilusión de movimiento. Menos mal, dijimos en casa, porque el descubrimiento de la verdad hubiera sido terrible para él.

Nuestro abuelo, contrabajista genovés contratado por una orquesta brasileña, lo encontró una tarde en el patio de su casa junto al Amazonas. El cocodrilo se le apareció como esos perros vagabundos que te siguen para que seas su amo. Fue su única compañía durante esos largos meses, por eso cuando se vino para la Argentina lo trajo disimuladamente dentro del estuche de su contrabajo.

Nosotros nos criamos familiarizados con el Coco; turnándonos, en los días más calurosos de esta ciudad subtropical, para echarle de vez en cuando un balde de agua que le enfríe un poco las escamas. Él forma parte de nuestra vida cotidiana, no como decoración ni como animal doméstico; el Coco es parte de nosotros mismos, como si él tuviera que estar ahí.

Papá todas las noches, antes de acostarse, verifica que esté dentro del estuche, de la misma manera que se fija si está cerrada la puerta de la calle o bien tapados los hijos más pequeños. Sus domingos son enteramente para el Coco; lo lava con jabones finos, le lustra la cola, lo hace jugar con pescados de plástico.

Mamá ignora al cocodrilo, pero no lo elude como tía Pina. A veces, cuando se lo lleva por delante (nuestro Coco suele estirarse en los umbrales en busca de sitios frescos donde corra el aire) hace gestos de impaciencia pero se guarda las palabras, temerosa de las reacciones que

podieran provocar en papá. Uno de los hechos más repetitivos del abuelo, eso que suele ser la imagen definitiva que se tiene de alguien, es, cuando lo ve muy quieto (nuestro Coco envejece), hacerle cosquillas con la punta del arco de su contrabajo, hablarle en portugués y lamentarse, en esa lengua, de que haya perdido su color original y las membranas natatorias de las patas. Papá colecciona las historias escritas sobre estos animales, que según dice desgraciadamente no son muchas. Recibe sobres con recortes de diarios y revistas, a veces escritos en otros idiomas, referidos a su tema predilecto, donde suelen aparecer fotos o dibujos de la infinita parentela que nuestro ejemplar tiene diseminada por el mundo. Con ellos ha hecho una gruesa carpeta, especie de curriculum del Coco. El abuelo opina que todas esas historias que se cuentan son mentiras, porque, según dice, sobre cocodrilos no puede haber nada más verdadero que el cocodrilo mismo.

Quando don Misail se enteró, por el pequeño escándalo que armó el periódico diciendo que la tenencia de esa bestia hacía peligrar la vida de los niños del barrio, que el cocodrilo era de verdad, no volvió pisar nuestra casa, y en el reportaje que le hicieron nos calificó de terroristas. Tía Pina dijo que nunca más saldría a la puerta de calle (donde acostumbra sentarse por las tardes a tomar el fresco y de paso para que la miren), que no aguantaba la vergüenza y que pasaría el resto de su vida en el fondo de la casa aunque se quedara para vestir santos. Casi todos los días salen en el periódico cartas al director hablando de nuestro caso. La mayoría de la gente nos ataca, casi siempre en nombre de la civilización y las buenas costumbres, utilizando, para zaherirnos, argumentos pretendidamente científicos que causan buen efecto en la opinión pública. Los pocos que nos defienden diciendo que la cosa no es para tanto, lo hacen en un estilo poético y sentimentaloides que no convence a nadie y además nos descoloca. El abuelo se niega a leerlos y a que se los comentemos. Papá los valora aunque sean negativos, los recorta y los guarda en la carpeta del curriculum de Coco.

La denuncia fue hecha por un vecino (uno de los más eficientes protagonistas de los ruidos molestos), en venganza por nuestras quejas. Parece que una noche que nos olvidamos de entrar el cocodrilo y lo dejamos en el patio, puso un aparato magnetofónico sobre la tapia y grabó unos ruidos que él hace cuando duerme, equivalentes de nuestros ronquidos,



y presentó la cinta a la Municipalidad denunciándonos por tenencia ilegal de animales peligrosos o molestos,

Al día siguiente se presentó en casa la policía, tuvimos que aceptar que teníamos ese animal en casa, le tomaron fotos, lo midieron, Después entraron a sospechar cosas, buscaron nuestros prontuarios, nos hicieron preguntas capciosas. Un buen día se presentan unos funcionarios y nos piden amablemente revisar nuestra biblioteca buscando no sé qué obras peligrosas, y hay que ver la desilusión que se llevan cuando ven que todos los libros que tenemos tratan solamente de cocodrilos,

Lo más duro fue el día que vinieron a llevárselo. "Es para un examen, en cuanto éste concluya se lo devolveremos". El animal se resistió, tuvieron que correrlo por los fondos del patio de la casa. Fue tristísimo ver cómo se escondía tras el macizo de ligustros, sin darse cuenta de que había dejado afuera la cola, de la cual se valieron para agarrarlo y arrastrarlo hasta el furgón donde lo metieron brutalmente, recuerdo todavía el brillo de sus ojitos mirando nuestra casa antes de que la puerta del furgón se cerrara brutalmente.

Porque el Coco, a fuerza de estar con nosotros, de escuchar la música que el abuelo suele tocar para él, ya no es enteramente lo que se dice un animal salvaje. Ha aprendido a convivir, le gustan las golosinas, la comida preparada, el calor del hogar. Es casi como un perrito faldero. El hecho de que se lo llevaran fue desgarrador para todos, incluyendo a tía Pina, que dijo "pobre bestia" y viéndonos tan tristes intentó calmarnos diciéndonos que lo peor que podría sucederle era que lo trasladaran al Zoológico, sin darse cuenta de que la sola mención de esa posibilidad nos hacía saltar las lágrimas.

A los dos días no aguantábamos más y fuimos a la comisaría con papá, de llevamos los alimentos a los que él estaba acostumbrado, ya se sabe que la comida de las cárceles es espantosa para las personas, y es de imaginar lo que será para un cocodrilo. El comisario nos recibió amablemente, nos dijo que no nos preocupáramos, nada le pasaría al bicho, se trataba solamente de que una junta de veterinarios lo examinase, a pedido del denunciante, a ver si era portador de alguna enfermedad. Pero la mayoría de los veterinarios estaban de vacaciones y los días pasaban infructuosos,

La detención duró más de un mes. Nosotros íbamos dos veces por semana a llevarle comida, procurando espiar a ver si en una de esas lo veíamos. Sabíamos, por un agente, que durante el día lo tenían en el patio, de donde lo retiraban solamente a la hora del recreo de los presos, y por la noche en una celda. El mismo agente que admitió que sí, que al bicho se lo veía un poco triste, seguramente no por problemas de salud sino por el cambio brusco de costumbres. El mismo agente que me permitió asomarme al patio, una sola vez, y ver al Coco, que me devolvió una larga mirada entristecida, una mirada de saudade, como dijo el abuelo cuando se lo comenté.

Ni siquiera tuvieron la delicadeza de devolvérselo tal como se lo habían llevado. Tuvimos que ir nosotros a retirarlo de no sé qué corralón municipal, donde lo habían trasladado para estudiarlo, y en un término perentorio, de lo contrario procederían, decía la nota, a su sacrificio. El pobrecito estaba en el rinón de un patio inmenso y sucio, en una jaula rodeada de perros esquizoides que lo aturdían con sus ladridos y le mostraban unos colmillos fraticidas.

En casa, al bañarlo con agua tibia para quitarle las inmundicias de la cárcel, vimos que lo habían raspado por todas partes, descubrimos escamas levantadas, pinchazos de inyecciones; mientras él con sus ojos, que cambiaban de brillo, procuraba decirnos cosas que ignoraremos para siempre.

En una semana se recuperó. Fue hermoso que algunos vecinos antes indiferentes vinieran a casa a solidarizarse, hablaran por primera vez con nosotros, aceptaran una copita de ese licor de menta que hace tía Pina y escucharan, aparentemente emocionados, el pequeño concierto familiar que el abuelo organizó festejando el regreso de su mascota, donde tocó, para él y los vecinos, el primer movimiento del concierto en Mi Mayor para contrabajo y orquesta de Dittersdorf.

El comisario, que llegó de paisano en mitad de la ejecución y se ubicó discretamente entre los vecinos, aplaudió cuando el abuelo terminó. Después de todo se conocían de toda la vida, aunque el uno fuera comisario y el otro un músico y además tuviera un cocodrilo. Había venido para decirnos que por un milagro consiguió salvar al Coco de un seguro sacrificio, convenciendo a sus superiores, de lo contrario nuestro huésped



a estas horas, dijo, estaría convertido en elegantes carteras para las mujeres de los ministros,

Siguiendo sus consejos, ahora nos hemos hecho socios de varios clubes, oímos misa entera todos los domingos y fiestas de guardar y recibimos miles de visitas. La normalidad que mamá soñó siempre por fin se ha instalado en esta casa. La tía Pina, ayer, volvió a sacar la mecedora a la vereda para tomar el fresco, luciendo un vestido deslumbrante.

El doctor \*\*\*\*, responsable en el periódico de la columna sobre medicina práctica, dijo en uno de sus artículos, mencionando como de paso nuestras peripecias, que todo este asunto había significado para nosotros algo así como la Extracción de la Piedra de la Locura,

En general, en toda la ciudad se dice que por fin nos hemos liberado. Para no contradecir, ponemos unas caras de libres que convencen a más de cuatro, especialmente cuando salimos a la calle o ~~cuando~~ nos visitan, porque en lo íntimo, la verdad, seguimos siendo los de siempre.

El único que no tiene nada que fingir es el cocodrilo, que sigue firme y feliz en su rutina, mirándonos, como cada noche cuando lo entramos para que duerma, con esos ojitos más bien tristes y, no sabemos si por costumbre o distracción, siempre con la cola fuera del estuche,

En una semana se recuperó ~~los~~ ~~vecinos~~ que algunos vecinos antes indiferentes vinieron a casa a solidarizarse, hablaron por primera vez con nosotros, aceptaron una copia de ese libro de menta que hace tía Pina y escucharon aparentemente emocionados, el pequeño concierto familiar que el abuelo organizó festejando el regreso de su mascota, donde tocó para él y los vecinos el primer movimiento del concierto en Mi Mayor para contrabajo y orquesta de Dittusdorf.

El concierto, que llegó de paraiso en mitad de la educación y se volvió discretamente entre los vecinos, acabó cuando el abuelo terminó. Después de todo se conocían de toda la vida, aunque el uno fuera comarista y el otro un músico y además tuviera un cocodrilo. Hasta venido para decirnos que por un malentendido se había salvado el loco de un seguro sacrilego, convirtiéndose a sus seguidores de lo contrario nuestro libe-

Los 1000 días  
Para q. no entre...  
Traer una hija musical

# 1ª versión (superada)

LOS MIL DIAS y Para q. no auto <sup>comente</sup> <sup>quido</sup>.

en tiempo y en espacio

Muy hacia atrás, estaba el océano con el barco en que <sup>trajeron</sup>  
~~vino~~ el baúl, lleno de objetos innecesarios para un viaje  
que, se sabía de antemano, no tenía <sup>su</sup> regreso; más cerca, el  
puerto de Buenos Aires y la ciudad con sus miles de  
inmigrantes y la casa de música donde compraron el  
acordeón; enseguida, la pampa interminable; luego el  
interior del país, como una gran respiración lejana; por  
fin, cerca de las sierras, la casa que construyó el abuelo, <sup>ya aquí mismo</sup>  
medio torcida como él; y en el centro del corazón de ella, <sup>en el tiempo</sup>  
en el lugar más limpio y espacioso, el baúl traído de  
Italia. Desde allí hasta el mar, todo lo que había y pudiera  
haber, incluyendo los recuerdos, eran sus alrededores.  
Contenía el pasado y especialmente el futuro, protegidos por  
aquella tapa cóncava forrada con felpa por dentro y <sup>¿?</sup>  
reforzada por fuera con esos flejes en cuyo herrumbre  
perduraban las huellas del océano.

Nadie sabía con certeza lo que el abuelo italiano, que  
era ladeado como la Torre de Pisa y caminaba como empujado  
por sus años, guardaba en el baúl, que apenas podía cerrarse  
de atestado que estaba. Salvo Juan, un nieto algo dudoso,  
recién llegado a la casa, que espiando cada vez que el viejo  
lo abría había visto entre su contenido un cofre, ropa  
vieja, fotografías y una escopeta de dos caños.

Él apenas conocía al abuelo. Para hacerse querer le



(2-20-19) 1-1

encendía la pipa sin que se lo pidiese, le ayudaba a regar la huerta, quitaba migas y pelusas de sus bigotes, llevaba el banquito al naranjo bajo el cual el viejo se sentaba todas las tardes a tocar en el acordeón unas músicas traídas del Brasil. Con una inclinación de casi quince grados estando normalmente parado, y un poco menos si se desplazaba, el viejo era suave y bueno como un oso de lana. Salvo cuando hablaba de la inflación o sea de dinero, vinculándolo todo con la manutención de tantos nietos a su cargo, gritando hacia los cuatro vientos sin que nadie prestase atención a sus palabras,

Los hijos varones se fueron tempranamente a las ciudades en busca de trabajo. Cuatro de sus hijas vivían en las piezas construidas en los fondos de la casa, cada una, salvo la menor, con un par de hijos de padre desconocido. Según éstas iban teniendo niños, el viejo construía más piezas utilizando materiales traídos por las crecientes estivales de los ríos. Al padre de Juan ~~si lo conocía~~ <sup>parece conocido</sup> un año después del fallecimiento de la mayor de sus hijas, radicada en Buenos Aires, apareció el hombre con el niño diciendo que él era el padre, lo dejaba con los abuelos sólo por un par de meses, y luego, en cuanto mejorase su situación, vendría a recogerlo. Habló también de pasar una mensualidad, que no llegó nunca, claro, como <sup>tampoco</sup> el padre, según repetía el viejo a lo largo de las estaciones que se sucedían, con lo que a veces conseguía que las hijas, abandonando momentáneamente su indiferencia por el tema,

¿el niño es de todos conocidos pero así?

IL

dijesen amablemente *bueno, papá, ya lo sabemos*, para volver enseguida a la lentísima tarea de criar a los hijos y leer revistas que hablaban de besos y suspiros.

Cuando el abuelo y el baúl, según recordaría Juan al convertirse en un adulto melancólico, llegaron desde Italia pero después de varios años en Brasil, el uno con sus maderas todavía resinosas y el otro ilusionado pero con *saudade*, traían dinero suficiente para toda una vida. Pero claro, entonces vino la inflación.

Juan, que tenía siete años y hacía dos que vivía con el *nonno*, fue despertado esa mañana por las voces del viejo, que gritaba y maldecía por haberse enterado de que su hija menor, a la que consideraba la excepción, estaba embarazada, y por un desconocido.

Esperó toda la mañana, arrancando hierbas en la huerta, a que acabara de gritar y volviese a ser el abuelo de siempre. Pero los gritos seguían, y para colmo sin obtener ninguna respuesta, ni un gesto de su hija, ni siquiera un alzar los ojos del tejido o la revista; ella seguía indiferente a todo lo que pudieran decirle sobre su situación, como protegiendo su embarazo con su silencio, segura de que ~~ese~~<sup>éste</sup> no se modificaría con gritos ni palabras de ninguna naturaleza.

Después de la comida, la abuela, un poco por defender a sus hijas pero en realidad por deseos de pelear (una actividad que siempre sintió como placer), resolvió romper el monólogo del viejo y dando un grito que le descolocó todo



lo que llevaba dicho hasta ese momento, le dijo en su *lenguaje* ~~dialecto~~ que antes que nada eran mujeres desvalidas, y él un monstruo, por supuesto. *Poverella*, oyó que decía la abuela refiriéndose a la hija menor, *sei tu il diavolo*.

Cuando al atardecer llegó la hora de regar la huerta, el abuelo ya no sólo no tenía razón sino que era el único culpable de todo, como había sucedido en las discusiones de los embarazos anteriores.

Esa noche Juan en sueños vio que el viejo desde el baúl gesticulaba y gritando amenazaba a todos, incluyéndolo a él, y al día siguiente y no en sueños le oyó decir que estaba bien, que naciera el nuevo niño sin padre conocido, pero que cuando se acabara el poco dinero que les quedaba se morirían todos de hambre.

Sus gritos o desahogos de un día no eran ni siquiera un detalle en el tiempo empleado por los embarazos; ni mucho menos en el de crianza de los niños. Ellas se tomaban todo el tiempo del mundo viéndolos crecer; confeccionaban la ropa en la vieja máquina *Singer* de siete cajones, la lavaban en grandes tinas junto al río vecino, y leían, en esas revistas por entregas, unas historias de amor que nunca terminaban, dejando que la vida fluyese yendo a lo suyo, sin las interferencias del viejo que intentaban modificarla inútilmente.

Uno de esos inviernos el abuelo, que apenas podía caminar y ya no tocaba más el acordeón, se había enrarecido con él, como si ya no lo quisiese, después de recibir una

carta del hermano que se quedó en Brasil, al que seguramente había pedido ayuda. La leyó en voz alta ante toda la familia. Contenía una frase al parecer terrible, *niente di soldi*, que el viejo pronunció como escupiéndola.

Seguía acompañándolo en sus tareas, pero apenas se hablaban. El viejo murmuraba para sí mismo, largamente, no se le entendía una palabra. Sólo alzaba la voz cuando maldecía al barco que lo había traído y al Río de la Plata. Durante ese largo tiempo una sola vez, al término del día, le dijo una palabra cariñosa acompañada de una rápida caricia.

Después algunos de los hijos que se habían marchado regresaron. Me dieron alegría, pero muy pronto volvieron a irse hacia las grandes ciudades donde vivían, dejándole una soledad más evidente. Fue entonces cuando el anciano, tras una discusión con las mujeres, dijo que se iba a matar.

Juan, al oírlo, sintió inmediatamente la presencia del baúl en todo aquello, la escopeta sustituyendo con su estampido las palabras del abuelo. Recordó que siempre en la casa, ante una situación extrema, se recurría a ese baúl, que parecía contener toda la dicha y la desdicha del mundo.

Una tarde muy fría salieron todos y en la casa sólo quedaron él y el viejo. Aburrido, sentado en su cama, recortaba papeles ~~con unas tijeras~~. El abuelo, en la habitación contigua, tropezaba con los muebles. En eso oyó abrir el baúl y tuvo miedo, recordando la amenaza y la escopeta. Se quedó inmóvil, sintiendo el peso de las



tijeras.

Por fin lo llamó pidiéndole que le ayudara a limpiarlo. El viejo, sentado en una banqueta, hurgaba en el interior del baúl; él, en el suelo, no tenía acceso visual a la abertura del mueble; recibía los objetos que el viejo le pasaba y los separaba clasificándolos según fuesen papeles, trapos, metales o cualquier otra sustancia.

Por sus manos pasaron objetos personales y ropas de parientes que habían quedado enterrados en Italia, cartas que ya se borran en grandes papeles amarillos, y un cofre de madera que, por la mirada y el cuidado que puso el viejo al pasárselo, contenía el poco dinero que le quedaba del ~~traído~~ traído hacia veinte años del Brasil para vivir tranquilo el resto de sus días. Por alguna grieta se escapó una moneda. La tomó y cuando iba a ponerla en su sitio, el abuelo le dijo que podía quedarse con ella.

que había

Después vino la escopeta, que ante la tranquilidad de la tarde y del abuelo perdió <sup>parte de</sup> ~~su~~ su fiereza, y enseguida un retrato. "Tu madre", dijo rápidamente el viejo y siguió escarbando.

Nunca había visto una foto de ella. Como todo lo que fuese de papel allí dentro, se resquebrajaba. La mujer tendría unos veinte años. Sonreía <sup>sostenía</sup> una ramita, <sup>o</sup> ~~posiblemente~~ de laurel, y desde la silla donde estaba sentada hasta el borde inferior de la fotografía se extendía la sombra del fotógrafo que la tomó. "Es la de tu padre", dijo el viejo señalando la sombra.

El abuelo tumbó el baúl boca abajo desparramando el resto de su contenido, *y le dijo que trajese el plumero* ~~que él no pudo ver porque había ido a~~ ~~buscar un plumero.~~ Recorriendo las piezas en su busca tuvo miedo, con torpeza rozó repisas cuyos objetos de vidrio se estrellaron contra el suelo, se lastimó un dedo en el clavo donde finalmente lo encontró, viendo al mismo tiempo que en el techo una araña cruzaba rápidamente por la viga, *y sintió como si* ~~era~~ *para* la casa entera *para* un baúl lleno de agujeros *y de vidrios.*

Como aquella vez que descubrieron el embarazo de la menor, lo despertaron los gritos, que ahora no eran del abuelo ~~yo~~; las voces de las mujeres predominaban. El viejo acababa de anunciar, al parecer, que el dinero se había terminado por fin y que en consecuencia todos morirían de hambre. En un momento dado lloró, sin que esto conmoviese a las mujeres, diciendo que un pobre viejo como él había venido aquí lleno de ilusiones, y muchas cosas más que no pudieron escucharse por los gritos de las mujeres. Sacó, aparatosamente hacia afuera los bolsillos de los pantalones. De uno cayó un diente de ajo, del otro recogió un billete de un peso. Era todo lo que quedaba. Lo llamó a él y se lo entregó solemnemente para que fuera a comprar la comida del día. Del último día.

Salió corriendo sin lavarse la cara. El abuelo, al anunciar otras veces situaciones semejantes aunque no tan terribles ni definitivas como ésta, le había hecho un guiño que lo excluía. Esta vez no, de modo que correría la suerte de todos. Pero no se asustó. Lo excitaba ser participe



activo de hechos tan importantes para todos. Cuando regresó con los víveres, el viejo había desaparecido.

Durante las primeras horas hubo temores serios, aunque no comunicados, por parte de la mujer e hijas. Por la tarde uno de sus nietos lo descubrió tras el alambrado del costado sur, en un patio de la finca lindera, sentado en un tronco, hablando familiarmente con el propietario, un criollo al que en varios años apenas había dirigido la palabra. Sorprendía verlo en esa casa, de cuyos moradores hablaba siempre mal. Había comido con ellos y ahora estaban por cenar, el viejo decía cosas incoherentes procurando justificarse.

Juan se acostó huyendo de las palabras de las mujeres, que ahora peleaban entre ellas. Pensaba en los resultados de la situación anunciada por el viejo tras el descubrimiento de que el cofre que contenía el dinero dentro del baúl estaba vacío. Moriría uno cada día, quedarían desparramados por la huerta. El abuelo caería cerca del pozo de agua, él un poco más allá pero casi a su lado, la abuela más al fondo, las tías todas juntas en el galpón, los demás nietos por los canteros. El criollo de al lado vendría a recogerlos en un camión rumbo al cementerio, cada uno en su cajón salvo el abuelo que sería enterrado en el baúl. Falpó por fuera la moneda que tenía en el bolsillo. Durante unos instantes le pareció una esperanza de prolongación, aunque fuera momentánea, de la vida. Pero si para vivir un día se necesitaba un peso, aquella moneda, que era apenas una de sus fracciones más pequeñas, apenas significaba unos minutos

de existencia

que no merecían tenerse en cuenta.

El abuelo, contra todos los temores, volvió antes del amanecer del día siguiente. Todos velaban. Las mujeres, al verlo aparecer, se tranquilizaron. Si volvía era porque aceptaba una vez más las leyes del juego ~~(implacables como~~  
~~todas,~~ que de tanto en tanto intentaba ~~de~~ eludirlo.

Lo acosaron en cuanto entró. La abuela, en <sup>nombre</sup>  
~~representación de~~ <sup>y nieto</sup> sus hijas, avanzó hacia él como un testigo terrible, demostrándole que únicamente él y su curiosa manera de afrontar la difícil vida era el culpable de todo lo que había sucedido a lo largo del tiempo de su deterioro.

El abuelo se defendía bien, pero cada vez con menos convicción, empleando toda su energía <sup>(en</sup> ~~para~~ protegerse de los gritos de su mujer, que sus hijas repetían en letanías hasta volverlos casi intolerables. Juan se tapó las orejas <sup>por</sup>  
~~para~~ no oírlos y los ojos para borrar la imagen de los muertos diseminados en la huerta.

Cuando la vieja, echándole encima y de golpe todo el peso del pasado, lo arrinconó contra el baúl obligándolo a abrirlo, rodeada por la fuerza irrefutable de sus hijas desamparadas, Juan vio que el abuelo, no se sabía si derrotado o triunfante, había también el cofre del dinero. Adentro estaba, desnudo y solitario, el billete de mil pesos, que por sus bordes redondeados y sus extraños dibujos, era indudablemente el corazón de ese baúl. El viejo lo alzó a la vista de todos, y aunque después lloró,



habló con seguridad y valentía; dijo que la verdad era evidente y sólo se trataba de anunciar un hecho. A razón de un peso por día, ese último billete alcanzaba para vivir mil días exactamente, y hasta entonces él garantizaba la vida de todos. Nadie habló ni pensó sobre lo que pudiera suceder después de ese tiempo. Nadie, además, comentó la situación; tras la derrota del viejo, ~~ellos~~ se fueron a dormir tranquilos.

Enseguida apagaron las luces. El abuelo se paseaba por la huerta, de vez en cuando se le oía murmurar y gemir. Juan, poniéndose de costado, que era como le gustaba dormirse, se dijo que después de todo, aunque nada se hubiese arreglado definitivamente, por lo menos le quedaban mil días más de vida.

Una semana después, el viejo volvía a tocar todas las tardes el acordeón bajo el naranjo, esas polcas y mazurkas, esos aires traídos en la memoria desde Minas Gerais, mientras sus tías oían las novelas radiales y leían las revistas de amores infinitos.

El iba todos los días a comprar los víveres, apretando el billete de un peso en el fondo del bolsillo para que no se le perdiera; y las estaciones pasaban, y caían las hojas. Pero nadie decía nada sobre el tiempo que se acortaba, como si con cada billete gastado no faltase menos para el fin.

Desde entonces, según las difíciles relaciones que mantenía con la compleja realidad, tuvo que soportar a lo largo de su vida muchas situaciones extremas como ésa. Y de

todas, únicamente aquella vez vio abrirse ante sí, como un milagro que sólo la infancia hace posible, un mundo, si no encantado como lo deseaba, por lo menos tolerante con los sueños imposibles y dulcemente abierto a las treguas necesarias.

♦♦♦



° ß ß & ' ' ' ' ' " " % @ @ " " ° • ¶ | < > « » ß η - -  
,FOET,E,ET♦♦♦♦ "citamos" < > {} ° 1 2 3 4 (estos son  
superscript 0...9, see page 261) for example, 10<sup>2</sup>

Wan Ich war ins Deutschland, Ich whone im Ostenstraße, zur  
eine hotel heißen Cafe Fuchs,

Die Universität war auch in Ostendstraße, 26-28

Ich kent eine schübste fröland von Copenhagen, named Lene,

Ich habe essen viele platts, wie Hausmacher Kartoffelsuppe,

oder Jungschweine bratten mit knödel und salat, oder

Leberkässe mit kartoffeln salat,

Don vesos coitadas  
Retruco ad tito perdido

Adel aceptar, según  
observación Angeles:  
antemortis u.  
por la pobreza  
por la  
crueldad.

La lombriz

En la atmósfera por la pobreza  
El otro lado del mundo por la  
crueldad.

TRES CUENTOS CRUELES

LA LOMBRIZ

Variante: incluir  
María Violín  
ES BUSCAR  
UN PADRE

En las intoxicantes siestas de aquellos veranos interminables, cuando mi tío el endemoniado comenzaba a roncar, yo entraba sigiloso en su habitación para esperar, escondido detrás de algún mueble y con los ojos fijos en su boca abierta, que la lombriz solitaria que vivía oculta en su estómago se asomase al exterior. Mis primos la habían visto un par de veces; calculaban que medía más de un metro, y que sus ojos eran verdes y terribles. Yo apenas conocía a mi tutor. Me habían enviado a su casa para que allí me criasen. Le tenía desconfianza y un poco de miedo. Si conseguía ver su lombriz, sabría cómo era él por dentro.

Por fuera era muy hermoso. Pero sólo si miraba de frente, una posición que apenas podía mantener por pocos segundos. Enseguida aparecía, porque ésa era su naturaleza verdadera, aquel rictus de sus ojos, esa mirada oblicua que, aflorada, lo conectaba con sus adentros profundos y lo mostraba como un monstruo doliente.

Su mujer parecía una prolongación suya, era su esclava, caminaba a pasos muy cortos siempre detrás de él, los ojos en el suelo, esperando palabras o gestos que obedecía

OJO: liberarse  
de una maldad y  
de la pobreza

OJO: la pobreza es la razón  
del humillamiento  
su tío

caja  
caja  
de advertencia  
de Angeles  
que impone  
TANTE  
UNA MUJER  
COMPLICADA





La familia  
Hoy 22

inmediatamente. Un modo de andar como si el cuerpo le doliese siempre; como si lo <sup>4</sup>visiese lleno de cicatrices.

A sus hijos, no sé si ocho o diez, blancos y dueños de unos bucles suaves y dorados, hermosos y terribles, los recuerdo como a unos seres harapientos contra el aire ceniciento del pueblo, como a unos enormes angeles enfermos.

Ellos solamente sabían hablar de pájaros, es decir, de las técnicas que utilizaban para entramparlos y después, en operaciones colectivas que realizaban infundiéndose coraje mutuamente, pincharles los ojos con espinas de cactus para que, una vez ciegos, cantasen mejor: "sientan qué bien canta ahora ese jilguero".

Se encerraban en el galpón del fondo, generalmente a la hora de la siesta, para realizar la tarea, cuya ejecución directa estaba a cargo de la hembra única del grupo, mayor que todos sus hermanos. "No seas tonto", me decía mi prima, de una voz muy dulce, invitándome a participar, con una sonrisa que hoy, cuando aparece, es como si ocupara ella sola toda mi memoria. Yo entonces huía y aprovechaba para meterme en la pieza donde dormía él, a esperar que se asomase la lombriz.

También <sup>mi memoria</sup> ocupan íntegramente, con la misma fuerza, los delantales, sucios de sangre de la carnicería donde trabajaba mi tío, que su mujer lavaba a la intemperie en la pileta que había en el patio junto al galpón donde se reunían mis primos a la hora de la siesta.



Salía para la carnicería a las cinco de la madrugada, llevando en una bolsa un par de delantales calentitos y recién planchados. Después que se iba, el tiempo no pasaba nunca; eran las dos y media de la tarde y él no aparecía. Entonces jugábamos a que volvía, cualquiera de sus hijos hacía las veces de padre y anticipaba su llegada sacando de entre sus ropas la carne que robaba en la carnicería para poder alimentar a tantos.

Finalmente aparecía, ya en la realidad, y se acercaba penosamente, cansado, seguido por todos los perros del barrio, caminaba por la larga galería de la casa, se escondía a medias para sacar el costillar que traía escondido colgando en el interior de una pierna de los pantalones, y se desplomaba en una silla a esperar que mi tía preparase la comida mientras nosotros soplabamos el fuego de carbón para que se encendiese pronto.

A escondidas de su mujer, a veces, impaciente por comer, picaba carne cruda, la mezclaba con un poco de cebolla y se la tragaba. Cuando ella lo descubría, le decía que eso era una vergüenza. Se defendía diciendo que la carne aquella no era para él, y se torcaba el estómago, al lado de un bulto donde se suponía que vivía la lombriz solitaria.

Las habitaciones de la casa, una al lado de la otra, daban a una galería o alero, y todo ello a la calle, a las casas de enfrente, digamos que al mundo, desde donde los vecinos podían ver, ya sin asombros, la mecánica infernal de aquellos pobladores de la desgracia, cuyo destino me tocaba

oficina y moral  
una mierda que us  
anexos iba identificados  
como los,

compartir. El infierno era para nosotros la exhibición de la desdicha, el no poder ocultarnos en lo profundo de las habitaciones alineadas, porque cada vez que entrábamos o salíamos rozábamos el aire público de la galería, donde miles de miradas que habitaban en un mundo normal vedado a nosotros nos miraban como a objetos extraños o enfermos incurables o, en el caso de mis primos por ser bellos, como a pequeños angeles leprosos.

Invierno y verano comíamos bajo aquel alero expuesto a todos, de pie alrededor de la mesa, desde que las dos únicas sillas eran para mis tíos. Mi prima la mayor, el que la seguía en edad y yo, éramos los únicos que con nuestra estatura sobrepasábamos la altura de la mesa. Los demás chicos, algunos la alcanzaban con la nariz y la boca; el resto trepaba sobre ladrillos para que la boca no quedase por debajo del nivel de la tabla. Mi tía repartía el guiso y el pan entre gritos de protesta. Mi tutor comía con los cinco sentidos, atento a las rápidas manos de los niños, que apareciendo por debajo y los costados le quitaban el pan o cualquier otro alimento en el momento de llevárselo a la boca. Como siempre quedábamos con hambre, al vaciarse la olla nos la disputábamos bamboleándola entre todos en el aire, para obtener la raspa, comida semiquemada que había que raspar para quitarla del fondo del recipiente.

Desde aquí y desde ahora la veo bambolearse, y detrás del bamboleo tiembla el perro que mi tío envenenó para salvarlo de la otra muerte lenta, acaso con el mismo veneno

que usaba mi tía cada vez que cansada de todo intentaba ocultarse para siempre en unas habitaciones de otros mundos, menos expuestas que las nuestras.

Cuando él llegó tan tarde aquella noche precedido por su olor a carne, ella estaba en la cama, moribunda. Como su comportamiento físico era idéntico al del perro, las mismas convulsiones, el mismo juego de ojos repentinamente blancos, le dimos, como a él, leche con aceite. Al perro se lo hicimos tragar a la fuerza, pero lo vomitó enseguida. Por eso se murió. A ella también tuvimos que forzarla; cada vez que las convulsiones intentaban arrojar afuera el líquido, le tapábamos la boca y la nariz obligándola a tragárselo de nuevo. Quizá por eso se salvó más de una vez.

Mi tío la vio tirada en la cama, hizo un par de muecas y enseguida se indignó con nosotros por no tener el fuego preparado para asar la carne que traía. Nos castigó dejándonos sin cena. Nosotros llorábamos, más por ella que por hambre, apoyados en los bordes de su cama. El, después de comerse el kilo de carne y beberse el litro de vino, se acostó tranquilamente a su lado, aunque estuviese fría como muerta. Al rato roncaba, y la vecina que vino a ponerle una inyección a la moribunda tuvo que empujarlo para poder hacerlo. En altas horas de la noche nos fuimos a nuestra habitación. Al lado del silencio de mi tía, sus ronquidos sonaban en lo profundo. Escuchen, dijo mi prima, está roncando la lombriz.





través de un pasadizo que comunicaba entre las dos mitades de la casa. En el momento de la construcción de la casa, el arquitecto había previsto un pasadizo que comunicara las dos mitades de la casa. Pero el propietario, al ver que el pasadizo era demasiado estrecho, decidió que era mejor tener un pasadizo que comunicara las dos mitades de la casa.

La casa donde vivíamos era solo una mitad. La otra estaba en la casa de al lado, despojada de la nuestra por un grueso muro divisorio. De allí lo absurdo de la distribución de las habitaciones y que uno nunca pudiera estar dentro de ningún cuarto de una manera congruente. Allí entrar era como salir, y allí salir era como entrar.

En la mitad de al lado vivía una hermana del monstruo, a la que no hablaba desde que, después de una gran pelea por la casa que ambos habían heredado, se construyó el muro divisorio. "Te reniego de hermana", le gritó desde su mitad cuando faltaban pocas hiladas de ladrillos para terminar el muro. ~~Desde entonces~~ No la miró a la cara nunca más, y de

eso hacía por lo menos veinteaños por los que se había olvidado de ella. La noche que la hermana renegada se puso grave para morir, con su mitad de casa hecha un revuelo de médicos, parientes llegados en coche desde distintos puntos del país y vecinos que curioseaban, mis primos y mi tía estuvieron todo el tiempo pendientes de lo que pudiera suceder, mientras él, no sólo ajeno a lo que ocurría y se decía sino apartado en un rincón de la galería, pelaba pacientemente, canturreando, semillas de calabaza. En un momento en que al lado aumentaron los llantos y los gritos, mi tía se plantó ante su marido, para pedirle que se olvidase de todo y fuese a verla. "Después de todo es

tu hermana", le dijo utilizando distintos tonos de voces persuasivos, sin conseguir que él dejara de pelar semillas entonando a medias la melodía de un tango olvidado que nadie conocía.

Cuando las semillas peladas formaban ya un montoncito considerable, los hijos, atraídos por el aroma, empezaron a merodear alrededor con el propósito de arrebatárselas sin que él lo advirtiera; con movimientos de rapifia, en la que eran muy diestros, giraban aprovechando la naciente oscuridad.

Mi tío, al advertir la maniobra, se quitó el cinturón, cuyos golpes de hebilla eran muy temidos por sus hijos, y le ordenó al más audaz, que tenía ya las semillas al alcance de una manotada, que encendiese la luz.

Sólo dejó de canturrear o de silbar el tema que lo aislaba de la enojosa realidad de al lado, cuando reprochó dando gritos la falta de limpieza del tubo de la lámpara de querosén, que le impedía ver con claridad la tarea que realizaba y especialmente las manos furtivas de los pequeños ladrones que querían arrebatarse las semillas peladas.

Luego preguntó por el plato hondo, de hierro enlozado, que hacía las veces de mortero, donde machacaría las semillas. Los chicos corrieron a buscarlo en los estantes de la cocina, donde mi tía, alumbrada con una vela, mezclaba su lloriqueo con el ruido de ollas que se tapan y destapan y el de los pantallazos para avivar el fuego de carbón.



El plato no aparecía, y ella dejó de llorar para protestar porque le quitaban la luz. Uno de los pequeños ángeles recordó haberlo visto, con agua para la gallina, en el fondo donde la casa limitaba con un baldío.

El hombre ordenó al más ansioso de sus hijos que fuese a buscarlo, a lo cual éste, que hablaba defectuosamente, se negó en su media lengua diciendo que estaba muy oscuro, no había luna y tenía mucho miedo por lo que estaba pasando al lado, adonde todo el mundo llegaba llevando flores y coronas.

Finalmente lo acompañaron dos hermanos, mayores que él, llevándose la lámpara. Mi tutor puso una mano sobre el montoncito de semillas, con la otra agarró el cinturón por la punta de cuero, de modo de poder golpear eventualmente con la hebilla metálica, para el caso de que cualquiera quisiese despojarlo aprovechando la oscuridad.

Cuando los tres niños aparecieron ~~en el fondo~~ alrededor del haz de luz, les dijo que aprovecharan el grifo del fondo, para lavar el plato. Tras secarlo con una punta de su delantal de carnicero, que había olvidado quitarse, puso las semillas en el recipiente y se puso a aplastarlas con un palo. Luego agregó azúcar, lo mezcló con su saliva y amasó hasta formar una especie de albóndiga verdosa.

-No es para mí -le dijo al que lo interrogó, señalándose el estómago en dirección a la lombriz solitaria, destinataria de la bola de semillas.

En la casa de al lado estaban moviendo muebles de su sitio cuando mi tío, enterado de que la cena demoraría debido a que el carbón era duro de prender, preguntó si entonces no había un huevo frito. Cuando la mujer le dijo que no desde la cocina, dio un grito más fuerte que los de al lado preguntando qué pasaba entonces con los huevos que ponía la gallina.

"Es este degenerado, que se los come crudos, como las víboras", dijo mi tía golpeando en la cabeza con una cuchara a uno de sus hijos, como si nadie supiera hasta el cansancio que el golpeado esperaba que la gallina pusiese el huevo, y antes de que empezara a cacarear, caliente el huevo todavía, le hacía dos agujeros con un clavo que llevaba siempre en el bolsillo, por uno entraba el aire necesario, por el otro succionaba.

Tres de mis primos más grandes permanecían con las orejas pegadas al muro divisorio, y cuando lograban reconstruir auditivamente un hecho consumado corrían a comunicárselo a mi tía. De esa manera ella supo, casi simultáneamente con el curso de la acción, que habían traído la capilla ardiente, o que ya estaban soldando el ataúd.

La cena (harina de maíz hervida para nosotros, carne apenas tibia para él), por influencia de las circunstancias, tendía a transcurrir en silencio, es decir, sin peleas, cuando mi tío, mirando oblicuamente a todos, según su único modo de mirar, dijo que al otro día, al amanecer, acabaría por fin con la lombriz que lo carcomía.

Era muy simple. Las semillas de calabaza, por sí mismas y por el azúcar que les había agregado, eran dulcísimas, y había que tener en cuenta que lo dulce era uno de los gustos preferidos por la lombriz solitaria (o *tenia saginata*, según le había explicado el farmacéutico). Pero más dulce estaría al otro día, cuando en ayunas se tragase esa albóndiga casi entera mientras la *tenia*, desesperada allá abajo por el hambre, la estaría esperando con la boca abierta.

Pero eso no era todo. La lombriz no acabaría de tragarse y saborear la albóndiga cuando ya estaría recibiendo el chorro inesperado de la purga que iría tras el manjar, una terrible sal inglesa mezclada con sulfato <sup>que provocaría</sup> ~~trastornos~~, ya por vía bucal o por la otra, <sup>su</sup> ~~expulsión~~ <sup>ión</sup> ~~al~~ <sup>exterior</sup> ~~parásito~~ ~~acqueraco~~.

Al levantarse de la mesa, medio dormido como siempre, fue hacia su pieza llevando la lámpara y la albóndiga verde, mientras mi tía, en la oscuridad, amontonaba los platos. Los demás chicos fueron detrás de la luz. Mi tutor puso cuidadosamente su medicamento, protegido con un trapito ~~de~~ sobre la mesa de noche. Tuvo que cederles la lámpara a los hijos, que lloraban de miedo a los muertos, hasta que se durmieron, justo cuando se terminaba el combustible y se apagaba la lámpara. Al alba, un tremendo grito de mi tío despertó a todo el mundo, incluso a los fieles y solitarios asistentes al velorio de al lado: la albóndiga verde había desaparecido. Se le echó la culpa, y así lo admitió después él mismo, al perforador de huevos.



Y en algo que le dice  
existencia para sentir  
mi padre.

... III ...

... Cuando empecé a poner estos recuerdos en palabras, a  
tanta distancia y tantos años del momento en que fueron

realidad, me proponía descubrir a mi tío en un acto de  
bondad, ~~en algo diferente a su terrible existencia en aquel~~

~~pueblo y en aquel tiempo miserable, para poder armar sin~~  
~~remordimientos mi esquema del mundo y de la vida. Me parecía~~

muy difícil, pero ahora que empecé a contar y veo, en la  
vida de las palabras, que los recuerdos vuelven a ser hechos

(como si mi tío resucitara), la existencia de ese supuesto  
acto de bondad me parece imposible.

Lo que más me duele de él a esta altura de mi vida, es  
que ocupó, ~~usurpando~~, el lugar de un padre bondadoso. Y

que tuve que respetarlo, casi amándolo sin saberlo, durante  
un crecimiento que entonces me pareció una eternidad, y

ahora apenas una chispa, un relámpago oblicuo de sus ojos.

Y más me duele todavía la certeza de que si él  
reapareciera ahora mismo, aquí, yo sería incapaz de

enfrentarlo o rechazarlo y él volvería a someterme.  
Pude salir de ese infierno antes de que acabara mi

crecimiento. Pero por pura casualidad, no por un acto propio  
o elegido. Yo no tenía ninguna voluntad, velada, bajo la

poderosa luz que irradiaba mi tutor. Logré liberarme porque  
mi libertad no tenía importancia para él; porque era él  
quien me permitía esa liberación.

o ternura hacia mí, algo que lo aproximara a un  
padre

Definitivo y necesario - por fin

La miseria no le dejó un solo  
espacio libre a mi tío para poder  
ser un papá con un espíritu  
de una  
manera  
libre  
de la  
despacia  
permanente

pero no lejo a ser un infante

que querían inferirme como  
un hogar.

HOK

*ese lugar recitativo de la vida  
pero no la vida.*

Recuerdo mi llegada a aquel infierno bajo la forma de un tren que se perdía en una curva envuelto en su vapor, mientras mi acompañante y yo permanecíamos en el andén viendo cómo desaparecía. Después lloviznaba y yo con mis cuatro o cinco años estaba parado ante una puerta de alambre tejido sosteniendo una maleta, y el que me acompañaba, supongo que un pariente, llamaba dando palmas.

Ahora mismo estoy oyendo cómo golpea las manos bajo la garúa mientras yo miro a través de la puerta de alambre la galería a la que daban las tres piezas, que se me presentaron como la certeza de un confinamiento.

Vi aparecer una mujer gorda y desgrefñada, que era mi tía, con un cucharón en la mano, seguida por los hijos que caminaban y también por los que apenas gateaban. Alrededor de diez niños que me rodearon oliéndome. "Pero si es Matías", dijo acariciándome la cabeza.

Serían más de las cinco de la tarde, porque mi tío no estaba, y en los días y años que siguieron supe que él se iba a trabajar en la carnicería siempre antes de esa hora. La mujer que era mi tía me miraba y decía "pobrecito" cada vez que mi acompañante le revelaba algún detalle de los motivos de mi presencia allí, para mi desconocidos, y los chicos, descalzos, tocaban mis zapatos y los miraban desde cerca, como si fuesen cortos de vista.

El que me había llevado me entregó a ella un papel que tuvo que sostener un largo rato antes de que lo tomara, mientras la mujer se secaba las manos en el delantal con

olor a lejía. Un papel vinculado conmigo, que contenía toda mi historia en unas pocas líneas, lleno de sellos azules ovalados.

Nos hizo pasar a la cocina, donde nos sirvió mate cocido, a él en una tacita, a mí en un jarro, con un trozo de pan. Cuando los niños, excluidos de la invitación, quisieron protestar, la madre los espantó agitando un gran trapo húmedo diciéndoles que ellos ya habían tenido su merienda.

Uno de ellos se acercó a mí; miraba mi trozo de pan desde muy cerca; igual que con los zapatos, como si fuese corto de vista. Me agradó su rostro, tan hermoso. Le di mi trozo de pan. Al advertirlo mi tía, se lo quitó y volvió a dármelo, creyendo que el niño me lo había arrebatado.

Se fue a llorar afuera. Pero no era llanto lo suyo. Más bien una mezcla de lamento y gruñido. Muy pocas veces los oí llorar realmente. En ese infierno, cualquier debilidad era imposible.

Cuando mi acompañante partió, sin despedirse de mí, me entró el nudo en la garganta. Había oído que tendría que quedarme allí hasta que creciera, y aunque no tenía idea de lo que significaba crecer, lo imaginaba largo y doloroso.

Yo quería volver, aunque no supiera concretamente a dónde (seguramente entonces lo sabía, pero ahora no puedo recordarlo). Desde que bajamos del tren en aquel pueblo miserable, desde que mi acompañante golpeaba las manos ante la puerta, yo pensaba en el regreso. Volver a alguna parte.



No admitía la posibilidad de ir a ningún lugar, si no existía el convencimiento de la posibilidad de volver. Lo más duro era la inevitabilidad del crecimiento para poder hacerlo. Y no sabía qué hacer mientras tanto para sobrellevarlo, y todo eso era el aspecto de confinamiento que tenían las tres piezas oscuras que daban a esa galería infinita.

Fue poco lo que vi del pueblo durante el trayecto de la estación hasta la casa: una gran fábrica de cal a un lado de las vías, del otro un montón de casas chatas. Y todo era muy blanco, como si nevara ceniza.

Por la noche, cuando llegó mi tío y vi su autoridad y su violencia, me di cuenta cabalmente de que las cosas habían cambiado drásticamente para mí, y la noción de volver se convirtió en deseos de salir de allí cuanto antes, aun cuando no hubiese regreso. Me miró volviendo de pronto hacia mí una cabeza de reptil, mientras hablaba de otra cosa, mientras pedía la cena desdefiosamente.

Comió y se acostó. Yo lo hice compartiendo una cama grande con tres de mis primos. Cuando apagó la lámpara en su habitación, cuyo resplandor nos llegaba, quedamos a oscuras. Me puse a llorar lo más despacio que pude. Uno de mis primos encendió una colilla. Mi tía me oyó y me dijo que no fuera tonto, que al otro día haría tortas fritas. Esto, que a mí no me interesaba, produjo algarabía entre mis primos. Cuando él empezó a roncar, "sientan, es la lombriz", dijo el que fumaba.

Esa noche, la primera para tantos años, la pasé casi en vela. Cuando salió la luna vi la sombra de las columnas de la galería, las paredes descascaradas, las vigas de madera. Parpadeando como para dormirme, vi que había vuelto a oscurecerse todo y enseguida sentí las gotas de la lluvia sobre el cinc del techo. De vez en cuando los chicos hablaban dormidos.

Cuando empezó la lluvia sentí hambre. Yo le había pasado mi parte de comida al más atento de mis primos. El mismo al que esa tarde le di mi pan. No sé cuánto tiempo estuve con mis pensamientos fijos en el tren; que tras dejarnos en la estación, desapareció en la curva, envuelto en vapor, iniciando a partir de allí un viaje de muchos años. Volvería algún día, en sentido contrario, para que yo pudiese regresar, aunque no supiese concretamente a dónde; pero cuando hubiese crecido lo suficiente; cuando pudiera realizar actos con plena libertad, como mi tutor por ejemplo, o el hombre que me había traído.

Finalmente me dormí, y cuando al alba me despertaron los gritos del monstruo pidiendo que le alcanzasen todo rápidamente para irse cuanto antes a la carnicería, el tren percibido hasta el momento de dormirme había desaparecido totalmente. Se había alejado durante la noche, bajo la lluvia, y ahora no había ni lluvia ni tren. Había comenzado mi crecimiento.

en aquellos años, el poder de los sacerdotes era enorme y sus  
palabras eran ley. IV. En los años de la guerra, cuando  
el poder de los sacerdotes era enorme y sus palabras eran ley,  
una sola mujer, una sola mujer, una sola mujer, una sola mujer.  
La única hembra de ese criadero, de unos doce o trece  
años, era dulce y cruel, era dulce y cruel, era dulce y cruel.

En el estricto mundo impuesto por mis tíos, la violación  
constante de sus leyes era la única forma posible de vivir.  
Mi prima, por ~~haber nacido~~ tener contactos directos con los  
adultos y además por propia inclinación, siempre sabía quién  
era el culpable de cualquier acto susceptible de castigo. El  
poder derivado de esa situación podía ser cruel o no, según  
ella lo desease. Sus hermanos la odiaban y temían. Casi  
todos los excesos le estaban permitidos. Podía apropiarse de  
la comida de los demás, castigar físicamente por su cuenta,  
acusar a cualquiera por venganza conociendo de antemano su  
inocencia. Dos hechos fundamentales le permitían sus  
prácticas egoístas: la protección de sus padres, que siempre  
le daban la razón, y su belleza, de la que derivaba, cuando  
no estaba practicando su crueldad, su increíble dulzura, los  
besos. Casi nunca hablamos formalmente. Nuestra comunicación,  
que era profunda, se producía a través del juego y el deseo.  
Este último subyacía en todos nuestros actos. Aunque ella me  
estuviese acusando o condenando, ambos sabíamos que detrás  
de todo estaba aquello, ~~el amor, el amor, el amor.~~

En nuestras relaciones, ella era audaz y potente, yo  
tímido y cobarde. Y más fuerte que todos nosotros, pues



tenía acceso, sin autorización de nadie, a una especie de despensa, cerrada con candado, donde se guardaban los alimentos más codiciados que su padre robaba en el negocio donde trabajaba; chorizos, dulces y fiambres variados. Esa fuerza o normalidad alimenticia la volvía franca y agresiva, mientras nosotros, débiles y raquiticos, teníamos más habilidad para la mentira, el engaño y la rapia.

Cualquier juego que practicáramos, era solamente el pretexto del momento para estar solos a la hora de la siesta, del calor y la soledad, del silencio y todas las posibilidades de transgresión a nuestro alcance, el juego verdadero. Entre ellos estaba el de la mosca y la araña, en cuya ferocidad encontramos significaciones misteriosas y terribles. En las juntas de los ladrillos del muro las arañas habían construido sus guaridas. Nuestra diversión consistía en cazar moscas en la cocina y arrojarlas junto a la boca de los nidos, dejando que se enredasen en la tela. En cuando empezaban a zumban aparecía la araña, que con un solo movimiento las introducía en el hueco, donde en cuestión de segundos dejaban de zumban. Ese silencio brusco, que era la entrega de la mosca a las fauces de la araña, nos producía placer. Apenas oíamos morir al insecto, corríamos a la cocina en busca de otro, buscamos y buscamos.

Habíamos logrado, tras mucho sigilo, que nadie se enterara de la diversión que practicábamos a solas. A los más pequeños les exigían dormir la siesta; y nosotros nos

encargábamos de aterrorizarlos para que no se levantasen; así teníamos toda la casa, durante esas horas, para nosotros dos.

Según avanzaba nuestro crecimiento, el juego y los deseos iban cada vez más allá. El último verano que pasamos juntos habíamos inventado salir a la siesta a buscar fruta silvestre para hacer dulce.

Tras la aparatosa recolección, cuya falta de sentido nos saltaba a la vista, nos echamos a descansar bajo un aramo. El paisaje desaparecía, solo estábamos nosotros. Todo estaba en silencio; solamente se oía, como si fuese un latido terrible, la presencia intolerable del deseo, seguido por su tremenda carga de castigos. Los únicos elementos visibles de todo aquello eran su fuerza y mi cobardía.

En un juego-lucha que iniciamos como si fuéramos la mosca y la araña, ella quería ponerme boca arriba para que quedase en evidencia, por la erección que yo intentaba ocultar, mi deseo por ella. Cuando me puso de espaldas, aprovechándose de su tremenda fuerza, quise levantarme, lleno de ira y de vergüenza; pero se me echó encima, me trabó los brazos bajo la espalda. Todo su cuerpo sobre el mío. Yo tiritaba, y un labio me saltaba solo, deformándose la boca. Ella me miraba profundamente, con unos ojos terribles que no sabía que tuviese. Habló, alterada: *Qué te hago, qué te hago ahora*, saltaba de sus labios, que temblaban como los míos, mientras yo trataba de ponerme boca abajo, vencido por la edad insuficiente y la vergüenza.

Entonces me soltó. Caminaba a mi alrededor, se alejaba y volvía. Yo me quedé boca abajo, ocultando el abultamiento de mi sexo, sintiendo el olor intenso de las hierbas pisoteadas y cortadas en la lucha. El silencio espantoso del comienzo desaparecía, se oía cantar las palomas a lo lejos.

Regresamos en silencio. Antes de salir del monte, al cruzar los hilos del alambrado junto a la calle desierta, la tomé de los brazos y la besé, resuelto a asumir de una vez mi condición de persona que ha crecido. Ella se dejó besar, indiferente, y luego me miró con ira.

Nunca más permitió que se repitiera aquella situación, mientras mi deseo y mis atechos aumentaban. Temía que ella me acusara. Creía que ya lo había hecho, que el monstruo lo sabía y solamente aguardaba el momento propicio para aplastarme sin que nadie se enterara, para hacerme desaparecer. ¿Un chico que vivía aquí? ¿Qué chico? Aquí nunca hemos visto a ese chico. Mi posible asesino pasaba a mi lado, me miraba de reojo. Era como si me mirara la lombriz.

o rayitas

Se aproximaba el tiempo de mi huida, mejor dicho de mi salida, porque en cuanto manifesté mis deseos de salir de allí se apresuraron a decirme que cómo no, todos encantados, especialmente mi tutor, y también ella, desde lejos, con una mueca desdenosa, me estaba diciendo adiós antes de que me fuera.

Español



Empezó a salir mucho; con un tal Mercado, volvía tarde a la casa, sin que mi tío se lo recriminase; haciendo ostentación de gestos ampulosos y palabras obscenas;

Una siesta me invitó a jugar a las moscas; como si aceptara que lo nuestro se reanudara. Hablamos con libertad, le tomé una mano. Justo cuando llegaron sus hermanos, venidos como del infierno, y descubrieron nuestro juego. En un instante lo aprendieron. Ella se retiró y se sentó en uno de los escalones que separaban la galería del patio. Yo me quedé entre mis primos, como un imbécil, ayudándoles a perfeccionar el juego que acababan de aprender, *nuestro juego.*

Traían piedras grandes, arrojaban la mosca, y cuando aparecía la araña la aplastaban juntamente con la mosca, contra la pared.

Renuncié poco a poco a mis sentimientos y me dediqué a cuidarla, a protegerla de los muchos Mercado que la acosaban, la tenían un tiempo y la abandonaban luego. El demonio, por su parte, o no se daba cuenta o se hacía el desentendido. Ella rechazaba mi protección y mis consejos, me decía que si quería alejarla de los otros era para tomarla yo y hacer lo mismo que ellos. *Te hacés el santo pero sos peor que todos nosotros.*

Supe después que a poco de haberme ido yo, abandonó el pueblo y se radicó en la capital de la provincia, posiblemente con Mercado.

Nos encontramos en la calle un par de veces en varios años. Apenas nos saludamos, como tratando de evitar el encuentro. Después abandoné la ciudad, y ella se fue borrando con el tiempo; para dejarme en el recuerdo, junto a la sonrisa dulce que cuando aparece ocupa la totalidad de mi memoria; la crueldad de la muñeca desdeñosa conque aceptó aquel día que yo me marchase para siempre de la casa.

...

...

...

...

... para los que no les guste, la puerta está abierta",  
aquí nadie obliga a estar a nadie...

La frase, que mi tío repetía dirigiéndose a mí sin mirarme, me creaba una situación difícil. Durante años yo había estado esperando crecer para salir de allí. Ahora que podía hacerlo, que ellos mismos me invitaban a salir, me resistía a tomar la decisión. Lo que me retenía todavía era una especie de sentimiento que me avergonzaba. En el fondo de todo, <sup>temía</sup> ~~creo~~ que si los abandonaba, ~~si los~~ ~~abandonaba~~, les pasaría algo muy grave, ~~que~~ que no les había sucedido todavía debido a mi presencia. Como si yo, sin saberlo, hubiese ido allí <sup>sólo eso</sup> para ~~completar esa misión~~. Y así como no era consciente de mi función, ellos tampoco estaban enterados de mi capacidad salvífica, y aceptaban desprenderse de lo único que en este mundo hubiera podido rescatarlos del irremediable hundimiento que los esperaba.

Tenía pesadillas donde la lombriz de mi tío, crecida hasta la monstruosidad, ocupaba el lugar de todos; mi prima, con el último resto de su existencia y de su belleza, me decía, sin abandonar su mueca desdeñosa: *todo ha sido por tu culpa; si no hubieses aparecido por aquí, esto no habría pasado nunca; ahora todo está perdido; te salvarás, pero nosotros moriremos.*

*de la miseria,*  
*intentaron darte culpado, pero te negaste a recibirlo, y ahora también nosotros lo hemos perdido, por tu culpa.*



El día de mi partida no se modificó ni alteró nada. Yo, con la maleta en la mano, sólo tenía que salir, dirigirme hacia la puerta de calle, pero esperaba que alguien moviera un dedo, que preguntara algo, para poder decir adiós por lo menos. Y nada, todos estaban en el patio según la costumbre, como si nada sucediera.

Me desplazé entre ellos, y ante el silencio generalizado dije: "bueno, me voy, a lo mejor algún día nos volvemos a ver".

Me saludaron como si me ausentase momentáneamente. No me preguntaron hacia dónde me dirigía ni se movieron de su sitio. Únicamente mi tía dejó de planchar un instante para abrazarme y <sup>¡lloriquear!</sup> llorar un poco. Mi tío, creo, hizo una mueca, más bien de fastidio. Pero no por mí, como si lo molestara la lombriz. Mi partida no existía para él.

Los primeros años de libertad fueron muy duros. No sabía qué hacer con mi tiempo ni cómo trabar relaciones con los demás, que en nada se parecían a mis parientes. Me costaba aceptar los nuevos referentes de la realidad, comportarme con corrección, comer de una manera civilizada.

Pasaba horas en la biblioteca leyendo biografías de hombres cuyas existencias estuvieron constituidas especialmente por actos de bondad, San Francisco de Asís, por ejemplo, o los grandes artistas que lo dieron todo. Y qué alegría saber que esos hombres existían, pero qué tristeza saber al mismo tiempo que mi tío era lo opuesto, porque no podía ser bueno, porque no sabía, porque estaba

completamente solo en este mundo; aislado, igual que su lombriz.

La bibliotecaria que escuchó aquella tarde mis sollozos me preguntó tímidamente si necesitaba ayuda, si me pasaba algo malo. Intenté explicarle, sin conseguirlo, que todos en el mundo podían ser felices, menos mi tío, porque no podía. Que mi llanto era por su exclusión, por lo buenas que hubieran podido ser las cosas para nosotros si no hubiesen sido como fueron. Es terrible, no puedo soportarlo, le dije sintiendo lo ridículo de la situación, propia del lugar que acababa de abandonar, no del mundo congruente en el que intentaba insertarme. La bibliotecaria me miró sin comprender, volvió a su sitio sin hacer comentarios.

La evocación de los hechos, provocada por mí para poder *como yo dije* armar ~~sin remordimientos~~ y con alguna congruencia mi esquema del mundo y de la vida, lejos de permitírmelo me llevó a un callejón sin salida. Mi tío y su mundo seguían sin explicación, mientras yo había comenzado a envejecer.

Nunca tuve capacidad para pensar racionalmente, pero mi sentimiento del mundo y de las cosas siempre me ha empujado a hacerlo; con resultados puramente emotivos, claro; porque para pensar en serio hacen falta lucidez y la determinación de hacerlo, cualidades de las que carezco.

Estas "emociones" con pretensiones de pensamientos me llevaron a decirme (y lo que es peor, a sentirlo así), que nosotros, es decir, esa familia de la que, aunque no lo

ojo

desee, formo parte; no hemos venido aquí, tanto a este país que habitamos como a esta vida que nos habita (quiero decir a este mundo o a esta realidad), para hacer nada específico; nuestra "situación" aquí ha sido pura casualidad, un azar inútil; una especie de ruido de vida sin sentido.

*Mi uno puede tener un padre, ni el otro, tampoco, un hijo.*

Ante esa certeza, decidí regresar a aquel pueblo después de más de treinta años; buscar los restos del naufragio y tratar de construir un argumento vital que me sirviera de justificación para vivir en un sentido de congruencia; para poder ir entrando en el futuro con lo único con que uno puede entrar allí; con su pasado (~~pero aprehensible y acurado~~). En realidad volvía para reconstruir la familia que nunca pude tener, porque no supe verla o porque ellos me excluyeron, o de la que yo mismo me excluí, no sabría decirlo.

*aunque sea inconformable o absurdo.*

En cuanto bajé del tren se me aparecieron las chimeneas de la fábrica, el blanco de los techos cubiertos de caliza y las calles idénticas. Fue como llegar otra vez, de la mano de un pariente desconocido, para que me criasen. La única diferencia era que había crecido, lo cual me permitía, acaso milagrosamente, regresar cuando quisiese. Ya no había tiempo implacable por delante.

Recorriendo calles y memorias supervivientes, vi que el pasado, tan fácil de reconstruir, es en definitiva lo único real que se posee. Mi ~~padre~~ *padre* había muerto, claro. Según los memoriosos, llevaba varias horas muerto pero de vez en cuando se crispaba, como si algo siguiese vivo dentro de él. Era la lombriz, que privada de su sustento se resistía a



morir también, enrollándose en el interior del cuerpo  
muerto de mi tío, como pidiendo a gritos que siguiese  
viviendo, para poder seguir alimentándose de él, ~~como~~  
*La carnicería,*  
~~El negocio,~~ que en mis recuerdos aparecía como un gran  
salón de ventas, en la realidad era un pequeño local con un  
mostrador, unos ganchos para colgar la carne, y un  
escaparate con dulces y fiambres, ~~era~~

Tanto el anciano dueño del negocio como su hijo, se  
acordaban de mi tío. De mí, en cambio, no tenían la menor  
idea. Mencioné lo de la lombriz. No conocían ese detalle,  
pero el anciano lo vinculó a su costumbre de comer carne  
cruda. "Seguramente por eso le creció adentro ese parásito".

La casa ya no existía, la había comprado la fábrica para  
ampliar sus patios, y todos los hijos de "este buen hombre"  
actualmente trabajaban en ella, cumplían sus horarios de  
trabajo y acaso en los mismos lugares que habían sido sus  
lechos o lugares de reuniones. O patios donde mi prima,  
indiferente, me miraba con esa mueca desdefiosa sin  
importarle que yo abandonase para siempre el patio de esa  
casa, o que siguiera un camino que me me llevaba

*Te hacés el santo pero sos peor que todos nosotros,* me  
llegaba la voz mientras abandonaba el negocio y tomaba la  
calle tantas veces recorrida por mi tío. No habría avanzado  
ni cien pasos hacia su casa ahora inexistente cuando me  
encontré con él, que avanzaba en dirección contraria a la  
mía. Era él, evidentemente, aunque rejuvenecido. Nos  
cruzamos sin saludarnos, pero nos miramos atentamente todo

el tiempo que duró nuestro cruce. Cuando volví el rostro vi que él también lo había vuelto y que estábamos mirándonos. La lombriz solitaria cuya aparición en la boca de mi tío acechaba yo en su cuarto a la hora de la siesta, para saber cómo era él por dentro, se me aparecía ahora, detrás de mí, vuelta hacia mí, por fin revelada. Una lombriz de cara enferma, torturada, llena de tiempo interminable y con una tristeza sin fin.

Cuando esta imagen desapareció admití finalmente lo que supe en cuanto me crucé con él; era uno de los hijos mayores de mi tío, con el mismo rictus en la boca, su mirada oblicua, acaso con su misma *tenia saginata*. Llegué al lugar que antes ocupó la casa, vi a los obreros, entre los que sin duda estaban mis primos, moverse cenicientos bajo el polvo blanco.

Luego apareció la calle solitaria que llevaba a los montes donde estaban las siestas con sus cantos de palomas, sus pastos pisoteados y el cuerpo de mi prima. Empezaba a lloviznar.

Apoyándome en el alambrado que aquella vez cruzamos juntos, pensé en mis antiguos deseos de querer salvar a mi prima del canibalismo del mundo. En las veces en que, desde el pensamiento, intenté ayudarlos a todos a salvarse <sup>del dolor</sup> ~~de la~~ marginación; Quería *detener* esa caída incesante. Pero todo allí había sido siempre como una gigantesca lombriz que se mordía la cola y giraba sin cesar. Me miré las manos, me palpé las rodillas, la ropa humedecida por una llovizna que

más pertenecía al tiempo transcurrido que a la tormenta del momento, y sentí que me había salvado. Pero <sup>de ese desprecio permanente,</sup> tuve asco de mí. <sup>de era horrible mezcla de</sup>  
~~salvación~~ Prefería estar hundido como ellos. <sup>tristeza y de</sup>  
<sup>poesía.</sup>

En el viaje de regreso ~~tuve plena conciencia de mi~~  
~~salvación~~ Con el movimiento del tren, veía el rostro de mi tío contra el suelo, desplazándose a gran velocidad, con su terrible rictus de martirio y a la vez de autoridad y de violencia. Un rostro de <sup>aguzado.</sup> ~~lombroz~~. Pero según aumentaba la velocidad, los rasgos perversos se borraban dando paso a los ojos puros de la lombriz, donde brillaba una especie de inocencia.

Quando el tren que me sacaba de aquel tiempo alcanzó su máxima velocidad en plena pampa y también en plena noche, se borraron las formas de mi tío proyectadas en el suelo para dar paso a un bloque de recuerdos en el centro del cual había una noche de verano. Mi tío y yo estábamos sentados ante la mesa, en medio del patio, escuchando <sup>α</sup> una orquesta que había venido de la ciudad capital y tocaba en el club del pueblo. Todos los demás dormían. Fue la única vez que estuvimos a solas. La ausencia de otros y la soledad impusieron un diálogo franco hasta entonces imposible. Para rellenar un silencio incómodo, mi tío se vio obligado a decirme, oyendo la melodía que llegaba hasta nosotros, algo deformada por el viento: "ese tango se llama Zorro gris". Yo no pude responder, asumiendo el hecho insólito de que él me dirigiera la palabra. Todavía insistió, cuando empezó la pieza siguiente: "y ése es Rodríguez Peña".

Todo el mundo estaba <sup>aquello</sup> esa noche alrededor de esa orquesta tan famosa que por primera vez visitaba nuestro pueblo. Sólo mi tío y yo, en medio de ese patio inmenso, permanecíamos ajenos a los deseos de la vida real, al mundo, perdidos en la más innecesaria de sus orillas.

Pero había algo muy importante: esa noche mi tío habló conmigo, se comunicó, me dijo, creo, que esos tangos eran muy viejos. Es decir, me estaba dando algo de lo que tan abundantemente poseía el mundo. Me lo daba a mí. Y estaba más que claro que esto constituía el acto de ~~bondad~~ <sup>esternidad</sup> que necesitaba para presentarse dignamente en el mundo de la reconstrucción de los recuerdos, en el pasado congruente que necesitamos para entrar con dignidad en el futuro. Con <sup>ese acto</sup> un <sup>definido,</sup> acto de ~~bondad~~ <sup>definido,</sup> él podía finalmente entrar en el mundo sin lombriz. Y ser,  <sup>aunque no un pájaro</sup> como cualquier persona, sin esfuerzo, por pura imposición de la vida.

Cuando bajé del tren y caminé otra vez por las conocidas calles de esta ciudad donde vivo, tan familiares y tranquilas, tan el lugar de mi supuesta salvación, se me vino a la mente la idea de que ~~nada podía valer un cielo~~ <sup>no tanto sentido</sup> para unos pocos elegidos, porque sería un lugar lleno de remordimientos. Como se podía gozar de un cielo cuando había un infierno. Y bastaba el dolor de un solo hombre para impedir la alegría.

Daniel Moyano



→ En el P.C. : acordeón. mas

MUSICALI003

ojo: en línea 34 pero  
fisarmonica en sabrejos  
palabra, dando la odesa

El viejito del acordeón y entre todos la  
palabra entre NH y AC.  
o al no así y

Hay (o hubo) una vieja polca de los años treinta con este título. La letra es asquerosa, apela a las tonterías de entonces, que son las de todos los tiempos. La música se defiende, tiene lo suyo de a ratos, es decir, no es muy buena que digamos, pero años después de aparecida la mejoró bastante el acordeonista Feliciano Brunelli, hoy tan olvidado como aquella polca. Sólo yo no puedo olvidarme de ese viejito de la canción, porque entre otras cosas de paso era mi abuelo materno. Porque el viejo de la polca, personaje de ficción, nació sin saber que ya existía en la realidad, tal como la canción lo pinta. Entonces, cuando descubrió a mi abuelo, se le acopló. Y vivieron para siempre fusionados. Parece un tanto absurdo, pero es la pura verdad.

Salio  
en  
video  
inverso

Se llamaba (el de la realidad, claro) Giuseppe Bellini, igual que el autor de «Norma» (con el cual estaba medio emparentado, dicen), y llegó con su mujer Vittoria Candiotti a La Falda, departamento Punilla de la provincia de Córdoba, en 1904, procedente del Brasil, en un brazo mi madre, María, nacida en Minas Gerais (un lugar lleno de víboras), y en el otro un acordeón de 12 bajos comprado en Casa América, Avenida de Mayo no sé cuánto, pleno Buenos Aires.

En el pueblo no había nada, sólo tenía el nombre en un letrero y la estación de trenes, de modo que mi abuelo casi tuvo que fundarlo, no a la española, por supuesto, sacando la espada y tomando posesión del lugar, sino a la italiana, que no sé en qué consiste, el caso es que lo más importante de la ceremonia fue cuando se puso a tocar el acordeón, tratando de imitar con ella ciertos aires de una banda pueblerina oída en el Brasil cuando llegó de Italia con una mano atrás y otra adelante. Tocarle a nadie, digo yo, en la única calle de un pueblo vacío que apenas tenía cuatro casas y la estación. El caso es que desparramó su música en el pueblo, lo hermoso era verlos a los tres en medio de esa calle tocando para el aire o las estrellas en un pueblo todavía despoblado.

Italia, donde había nacido, y Brasil, donde se había exiliado, eran sus patrias, útil cualquiera de las dos para la nostalgia cuando se ponía

en curda. En cambio la Argentina, durante sus cuarenta años de permanencia en ella, fue siempre un territorio neutral, capaz solamente, favorecida por el clima que creaban los tangos, de generar melancolías y rencores.

Pero él no añoraba ni el Brasil ni Europa. En todo caso soñaba con algo que estaba entre las dos patrias, que no era el mar ni el barco, ni el baúl traído de Italia que siempre conservó. Y a esa patria, que era inasible pero la verdadera, sólo tenía acceso cuando tocaba el acordeón. Porque parece que fuera de su instrumento musical, no tenía otro elemento de juicio ni otra manera de pertenecer al mundo. Yo, sin acordeón, dijo un día distraidamente, no sabría vivir. El viejo, cuando no tocaba, iba de un lado para otro como un tonto, sin sentido, sin saber adónde ir ni dónde quedarse, sin darse cuenta siquiera de que no estaba tocando. Después se daba un golpecito en la cabeza, y sonreía, pero qué tonto, cómo no me di cuenta antes. Entonces iba al rincón donde la guardaba, le quitaba la tirita que sujetaba el fuelle, la acariciaba un poco, hacía un *glissé* sobre los botones sin producir sonidos, hasta que empezaba a jugar (como él llamaba al tocar) con intervalos. Tocaba como quien avanza hacia un lugar, con pasos decididos. Cuando llegaba al centro que buscaba, entonces empezaba realmente a tocar, apoyaba la cabeza sobre la parte izquierda del instrumento y cerraba los ojos. Es que él, dormido, era como mejor tocaba.

Lo contrataban para tocar en las fiestas (como al personaje de la canción), y de eso vivíamos. Cuando no había fiestas, tocaba en los boliches. Yo era su lazarillo. A este viejo lo he metido, fragmentado, en un montón de cuentos. Lo fui repartiendo por diversas historias. Ahora quiero reconstruirlo, tenerlo entero, como quien arma un puzzle. Aunque me falten algunas piezas.

Vivíamos en las afueras. Como no teníamos radio (ni luz eléctrica, y por poco casi ni "ni", como dice el negro Alvarez), para aprender piezas nuevas había que ir a buscarlas al pueblo y pasárselas al viejo, que inmediatamente la memorizaba y la introducía en el interior del instrumento apretando los botones, como si el acordeón fuese una computadora. Le costaba mucho caminar, por los años, por eso había que traerle la música a la casa.



La música que iba apareciendo en el país se divulgaba por un sistema de propalación, con altavoces en distintos puntos del pueblo, en lo alto de un poste, donde un Carrerito del Este, en la voz de Alberto Castillo, se encontraba esa noche con su amor en la avenida Centenera y Tabaré, o Hugo del Carril nos can(con)taba las desdichas quinceañeras de aquella muchacha del tango "Percal".

Ir a buscar música al pueblo era un privilegio. Significaba que tenías oído, que podías traerla en la memoria sin olvidarte de una sola nota, y sobre todo que el viejo te consideraba músico. Dos de sus hijos lo hacían maravillosamente. Un día, fabuloso para mí, me habló de un vals nuevo que había salido y estaban propalando. El había oído unos compases, traídos por el viento, y le parecieron buenísimos. Le recordaban el canto de un pájaro del Brasil. Y para traerle ese vals, me había elegido a mí. Me dijo que se lo trajera "calentito". No sé a qué se refería con esa palabra. La pieza acababa de salir, y hacía furor en las radios y en las pistas de baile.

Había visto a mis tíos esperar a sus novias apoyados en los postes de los altavoces, ~~resoplando de paso, si era nueva, la música que transmitían.~~ Esperar que pasaran ese vals, como lo habían anunciado, fue para mí la primera cita, ~~el primer beso, con todo el deslumbramiento que produce descubrir la existencia del cuerpo, que en mi caso fueron las notas que de pronto llegaron como novias vestidas de percal, como gotas de una lluvia fría cayendo en el asfalto.~~

Hice el camino de regreso, con todo ese monumento sonoro adentro, asentando apenas los pies para que el ruido no alterara el ritmo. La pérdida de un solo tiempo de un compás cualquiera hubiera podido producir la caída de la pieza entera, quiero decir la caída en el olvido.

Se la entoné (sin letra, claro) nota por nota, tiempo por tiempo, con las pausas necesarias para que él las metiera en el interior de su instrumento. ~~El~~ Las cantaba primero, luego las pasaba a los botones. Chispeaba alegría por los ojos, como después de beber las primeras copas. La estrenó ese sábado, en un casamiento. La gente quedó maravillada. Y en los boliches, al día siguiente, el sombrero se llenaba de monedas y billetes. Eramos casi ricos. Gracias a esa melodía.

Scorell  
CTRL A y F

¿Y cómo sería la que tocó en solitario el día de su llegada al pueblo vacío? Los tres en medio de la calle desierta, pleno invierno, sin conocer el idioma del país. Ninguna de las puertas de las únicas cuatro casas del pueblo se abrió para curiosear a ver quién había llegado. A lo mejor lo espionaron entreabriendo los postigos y hallándole cara de extranjero y verlo así todo torcido (caminaba medio inclinado) resolvieron ignorarlo, que espere el otro tren y siga para arriba, todavía quedan muchos pueblos rumbo al norte. Entonces él que abre el acordeón y toca una de sus polcas o mazurkas <sup>o m<sup>a</sup> dichos</sup> no se sabe concretamente para qué, era una fría tarde de julio y lloviznaba, acaso tocaba para congraciarse o demostrar que no era ladrón, pero de todos modos sigue siendo absurdo eso de ponerse a tocar en una calle solitaria para nadie.

\* Es el vals más hermoso que escuché en mi vida, me dijo cuando acabé de cantarle una por una todas las notas que recogí del altoparlante al pie del poste. Y lo has hecho maravillosamente bien. No era para menos, eran las primeras notas de mi vida y tenían para mí esa condición secreta de cuerpo de mujer en la primera cita que les descubrí de entrada en cuanto empezaron a caer. Me gusta el cariffo conque las trajiste, como si fuesen de cristal. Y acaso sean más hermosas por haberlas traído de esa manera. Seguramente el día de mañana serás músico, con papeles, no como nosotros, tocadores sin pentagrama, orejeros, tocarás todos los instrumentos y dirigirás orquestas por el mundo, miren, ahí va el nieto de Bellini, dirán por ahí, cerca de Copenhague o bien de Rotterdam.

Tocó el vals un par de veces para que comparara a ver si era igual al que había traído. Pero yo no podía establecer comparaciones, porque ya no lo tenía entero en la memoria. Se me desdibujaba. Esa noche, desde la cama, veía brillar los extremos plateados del fuelle, y pensaba que dentro de ellos se escondía esa novia tan dulce de la primera cita.

Fue la única melodía que nunca pude retener. Cada vez que el viejo la tocaba, era nueva para mí. Como si nunca hubiese pasado por mi memoria. Y ahora que el viejo ya no existe, ni el acordeón, ni el país por estar tan lejos, es como si nunca hubiese existido. Y pienso que una melodía olvidada puede llegar a ser una de las cosas más tristes de este mundo.



Desde el término de mi infancia hasta bien avanzada la adolescencia, fui una vasija musical, le llevé a mi abuelo, sin que se me perdiera ni una sola nota, una impresionante cantidad de melodías, que él guardó cuidadosamente en el interior de su acordeón, y allí permanecieron mientras él tuvo vida. Después, vaya a saber qué destino tuvieron, Vaya a saber si el acordeón existe. Es de principios de siglo, pero bueno, los instrumentos duran mucho más que las personas,

Sin que yo lo supiera, casi todas ellas viajaron conmigo cuando me vine a vivir a España. Durante los 14 días de navegación en el *Cristoforo Colombo*, ni siquiera una sola de ellas se asomó, en lo más mínimo, para avisarme que también venían conmigo, que me seguían. No lo hicieron, pese a tratarse de momentos cruciales en una vida. Porque era, en cierto modo, el viaje de regreso que no pudo nunca hacer mi abuelo. No era yo que salía, era él que regresaba, ya para nunca más volver a ese sueño que fue América, para los dos.

En estos últimos años, tras darme cuenta de que las piezas que tocaba mi abuelo estaban aquí en Madrid conmigo, he intentado reconstruirlo como quien arma un puzzle. Sabiendo de antemano que me falta la principal; aquel vals que recogí como a una novia. Lo intento lo mismo, por si acaso, por si en una de éstas la pieza aparece por casualidad, traspapelada con otras. A veces me lleva meses terminar de armar el puzzle y comprobar nuevamente la evidencia de que me falta la pieza principal. Entonces vuelvo a mezclarlas para empezar de nuevo.

Porque aún sabiendo que es imposible reconstruir al viejo faltándome esa pieza, de la misma manera que es imposible reconstruir el país del que te desprendiste, uno no puede eludir la tentación de hacerlo, una y otra vez, ~~de~~ este lado del mar y del tiempo.

♥♥♥

Ojo, por ende, que tenga unidad con  
el comienzo, o sea con el elemento  
"viejito del acordeón"  
5

# Superado

## El viejito del acordeón

Es el título de una polca muy popular en la Argentina de los años treinta. La letra cuenta la historia irrelevante de un viejo que ameniza con su instrumento (y su polca) una fiesta casera. Este personaje de ficción, al nacer, se dio conque tenía una réplica en la realidad. La réplica era un italiano de Forlì de apelativo Giuseppe Bellini, que al mismo tiempo era mi abuelo materno. Conocí a ambos casi al mismo tiempo, y nunca pude diferenciarlos.

El viejito del acordeón revelado por la letra de la polca, está ahí como prestado, sólo para tocar, porque los verdaderos personajes son los invitados. No tiene más fuerza que su presencia. Lo mismo que mi abuelo, que para mí, cuarenta años después de haberlo conocido junto con la pieza musical, es casi un borrón en el tiempo, apenas unos bigotes, un sombrero, el teclado y acaso el fuelle del acordeón. Casi, diría, la ilustración de aquella partitura. Él mismo tocaba la polca del otro, tan compenetrado con ella que durante la ejecución se salía de su naturaleza hasta perderse en la de la ficción. Y ahora, cuando me dispongo a rescatarlo(s), no sé bien a cuál de los dos debo elegir.

Si el de la ficción, cuando salió a la luz en una elegante edición de Julio Korn, se dio conque todo lo que tenía que hacer en la realidad ya lo había hecho mi abuelo, a mi abuelo le pasaba algo parecido: llegado de Italia, en cuanto empieza a tocar, se da con que una canción cuenta su realidad como si fuese una ficción. Pero bueno, al fin se acostumbran a coexistir, y hoy su

Único heredero en la memoria y en el tiempo, o sea el susodicho, prefiere una saludable mezcla de los dos a la hora de poner esos recuerdos en palabras.

La cuestión es que el viejo llegó a La Falda (Córdoba de Argentina) a principios de este siglo que se va para siempre menos mal, procedente do Brazil todopoderoso, con Vitoria su mujer a su lado, la pequeña María mia mamma bajo un brazo y la fisarmonica bajo el otro, comprada, a poco de bajar del barco, en Casa América/Avenida de Mayo/Buenos Aires, ignorante de que por esas calles porteñas se estaba cruzando con unos músicos fundacionales, ese Ignacio Corsini o ese Agustín Magaldi, y seguramente con el mismísimo Gardel.

El pueblo era entonces un letrero y la estación de trenes, y algunas casitas de colores junto a las calles recién trazadas. Todo tan triste y desolado que el viejo, para darle un poco de animación a esas calles desiertas, se puso a tocar unas machichas oídas y memorizadas en Minas Gerais, <sup>comer</sup> cuyos sonidos volcó alegremente en esas calles tan vacías, en esas pocas casas a cuyas ventanas se asomaba la gente para oír una música traída de las selvas pulmonares del Brasil.

Después de pronto habían pasado cuarenta años y el caserío, convertido en pueblo, era la forma del exilio del abuelo. Un territorio que, favorecido por el clima que creaban los tangos, sólo era capaz de generar melancolías y rencores, es decir, nostalgias del paraíso abandonado.

Pero él no tenía ni melancolías ni rencores porque no añoraba ni la Italia natal ni el Brasil compañero. Amaba en



cambio algo que estaba entre esas dos patrias, un país sin bordes ni fronteras donde todo se daba incesantemente, al que sólo tenía acceso cuando tocaba el acordeón. Porque parece que fuera de su instrumento musical, no tenía otra manera de pertenecer al mundo. Una vez dijo su verdad más profunda: yo, sin acordeón, no sabría vivir.

Cuando no tocaba, iba de un lado para otro, sin saber hacia dónde ir ni dónde detenerse, sin poder darse cuenta siquiera de que eso le pasaba porque no estaba tocando. Después se daba un golpecito en la cabeza y sonreía, pero qué tonto soy, cómo no me di cuenta antes. Entonces sí sabía adónde ir, se dirigía resuelto hacia el mueble donde guardaba la fisarmónica, le quitaba la tirita que sujetaba el fuelle, la acariciaba un poco, hacía un glissé sobre los botones sin producir sonido y hurgando entre los intervalos entraba en su país. Cuando llegaba al lugar preciso que buscaba, apoyaba la cabeza en la parte izquierda del instrumento y fingía dormir <sup>propio</sup> sin dejar de tocar. Nosotros oíamos sonidos: él, de allí para adentro, vaya a saber qué. La música es naturaleza y puede mover montañas.

Lo contrataban para tocar en las fiestas -lo mismo que a su sosías del otro costado de la realidad-, y de eso vivíamos. Cuando no había fiestas, tocaba en las tabernas. Yo pasaba el sombrero después de cada ejecución. A este viejo lo he metido, fragmentado, en algunas historias. Repartido. Ahora quiero reconstruirlo entero, como quien arma un puzzle. Aunque me falten algunas piezas.



Vivíamos en las afueras y a él le costaba caminar. Pie plano o vejez o algo de eso. Nuestros clientes exigían las novedades musicales; no teníamos radio y entonces había que ir a buscar la materia prima en el pueblo y pasárselas a él. Teníamos acceso a la música que iba apareciendo en nuestro país, por un sistema de propalación con altavoces en las esquinas, en lo alto de unos postes de madera. Allá arriba vi muchas veces, en la voz de Alberto Castillo, al Carrerito del Este encontrarse con su amada en la avenida Centenera y Tabaré. Allí estaba también la voz del querido Hugo del Carril, can(con)tándonos las desdichas quinceañeras de aquella muchacha del tango "Percal", ¿quién se acuerda ahora de su delicia adolescente? Había que escuchar atentamente la canción recién aparecida, memorizarla y luego silbársela o cantársela al viejo, que la introducía, nota por nota a través de sus botones, en el interior de su instrumento, como si éste fuese una computadora.

Ir a buscar piezas al pueblo era un privilegio. Significaba tener oído, o sea poder traerlas en la memoria sin olvidarse de una sola nota o de un solo silencio; y sobre todo, convertirse en músico. Dos de sus hijos lo hacían maravillosamente. El viejo no encargaba a cualquiera una tarea tan delicada.

Un día, fabuloso para mí, me habló de un vals nuevo que acababa de salir y que estaban propalando. El había oído unos compases, traídos por el viento, y le parecían buenísimos. Le recordaban el canto de un pájaro del Brasil. Y para traer ese vals me había elegido a mí. Lo quería "calentito". No sé a qué se refería con esa palabra. La pieza acababa de salir y hacía furor

en las radios y en las pistas de baile. Las piernas me temblaron de miedo y de alegría al mismo tiempo.

Para que pasaran una pieza había que aguantarse siempre un cuarto de hora de propaganda. Mis tíos, que tenían casi veinte años y bigote, no escuchaban ni una sola de esas palabras enfáticas y falsas, porque aprovechaban ese tiempo para esperar a sus novias, pensando en ellas, claro, sin oír las tonterías que decía el locutor recomendando el uso de la gomina Brancato por ejemplo, o de la brillantina Glostora. Yo en cambio, que no tenía ni novia ni bigote, aquella tarde en que me inicié en las prácticas musicales escuché todas las propagandas, palabra por palabra, para ayudarme con eso a soportar el paso del tiempo. <sup>15 vido</sup> ~~del tiempo~~ <sup>La veces deuro</sup> line 120

Escuchaba esas palabras vacías sintiendo al <sup>15 vez</sup> ~~mismo tiempo~~ que estaba palpando, detrás de ellas, el tiempo de la espera de la primera cita; el vals que iban a pasar era mi primera novia, que de alguna manera ya venía llegando, detrás de esas palabras tontas pero ciertas se acercaba para que yo pudiese tocar su cuerpo misterioso.

Acabó la propaganda y anunciaron el vals, "Gota de lluvia" se llamaba. Empezaron las notas, y eran <sup>15 1ª NOVA</sup> ~~ella~~ apareciendo. Pegué el oído contra el poste, por donde venían, aparte, las vibraciones de los sonidos. Eran su cuerpo, lleno de verdad. La madera del poste tenía la consistencia del percal que la cubría. Nunca después una mujer entró tan fuerte en mí.

Cuando la pieza y la mujer acabaron, todo lleno de ellas inicié el camino de regreso a casa, caminando como agobiado por el peso del monumento sonoro que llevaba adentro, asentando

apenas los pies para que su ruido contra el suelo no perturbara el ritmo. La pérdida de un solo tiempo de un compás cualquiera hubiera podido producir la pérdida irremediable de la carga.

El viejo, tan ansioso como yo, me esperaba acordeón en mano. La trajiste, ¿no? Sí, claro, aquí la tengo.

Se la entoné nota por nota, y él botón por botón las fue metiendo en la memoria interna del instrumento. La alegría le chispeaba por los ojos, como fuegos artificiales o como después de beberse las primeras copas.

Es lo más hermoso que escuché en mi vida, incluyendo los años del Brasil. Y me gusta cómo la has traído, sin olvidarte del más mínimo detalle. Ahora que la hemos encerrado dentro del acordeón, podremos sacarla de allí todas las veces que lo deseemos; ella siempre estará dispuesta y se quedará con nosotros para siempre. Seguramente el día de mañana serás músico; pero con partituras, no como nosotros, tocadores sin pentagrama, orejeros. Tocarás todos los instrumentos y dirigirás orquestas por el mundo; miren, ahí va el nieto de Bellini, dirán por ahí, cerca de Copenhague o bien de Rotterdam.

Tocó la pieza (es decir, la sacó del interior del acordeón apretando los mismos botones que había usado para introducirla), la tocó un par de veces para que yo comparara y dijera si era igual a la que había recogido al pie del poste del altoparlante. Pero no pude comparar nada, la canción ya no estaba en mi memoria.

Nos acostamos temprano pero me dormí tardísimo, excitado por la melodía convertida en cuerpo de mujer. El viejo dejó el

acordeón sobre la mesa. En la alta noche, a la luz de la luna, los extremos plateados del fuelle brillaban significativos, ocultando adentro las tibiezas que había al otro lado del percal en el día y en la hora de la primera cita.

De las muchas melodías que le llevé al viejo durante esa larga pubertad, fue la única que nunca pude retener. Cada vez que él la tocaba, era nueva para mí, como si nunca hubiese pasado por mi memoria. Y ahora que el viejo ya no existe, ni el acordeón, ni el país, por estar tan lejos, <sup>y por olvido,</sup> es como si ese vals no hubiese existido nunca.

Por entonces le llevé al abuelo, sin que se me perdiera ni una sola nota, una acumulación de melodías que eran la historia verdadera de esos tiempos. Las guardó en el interior de su instrumento, y allí permanecieron mientras él tuvo vida. Después, vaya a saber qué destino tuvieron. Ni siquiera sé si el acordeón existe todavía. Era de principios de siglo pero <sup>→ en fin</sup> ~~buene~~, los instrumentos duran más que las personas.

La cosa se está poniendo medio melancólica y solemne, pero todavía hay que decir que esas melodías viajaron conmigo en el barco que me trajo a España, sin que yo me enterara, porque ninguna se asomó a mi memoria durante la travesía. Acaso porque ellas eran de algún modo el viaje de regreso que nunca pudo hacer mi abuelo. O sea que no viajaban conmigo sino con él. No era yo quien salía del país sino él que regresaba a Europa, ya para nunca más volver a ese sueño que fue América para los dos.

Con las melodías que le llevé entonces y que me traje aquí en el barco intento armar un puzzle a ver si consigo retener al



viejo en esa huida del tiempo a la que pertenece, pero me falta una pieza, la de ese vals de aquel primer asombro. Como nunca me resigno a ese olvido, vuelvo a mezclar la baraja una y otra vez para empezar de nuevo.

Porque aún sabiendo que es ~~imposible~~ <sup>o muy difícil</sup> reconstruir al viejo faltándome esa pieza clave (de la misma manera que es imposible reconstruir el país ~~del~~ <sup>del sur</sup> que ~~te desprendiste~~), ~~uno no puede~~ <sup>o es imposible</sup> eludir la tentación de hacerlo, una y otra vez, de este lado del mar y del tiempo, donde las cosas ~~se~~ <sup>de uno</sup> pierden su sentido al mezclarse con razones ~~planetarias~~ <sup>más extensas,</sup>

Y ya no sé de qué viejito del acordeón estoy hablando, no sé si es el del ~~la~~ <sup>barco</sup> o el de la partitura.

\* \* \*

Escrito el 4-7-88

Al hacer el Spell. Text del Lto 2  
 olvidar el Spell time  
 y entrar en el Start by dis.

### Negritos saltarines

La ciudad de La Rioja, una noche cualquiera de hace muchos años, estaba alteradísima y radiante: por primera vez desde su fundación en 1591, recibía la visita de una orquesta sinfónica.

El gobernador, un gordito de cara buena, ocupaba una silla de la primera fila en el improvisado teatro, junto a sus aburridos ministros, acostumbrados a oír esa música tan triste sólo una vez al año por la emisora local, para Semana Santa. Y no podían entender cómo se podía tocar eso fuera de un contexto religioso o fúnebre. Pero bueno, se trataba de un ofrecimiento de la vecina provincia de Córdoba, un asunto oficial después de todo, y el protocolo exigía la asistencia de las autoridades.

El concierto había empezado después de una cena con cabrito a la parrilla y casi todos los vinos, y la maldita modorra de la digestión impedía concentrarse en esa curiosa forma de tocar de los cordobeses, tanto violín y tanta cosa y ni siquiera un solo bombo ni charango ni guitarra pero bueno, uno podía cerrar los ojos para dormir fingiendo que se concentraba en los sonidos, dejando que el programa impreso se desprendiera de los dedos y rodara hasta el suelo con esas palabras raras que contenía, *courante*, *giga* o *allegretto*, pero vea che qué jeroglífico, el caso es que ya todos los ministros duermen pero el gobernador aunque parpadea muy seguido sigue firme ante ese concierto interminable, por algo es casi un poco un descendiente de Facundo Quiroga, y aguantará hasta el fin, ~~entendiendo~~ ~~que~~ de la partitura.

El programa, claro, hecho con toda la pedantería cordobesa, es terrible. Preclásicos para calentar los dedos, Buxtehude, Bach sobre el pucho, luego unos apellidos extrañísimos, con lo que termina la Primera Parte, o sea que todavía hay Otra. En la segunda las cosas empeoran, aparecen apellidos impronunciables como Dvorak por ejemplo, es increíble, ahí nomás Bela Bartok como error de Bela Lugosi, y tocan como si todos se estuvieran equivocando al mismo tiempo. Los ministros cuando se despiertan miran nerviosos sus relojes, el gobernador sigue impertérrito, y en los pastos de afuera los grillos milenarios se ponen a cantar por simpatía.

El rubio grandote que dirige la orquesta se mueve sintiendo todavía en el cuerpo el traqueteo de ocho horas de autobús por caminos de serrucho, ante el peligro de violines descolados y con el alma fuera de su sitio. Aunque tiene la partitura frente a sus ojos dirige de memoria, pero da vueltas las hojas lo mismo, para que nada falte en un concierto al que los tres poderes provinciales asisten por primera vez. Al dar vuelta una página, por su mente cruza a toda velocidad la certeza de que los contrabajos llegaron sanos por milagro. Los oye sonar correctamente y sonríe para adentro, aunque el «color» de sus voces esté ligeramente alterado por el calor seco de esta provincia. Sólo para adentro es su sonrisa, porque por fuera su cara no se ha alterado en lo más mínimo y parece más teutónica que nunca.

Porque bueno, se trata nada menos que de Teodoro Fuchs, que al traer a la ciudad la disciplina y la técnica europea convirtió lo que era poco más que unas hilachas de orquesta, una murga de carnaval, una bandita de pueblo, en la Orquesta Sinfónica de Córdoba, que no sólo acompañaba fielmente a los más grandes solistas del mundo cuando venían, sino que llevaba su música a rincones tan apartados como La Rioja por ejemplo.

Un verdadero milagro, claro. Con Fuchs, algo de Europa y su increíble historia musical se había instalado en Córdoba. Y ahora, aquí en los llanos sedientos, de las manos casi celestiales del maestro y de los sonidos que arrancaba a la orquesta se desprendían elementos de catedrales góticas y vitrales dieciochescos, alfombras prodigiosas y tapices versallescos, alterando maravillosamente el durísimo páramo riojano.

No escaparon estos detalles a la vigilia del gobernador. Le costaba admitir que una simple música tuviera tanto poder. Ni con el presupuesto de todo un año podría su gobierno hacer aparecer ni un solo fleco de esas alfombras de las catedrales o esas Fuentes melodiosas que los músicos desparramaban generosamente por el desolado paisaje provincial.

Teodoro Fuchs, caramba. Un nombre casi mítico para los viejos melómanos de Córdoba que todavía quedan por ahí. Casi que se podrían mencionar sus tiempos como cuando Felisberto Hernández menciona para Montevideo los tiempos de Clemente Collins.

Es que los músicos perduran. Los gobernadores de provincia, en cambio, pasan al olvido, sobre todo si son de La Rioja. Porque, según quiere la leyenda (que

suele coincidir con la realidad), La Rioja es pobre, ignorante, triste, y sus gobernadores también. Entonces si un gobernador de ese lugar va a un concierto, algo tiene que pasar, claro, para que la leyenda pueda seguir alimentándose. Como parece que pasó.

El concierto terminó, y justo cuando los aplausos generosos inducían a Teodoro Fuchs a conceder un bis, lo cortó el gobernador levantándose aparatosamente de su butaca para dirigirse casi corriendo al podio y abrazar al maestro, impidiéndole, sin quererlo, cualquier movimiento reiterativo.

Mientras el público aplaudía el abrazo del gobernador, que como siempre le salió impecable, éste decía:

*Muchas*  
-Mil veces gracias, maestro, por haberse acordado de nosotros. Esta provincia también tiene derecho a estas cosas, que gracias a usted ahora ha conseguido. Y aunque yo no entienda suficientemente lo que esta música se merece, créame que me ha llegado al Fondo del corazón.

-Gracias. ¿Qué más a usted gustó?

-Eso último, sí, eso -respondió el gordo bueno.

Fuchs tomó la partitura de la Cuarta Sinfonía de Bruckner, la hizo firmar por los músicos, él mismo firmó y entregándosela dijo:

-Tenga, es un recuerdo de nosotros.

Durante un silencio larguísimo, el gobernador ojeó las primeras páginas. A ratos fijaba los ojos en un pasaje, a ratos los movía rápidamente como si leyera nota por nota. En una de éstas, extasiado por una nota que tenía tres puntitos y arriba una expresión incomprensible que seguramente sería muy hermosa, *Ruhig bewegt*, dijo:

-Pero vea qué belleza.

Unas diez páginas más adelante, entrecerrando los ojos, comentó:

-Realmente conmovedor.

Fuchs lo miraba sin perder uno solo de sus movimientos.

El gobernador, como si se sintiera obligado a mirar la obra hasta el final, y no encontrando al parecer palabras que decir, se fue perdiendo en páginas y páginas llenas de figuras manuscritas, corcheas y ligaduras, increíbles puntitos a



veces encima y otras al lado de las notas, rayas dobles y triples, sorprendentes calderones, tanto que sus ojos, sin saber adonde ir, empezaron a bailotear nerviosos.

-Si usted alguna duda -habló Fuchs- sobre esta pieza que tanto le ha gustado tiene, me lo dice y yo explico.

El mandatario pasó rápidamente algunas páginas, echó una breve ojeada a la penúltima, volvió a las primeras, medio cerró el libro y luego, abriéndolo al azar, dijo:

-Una pequeña duda.

-A sus órdenes -se inclinó Fuchs sobre el texto.

El gobernador, rodeado por sus ministros, dirigió un dedo al centro de la página elegida. Dijo:

-Dígame, ¿qué son estos negritos saltando el cerco?

Afuera los grillos saltaban y cantaban; como notas iban de un lado a otro saltando los negritos por esos campos melodiosos.



Reinicialo aprovechando que no va Feuchis,  
y centra la cosa en lo significativo.  
Superado y en P.C.

### Negritos saltarines

La Ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja una noche cualquiera del que pronto será siglo pasado estaba atareadísima y radiante porque por primera vez desde su fundación a finales del XVI una orquesta sinfónica iba a sonar en su pequeño espacio provinciano inocente de música hasta entonces.

La tradición oral dice que el gobernador era un gordito de cara buena que ocupaba una silla de la primera fila en el improvisado teatro junto a sus aburridos ministros que identificaban esa música seria con la de los funerales desde que la radio local la transmitía una vez al año para Semana Santa.

Y no podían los ministros ni tampoco el gobernador entender cómo se podía ejecutar esa música fuera de un ambiente religioso o fúnebre pero en fin, la visita de la orquesta y su ineludible consecuencia inmediata, un concierto, eran ofrecimiento de la vecina provincia de Córdoba, un asunto oficial después de todo y el protocolo exigía una asistencia rígida de las autoridades.

La inocencia del gobernador en cuestiones de música era completa, y para colmo la digestión de la cena con tanto cabrito y tanto vino le impedía concentrarse en esa curiosa forma de tocar de los cordobeses, tanto violín y tanta cosa y ni siquiera un solo bombo ni un charango ni nada de eso pero bueno, podía cerrar los ojos para dormir fingiendo que se concentraba en los sonidos, mientras el programa impreso, con palabras rarísimas destacadas en "negritas", se desprendía de sus dedos regordetes y rodaba hasta el césped natural del suelo en esa gigantesca sala cuya cúpula era la Vía Láctea, esplendorosa aquella noche del

Justo Luis por ese asunto  
de lo or seduo

dic la tradicita

dig por dicen

17

primer concierto bajo esos apartados cielos del Noroeste, courante / rondó / giga vea usted qué jeroglífico, los dos ministros principales duermen pero el gobernador aunque parpadea muy seguido sigue firme ante esa música que parece interminable. Por algo es casi un poco descendiente de Facundo y aguantará hasta el fin de las partituras, de pronto se agacha y recoge el programa, que huele a pasto verde.

Sus ojitos, dulces y vírgenes hasta entonces de palabras extranjeras, saltan de Bach a Buxtehude y de éste a Telemann hacia el final de la primera parte, y en la segunda las cosas ya van para peor, aparecen apellidos impronunciables como Dvorak por ejemplo, increíble, enseguida Bela Bartók como error de Bela Lugosi, y allá en el escenario mientras tanto los músicos que tocan como equivocándose todos al mismo tiempo, enojadísimo el director agita amenazante una varilla. En eso unos timbales invisibles en el fondo hacen saltar a los ministros de sus sillas, se despiertan y nerviosos consultan sus relojes, ven que el gobernador sigue impertérrito con los ojos bien abiertos, y en los pastos-alfombra unos grillos milenarios se ponen a cantar por simpatía. Obviamente, grillos que desde su aparición por esas latitudes miles y miles de años hacia atrás, jamás habían oído esa música extraña que tenía el poder de arrancarles la propia por pura reacción mecánica.

*desde Los Arboles o Mendocino*

El director mientras dirige teme que algún instrumento se haya dañado durante el viaje de 500 kilómetros por un camino de serrucho, sabe que los contrabajos llegaron sanos por milagro y teme que en un pasaje para el que faltan todavía diez compases,

donde estos instrumentos tienen un ataque importantísimo, se descuelen de golpe como un ropero usado y alteren ese concierto si no milagroso por lo menos histórico, con los representantes de los tres poderes sentados en la primera fila, con unas coordinadas de tiempo y espacio totalmente vírgenes de orquesta. La noción de este hecho, junto con la entrada normal de los contrabajos, le produce una sonrisa, sólo para adentro, porque por fuera su cara no se ha alterado en lo más mínimo y parece más teutónica que nunca.

Porque bueno, se trata nada menos que de Teodoro Fuchs, que huyendo de Hitler recaló en la Córdoba de los años treinta dicen, gobernada por Sabatini el Orejudo, y con unos golpes de batuta convirtió una bandita provinciana en una orquesta poco menos que europea según dicen.

Hoy pocos saben quien fue Teodoro Fuchs nativo de Chemnitz en Sajonia, por eso hay que decir que en cierto modo hizo posible en parte los sueños de Sarmiento, que aspiraba a poblar La Rioja con teutones, haciendo de su territorio, salinas incluidas, una especie de provincia bávara.

Casi un milagro, claro. Con Fuchs, algo muy importante de Europa y de su grandiosa historia musical se había instalado en Córdoba. Y ahora, en los Llanos sedientos, tras ese casi infinito camino de serrucho, de las manos casi celestiales del maestro y de los sonidos que arrancaba a la orquesta se desprendían elementos de catedrales góticas, sus joyas y vitrales, sus coros y sus órganos deslizándose dulcemente por esos páramos silenciosos sólo alterados por grillos solitarios. El gobernador,



entredormido, vio desfilar al son de la música el sueño de Sarmiento, y pensó pragmáticamente que ni con el presupuesto de diez años podría instalar en su provincia ni una sola de esas catedrales que son lujos del tiempo.

El concierto terminó por fin, y justo cuando unos aplausos generosos que venían del fondo inducían a Fuchs a conceder un bis, el gobernador salió aparatosamente de su silla, casi corriendo llegó al podio y abrazando al maestro lo inmovilizó, impidiéndole, sin quererlo, cualquier acción reiterativa.

-Maestro, aunque yo no entiendo mucho de esta música, créame que me ha llegado al corazón.

-¿Qué más ha a usted gustado?

-Eso último, sí, eso.

Fuchs felicísimo toma de su atril la partitura de la Cuarta Sinfonía de Bruckner y girando entre los músicos como quien baila un vals vienés la hace firmar por todos ellos.

-Tenga, recuerdo de la orquesta.

El gordito ojea las primeras páginas, sus ojos saltarines recorren pentagramas, se detienen en algunos, saltean alegremente otros.

-Vea qué belleza -dice señalando una nota que tiene tres puntitos y arriba una expresión en alemán incomprensible.

-Cualquier duda <sup>va a mi</sup> pregunta -dice el director.

Mientras Fuchs lo miraba embelesado (era la primera vez que estaba tan cerca de un gobernador), el gordito se iba metiendo campo adentro de la partitura, pasaba de una página a otra vorazmente, atraído por esas figuras alámbricas, esas

ondulaciones y esos saltos, hasta que sus ojos, sin saber ya para dónde ir, empezaron a bailotear nerviosos.

-Una pequeña duda -dicen que dijo.

-A sus órdenes -dijo Fuchs inclinándose sobre el mamotreto.

El gordo bueno, rodeado por sus ministros y subsecretarios, puso un dedo al azar en cualquier parte del laberinto.

-Por favor, ¿qué son estos negritos saltando el cerco?

No hubo respuesta, y mientras no la había, por todas partes los grillos saltaban y cantaban, como notas de un lado para otro los negritos saltarines iban y venían bajo la Vía Láctea por esos campos melódicos.

\* \* \*

V.3

Imperativa } put out.  
Sacrifico }  
petro }  
lugeres }  
social }

3<sup>a</sup> Versión,  
Supersada

LA LOMBRIZ

03216  
03216

En las intoxicantes siestas de aquellos veranos interminables, cuando mi tío el endemoniado daba comienzo a sus ronquidos, yo entraba sigiloso en su habitación para esperar, oculto detrás de algún mueble y con los ojos fijos en su boca abierta, que la lombriz solitaria que vivía oculta en su estómago se asomase al exterior. Mis primos la habían visto un par de veces; calculaban que medía más de un metro, y que sus ojos eran verdes y terribles. Yo apenas conocía a mi tío. Me habían enviado a su casa para que allí me criasen. Le tenía desconfianza y un poco de miedo. Si conseguía ver su lombriz, sabría cómo era él por dentro.

Por fuera era hermoso. Pero sólo si miraba de frente, una posición que apenas podía mantener por pocos segundos. Enseguida aparecía, porque ésa era su naturaleza verdadera, aquel rictus imborrable, y esa mirada oblicua que, aflorada, lo conectaba con sus adentros profundos mostrándolo como un monstruo doliente.

Su mujer parecía una prolongación suya, siempre trás él con pasos tímidos y cortos, los ojos en el suelo, esperando palabras o gestos que obedecía inmediatamente.

Holzman SE  
che 104 22

A sus hijos, <sup>muchos</sup> ~~unos ocho o diez~~, hermosos y terribles por

su crueldad, ~~los recuerdo, con sus bucles dorados, como a~~  
~~unos sutiles angelitos entauces,~~ <sup>gran físicamente</sup> ~~Se ocupación favorita: era lo~~

~~Ellos solamente sabían hablar de pájaros, mejor dicho,~~ <sup>Los</sup>  
~~de las técnicas que utilizaban para entraparlos~~ y después,  
en operaciones colectivas que realizaban infundiéndose  
coraje mutuamente, <sup>los pinchaban</sup> pincharles los ojos con espinas de  
cactus. <sup>los pinchaban</sup> Una vez ciegos, cantaban mejor; "escuchen qué  
maravilla ese jilguero".

Se encerraban en el galpón del fondo, generalmente a la  
hora de la siesta, para realizar la tarea, cuya ejecución  
directa estaba a cargo de la hembra única del grupo, mayor  
que todos sus hermanos. "No seas tonto", me decía mi prima,  
de una voz muy dulce, invitándome a participar, con una  
sonrisa que hoy, cuando aparece, es como si ocupara ella  
sola toda mi memoria. Yo entonces huía y aprovechaba para  
meterme en la pieza donde dormía él, a esperar que se  
asomase la lombriz.

Junto a la sonrisa también están en mi memoria, con la  
misma fuerza, los delantales sucios de sangre de la  
carnicería donde trabajaba mi tío, que su mujer lavaba a la  
intemperie en la pileta que había en el patio junto al  
galpón donde se reunían mis primos a la hora de la siesta.

El salía diariamente para la carnicería a las cinco de  
la madrugada, llevando en una bolsa un par de delantales que  
mi tía acababa de planchar. Después que se iba, el tiempo no  
pasaba nunca; eran las dos y media de la tarde, y como él no

Corregido  
en disco





aparecía y los niños tenían hambre, entonces jugaban a que volvía; cualquiera hacía las veces de padre y anticipaba su llegada sacando de entre sus ropas objetos que representaban los alimentos que robaba en la carnicería para poder alimentar a tantos.

Finalmente aparecía, ya en la realidad, se acercaba penosamente, cansado, seguido por todos los perros del barrio, atraídos por el olor a carne que ~~me~~ iba dejando al andar; caminaba por la larga galería de la casa, se escondía a medias para sacar el costillar que traía escondido colgando en el interior de una pierna de los pantalones, y se desplomaba en una silla a esperar que mi tía preparase la comida mientras nosotros soplábamos el fuego de carbón a fin de que se encendiese pronto.

A escondidas de su mujer, si la comida demoraba, picaba carne cruda, la mezclaba con un poco de cebolla y oculto detrás de cualquier puerta la engullía. Cuando ella lo descubría y le decía que eso era una vergüenza, se defendía diciendo que la carne aquella no era para él; y se tocaba el estómago señalando el lugar donde se suponía que vivía la lombriz solitaria.

Las habitaciones de la casa, una al lado de la otra, daban a una galería o alero, y todo ello a la calle, a las casas de enfrente, digamos que al mundo, desde donde todo el que quisiese podía ver, como en una especie de espectáculo de la desgracia, la mecánica infernal de nuestra miseria,

El infierno era para nosotros la exhibición de la

X 2

desdicha. Cada vez que salíamos de las habitaciones hacia la galería expuesta a los demás, era para ~~exhibir~~ <sup>mostrar</sup> el hambre o las degradaciones provocadas por la miseria, ~~mostrar~~ nuestra penosa condición de pobladores de la desgracia a aquella gente que habitaba un mundo normal, vedado a nosotros; que nos miraban, según me parecía, como a monstruos o a enfermos incurables.

Invierno y verano comíamos bajo aquel alero expuesto a todos, de pie alrededor de la mesa, desde que las dos únicas sillas eran para mis tíos. Mi prima la mayor, el que la seguía en edad y yo, éramos los únicos que con nuestra estatura sobrepasábamos la altura de la mesa. Los demás chicos, algunos la alcanzaban con la nariz, otros tenían que trepar sobre ladrillos para que la boca no quedase por debajo del nivel de la tabla. Mi tía repartía el guiso y el pan entre gritos de protesta. Mi tutor comía con los cinco sentidos, atento a las rápidas manos de los niños, que apareciendo por debajo y los costados le quitaban el pan o cualquier otro alimento en el momento de llevárselo a la boca. Como siempre quedábamos con hambre, al vaciarse la olla nos la disputábamos bamboleándola entre todos en el aire, para obtener la raspa, comida semiquemada que había que raspar para quitarla del fondo del recipiente.

Desde aquí y desde ahora la veo bambolearse, y detrás del bamboleo tiembla el perro que mi tío envenenó para salvarlo de la otra muerte lenta, acaso con el mismo veneno que usaba mi tía cada vez que cansada de todo intentaba

ocultarse para siempre en lo que ella llamaba "habitaciones más tranquilas" seguramente de otros mundos, barruntábamos, menos expuestas que las nuestras, /especie (5)

Quando él llegó tan tarde aquella noche precedido por su olor a carne, ella estaba en la cama, moribunda, con un comportamiento físico idéntico al del perro que envenenó mi tío, las mismas convulsiones, el mismo juego de ojos repentinamente blancos, Y le dimos, como a él, leche con aceite. Al perro se lo hicimos tragar a la fuerza, pero lo vomitó enseguida. Por eso se murió. A ella también tuvimos que forzarla; cada vez que sus convulsiones intentaban arrojar afuera el líquido, le tapábamos la boca y la nariz obligándola a tragárselo de nuevo. Quizá por eso se salvó.

Mi tío la vio tirada en la cama, hizo un par de muecas y enseguida se indignó con nosotros por no tener el fuego preparado para asar la carne que traía. Nos castigó dejándonos sin cena. Nosotros llorábamos, más por ella que por hambre, apoyados en los bordes de su cama. El, después, de comerse un kilo de carne y beberse dos botellas de vino, se acostó tranquilamente a su lado, aunque estuviese fría como muerta. Al rato roncaba, y la vecina que vino a ponerle una inyección a la moribunda tuvo que empujarlo para poder hacerlo. Al lado del silencio de mi tía, sus ronquidos sonaban en lo profundo. Escuchen, dijo mi prima, está roncando la lombriz.

Una lombriz que, según el farmacéutico, era un ejemplar adulto. Tenía un "escolex" o cabeza, con cuatro ventosas que

le permitían estar siempre prendida de mi tutor. Después de la cabeza (cuya aparición acechaba yo a la hora de la siesta, esperando el verde resplandor de su mirada), el huésped se prolongaba en una serie interminable de anillos hermafroditas, que se extendían desordenadamente a lo largo de los nervios de mi tío.



II

La casa donde vivíamos era solo una mitad. La otra estaba en la casa de al lado, ~~desgajada~~ de la nuestra por un ~~grueso~~ muro divisorio. De ahí lo absurdo de la distribución de las habitaciones y que uno nunca pudiera estar dentro de ningún cuarto de una manera congruente. Entrar <sup>era</sup> <sup>como</sup> salir.

En la mitad de al lado vivía una hermana de mi tío, a la que no hablaba desde que, después de una gran pelea por la casa que ambos habían heredado, se construyó el muro divisorio. "Te reniego de hermana", le gritó desde su mitad cuando faltaban pocas hiladas de ladrillos para terminarlo. No la miró a la cara nunca más, y de eso hacía por lo menos veinte años.

La noche que la hermana renegada se puso grave para morir, con su mitad de casa hecha un revuelo de parientes llegados desde distintos puntos del país, mis primos y mi tía estuvieron todo el tiempo pendientes de lo que pudiera suceder, mientras él, no sólo ajeno a lo que ocurría y se decía sino apartado en un rincón de la galería, pelaba pacientemente, canturreando, semillas de calabaza.

En un momento en que al lado aumentaron los llantos y los gritos, mi tía se plantó ante su marido, para pedirle que olvidase su odio y fuese a verla. "Después de todo es tu hermana", le dijo utilizando distintos tonos de voces

persuasivos, sin conseguir que él dejara de pelar semillas  
entonando a medias la melodía de un tango olvidado, ~~que nadie~~  
~~concedía.~~

3

Cuando las semillas peladas formaban ya un montoncito  
considerable, los hijos, atraídos por el aroma, empezaron a  
merodear alrededor con el propósito de arrebatárselas; con  
movimientos de rapifla, en la que eran muy diestros, giraban  
aprovechando la naciente oscuridad.

Mi tío, al advertir la maniobra, se quitó el cinturón,  
cuyos golpes de hebilla eran muy temidos por sus hijos, y le  
ordenó al más audaz, que tenía ya las semillas al alcance de  
una manotada, que encendiese la luz.

Sólo dejó de canturrear o de silbar el tema que lo  
aislaba de la enojosa realidad de al lado, cuando reprochó  
dando gritos la falta de limpieza del tubo de la lámpara de  
querosén, que le impedía ver con claridad la tarea que  
realizaba y especialmente las manos furtivas de los pequeños  
ladrones que querían arrebatarse las semillas peladas.

Luego preguntó por el plato hondo, de hierro enlozado,  
que hacía las veces de mortero, donde machacaría las  
semillas. Los chicos corrieron a buscarlo en los estantes de  
la cocina, donde mi tía, alumbrada con una vela, mezclaba  
sus lloros con el ruido de ollas que se tapan y destapan y  
el de los pantallazos para avivar el fuego de carbón.

El plato no aparecía, pero uno de los <sup>hijos</sup> ~~pequeños~~  
recordó haberlo visto, con agua para la gallina, en el fondo  
donde la casa limitaba con un baldío.

4

ellos  
Ordenó al más ansioso de ~~sus hijos~~ que fuese a buscarlo.  
Este, que hablaba defectuosamente, se negó en su media  
lengua diciendo que estaba muy oscuro, no había luna y tenía  
mucho miedo por lo que estaba pasando al lado, ~~además había~~  
~~el mundo llegaba llevando flores y coronas.~~

Finalmente lo acompañaron dos hermanos, mayores que él,  
llevándose la lámpara. Mi tutor puso una mano sobre el  
montoncito de semillas, con la otra agarró el cinturón por  
la punta de cuero, de modo de poder golpear eventualmente  
con la hebilla metálica, para el caso de que cualquiera  
quisiese ~~desaparecer~~ aprovechando la oscuridad.

→ ~~Robie~~  
Cuando los tres niños aparecieron allá, alrededor del  
haz de luz, les dijo que aprovecharan el grifo del fondo  
para lavar el plato. Tras secarlo con una punta de su  
delantal de carnicero que siempre tenía a mano, puso las  
semillas en el recipiente y empezó a aplastarlas con un  
palo. Luego agregó azúcar, un poco de saliva, y amasó hasta  
formar una especie de albóndiga verdosa.

-No es para mí-, respondió cuando los hijos lo  
interrogaron-. Es una receta especial para "ella", dijo  
señalándose el estómago.

En la casa de al lado estaban moviendo muebles de su  
sitio cuando mi tío, enterado de que la cena demoraría  
debido a que el carbón era duro de prender, preguntó si  
entonces no había un huevo frito. Cuando la mujer le dijo  
que no desde la cocina, dio un grito más fuerte que los de  
al lado preguntando qué pasaba entonces con los huevos que

ponía la gallina.

"Es este degenerado, que se los come crudos, como las víboras", dijo mi tía golpeando en la cabeza con una cuchara a uno de sus hijos, como si nadie supiera hasta el cansancio que el golpeado esperaba <sup>ra</sup> que la gallina pusiese el huevo, y antes de que empezara a cacarear, caliente el huevo todavía, le hacía dos agujeros con un clavo que llevaba siempre en el bolsillo, por uno entraba el aire necesario, por el otro chupaba.

Tres de mis primos más grandes permanecían con las orejas pegadas al muro divisorio, y cuando lograban reconstruir auditivamente un hecho consumado corrían a comunicárselo a mi tía. De esa manera ella supo, casi simultáneamente con el curso de la acción, que habían traído la capilla ardiente, o que ya estaban soldando el ataúd.

La cena (harina de maíz hervida para nosotros, carne apenas hecha para él), por influencia de las circunstancias, tendía a transcurrir en silencio, es decir, sin peleas, cuando mi tío, mirando oblicuamente a todos, según su único modo de mirar, dijo que al otro día, al amanecer, acabaría por fin con la lombriz que lo carcomía.

Era muy simple. Las semillas de calabaza, por sí mismas y por el azúcar que les había agregado, eran dulcísimas, y había que tener en cuenta que lo dulce era uno de los gustos preferidos por la lombriz solitaria (o *tenia saginata*, según le había explicado el farmacéutico). Pero más dulce estaría al otro día, cuando en ayunas <sup>ce!</sup> se tragase esa albóndiga casi



entera mientras la tenía, desesperada allá abajo por el hambre, la estaría esperando con la boca abierta.

Pero eso no era todo, En cuanto la lombriz acabase de tragar y saborear la albóndiga, recibiría tras el manjar el chorro inesperado del más amargo de los purgantes, una terrible sal inglesa mezclada con extractos de raíces, que provocaría, por cualquier vía, su expulsión al exterior.

Al levantarse de la mesa, medio dormido como siempre, fue hacia su pieza llevando la lámpara y la albóndiga verde, mientras mi tía, en la oscuridad, amontonaba los platos. Los demás chicos fueron detrás de la luz. Mi tutor puso cuidadosamente su medicamento, protegido con un trapo, sobre la mesa de noche. Tuvo que cederles la lámpara a los hijos, que lloraban de miedo a los muertos, hasta que se durmieron, justo cuando se terminaba el combustible y se apagaba la lámpara. Al alba, un tremendo grito de mi tío despertó a todo el mundo, incluso a los fieles y solitarios asistentes, al velorio de al lado: la albóndiga verde había desaparecido. Se le echó la culpa, y así lo admitió después él mismo, al ~~chupador de~~ <sup>los</sup> huevos, <sup>que parábamos</sup>

11

12

### III

Recuerdo mi llegada bajo la forma de un tren que se perdía en una curva envuelto en su vapor, mientras mi acompañante y yo permanecíamos en el andén viendo cómo desaparecía. Fue poco lo que vi del pueblo durante el trayecto de la estación hasta la casa: una gran fábrica de cal a un lado de las vías, del otro un montón de casas chatas. Y todo era muy blanco, como si nevara ceniza. Después lloviznaba y yo con mis pocos años estaba parado ante una puerta de alambre tejido sosteniendo una maleta, y el que me acompañaba, supongo que un pariente, llamaba dando palmas.

Ahora mismo estoy oyendo cómo golpea las manos bajo la llovizna mientras yo miro a través de la puerta de alambre la galería a la que daban las tres piezas, que se me presentaron como la certeza de un confinamiento.

Vi aparecer una mujer gorda y desgredada, que era mi tía, con un cucharón en la mano, seguida por los hijos que ya caminaban y también por los que apenas gateaban. ~~Alrededor de diez~~ <sup>con un montón de</sup> niños que me rodearon oliéndome. "Pero si es ~~tu tía~~", dijo acariciándome la cara.

mi sobrino  
Serían más de las cinco de la tarde, porque mi tío no estaba, y en los días y años que siguieron supe que él se iba a trabajar siempre antes de esa hora. La mujer que era mi tía me miraba y decía "pobrecito" cada vez que mi

acompañante le revelaba algún detalle de los motivos de mi presencia allí, para mí desconocidos, y los chicos, descalzos, tocaban mis zapatos y los miraban desde cerca, como si fuesen cortos de vista.

El que me había llevado le entregó un papel vinculado conmigo, que contenía toda mi historia en unas pocas líneas, lleno de sellos azules ovalados.

Nos hizo pasar a la cocina, donde nos sirvió mate cocido, a él en una tacita, a mí en un jarro, con un trozo de pan. Cuando los niños, excluidos de la invitación, quisieron protestar, la madre los espantó agitando un gran trapo húmedo diciéndoles que ~~ellos~~ ya habían tenido su merienda.

Uno de ellos se acercó a mí; miraba mi trozo de pan desde muy cerca; igual que con los zapatos, como si fuese corto de vista. Me agradó su rostro, tan hermoso. Le di mi trozo de pan. Al advertirlo mi tía, se lo quitó y volvió a dármelo, creyendo que el niño me lo había arrebatado.

Se fue a llorar afuera. Pero no era llanto lo suyo. Más bien una mezcla de lamento y gruñido. Muy pocas veces los oí llorar realmente. En ese infierno, cualquier debilidad era imposible.

Cuando mi acompañante partió, sin despedirse de mí, me entró el nudo en la garganta. Había oído que tendría que quedarme allí hasta que creciera, y aunque no tenía idea de lo que significaba crecer, lo imaginaba largo y doloroso.

Yo quería volver, aunque no supiera concretamente a

2  
X  
3

dónde (seguramente entonces lo sabía, pero ahora no puedo recordarlo). Desde que bajamos del tren en aquel pueblo miserable, desde que mi acompañante golpeaba las manos ante la puerta, yo pensaba en el regreso, Volver a alguna parte. No admitía la posibilidad de ir a ningún lugar, sin ~~me~~ ~~el~~ ~~convencimiento~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~posibilidad~~ ~~de~~ ~~volver~~? Lo más duro era la inevitabilidad del crecimiento para poder hacerlo. Y no sabía qué hacer mientras tanto para sobrellevarlo, y todo eso era el aspecto de confinamiento que tenían las tres piezas oscuras que daban a esa galería infinita.

4

Por la noche, cuando llegó mi tío y vi su autoridad y su violencia, me di cuenta cabalmente de que las cosas habían cambiado drásticamente para mí, y la noción de volver se convirtió en deseos de salir de allí cuanto antes, aun cuando no hubiese regreso. Me miró volviendo de pronto hacia mí una cabeza de reptil, mientras hablaba de otra cosa, mientras pedía la cena desdefiosamente.

Comió y se acostó. Yo ~~compartiendo~~ una cama grande con tres de mis primos. Cuando apagó la lámpara en su habitación, cuyo resplandor ~~me~~ ~~me~~ ~~puse~~ a llorar lo más despacio que pude. Uno de mis primos encendió una colilla. Mi tía me oyó y me dijo que no fuera tonto, que al otro día haría tortas fritas. Esto, que a mí no me interesaba, produjo algarabía entre mis primos. Cuando él empezó a roncar, "sientan, es la lombriz", dijo el que fumaba.

5  
6



Esa noche, la primera para tantos años, la pasé casi en vela. Al resplandor de los faroles de la calle vi la sombra de las columnas de la galería, las paredes descascaradas, las vigas de madera. Parpadeando como para dormirme, todo eso se me borraba pero oía las gotas de la lluvia sobre el cinc del techo. De vez en cuando los chicos hablaban dormidos.

No sé cuánto tiempo estuve con mis pensamientos fijos en el tren, que tras dejarnos en la estación, desapareció en la curva, envuelto en vapor, iniciando a partir de allí un viaje de muchos años. Volvería algún día, en sentido contrario, para que yo pudiese regresar, aunque no supiese concretamente a dónde; pero cuando hubiese crecido lo suficiente, cuando pudiese realizar actos con plena libertad, como mi tutor por ejemplo, o el hombre que me había traído.

Finalmente me dormí, a pesar del hambre (le había dado mi cena al más atento de mis primos), y cuando al alba me despertaron los gritos de mi tutor pidiendo que le alcanzasen todo rápidamente para irse cuanto antes a la carnicería, el tren que me conectaba todavía con algún lugar congruente ya no estaba. Se había alejado durante la noche, bajo la lluvia, sin que nadie se diese cuenta, dándole paso a mi crecimiento.

Quando empecé a poner estos recuerdos en palabras, a tanta distancia y tantos años del momento en que ~~tuve~~

7

sucesieron.

8

~~me~~ me proponía descubrir a mi tío en un acto de bondad o de ternura hacia mí que le diese consistencia de padre o de algo parecido, para poder armar por fin mi necesario esquema del mundo y de la vida. Me parecía muy difícil, pero ahora que empecé a contar y veo, en la ~~vez~~ <sup>revelación</sup> de las palabras, que los recuerdos vuelven a ser hechos (como si mi tío resucitara), la existencia de ese supuesto acto de ternura me parece imposible. Él carecía de espacios vitales para eso. La miseria no le había dejado un solo sitio libre para poder echarle al mundo, ni siquiera de vez en cuando, una mirada diferente que le permitiera escapar al menos por unos instantes de esa desgracia permanente en que vivía.

9

El desperdició el espacio que había quedado vacío, en mí, para un padre verdadero. Un espacio que ha permanecido siempre intacto. Ni siquiera él pudo ocuparlo. Y ahora es como si lo llenara la lombriz.

#### IV

La única hembra de ese criadero, de unos doce o trece años, era dulce y cruel.

En el estricto mundo de mis tíos, la violación constante de sus leyes era la única forma posible de vivir. Mi prima, por tener contactos directos con los adultos y además por propia inclinación, siempre sabía quién era el culpable de cualquier acto susceptible de castigo. El poder derivado de esa situación podía ser cruel o no, según ella lo desease. Sus hermanos la odiaban y temían. Casi todos los excesos le estaban permitidos. Podía apropiarse de la comida de los demás, castigar físicamente por su cuenta, acusar a cualquiera por venganza conociendo de antemano su inocencia. Dos hechos fundamentales le permitían sus prácticas egoístas: la protección de su padre, que siempre le daba la razón, y su belleza, de la que derivaba, cuando no estaba practicando su crueldad, su increíble dulzura.

Casi nunca hablamos formalmente. Nuestra comunicación, que era profunda, se producía a través del juego y el deseo. Este último subyacía en todos nuestros actos. Aunque ella me estuviese acusando o condenando, ambos sabíamos que detrás de todo estaba aquello.

En nuestras relaciones, ella era audaz y potente, yo tímido y cobarde. Y más fuerte que todos nosotros, pues

1

tenía acceso, sin autorización de nadie, a una especie de despensa, cerrada con candado, donde se guardaban los alimentos más codiciados que su padre robaba en el negocio donde trabajaba: chorizos, dulces y fiambres variados. Esa fuerza y la normalidad alimenticia la volvían franca y agresiva, mientras nosotros, débiles y raquíticos, teníamos más habilidad para la mentira, el engaño y la rapia.

Cualquier juego que practicáramos, era solamente el pretexto del momento para estar solos a la hora de la siesta; el calor y la soledad, el silencio y todas las posibilidades de transgresión a nuestro alcance, el juego verdadero.

Entre ellos estaba el de la mosca y la araña, en cuya ferocidad encontrábamos significaciones misteriosas y terribles. En las juntas de los ladrillos del muro las arañas habían construido sus guaridas. Nuestra diversión consistía en cazar moscas en la cocina y arrojarlas junto a la boca de los nidos, dejando que se enredasen en la tela.

En cuanto ~~se paraba a zumbear~~ aparecía la araña, que con un solo movimiento las introducía en el hueco, donde en cuestión de segundos dejaban de zumbear. Ese silencio brusco, que era la entrega de la mosca al poder paralizante de la araña, nos producía placer. Apenas oíamos morir al insecto, corríamos a la cocina en busca de otro.

Habíamos logrado, tras mucho sigilo, que nadie se enterara de la diversión que practicábamos a solas. A los más pequeños les exigían dormir la siesta; y nosotros nos

2

4

5

3



encargábamos de aterrorizarlos para que no se levantasen; así teníamos toda la casa, durante esas horas, para nosotros dos.

Según avanzaba nuestro crecimiento, el juego y los deseos iban cada vez más allá. El último verano que pasamos juntos habíamos inventado salir a la siesta a buscar fruta silvestre para hacer dulce.

Tras la aparatosa recolección, cuya falta de sentido nos saltaba a la vista, nos echamos a descansar bajo un aramo. El paisaje desaparecía, solo estábamos nosotros. Todo estaba en silencio; solamente se oía, como si fuese un latido terrible, la presencia intolerable del deseo, seguido por su tremenda carga de castigos. Los únicos elementos visibles de todo aquello eran su fuerza y mi cobardía.

En un juego-lucha que iniciamos como si fuéramos la mosca y la araña, ella quería ponerme boca arriba <sup>de jin</sup> para que quedase en evidencia, por la erección que yo intentaba ocultar, ~~ll~~ <sup>ll</sup> mil deseo por ella. (Cuando me puso de espaldas, aprovechándose de su tremenda fuerza, quise levantarme, lleno de ira y de vergüenza; pero se me echó encima, me trabó los brazos bajo la espalda, ~~su cuerpo sobre el mío~~. Yo tiritaba, <sup>los labios me temblaban solos</sup> ~~y un labio me saltaba solo~~, deformándose la boca. Ella me miraba profundamente, con unos ojos terribles que no sabía que tuviese. Habló, alterada: *Qué te hago, qué te hago ahora*, saltaba de sus labios, que temblaban como los míos, mientras yo trataba de ponerme boca abajo, vencido por la edad insuficiente y la vergüenza.

9

Entonces me soltó, Caminaba a mi alrededor, se alejaba y volvía. Yo me quedé boca abajo, ocultando el abultamiento ~~de~~ *que se fría,*  
~~de~~, sintiendo el olor intenso de las hierbas pisoteadas y cortadas en la lucha. El silencio espantoso del comienzo desaparecía. Las palomas cantaban a lo lejos.

Regresamos en silencio. Antes de salir del monte; al cruzar los hilos del alambrado junto a la calle desierta, la tomé de los brazos y la besé, resuelto a asumir de una vez mi condición de persona que ha crecido. Ella se dejó besar, indiferente, y luego me miró con ira.

over

Nunca más permitió que se repitiera aquella situación, mientras mi deseo y mis acechos aumentaban. Temía que ella me acusara. Creía que ya lo había hecho, que ~~el monstruo~~ *se podía* lo sabía y solamente aguardaba el momento propicio para aplastarme sin que nadie se enterara, para hacerme desaparecer en el hueco y escuchar mi zumbido hasta que éste cesase ante el encuentro con la araña. ¿Un chico que vivía aquí? ¿Qué chico? Aquí nunca hemos visto a ese chico. Mi posible asesino pasaba a mi lado, me miraba de reojo. Era como si me mirara la lombriz.

10

Se aproximaba el tiempo de mi huida, mejor dicho de mi salida, porque en cuanto manifesté mis deseos de salir de allí se apresuraron a decirme que cómo no, todos encantados, especialmente mi tutor, y también ella, desde lejos, con una mueca desdefiosa, me estaba diciendo adiós antes de que me

fue *se*

11

Empezó a salir mucho, con un tal Mercado, volvía tarde a la casa, sin que mi tío se lo recriminase, haciendo ostentación de gestos ampulosos y palabras obscenas.

Una siesta me invitó a jugar a las moscas, como si aceptara que lo nuestro se reanudara. Hablamos con libertad, le tomé una mano. Justo cuando llegaron sus hermanos, venidos como del infierno, y descubrieron nuestro juego. En un instante lo aprendieron. Ella se retiró y se sentó en uno de los escalones que separaban la galería del patio. Yo me quedé entre mis primos, como un imbécil, ayudándoles a perfeccionar el juego que acababan de aprender, *nuestro juego; el más querido.*

Traían piedras grandes, arrojaban la mosca sobre la tela, y cuando la araña aparecía aplastaban a los dos insectos juntos contra la pared.

Renuncié poco a poco a mis sentimientos y me dediqué a cuidarla, a protegerla de los muchos Mercado que la acosaban, la tenían un tiempo y la abandonaban luego. El demonio, por su parte, o no se daba cuenta o se hacía el desentendido. Ella rechazaba mi protección y mis consejos, me decía que si quería alejarla de los otros era para tomarla yo y hacer lo mismo que ellos. *Te hacés el santo pero sos peor que todos nosotros.*

Supe después que a poco de haberme ido yo, abandonó el pueblo y se radicó en la capital de la provincia, *supongo que* posiblemente con Mercado.

Nos encontramos en la calle un par de veces en varios

años. Apenas nos saludamos, como tratando de evitar el  
encuentro. Después abandoné la ciudad, y ella se fue  
borrando con el tiempo, para dejarme en el recuerdo, junto a  
la sonrisa dulce que cuando aparece ocupa la totalidad de mi  
memoria, la crueldad de la muñeca desdofosa conque aceptó  
aquel día que yo me marchase para siempre de la casa.

[Faint, mostly illegible text follows, appearing to be bleed-through or a second page of text.]



1961

1

"Y <sup>a</sup> ~~para~~ los que no les guste, <sup>allí está</sup> la puerta ~~está abierta~~: aquí nadie obliga a estar a nadie".

3

La frase, que mi tío repetía dirigiéndose a mí sin mirarme, me creaba una situación difícil. Durante años yo había estado esperando crecer para salir de allí. Ahora que podía, que ellos mismos me invitaban a hacerlo, me resistía a tomar la decisión. Lo que me retenía todavía era una mezcla de sentimientos muy confusos. Por un lado, él, pese a todo, algo de padre tenía. A lo mejor no se trataba de que no lo fuera sino de que no le alcanzaban las fuerzas para serlo. Y ahora yo iba a abandonarlo. Por el otro, tenía miedo de que, si los abandonaba, les pasara algo muy grave, que no les había sucedido todavía debido a mi presencia. Como si yo, sin saberlo, hubiese ido allí sólo para impedir ese desastre. Y así como no era conciente de mi función, ellos tampoco estaban enterados de mi capacidad salvífica; y aceptaban desprenderse de lo único que en este mundo hubiera podido rescatarlos de una especie de soledad sin fin en la desgracia.

2

Tenía pesadillas donde la lombriz, crecida hasta la monstruosidad, ocupaba el lugar de mi tío y lo sustituía en el mando de esa casa a la deriva; mi prima, con el último resto de su existencia y de su belleza, me decía, sin abandonar su mueca desdeñosa: *todo ha sido por tu culpa; si*

no hubieses aparecido por aquí, esto no habría pasado nunca; ahora todo está perdido; te salvarás, pero nosotros moriremos. Intentamos darte un padre, pero te negaste a recibirlo; y ahora nosotros también lo hemos perdido por tu culpa.

ver

El día de mi partida no se modificó ni alteró nada. Yo, con la maleta en la mano, sólo tenía que salir, dirigirme hacia la puerta de calle, pero esperaba que alguien moviera un dedo, <sup>que me permitiera</sup> que preguntara algo, para poder decir adiós por lo menos. Todos estaban en el patio según la costumbre, pero en absoluto silencio, sin ninguna palabra para mi partida.

3

Me desplacé entre ellos, y como ninguno movió la boca, ni siquiera los músculos de la cara, dije "bueno, me voy, a lo mejor algún día nos volvemos a ver".

ver si  
aprovecho  
algo más

Me saludaron alzando una mano o moviendo la cabeza, como si me ausentase momentáneamente. No me preguntaron hacia dónde me dirigía ni se movieron de su sitio. Únicamente mi tía dejó de planchar un instante para abrazarme y lloriquear un poco. Mi tío, creo, hizo una mueca, más bien de fastidio. Pero no por mí; como si lo molestara la lombriz. Mi partida no existía para él, yo era como su hermana el día que murió.

5

Los primeros años de libertad fueron muy duros. No sabía qué hacer con mi tiempo ni cómo trabar relaciones con los demás, que en nada se parecían a nosotros, a quienes la sola mención de algo como mi tío les provcaba muecas de absoluta intolerencia. Me costaba aceptar los nuevos referentes de la

525

realidad, hablar sin malicia, comer sin desesperación, etc.

El episodio de la biblioteca me avergüenza todavía y sin duda me avergonzará toda la vida, pero tengo que contarlo. Iba allí todas las tardes, en busca de biografías de hombres cuyas existencias estuvieron constituidas especialmente por actos de bondad, San Francisco de Asís, por ejemplo, o los grandes artistas que lo dieron todo. Y qué alegría saber que esos hombres existían, pero qué tristeza saber al mismo tiempo que mi tío era lo opuesto, no porque no podía ser bondadoso, porque no sabía, porque estaba completamente solo en este mundo; aislado igual que su lombriz. Y me dolía su indolencia, su incapacidad de indignación ante la injusticia social de la que era víctima, a la que consideraba sin duda el estado natural de la sociedad. Pero eso es lo que nosotros...

Ver si lo voy a decir, que me da un poco de miedo "socio"!!

La bibliotecaria que escuchó aquella tarde mis sollozos me preguntó tímidamente si necesitaba ayuda, si me pasaba algo malo. Intenté explicarle, sin conseguirlo, que todos en el mundo podían ser felices, al menos mi tío, porque no podía. Que mi tío era feliz por su exclusión, por lo bueno que hubieran podido ser las cosas para nosotros si no hubiesen sido como fueron. Es terrible, no puedo soportarlo, le dije sintiéndolo ridículo de la situación, propia del lugar que acababa de abandonar, no del mundo congruente en el que intentaba insertarme. La bibliotecaria me miró sin comprender, volvió a su sitio sin hacer comentarios, justificando...

2

4

7 y

5

Aquí podés ver el número de veces que se usó el 6

en 12 otro







absurdo. En realidad volvía para reconstruir la familia que nunca pude tener, porque no supe verla o porque ellos me excluyeron, o de la que yo mismo me excluí, no sabría decirlo. A esta altura de la vida, esos detalles ya no tienen importancia.

En cuanto bajé del tren se me aparecieron las chimeneas de la fábrica, <sup>10</sup> el blanco de los techos cubiertos de caliza y las calles idénticas. Fue como llegar otra vez, de la mano de un pariente desconocido, para que me criasen. La única diferencia era que había crecido, lo cual me permitía, acaso milagrosamente, regresar cuando quisiese. Ya no había tiempo implacable por delante.

Recorriendo calles y memorias supervivientes, vi que el pasado, tan fácil de reconstruir, es en definitiva lo único real que se posee. Mi padre frustrado había muerto, claro. Según los memoriosos, llevaba ya varias horas muerto pero de vez en cuando se crispaba, como si algo siguiese vivo dentro de él. Era la lombriz, que privada de su sustento se resistía a morir también, enroscándose en el interior del cuerpo muerto de mi tío, como pidiendo a gritos que siguiese viviendo, <sup>y</sup> para poder seguir alimentándose de él.

La carnicería, que en mis recuerdos aparecía como un gran salón de ventas, en la realidad era un pequeño local con un mostrador, ~~un~~ ganchos para colgar la carne, y un escaparate con dulces y fiambres.

Tanto el anciano dueño del negocio como su hijo, se acordaban de mi tío. De mí, en cambio, no tenían la menor

8

9

10

Algo  
de  
comp  
lo

idea. Mencioné lo de la lombriz. No conocían ese detalle, pero el anciano lo vinculó a su costumbre de comer carne cruda. "Seguramente por eso le creció adentro ese parásito".

8

La casa ya no existía, la había comprado la fábrica y demolido para ampliar sus patios, y todos los hijos de "este buen hombre" actualmente trabajaban en ella; cumplían sus horarios de trabajo acaso en los mismos lugares que habían sido sus lechos o lugares de reuniones. En los patios donde mi prima, indiferente, me miraba con esa mueca desdeñosa sin importarle que yo abandonase esa casa para siempre.

9

01

Te hacés el santo pero sos peor que todos nosotros, me llegaba la voz mientras abandonaba el negocio y tomaba la calle tantas veces recorrida por mi tío. No habría avanzado ni cien pasos hacia su casa ahora inexistente cuando me encontré con él, que avanzaba en dirección contraria a la mía. Era mi tío, pero rejuvenecido. Nos cruzamos sin saludarnos, mirándonos atentamente todo el tiempo que duró nuestro cruce. Cuando volví el rostro vi que él también lo había vuelto y que seguíamos mirándonos. La lombriz solitaria cuya aparición en la boca de mi tío acechaba yo en su cuarto a la hora de la siesta, para saber cómo era él por dentro, se me aparecía ahora, detrás de mí, vuelta hacia mí, por fin revelada. Una lombriz de cara enferma, torturada, llena de tiempo interminable y con una tristeza sin fin.

Quando esta imagen desapareció admití finalmente lo que supe en cuanto me crucé con él; era uno de los hijos mayores de mi tío, con el mismo rictus, su mirada oblicua, acaso con

OJO  
11

to  
Ver  
si  
cambiar  
algo

su misma *tenia saginata*.

Llegué al lugar que antes ocupó la casa, vi a los obreros, entre los que sin duda estaban mis primos, moverse cenicientos bajo el polvo blanco.

Luego apareció la calle solitaria que llevaba a los montes donde estaban las siestas con sus cantos de palomas, sus pastos pisoteados y el cuerpo de mi prima. Empezaba a lloviznar.

Apoyándome en el alambrado que aquella vez cruzamos juntos, pensé en mis antiguos deseos de querer salvar <sup>la</sup> ~~mi~~ prima del canibalismo del mundo.

En las veces en que, desde el pensamiento, intenté ayudarlos a todos a <sup>huir</sup> ~~salirse~~ de la

desgracia permanente. Quería *detener* esa caída incesante. Pero todo allí había sido siempre como una gigantesca

lombriz que se mordía la cola y giraba sin cesar. Me miré las manos, me palpé las rodillas, la ropa humedecida por una

llovizna que más pertenecía al tiempo transcurrido que a la tormenta del momento, y sentí que me había salvado. Pero

tuve esto de mi salvación.

En el viaje de regreso veía el rostro de mi tío contra el suelo, desplazándose a gran velocidad, por el movimiento del tren, con <sup>esp</sup> ~~su familia~~ <sup>amotinado</sup> ~~rictus de martirio~~ y a la vez de

autoridad y de ~~violencia~~. Un rostro de gusano. Pero según

aumentaba la velocidad, los rasgos crueles se borraban dando paso a unos ojos de mirada implorativa, donde brillaba una

especie de inocencia maltratada.

Cuando el tren que me sacaba de aquel tiempo alcanzó su

11

13

12

13

10

15

14

81



máxima velocidad en plena pampa y también en plena noche, se  
borraron las formas de mi tío proyectadas en el suelo para  
dar paso a un bloque de recuerdos en el centro del cual  
había una noche de verano, <sup>el y yo</sup> ~~mi tío y yo~~ estábamos sentados  
ante la mesa, en medio del patio, escuchando una orquesta  
que había venido de la ciudad capital y tocaba en el club  
del pueblo. Todos los demás dormían. Fue la única vez que  
estuvimos a solas. La ausencia de otros y la soledad  
impusieron un diálogo franco hasta entonces imposible. Para  
rellenar un silencio incómodo, ~~mi tío~~ se vio obligado a  
decirme, oyendo la melodía que llegaba hasta nosotros, algo  
deformada por el viento: "ese tango se llama Zorro gris". Yo  
no pude responder, asumiendo el hecho insólito de que él me  
dirigiera la palabra. Todavía insistió, cuando empezó la  
pieza siguiente: "y éste es Rodríguez Peña".  
Todo el mundo estaba aquella noche alrededor de esa  
orquesta tan famosa que por primera vez visitaba nuestro  
pueblo. Sólo <sup>nosotros</sup> ~~mi tío y yo~~, en medio de ese patio inmenso,  
permanecíamos ajenos a los deseos de la vida real, al mundo,  
perdidos en la más innecesaria de sus orillas.  
Pero había algo muy importante: esa noche ~~mi tío~~ habló  
conmigo, se comunicó, me dijo, creo, que esos tangos eran  
muy viejos. Es decir, me estaba dando algo de lo que tan  
abundantemente poseía el mundo. Me lo daba a mí. Y estaba  
más que claro que esto constituía el acto de bondad, o si se  
quiere de paternidad, que <sup>buscaba</sup> ~~me~~ para presentarme  
dignamente en el mundo de la reconstrucción de los

14

15

16

17

18

51

13

41



recuerdos, en el pasado congruente que necesitamos para entrar con dignidad en el futuro. Con ese acto definido, él podía finalmente entrar sin lombriz en el espacio de la luz. Y ser como cualquier persona, sin esfuerzo, por pura imposición de la vida.

Cuando bajé del tren y caminé otra vez por las conocidas calles de esta ciudad donde vivo, tan familiares y tranquilas, tan el lugar de mi supuesta salvación, se me vino a la mente la idea de que un cielo para unos pocos elegidos no tenía sentido, porque sería un lugar lleno de remordimientos. Cómo se podía gozar de un cielo cuando había un infierno. Y bastaba el dolor de un solo hombre para impedir la alegría.

\*\*\*

2<sup>a</sup> corrección  
superada

20

## LA LOMBRIZ

### I

En las intoxicantes siestas de aquellos veranos, interminables, cuando mi tío el endemoniado ~~se~~ daba comienzo a sus ronquidos, yo entraba sigiloso en su habitación para esperar, oculto detrás de algún mueble y con los ojos fijos en su boca abierta, que la lombriz solitaria que vivía oculta en su estómago se asomase al exterior. Mis primos la habían visto un par de veces; calculaban que medía más de un metro, y que sus ojos eran verdes y terribles. Yo apenas conocía a mi tío. Me habían enviado a su casa para que allí me criasen. Le tenía desconfianza y un poco de miedo. Si conseguía ver su lombriz, sabría cómo era él por dentro.

Por fuera era hermoso. Pero sólo si miraba de frente, una posición que apenas podía mantener por pocos segundos. Enseguida aparecía, porque ésa era su naturaleza verdadera, aquel rictus imborrable, y esa mirada oblicua que, aflorada, lo conectaba con sus adentros profundos mostrándolo como un monstruo doliente.

Su mujer parecía una prolongación suya, siempre tras él con pasos tímidos y cortos, los ojos en el suelo, esperando palabras o gestos que obedecía inmediatamente.

A sus hijos, unos ocho o diez, hermosos y terribles por su crueldad, los recuerdo, con sus bucles dorados, como a unos enormes angeles enfermos.

Ellos solamente sabían hablar de pájaros, ~~es decir~~, de las técnicas que utilizaban para entramparlos y después, en operaciones colectivas que realizaban infundiéndose coraje mutuamente, pincharles los ojos con espinas de cactus. ~~para~~  
~~una~~ <sup>por</sup> vez ciegos, cantaban mejor: "sientan <sup>escuchan</sup> qué bien canta ~~esta~~ ese jilguero". <sup>un travieso</sup>

Se encerraban en el galpón del fondo, generalmente a la hora de la siesta, para realizar la tarea, cuya ejecución directa estaba a cargo de la hembra única del grupo, mayor que todos sus hermanos. "No seas tonto", me decía mi prima, de una voz muy dulce, invitándome a participar, con una sonrisa que hoy, cuando aparece, es como si ocupara ella sola toda mi memoria. Yo entonces huía y aprovechaba para meterme en la pieza donde dormía él, a esperar que se asomase la lombriz.

Junto a la sonrisa también están en mi memoria, con la misma fuerza, los delantales sucios de sangre de la carnicería donde trabajaba mi tío, que su mujer lavaba a la intemperie en la pileta que había en el patio junto al galpón donde se reunían mis primos a la hora de la siesta.

El salía diariamente para la carnicería a las cinco de la madrugada, llevando en una bolsa un par de delantales que mi tía acababa de planchar. Después que se iba, el tiempo no pasaba nunca; eran las dos y media de la tarde, y como él no

aparecía y los niños tenían hambre, entonces jugaban a que volvía; cualquiera hacía las veces de padre y anticipaba su llegada sacando de entre sus ropas objetos que representaban los alimentos que robaba en la carnicería para poder alimentar a tantos.

Finalmente aparecía, ya en la realidad, se acercaba penosamente, cansado, seguido por todos los perros del barrio, atraídos por el olor a carne que mi tío iba dejando al andar; caminaba por la larga galería de la casa, se escondía a medias para sacar el costillar que traía escondido colgando en el interior de una pierna de los pantalones, y se desplomaba en una silla a esperar que mi tía preparase la comida mientras nosotros soplábamos el fuego de carbón a fin de que se encendiese pronto.

A escondidas de su mujer, si la comida demoraba, picaba carne cruda, la mezclaba con un poco de cebolla y se la tragaba, oculto detrás de la puerta. Cuando ella lo descubría y le decía que eso era una vergüenza, se defendía diciendo que la carne aquella no era para él, y se tocaba el estómago señalando el lugar donde se suponía que vivía la lombriz solitaria.

Las habitaciones de la casa, una al lado de la otra, daban a una galería o alero, y todo ello a la calle, a las casas de enfrente, digamos que al mundo, desde donde todo el que quisiese podía ver, como en una especie de espectáculo de la desgracia, la mecánica infernal de nuestra miseria.



El infierno era para nosotros la exhibición de la desdicha. Cada vez que salíamos de las habitaciones hacia la galería expuesta a los demás, era para exhibir el hambre o las degradaciones provocadas por la miseria, mostrar nuestra penosa condición de pobladores de la desgracia a aquella gente que habitaba un mundo normal, vedado a nosotros; que nos miraban, según me parecía, como a monstruos o á enfermos incurables. (x)

Invierno y verano comíamos bajo aquel alero expuesto a todos, de pie alrededor de la mesa, desde que las dos únicas sillas eran para mis tíos. Mi prima la mayor, el que la seguía en edad y yo, éramos los únicos que con nuestra estatura sobrepasábamos la altura de la mesa. Los demás chicos, algunos la alcanzaban con la nariz, otros tenían que trepar sobre ladrillos para que la boca no quedase por debajo del nivel de la tabla. Mi tía repartía el guiso y el pan entre gritos de protesta. Mi tutor comía con los cinco sentidos, atento a las rápidas manos de los niños, que apareciendo por debajo y los costados le quitaban el pan o cualquier otro alimento en el momento de llevárselo a la boca. Como siempre quedábamos con hambre, al vaciarse la olla nos la disputábamos bamboleándola entre todos en el aire, para obtener la raspa, comida semiquemada que había que raspar para quitarla del fondo del recipiente.

Desde aquí y desde ahora la veo bambolearse, y detrás del bamboleo tiembla el perro que mi tío envenenó para salvarlo de la otra muerte lenta, acaso con el mismo veneno

que usaba mi tía cada vez que cansada de todo intentaba ocultarse para siempre en lo que ella llamaba "habitaciones más tranquilas", seguramente de otros mundos, barruntábamos, menos expuestas que las nuestras.

Cuando él llegó tan tarde aquella noche precedido por su olor a carne, ella estaba en la cama, moribunda, con un comportamiento físico idéntico al del perro que envenenó mi tío, las mismas convulsiones, el mismo juego de ojos repentinamente blancos. Y le dimos, como a él, leche con aceite. Al perro se lo hicimos tragar a la fuerza, pero lo vomitó enseguida. Por eso se murió. A ella también tuvimos que forzarla; cada vez que sus convulsiones intentaban arrojar afuera el líquido, le tapábamos la boca y la nariz obligándola a tragárselo de nuevo. Quizá por eso se salvó.

Mi tío la vio tirada en la cama, hizo un par de muecas y enseguida se indignó con nosotros por no tener el fuego preparado para asar la carne que traía. Nos castigó dejándonos sin cena. Nosotros llorábamos, más por ella que por hambre, apoyados en los bordes de su cama. El, después de comerse un kilo de carne y beberse dos botellas de vino, se acostó tranquilamente a su lado, aunque estuviese fría como muerta. Al rato roncaba, y la vecina que vino a ponerle una inyección a la moribunda tuvo que empujarlo para poder hacerlo. Al lado del silencio de mi tía, sus roncidos sonaban en lo profundo. Escuchen, dijo mi prima, está roncando la lombriz.

Una lombriz que, según el farmacéutico, era un ejemplar adulto. Tenía un "escolex" o cabeza, con cuatro ventosas que le permitían estar siempre prendida de mi tutor. Después de la cabeza, (cuya aparición acechaba yo a la hora de la siesta, esperando el verde resplandor de su mirada), el huésped se prolongaba en una serie interminable de anillos hermafroditas, que se extendían desordenadamente a lo largo de los nervios de mi tío.

*del autor*

La casa donde vivíamos era solo una mitad. La otra estaba en la casa de al lado, desgajada de la nuestra por un grueso muro divisorio. De allí lo absurdo de la distribución de las habitaciones y que uno nunca pudiera estar dentro de ningún cuarto de una manera congruente, ~~mi~~ <sup>ahí</sup> entrar era como salir.

En la mitad de al lado vivía una hermana de mi tío, a la que no hablaba desde que, después de una gran pelea por la casa que ambos habían heredado, se construyó el muro divisorio. "Te reniego de hermana", le gritó desde su mitad cuando faltaban pocas hiladas de ladrillos para terminarlo. No la miró a la cara nunca más, y de eso hacía por lo menos veinte años.

La noche que la hermana renegada se puso grave para morir, con su mitad de casa hecha un revuelo de médicos <sup>ag</sup> parientes llegados desde distintos puntos del país, ~~y vecinos que supiesen~~, mis primos y mi tía estuvieron todo el tiempo pendientes de lo que pudiera suceder, mientras él, no sólo ajeno a lo que ocurría y se decía sino apartado en un rincón de la galería, pelaba pacientemente, canturreando, semillas de calabaza.

En un momento en que al lado aumentaron los llantos y los gritos, mi tía se plantó ante su marido, para pedirle que olvidase su odio y fuese a verla. "Después de todo es



tu hermana", le dijo utilizando distintos tonos de voces persuasivos, sin conseguir que él dejara de pelar semillas entonando a medias la melodía de un tango olvidado que nadie conocía.

Cuando las semillas peladas formaban ya un montoncito considerable, los hijos, atraídos por el aroma, empezaron a merodear alrededor con el propósito de arrebatárselas; con movimientos de rapifia, en la que eran muy diestros, giraban aprovechando la naciente oscuridad.

Mi tío, al advertir la maniobra, se quitó el cinturón, cuyos golpes de hebilla eran muy temidos por sus hijos, y le ordenó al más audaz, que tenía ya las semillas al alcance de una manotada, que encendiese la luz.

Sólo dejó de canturrear o de silbar el tema que lo aislaba de la enojosa realidad de al lado, cuando reprochó dando gritos la falta de limpieza del tubo de la lámpara de querosén, que le impedía ver con claridad la tarea que realizaba y especialmente las manos furtivas de los pequeños ladrones que querían arrebatarse las semillas peladas.

Luego preguntó por el plato hondo, de hierro enlozado, que hacía las veces de mortero, donde machacaría las semillas. Los chicos corrieron a buscarlo en los estantes de la cocina, donde mi tía, alumbrada con una vela, mezclaba sus lloros con el ruido de ollas que se tapan y destapan y el de los pantallazos para avivar el fuego de carbón.

El plato no aparecía, pero uno de los pequeños ángeles recordó haberlo visto, con agua para la gallina, en el fondo donde la casa limitaba con un baldío.

Ordenó al más ansioso de sus hijos que fuese a buscarlo. Este, que hablaba defectuosamente, se negó en su media lengua diciendo que estaba muy oscuro, no había luna y tenía mucho miedo por lo que estaba pasando al lado, adonde todo el mundo llegaba llevando flores y coronas.

Finalmente lo acompañaron dos hermanos, mayores que él, llevándose la lámpara. Mi tutor puso una mano sobre el montoncito de semillas, con la otra agarró el cinturón por la punta de cuero, de modo de poder golpear eventualmente con la hebilla metálica, para el caso de que cualquiera quisiese despojarlo aprovechando la oscuridad.

Cuando los tres niños aparecieron allá, alrededor del haz de luz, les dijo que aprovecharan el grifo del fondo para lavar el plato. Tras secarlo con una punta de su delantal de carnicero, <sup>→ siempre tenía a su su-</sup> que ~~había olvidado quitarse~~, puso las semillas en el recipiente y empezó a aplastarlas con un palo. Luego agregó azúcar, un poco de saliva, y amasó hasta formar una especie de albóndiga verdosa.

-No es para mí-, respondió cuando los hijos lo interrogaron-. Es una receta especial para "ella", dijo señalándose el estómago.

En la casa de al lado estaban moviendo muebles de su sitio cuando mi tío, enterado de que la cena demoraría debido a que el carbón era duro de prender, preguntó si

entonces no había un huevo frito. Cuando la mujer le dijo que no desde la cocina, dio un grito más fuerte que los de al lado preguntando qué pasaba entonces con los huevos que ponía la gallina.

"Es este degenerado, que se los come crudos, como las víboras", dijo mi tía golpeando en la cabeza con una cuchara a uno de sus hijos, como si nadie supiera hasta el cansancio que el golpeado esperaba que la gallina pusiese el huevo, y antes de que empezara a cacarear, caliente el huevo todavía, le hacía dos agujeros con un clavo que llevaba siempre en el bolsillo, por uno entraba el aire necesario, por el otro

*chupaba.*

~~sin el clavo.~~  
Tres de mis primos más grandes permanecían con las orejas pegadas al muro divisorio, y cuando lograban reconstruir auditivamente un hecho consumado corrían a comunicárselo a mi tía. De esa manera ella supo, casi simultáneamente con el curso de la acción, que habían traído la capilla ardiente, o que ya estaban soldando el ataúd.

La cena (harina de maíz hervida para nosotros, carne ~~apenas~~ *apenas osada* para él), por influencia de las circunstancias, tendía a transcurrir en silencio, es decir, sin peleas, cuando mi tío, mirando oblicuamente a todos, según su único modo de mirar, dijo que al otro día, al amanecer, acabaría por fin con la lombriz que lo carcomía.

Era muy simple. Las semillas de calabaza, por sí mismas y por el azúcar que les había agregado, eran dulcísimas, y había que tener en cuenta que lo dulce era uno de los gustos

preferidos por la lombriz solitaria (o *tenia saginata*, según le había explicado el farmacéutico). Pero más dulce estaría al otro día, cuando en ayunas se tragase esa albóndiga casi entera mientras la *tenia*, desesperada allá abajo por el hambre, la estaría esperando con la boca abierta.

Pero eso no era todo. En cuanto la lombriz acabase de tragar y saborear la albóndiga, recibiría tras él manjar, ~~antes de cerrar la boca,~~ el chorro inesperado del más amargo de los purgantes, una terrible sal inglesa mezclada con extractos de raíces, que provocaría, por cualquier vía, su expulsión al exterior.

Al levantarse de la mesa, medio dormido como siempre, fue hacia su pieza llevando la lámpara y la albóndiga verde, mientras mi tía, en la oscuridad, amontonaba los platos. Los demás chicos fueron detrás de la luz. Mi tutor puso cuidadosamente su medicamento, protegido con un trapo, sobre la mesa de noche. Tuvo que cederles la lámpara a los hijos, que lloraban de miedo a los muertos, hasta que se durmieron, justo cuando se terminaba el combustible y se apagaba la lámpara. Al alba, un tremendo grito de mi tío despertó a todo el mundo, incluso a los fieles y solitarios asistentes al velorio de al lado; la albóndiga verde había desaparecido. Se le echó la culpa, y así lo admitió después él mismo, al chupador de huevos.



*agenci, insertar párrafos  
de fcs. 14*

III

Recuerdo mi llegada bajo la forma de un tren que se perdía en una curva envuelto en su vapor, mientras mi acompañante y yo permanecíamos en el andén viendo cómo desaparecía. Después lloviznaba y yo con mis pocos años estaba parado ante una puerta de alambre tejido sosteniendo una maleta, y el que me acompañaba, supongo que un pariente, llamaba dando palmas.

Ahora mismo estoy oyendo cómo golpea las manos bajo la llovizna mientras yo miro a través de la puerta de alambre la galería a la que daban las tres piezas, que se me presentaron como la certeza de un confinamiento.

Vi aparecer una mujer gorda y desgredada, que era mi tía, con un cucharón en la mano, seguida por los hijos que ya caminaban y también por los que apenas gateaban. Alrededor de diez niños que me rodearon oliéndome. "Pero si es Matías", dijo acariciándome la cara.

X | Serían más de las cinco de la tarde, porque mi tío no estaba, y en los días y años que siguieron supe que él se iba a trabajar ~~en la carnicería~~ siempre antes de esa hora. La mujer que era mi tía me miraba y decía "pobrecito" cada vez que mi acompañante le revelaba algún detalle de los motivos de mi presencia allí, para mí desconocidos, y los chicos, descalzos, tocaban mis zapatos y los miraban desde cerca, como si fuesen cortos de vista.

El que me había llevado le entregó un papel vinculado conmigo, que contenía toda mi historia en unas pocas líneas, lleno de sellos azules ovalados.

Nos hizo pasar a la cocina, donde nos sirvió mate cocido, a él en una tacita, a mí en un jarro, con un trozo de pan. Cuando los niños, excluidos de la invitación, quisieron protestar, la madre los espantó agitando un gran trapo húmedo diciéndoles que ellos ya habían tenido su merienda.

Uno de ellos se acercó a mí; miraba mi trozo de pan desde muy cerca; igual que con los zapatos, como si fuese corto de vista. Me agradó su rostro, tan hermoso. Le di mi trozo de pan. Al advertirlo mi tía, se lo quitó y volvió a dármelo, creyendo que el niño me lo había arrebatado.

Se fue a llorar afuera. Pero no era llanto lo suyo. Más bien una mezcla de lamento y gruñido. Muy pocas veces los oí llorar realmente. En ese infierno, cualquier debilidad era imposible.

Cuando mi acompañante partió, sin despedirse de mí, me entró el nudo en la garganta. Había oído que tendría que quedarme allí hasta que creciera, y aunque no tenía idea de lo que significaba crecer, lo imaginaba largo y doloroso.

Yo quería volver, aunque no supiera concretamente a dónde (seguramente entonces lo sabía, pero ahora no puedo recordarlo). Desde que bajamos del tren en aquel pueblo miserable, desde que mi acompañante golpeaba las manos ante la puerta, yo pensaba en el regreso. Volver a alguna parte.

No admitía la posibilidad de ir a ningún lugar, si no existía el convencimiento de la posibilidad de volver. Lo más duro era la inevitabilidad del crecimiento para poder hacerlo. Y no sabía qué hacer mientras tanto para sobrellevarlo, y todo eso era el aspecto de confinamiento que tenían las tres piezas oscuras que daban a esa galería infinita.

*quit*

Fue poco lo que vi del pueblo durante el trayecto de la estación hasta la casa; una gran fábrica de cal a un lado de las vías, del otro un montón de casas chatas. Y todo era muy blanco, como si nevara ceniza.

Por la noche, cuando llegó mi tío y vi su autoridad y su violencia, me di cuenta cabalmente de que las cosas habían cambiado drásticamente para mí, y la noción de volver se convirtió en deseos de salir de allí cuanto antes, aun cuando no hubiese regreso. Me miró volviendo de pronto hacia mí una cabeza de reptil, mientras hablaba de otra cosa, mientras pedía la cena desdefiosamente.

Comió y se acostó. Yo lo hice compartiendo una cama grande con tres de mis primos. Cuando apagó la lámpara en su habitación, cuyo resplandor nos llegaba, quedamos a oscuras. Me puse a llorar lo más despacio que pude. Uno de mis primos encendió una colilla. Mi tía me oyó y me dijo que no fuera tonto, que al otro día haría tortas fritas. Esto, que a mí no me interesaba, produjo algarabía entre mis primos. Cuando él empezó a roncar, "sientan, es la lombriz", dijo el que fumaba.

*faroles de la calle*  
→ *al resplandor de las luces eléctricas*  
*de las viviendas vecinas.*

Esa noche, la primera para tantos años, la pasé casi en vela. ~~Cuando salió la luna~~ vi la sombra de las columnas de la galería, las paredes descascaradas, las vigas de madera, parpadeando como para dormirme, ~~vi que había vuelto a oscurecerse todo y enseguida~~ *se apagaron las luces lindas* *todo eso a me fue borrando poco* *019* se sintieron las gotas de la lluvia sobre el cinc del techo. De vez en cuando los chicos hablaban dormidos.

No sé cuánto tiempo estuve con mis pensamientos fijos en el tren, que tras dejarnos en la estación, desapareció en la curva, envuelto en vapor, iniciando a partir de allí un viaje de muchos años. Volvería algún día, en sentido contrario, para que yo pudiese regresar, aunque no supiese concretamente a dónde; pero cuando hubiese crecido lo suficiente, cuando pudiese realizar actos con plena libertad, como mi tutor por ejemplo, o el hombre que me había traído.

Finalmente me dormí, a pesar del hambre (le había dado mi cena al más atento de mis primos), y cuando al alba me despertaron los gritos de mi tutor pidiendo que le alcanzasen todo rápidamente para irse cuanto antes a la carnicería, el tren que me conectaba todavía con algún lugar congruente ya no estaba. Se había alejado durante la noche, bajo la lluvia, sin que nadie se diese cuenta, dándole paso a mi crecimiento.

Cuando empecé a poner estos recuerdos en palabras, a tanta distancia y tantos años del momento en que fueron

*Un acto que  
cree imposible poseer  
de su desgraciada  
situación.*

realidad, me proponía descubrir a mi tío en un acto de bondad o de ternura hacia mí, ~~un acto~~ que le diese consistencia de padre o de algo parecido, para poder armar por fin mi necesario esquema del mundo y de la vida. Me parecía muy difícil, pero ahora que empecé a contar y veo, en la vida de las palabras, que los recuerdos vuelven a ser hechos (como si mi tío resucitara), la existencia de ese supuesto acto de ternura me parece imposible. El carecía de espacios vitales para eso. La miseria no le había dejado un solo sitio libre para poder echarle al mundo, ni siquiera de vez en cuando, una mirada diferente que le permitiera escapar al menos por unos instantes de esa desgracia permanente en que vivía.

El desperdició el espacio que había quedado vacío, en mí, para un padre verdadero. Un espacio que ha permanecido siempre intacto. Ni siquiera él pudo ocuparlo. Y ahora es como si lo llenara la lombriz.



IV

La única hembra de ese criadero, de unos doce o trece años, era dulce y cruel.

En el estricto mundo ~~impuesto~~ <sup>de</sup> mis tíos, la violación constante de sus leyes era la única forma posible de vivir. Mi prima, por tener contactos directos con los adultos y además por propia inclinación, siempre sabía quién era el culpable de cualquier acto susceptible de castigo. El poder derivado de esa situación podía ser cruel o no, según ella lo desease. Sus hermanos la odiaban y temían. Casi todos los excesos le estaban permitidos. Podía apropiarse de la comida de los demás, castigar físicamente por su cuenta, acusar a cualquiera por venganza conociendo de antemano su inocencia. Dos hechos fundamentales le permitían sus prácticas egoístas: la protección de su padre, que siempre le daba la razón, y su belleza, de la que derivaba, cuando no estaba practicando su crueldad, su increíble dulzura.

Casi nunca hablamos formalmente. Nuestra comunicación, que era profunda, se producía a través del juego y el deseo. Este último subyacía en todos nuestros actos. Aunque ella me estuviese acusando o condenando, ambos sabíamos que detrás de todo estaba aquello.

En nuestras relaciones, ella era audaz y potente, yo tímido y cobarde. Y más fuerte que todos nosotros, pues

tenía acceso, sin autorización de nadie, a una especie de despensa, cerrada con candado, donde se guardaban los alimentos más codiciados que su padre robaba en el negocio donde trabajaba: chorizos, dulces y fiambres variados. Esa fuerza y la normalidad alimenticia la volvían franca y agresiva, mientras nosotros, débiles y raquíticos, teníamos más habilidad para la mentira, el engaño y la rapifia.

Cualquier juego que practicáramos, era solamente el pretexto del momento para estar solos a la hora de la siesta; el calor y la soledad, el silencio y todas las posibilidades de transgresión a nuestro alcance, el juego verdadero.

Entre ellos estaba el de la mosca y la araña, en cuya ferocidad encontrábamos significaciones misteriosas y terribles. En las juntas de los ladrillos del muro las arañas habían construido sus guaridas. Nuestra diversión consistía en cazar moscas en la cocina y arrojarlas junto a la boca de los nidos, dejando que se enredasen en la tela. En cuando empezaban a zumbar aparecía la araña, que con un solo movimiento las introducía en el hueco, donde en cuestión de segundos dejaban de zumbar. Ese silencio brusco, que era la entrega de la mosca a ~~las fauces~~ <sup>los aguijones</sup> de la araña, nos producía placer. Apenas oíamos morir al insecto, corríamos a la cocina en busca de otro.

Habíamos logrado, tras mucho sigilo, que nadie se enterara de la diversión que practicábamos a solas. A los más pequeños les exigían dormir la siesta; y nosotros nos

▷ el poder paralizante

encargábamos de aterrorizarlos para que no se levantasen; así teníamos toda la casa, durante esas horas, para nosotros dos.

Según avanzaba nuestro crecimiento, el juego y los deseos iban cada vez más allá. El último verano que pasamos juntos habíamos inventado salir a la siesta a buscar fruta silvestre para hacer dulce.

Tras la aparatosa recolección, cuya falta de sentido nos saltaba a la vista, nos echamos a descansar bajo un aramo. El paisaje desaparecía, solo estábamos nosotros. Todo estaba en silencio; solamente se oía, como si fuese un latido terrible, la presencia intolerable del deseo, seguido por su tremenda carga de castigos. Los únicos elementos visibles de todo aquello eran su fuerza y mi cobardía.

En un juego-lucha que iniciamos como si fuéramos la mosca y la araña, ella quería ponerme boca arriba para que quedase en evidencia, por la erección que yo intentaba ocultar, mi deseo por ella. Cuando me puso de espaldas, aprovechándose de su tremenda fuerza, quise levantarme, lleno de ira y de vergüenza; pero se me echó encima, me trabó los brazos bajo la espalda, ~~me~~ su cuerpo sobre el mío. Yo tiritaba, y un labio me saltaba solo, deformándose la boca. Ella me miraba profundamente, con unos ojos terribles que no sabía que tuviese. Habló, alterada: *Qué te hago, qué te hago ahora*, saltaba de sus labios, que temblaban como los míos, mientras yo trataba de ponerme boca abajo, vencido por la edad insuficiente y la vergüenza.



Empezó a salir mucho, con un tal Mercado, volvía tarde a la casa, sin que mi tío se lo recriminase, haciendo ostentación de gestos ampulosos y palabras obscenas,

Una siesta me invitó a jugar a las moscas, como si aceptara que lo nuestro se reanudara, Hablamos con libertad, le tomé una mano, Justo cuando llegaron sus hermanos, venidos como del infierno, y descubrieron nuestro juego, En un instante lo aprendieron, Ella se retiró y se sentó en uno de los escalones que separaban la galería del patio, Yo me quedé entre mis primos, como un imbécil, ayudándoles a perfeccionar el juego que acababan de aprender, *nuestro juego - más querido*

Traían piedras grandes, arrojaban la mosca y cuando aparecía la araña ~~la~~ aplastaban ~~juntamente con la mosca,~~ *contra la tela* *1 x*  
*2 1rs 2 insectos*

Renuncié poco a poco a mis sentimientos y me dediqué a cuidarla, a protegerla de los muchos Mercado que la acosaban, la tenían un tiempo y la abandonaban luego, El demonio, por su parte, o no se daba cuenta o se hacía el desentendido, Ella rechazaba mi protección y mis consejos, me decía que si quería alejarla de los otros era para tomarla yo y hacer lo mismo que ellos, *Te hacés el santo pero sos peor que todos nosotros.*

Supe después que a poco de haberme ido yo, abandonó el pueblo y se radicó en la capital de la provincia, posiblemente con Mercado,



Nos encontramos en la calle un par de veces en varios años. Apenas nos saludamos, como tratando de evitar el encuentro. Después abandoné la ciudad, y ella se fue borrando con el tiempo, para dejarme en el recuerdo, junto a la sonrisa dulce que cuando aparece ocupa la totalidad de mi memoria, la crueldad de la mueca desdeñosa con que aceptó aquel día que yo me marchase para siempre de la casa.

"Y para los que no les guste, la puerta está abierta; aquí nadie obliga a estar a nadie".

La frase, que mi tío repetía dirigiéndose a mí sin mirarme, me creaba una situación difícil. Durante años yo había estado esperando crecer para salir de allí. Ahora que podía, que ellos mismos me invitaban a hacerlo, me resistía a tomar la decisión. Lo que me retenía todavía era una mezcla de sentimientos muy confusos. Por un lado, él, pese a todo, algo de padre tenía. A lo mejor no se trataba de que no lo fuera sino de que no le alcanzaban las fuerzas para serlo. Y ahora yo iba a abandonarlo. Por el otro, tenía miedo de que, si los abandonaba, les pasara algo muy grave, que no les había sucedido todavía debido a mi presencia. Como si yo, sin saberlo, hubiese ido allí sólo para ~~eso~~. Y así como no era consciente de mi función, ellos tampoco estaban enterados de mi capacidad salvífica, y aceptaban desprenderse de lo único que en este mundo hubiera podido rescatarlos de una especie de soledad sin fin en la desgracia.

Tenía pesadillas donde la lombriz, crecida hasta la monstruosidad, ocupaba el lugar de mi tío y lo sustituía en el mando de esa casa a la deriva; mi prima, con el último resto de su existencia y de su belleza, me decía, sin abandonar su mueca desdeñosa; *todo ha sido por tu culpa; si*

Nimpeñoles es ~~los pap~~  
¿desastre

*no hubieses aparecido por aquí, esto no habría pasado nunca; ahora todo está perdido; te salvarás, pero nosotros moriremos. Intentamos darte un padre, pero te negaste a recibirlo; y ahora nosotros también lo hemos perdido por tu culpa.*

El día de mi partida no se modificó ni alteró nada. Yo, con la maleta en la mano, sólo tenía que salir, dirigirme hacia la puerta de calle, pero esperaba que alguien moviera un dedo, que preguntara algo, para poder decir adiós por lo menos. Todos estaban en el patio según la costumbre, pero en absoluto silencio, sin ninguna palabra para mi partida.

Me desplacé entre ellos, y como ninguno movió la boca, ni siquiera los músculos de la cara, dije "bueno, me voy, a lo mejor algún día nos volvemos a ver".

Me saludaron alzando una mano o moviendo la cabeza, como si me ausentase momentáneamente. No me preguntaron hacia dónde me dirigía ni se movieron de su sitio. Únicamente mi tía dejó de planchar un instante para abrazarme y lloriquear un poco. Mi tío, creo, hizo una mueca, más bien de fastidio. Pero no por mí; como si lo molestara la lombriz. Mi partida no existía para él, yo era como su hermana el día que murió.

Los primeros años de libertad fueron muy duros. No sabía qué hacer con mi tiempo ni cómo trabar relaciones con los demás, que en nada se parecían a nosotros, a quienes la sola mención de algo como mi tío les provcaba muecas de absoluta

intolerancia, Me costaba aceptar los nuevos referentes de la realidad, hablar sin malicia, comer sin desesperación,

El episodio de la biblioteca me avergüenza todavía y sin duda me avergonzará toda la vida, pero tengo que contarlo, Iba allí todas las tardes en busca de biografías de hombres cuyas existencias estuvieron constituidas especialmente por actos de bondad, San Francisco de Asís, por ejemplo, O los grandes artistas que lo dieron todo, Y qué alegría saber que esos hombres existían, pero qué tristeza saber al mismo tiempo que mi tío era lo opuesto, porque no *podía* ser bondadoso, porque no *sabía*, porque estaba completamente solo en este mundo; aislado igual que su lombriz, *Y me dolía, etc.*

La bibliotecaria que escuchó aquella tarde mis sollozos me preguntó tímidamente si necesitaba ayuda, si me pasaba algo malo, Intenté explicarle, sin conseguirlo, que todos en el mundo podían ser felices, menos mi tío, porque no podía, Que mi llanto era por su exclusión, por lo buenas que hubieran podido ser las cosas para nosotros si no hubiesen sido como fueron, Es terrible, no puedo soportarlo, le dije sintiendo lo ridículo de la situación, propia del lugar que acababa de abandonar, no del mundo congruente en el que intentaba insertarme, La bibliotecaria me miró sin comprender, volvió a su sitio sin hacer comentarios,

La evocación de los hechos, provocada por mí para poder, según he dicho, armar con alguna congruencia un esquema del mundo, me llevó a callejones sin salida, Nunca tuve

capacidad para pensar racionalmente, pero mi sentimiento del mundo y de las cosas siempre me ha empujado a hacerlo; con resultados puramente emotivos, claro; porque para pensar en serio hacen falta lucidez y la determinación de hacerlo, cualidades de las que carezco.

*Además, sé que soy un cobarde...*

Estas "emociones" con pretensiones de pensamientos me llevaron a decirme (y lo que es peor, a sentirlo así), que nosotros, es decir, esa familia de la que, aunque no lo desee, formo parte, no hemos venido aquí, tanto a este país que habitamos como a esta vida que nos habita (quiero decir a este mundo o a esta realidad), para hacer nada específico; nuestra "situación" aquí ha sido pura casualidad, un azar inútil, una especie de ruido de vida sin sentido, donde ni uno ha podido conseguir un padre, ni él, muchos menos, un hijo.

Ante esa certeza, decidí regresar a aquel pueblo después de más de treinta años; buscar los restos del naufragio y tratar de construir un argumento vital que me sirviera de justificación para vivir en un sentido de congruencia; para poder ir entrando en el futuro con lo único con que uno puede hacerlo; con su pasado, aunque éste sea incomprensible o absurdo. En realidad volvía para reconstruir la familia que nunca pude tener, porque no supe verla o porque ellos me excluyeron, o de la que yo mismo me excluí, no sabría decirlo *hoy en día, y por el tiempo transcurrido carece de importancia.*

En cuanto bajé del tren se me aparecieron las chimeneas de la fábrica, el blanco de los techos cubiertos de caliza



y las calles idénticas, Fue como llegar otra vez, de la mano de un pariente desconocido, para que me criasen. La única diferencia era que había crecido, lo cual me permitía, acaso milagrosamente, regresar cuando quisiese. Ya no había tiempo implacable por delante.

Recorriendo calles y memorias supervivientes, vi que el pasado, tan fácil de reconstruir, es en definitiva lo único real que se posee. Mi padre frustrado había muerto, claro. Según los memoriosos, llevaba <sup>(ya)</sup> varias horas muerto pero de vez en cuando se crispaba, como si algo siguiese vivo dentro de él. Era la lombriz, que privada de su sustento se resistía a morir también, enroscándose en el interior del cuerpo muerto de mi tío, como pidiendo a gritos que siguiese viviendo, ~~para~~ poder seguir alimentándose de él.

La carnicería, que en mis recuerdos aparecía como un gran salón de ventas, en la realidad era un pequeño local con un mostrador, unos ganchos para colgar la carne, y un escaparate con dulces y fiambres.

Tanto el anciano dueño del negocio como su hijo, se acordaban de mi tío. De mí, en cambio, no tenían la menor idea. Mencione lo de la lombriz. No conocían ese detalle, pero el anciano lo vinculó a su costumbre de comer carne cruda. "Seguramente por eso le creció adentro ese parásito".

La casa ya no existía, la había comprado la fábrica para ampliar sus patios, y todos los hijos de "este buen hombre" actualmente trabajaban en ella, cumplían sus horarios de trabajo acaso en los mismos lugares que habían sido sus

| X

| X

Y demolido

En los 1x

lechos o lugares de reuniones, ~~en~~ patios donde mi prima, indiferente, me miraba con esa mueca desdeñosa sin importarle que yo abandonase para siempre el ~~lugar~~ de esa casa,

Te hacés el santo pero sos peor que todos nosotros, me llegaba la voz mientras abandonaba el negocio y tomaba la calle tantas veces recorrida por mi tío, No habría avanzado ni cien pasos hacia su casa ahora inexistente cuando me encontré con él, que avanzaba en dirección contraria a la mía, Era <sup>mi tío, pero</sup> él, evidentemente,  ~~aunque~~ rejuvenecido, Nos cruzamos sin saludarnos, <sup>sin saludarnos</sup> ~~pero nos miramos~~ atentamente todo el tiempo que duró nuestro cruce, Cuando volví el rostro vi que él también lo había vuelto y que <sup>seguíamos</sup> ~~estábamos~~ mirándonos, La lombriz solitaria cuya aparición en la boca de mi tío acechaba yo en su cuarto a la hora de la siesta, para saber cómo era él por dentro, se me aparecía ahora, detrás de mí, vuelta hacia mí, por fin revelada, Una lombriz de cara enferma, torturada, llena de tiempo interminable y con una tristeza sin fin,

Cuando esta imagen desapareció admití finalmente lo que supe en cuanto me crucé con él; era uno de los hijos mayores de mi tío, con el mismo rictus <sup>con</sup> ~~en la boca,~~ su mirada oblicua, acaso con su misma *tenia saginata*.

Llegué al lugar que antes ocupó la casa, vi a los obreros, entre los que sin duda estaban mis primos, moverse cenicientos bajo el polvo blanco.

Luego apareció la calle solitaria que llevaba a los montes donde estaban las siestas con sus cantos de palomas, sus pastos pisoteados y el cuerpo de mi prima. Empezaba a lloviznar.

Apoyándome en el alambrado que aquella vez cruzamos juntos, pensé en mis antiguos deseos de querer salvar a mi prima del canibalismo del mundo. En las veces en que, desde el pensamiento, intenté ayudarlos a todos a salvarse de la desgracia permanente. Quería *detener* esa caída incesante. Pero todo allí había sido siempre como una gigantesca lombriz que se mordía la cola y giraba sin cesar. Me miré las manos, me palpé las rodillas, la ropa humedecida por una llovizna que más pertenecía al tiempo transcurrido que a la tormenta del momento, y sentí que me había salvado. Pero tuve asco de mi salvación.

En el viaje de regreso veía el rostro de mi tío contra el suelo, desplazándose a gran velocidad, por el movimiento del tren, con su terrible rictus de martirio y a la vez de autoridad y de violencia. Un rostro de gusano. Pero según aumentaba la velocidad, los rasgos <sup>de crueles</sup> ~~se~~ se borraban dando paso a unos ojos de mirada implorativa, donde brillaba una especie de inocencia.

Cuando el tren que me sacaba de aquel tiempo alcanzó su máxima velocidad en plena pampa y también en plena noche, se borraron las formas de mi tío proyectadas en el suelo para dar paso a un bloque de recuerdos en el centro del cual había una noche de verano. Mi tío y yo estábamos sentados

ante la mesa, en medio del patio, escuchando una orquesta que había venido de la ciudad capital y tocaba en el club del pueblo. Todos los demás dormían. Fue la única vez que estuvimos a solas. La ausencia de otros y la soledad impusieron un diálogo franco hasta entonces imposible. Para rellenar un silencio incómodo, mi tío se vio obligado a decirme, oyendo la melodía que llegaba hasta nosotros, algo deformada por el viento: "ese tango se llama *Zorro gris*". Yo no pude responder, asumiendo el hecho insólito de que él me dirigiera la palabra. Todavía insistió, cuando empezó la pieza siguiente: "y ése es *Rodríguez Peña*".

Todo el mundo estaba aquella noche alrededor de esa orquesta tan famosa que por primera vez visitaba nuestro pueblo. Sólo mi tío y yo, en medio de ese patio inmenso, permanecíamos ajenos a los deseos de la vida real, al mundo, perdidos en la más innecesaria de sus orillas.

Pero había algo muy importante; esa noche mi tío habló conmigo, se comunicó, me dijo, creo, que esos tangos eran muy viejos. Es decir, me estaba dando algo de lo que tan abundantemente poseía el mundo. Me lo daba a mí. Y estaba más que claro que esto constituía el acto de bondad, o si se quiere de paternidad, que necesitaba para presentarse dignamente en el mundo de la reconstrucción de los recuerdos, en el pasado congruente que necesitamos para entrar con dignidad en el futuro. Con ese acto definido, él podía finalmente entrar sin lombriz en el espacio de la luz.

Y ser como cualquier persona, sin esfuerzo, por pura imposición de la vida,

Cuando bajé del tren y caminé otra vez por las conocidas calles de esta ciudad donde vivo, tan familiares y tranquilas, tan el lugar de mi supuesta salvación, se me vino a la mente la idea de que un cielo para unos pocos elegidos no tenía sentido, porque sería un lugar lleno de remordimientos. Cómo se podía gozar de un cielo cuando había un infierno. Y bastaba el dolor de un solo hombre para impedir la alegría,

\*\*\*



DOC-  
Masiceli.003  
72/11/07/88

Es muy sentimental,  
sobre todo el final.  
cambiar lo, decir  
10 sentimental  
NO OLVIDAR QUE  
EL LIBRO ESTE  
ES HUMOR,  
Y LENGUAJE

### El viejito del acordeón

Hay (o hubo) una vieja polca de los años treinta con este título. La letra es asquerosa, apela a las tonterías de entonces, que son las de todos los tiempos. La música se defiende, tiene lo suyo de a ratos, es decir, no es muy buena que digamos, pero años después de aparecida la mejoró bastante el acordeonista Feliciano Brunelli, hoy tan olvidado como aquella polca. Sólo yo no puedo olvidarme de ese viejito de la canción, porque entre otras cosas de paso era mi abuelo materno. Porque el viejo de la polca, personaje de ficción, nació sin saber que ya existía en la realidad, tal como la canción lo pinta. Entonces, cuando descubrió a mi abuelo, se le acopló. Y vivieron para siempre fusionados. ~~Paréce un tanto absurdo, pero es la pura~~  
verdad.

Se llamaba (el de la realidad, ~~elano~~) Giuseppe Bellini, igual que el autor de «Norma» (con el cual estaba medio emparentado, dicen), y llegó con su mujer Vittoria Candiotti a La Falda, departamento Punilla de la provincia de Córdoba, en 1904, procedente del Brasil, en un brazo mi madre, María, nacida en Minas Gerais (un lugar lleno de víboras), y en el otro un acordeón de 12 bajos comprado en Casa América, Avenida de Mayo no sé cuánto, pleno Buenos Aires.

En el pueblo no había nada, sólo tenía el nombre en un letrero y la estación de trenes, de modo que mi abuelo casi tuvo que fundarlo, no a la española, por supuesto, sacando la espada y tomando posesión del lugar, sino a la italiana, que no sé en qué consiste, el caso es que lo más importante de la ceremonia fue cuando se puso a tocar el acordeón, tratando de imitar con ella ciertos aires de una banda pueblerina oída en el Brasil cuando llegó de Italia con una mano atrás y otra adelante. Tocarle a nadie, digo yo, en la única calle de un pueblo vacío que apenas tenía cuatro casas y la estación. El caso es que desparramó su música en el pueblo, lo hermoso era verlos a los tres en medio de esa calle tocando para el aire o las estrellas en un pueblo todavía despoblado.

Italia, donde había nacido, y Brasil, donde se había exiliado, eran sus patrias, útil cualquiera de las dos para la nostalgia cuando se ponía

en curda. En cambio, la Argentina, durante sus cuarenta años de permanencia en ella, fue siempre un territorio neutral, capaz solamente, favorecida por el clima que creaban los tangos, de generar melancolías y rencores.

Pero él no añoraba ni el Brasil ni Europa. En todo caso soñaba con algo que estaba entre las dos patrias, que no era el mar ni el barco, ni el baúl traído de Italia que siempre conservó. Y a esa patria, que era inasible pero la verdadera, sólo tenía acceso cuando tocaba el acordeón. Porque parece que fuera de su instrumento musical, no tenía otro elemento de juicio ni otra manera de pertenecer al mundo. Yo, sin acordeón, dijo un día distraidamente, no sabría vivir. El viejo, cuando no tocaba, iba de un lado para otro como un tonto, sin sentido, sin saber adónde ir ni dónde quedarse, sin darse cuenta siquiera de que no estaba tocando. Después se daba un golpecito en la cabeza, y sonreía, pero qué tonto, cómo no me di cuenta antes. Entonces iba al rincón donde la guardaba, le quitaba la tirita que sujetaba el fuelle, la acariciaba un poco, hacía un *glissé* sobre los botones sin producir sonidos, hasta que empezaba a jugar (como él llamaba al tocar) con intervalos. Tocaba como quien avanza hacia un lugar, con pasos decididos. Cuando llegaba al centro que buscaba, entonces empezaba realmente a tocar, apoyaba la cabeza sobre la parte izquierda del instrumento y cerraba los ojos. Es que él, dormido, era como mejor tocaba.

Lo contrataban para tocar en las fiestas (como al personaje de la canción), y de eso vivíamos. Cuando no había fiestas, tocaba en los boliches. Yo era su lazarillo. A este viejo lo he metido, fragmentado, en un montón de cuentos. Lo fui repartiendo por diversas historias. Ahora quiero reconstruirlo, tenerlo entero, como quien arma un puzzle. Aunque me falten algunas piezas.

Vivíamos en las afueras. Como no teníamos radio (ni luz eléctrica, y por poco casi ni "ni", como dice el negro Alvarez), para aprender piezas nuevas había que ir a buscarlas al pueblo y pasárselas al viejo, que inmediatamente la memorizaba y la introducía en el interior del instrumento apretando los botones, como si el acordeón fuese una computadora. Le costaba mucho caminar, por los años, por eso había que traérle la música a la casa.

La música que iba apareciendo en el país se divulgaba por un sistema de propalación, con altavoces en distintos puntos del pueblo, en lo alto de un poste, donde un Carrerito del Este, en la voz de Alberto Castillo, se encontraba esa noche con su amor en la avenida Centenera y Tabaré, o Hugo del Carril nos can(con)taba las desdichas quinceañeras de aquella muchacha del tango "Percal".

Ir a buscar música al pueblo era un privilegio. Significaba que tenías oído, que podías traerla en la memoria sin olvidarte de una sola nota, y sobre todo que el viejo te consideraba músico. Dos de sus hijos lo hacían maravillosamente. Un día, fabuloso para mí, me habló de un vals nuevo que había salido y estaban propalando. El había oído unos compases, traídos por el viento, y le parecieron buenísimos. Le recordaban el canto de un pájaro del Brasil. Y para traerle ese vals, me había elegido a mí. Me dijo que se lo trajera "calentito". No sé a qué se refería con esa palabra. La pieza acababa de salir, y hacía furor en las radios y en las pistas de baile.

Había visto a mis tíos esperar a sus novias apoyados en los postes de los altavoces, memorizando de paso, si era nueva, la música que transmitían. Esperar que pasaran ese vals, como lo habían anunciado, fue para mí la primera cita, el primer beso, con todo el deslumbramiento que produce descubrir la existencia del cuerpo, que en mi caso fueron las notas que de pronto llegaron como novias vestidas de percal, como gotas de una lluvia fría cayendo en el asfalto.

Hice el camino de regreso, con todo ese monumento sonoro adentro, asentando apenas los pies para que el ruido no alterara el ritmo. La pérdida de un solo tiempo de un compás cualquiera hubiera podido producir la caída de la pieza entera, quiero decir la caída en el olvido.

Se la entoné (sin letra, claro) nota por nota, tiempo por tiempo, con las pausas necesarias para que él las metiera en el interior de su instrumento. La cantaba primero, luego las pasaba a los botones. Chispeaba alegría por los ojos, como después de beber las primeras copas. La estrenó ese sábado, en un casamiento. La gente quedó maravillada. Y en los boliches, al día siguiente, el sombrero se llenaba de monedas y billetes. Eramos casi ricos. Gracias a esa melodía.

¿Y cómo sería la que tocó en solitario el día de su llegada al pueblo vacío? Los tres en medio de la calle desierta, pleno invierno, sin conocer el idioma del país. Ninguna de las puertas de las únicas cuatro casas del pueblo se abrió para curiosear a ver quién había llegado. A lo mejor lo espiaron entreabriendo los postigos y hallándole cara de extranjero y verlo así todo torcido (caminaba medio inclinado) resolvieron ignorarlo, que espere el otro tren y siga para arriba, todavía quedan muchos pueblos rumbo al norte. Entonces él que abre el acordeón y toca una de sus polcas o mazurkas no se sabe concretamente para qué, era una fría tarde de julio y lloviznaba, acaso tocaba para congraciarse o demostrar que no era ladrón, pero de todos modos sigue siendo absurdo eso de ponerse a tocar en una calle solitaria para nadie.

Es el vals más hermoso que escuché en mi vida, me dijo cuando acabé de cantarle una por una todas las notas que recogí del altoparlante al pie del poste. Y lo has hecho maravillosamente bien. No era para menos, eran las primeras notas de mi vida y tenían para mí esa condición secreta de cuerpo de mujer en la primera cita que les descubrí de entrada en cuanto empezaron a caer. Me gusta el cariffo conque las trajiste, como si fuesen de cristal. Y acaso sean más hermosas por haberlas traído de esa manera. Seguramente el día de mañana serás músico, con papeles, no como nosotros, tocadores sin pentagrama, orejeros, tocarás todos los instrumentos y dirigirás orquestas por el mundo, miren, ahí va el nieto de Bellini, dirán por ahí, cerca de Copenhague o bien de Rotterdam.

Tocó el vals un par de veces para que comparara a ver si era igual al que había traído. Pero yo no podía establecer comparaciones, porque ya no lo tenía entero en la memoria. Se me desdibujaba. Esa noche, desde la cama, veía brillar los extremos plateados del fuelle, y pensaba que dentro de ellos se escondía esa novia tan dulce de la primera cita.

Fue la única melodía que nunca pude retener. Cada vez que el viejo la tocaba, era nueva para mí. Como si nunca hubiese pasado por mi memoria. Y ahora que el viejo ya no existe, ni el acordeón, ni el país por estar tan lejos, es como si nunca hubiese existido. Y pienso que una melodía olvidada puede llegar a ser una de las cosas más tristes de este mundo.

Desde el término de mi infancia hasta bien avanzada la adolescencia, fui una vasija musical, le llevé a mi abuelo, sin que se me perdiera ni una sola nota, una impresionante cantidad de melodías, que él guardó cuidadosamente en el interior de su acordeón, y allí permanecieron mientras él tuvo vida. Después, vaya a saber qué destino tuvieron. Vaya a saber si el acordeón existe. Es de principios de siglo, pero bueno, los instrumentos duran mucho más que las personas.

Sin que yo lo supiera, casi todas ellas viajaron conmigo cuando me vine a vivir a España. Durante los 14 días de navegación en el *Cristoforo Colombo*, ni siquiera una sola de ellas se asomó, en lo más mínimo, para avisarme que también venían conmigo, que me seguían. No lo hicieron, pese a tratarse de momentos cruciales en una vida. Porque era, en cierto modo, el viaje de regreso que no pudo nunca hacer mi abuelo. No era yo que salía, era él que regresaba, ya para nunca más volver a ese sueño que fue América, para los dos.

En estos últimos años, tras darme cuenta de que las piezas que tocaba mi abuelo estaban aquí en Madrid conmigo, he intentado reconstruirlo como quien arma un puzzle. Sabiendo de antemano que me falta la principal: aquel vals que recogí como a una novia. Lo intento lo mismo, por si acaso, por si en una de esas la pieza aparece por casualidad, traspapelada con otras. A veces me lleva meses terminar de armar el puzzle y comprobar nuevamente la evidencia de que me falta la pieza principal. Entonces vuelvo a mezclarlas para empezar de nuevo.

Porque aún sabiendo que es imposible reconstruir al viejo faltándome esa pieza, de la misma manera que es imposible reconstruir el país del que te desprendiste, uno no puede eludir la tentación de hacerlo, una y otra vez, en este lado del mar y del tiempo.

♥♥♥



El oyente impasible

No habría más de diez personas en la sala, Y diez es un decir, por redondear, porque si nos hubiéramos fijado y contado bien, apenas llegaban a ocho, entre las que se incluía el bedel que limpió las butacas, les quitó los chicles pegados, levantó los papeles de caramelos que había en el piso, sacudió un poco las alfombras y ahora estaba esperando que empezáramos de una vez para mandarse a mudar, Y la falta de público se debía a lo de siempre: el calor, y la coincidencia en la hora con un partido de fútbol, Pero claro, había que tocar lo mismo,

La

Con unos aplausos ~~chirles~~, como perdonándonos la vida, festejaron el término de la primera parte. El descanso, en vez de los quince minutos previstos, se redujo a cinco, para terminar cuanto antes y permitir que esa pobre gente, que más que público parecían nuestros prisioneros, saliese a la calle, respirase aire puro y escuchara por radio por lo menos la última parte del partido.

Menos mal que no aplaudieron cuando volvimos a escena, hubiera sido humillante. Vimos que de los siete, solo tres permanecían sentados, y uno estaba de pie, apoyado contra la pared cerca de la salida con ~~una~~ radio portátil pegada al oído. Seguramente los demás estaban en el baño, ya entrarían, pero esperamos unos minutos interminables y como no aparecieron empezamos la segunda parte.

En cuanto nos oyó, el que estaba contra la pared hizo un rápido mutis intentando salir inadvertido; pero al abrir y cerrar la puerta, los goznes, resecos por los 47° a la sombra, chirriando gritaban "miren, éste se escapa del concierto". Los tres que quedaban volvieron la cabeza codiciosos.

Después, cuando abordamos una obra de contenido litúrgico, impuesta por los consejeros religiosos de la Dirección de Cultura, se levantaron dos, se ve que eran hermanos porque salieron resueltamente

tienen radio, con un hijo traiga a nosotros el 2º y 3º partido

juntos, y nos quedó unito, en una butaca muy en la penumbra, de modo que apenas se veía. *Sin radio. Un verdadero oyente.*

Tocar para una sola persona en una sala tan grande era estar como un boxeador contra las cuerdas. Y bastaba que de golpe se sintiera indispuerto, un oportuno dolor de cabeza (una cabeza un tanto grande, a juzgar por el tamaño del sombrero que no había tenido la delicadeza de sacarse) para que se retirara, y entonces qué sentido tenía que siguiéramos tocando. Y era horrible la idea de abandonar en mitad de la pieza, ni siquiera podríamos hacerlo todos al mismo tiempo, porque no se ha previsto una notación musical para casos como éstos, que permita interrumpir la ejecución a tiempo, como si se tratara de un finale.

Hay que ver los malabarismos que hizo esa noche el Cuarteto para mantener en su sitio a nuestro oyente. Tocábamos concentrando todo para él solo, dirigiendo hacia él como un flechazo nuestra intencionalidad comunicativa, con violentos vibratos y audaces golpes de arco lo manteníamos clavado en su sitio, sin permitirle ni siquiera un pestañeo, deslizándolo de vez en cuando, mediante un arrastre demorado de los arcos, ciertas advertencias que eran, si sabía oír, unas claras amenazas de lo que podía pasarle si intentaba abandonar la sala dejándonos en esa nada metafísica de tocar para nadie.

Para colmo no podíamos ponernos de acuerdo sobre la actitud a seguir ante la posible fuga del prisionero, los códigos gestuales de comunicación entre los músicos mientras tocan son ricos pero se vinculan estrictamente con la partitura, y para algo que no esté contenido en ella no tienen gesto alguno. Era como tocar en el vacío, el barco haciendo aguas y uno sin poder atinar a nada, salvo darse por vencido y acomodar la mente para entregarse al seguro naufragio, extremo que no estábamos dispuestos a tolerar. Y sin saber qué hacer mientras el tiempo corría y con él la posibilidad de que el prisionero decidiera fugarse.

¿Qué hacer para impedirlo, qué pensar para ello entre nota y nota, o en los escasos silencios de la partitura? ¿Que uno de nosotros, yo por ejemplo, la viola, que tenía las partes menos

*muñit  
o, nihan  
un st  
ian o  
ate l  
ditog/*

*12*



Avan los días, se no se pudiera compartir del evento  
" clarabo en el evento, uno citaba: clarabo.  
"

importantes en esa parte del programa, dejase de tocar, se corriese hasta la puerta y la cerrase con llave? ¿Llamar por teléfono a los bomberos pidiéndoles que no dejaran salir del teatro a un conocido pirómano que con nuestra música manteníamos a raya? El oyente ni se daría cuenta si yo dejaba de tocar para cumplir con estas delicadas diligencias, para él la obra, con o sin viola, seguiría siendo lo mismo de aburrida, Pero era un crimen musical, algo que jamás nos perdonaríamos, además de un desdichado acontecimiento que alguien, malignamente, agregaría a nuestro curriculum,

Un instinto de integridad musical nos decía que si ese cretino del sombrero abandonaba la sala, <sup>requeríamos</sup> tendríamos que seguir tocando para nadie, para el salón vacío, por más horrible que fuese, Y eso nos desplazaría hacia unas fronteras que intuíamos peligrosas, En los intercambios de miradas que hacíamos, intentando adivinar nuestras intenciones y ponernos de acuerdo, lo único que se veía claro era el miedo, Había la sensación de un desastre ineludible que comenzaría de un momento a otro, que nos estaba esperando en el último pentagrama de la página; ejecutábamos un allegro y llegaríamos allí en contados segundos, Seguro que al llegar a ese compás quedaríamos descolocados en el mundo, situación muy difícil puesto que todos teníamos responsabilidades, hijos pequeños, qué sería de ellos, se quedarían solos, serían músicos en un mundo sin oyentes, en salas vacías se pasarían la vida afinando y afinando sin poder empezar a tocar porque nunca entraría nadie, Pero bueno, por fin llegábamos a ese compás fatidico, y gracias a Dios no pasaba nada, el oyente no se movía, el desastre presentido se corría hacia otros compases, y en cada uno iba postergando su fatalidad,  
Ibamos por la penúltima obra, y a medida que nos acercábamos al final crecía la esperanza de que todo acabaría bien, El asunto era que él no confundiera el final de la pieza con el del concierto, y nos dejara con la última obra entre los dedos, Pensé; acabamos la penúltima y le grito; Eh, usted, no se mueva, que falta la última, más corta que las otras, Pero me pareció ridículo, Hasta que, faltando apenas unos compases, los cuatro, con miradas, decidimos modular hasta meternos en la tonalidad de la obra siguiente, ejecutándola como



*¡ OJO! el oyente que queda solo a la derecha  
no tiene radio en la cabeza, es el  
verdadero oyente.*

continuación de la que estábamos tocando, para no darle al prisionero el más mínimo respiro que le permitiera abandonar la sala,

Y bueno, la parte final nos salió maravillosa. Con el último golpe de arco, fue como si lo liberáramos permitiéndole, de acuerdo con sus deseos más profundos, que huyera volando libremente y se incorporara a esa bandada de gaviotas de las que siempre hablaba mi vecino, ciego de nacimiento, que en esos momentos, según aclaró después el ciego, iban cruzando sobre los viejos techos de la sala donde actuábamos y por encima de la cúpula de la Catedral, rumbo al Océano Pacífico. Adiós, le diríamos desde abajo, él tan feliz y nosotros también, lo despediríamos alzando nuestros arcos,

Terminamos dándole a las notas del último compás el valor del chan chan de todos los tangos juntos, a la espera de que se pusiera de pie, tirara su sombrero por el aire, y aplaudiera y aplaudiera, y silbara de alegría y nos agradeciera, no sabemos si por haber tocado sólo para él o por haber acabado el concierto,

Pero nada. Ni siquiera se movió. Está dormido, dijo el cello. Eso parece, dijo la pianista.

Enfundamos los instrumentos, cerramos el piano, recogimos atriles y partituras, y el oyente impasible ni se movió. Pero estábamos contentos, habíamos conseguido saltar sobre ese precipicio metafísico abierto en la sala por los que la abandonaron,

Ya en la puerta, *el ridu* Chicho dijo bueno, no lo vamos a dejar ahí encerrado, hay que despertarlo. Y me encargó la tarea,

Fui contando las filas, estaba justo en la 17, en el último asiento junto a la pared. Llamé, chisté desde la punta, pero nada. Entonces, caminando de costado debido a la estrechez entre las filas, llegué hasta el lugar; sin tiempo para asombrarme, quité el sombrero clavado con alfileres en la butaca a la altura de la cabeza; y lo envolví en el poncho relleno de papeles viejos que los dos hermanos, al retirarse, colocaron allí simulando un oyente, nunca sabremos si por piedad o por delicadeza, ♦

*Handwritten notes on the right margin, including the phrase "que me hablo" and other illegible scribbles.*

*190  
27/7*



No me importa lo obra, es decir y... al...  
Schubert quinta, o acaso, cambia por Badi-  
quitar también en meucitu + Adagio y a rounds.

### Un silencio de corchea

Si este formato no sale en el Sprint, infinidad titulado en hoja aparte, en el anexo.

Cuelga el timón sobre el humo del hogar,

HESÍODO, *Los trabajos y los días*

(Buscar texto)

En no recuerdo qué compás del Adagio y Rondó Concertante en Fa Mayor, D.487 de Schubert, hay un silencio de corchea en cuyo breve espacio, durante cientos de años, estuvo escondida y al acecho un arma asesina ante la cual, en un encuentro que pareció calculado, encontró la muerte una forma viviente de este enigmático Universo.

Acaso actuó como cómplice del hecho aquel profesor que nos recomendaba alzar el arco en los silencios, sin darse cuenta de que un arco que olvidado por su cuerda y librado a su suerte, puede perderse en otros planos de la trama desconocida y, desviado de su función, convertirse en un instrumento de la muerte. Si no hubiera sido por estas desdichadas circunstancias, otra hubiera sido la suerte de aquella criatura cuya existencia interrumpí tempranamente con un certero golpe de arco aquel lejísimo 22 de noviembre que, debido a la fuerza de ese suceso que todavía lo contiene, se resiste a desaparecer en el pozo del tiempo.

Chamical, hélas, se llama el pueblo, una de las tres pequeñas aglomeraciones humanas en aquellos desiertos de 150 mil kilómetros cuadrados. Unos 500 habitantes, calles de tierra, una hostería para los viajeros de comercio que pernoctaban en medio de esas soledades de paso para México o Bolivia, una estación de FF.CC con trenes de carga llenos de leña, y una pista de baile al aire libre junto a las vías con un tinglado de zinc para la orquesta rodeado por tubos fluorescentes.

Alrededor de la pista estaban las sillas medio hundidas en el suelo de tierra que se regaba de tanto en tanto para evitar el levantamiento del polvo. Allí acudían cada sábado los chamicalenses, que no tenían otra diversión salvo la tancha de bochas, a las fiestas bailables amenizadas por unos cuartetos procedentes de Córdoba, muy de moda, compuestos por piano, violín, batería y bajo eléctrico, donde además se contaban chistes verdes y

Revisar todo como a esto yo existía para sob Si significativo, pero significativo.



rifaban objetos de uso doméstico, Unos chistes que por ser audibles en la pequeña iglesia próxima debido a la potencia de los altoparlantes, no debían sobrepasar cierto tono decoroso a fin de no ofender los oídos de esa Virgen que todos los años sacaban en procesión para que hiciese llover. Porque en una de éstas se ofendía y les negaba el milagro, y entonces los chimalenses morirían de sed. Por lo que los chistes eran cada vez más tontos y la gente ya casi ni reía, salvo el locutor, que al terminar de contarle desgranaba su carcajada eléctrica por los altoparlantes hasta que se diluía, solitaria, dando paso a la voz que anunciaba la próxima pieza, continúan ustedes bailando con el cuarteto Leo. Y corría la cerveza, y sonaba la música, y los tubos de neón, mal conectados, titilaban en medio del desierto.

Uno se siente tentado a referir, por el espíritu de la cosa, que llegamos a Chimalá aquel 22 de noviembre de 187... para estar más en clima; pero el hecho sucede un siglo después, ya en los últimos tramos del milenio, sólo que allí el tiempo transcurre con más lentitud debido a ciertas formas del olvido.

Santa Cecilia Día de la Música ¿otra vez ustedes por acá? dice de mal modo el Intendente Municipal secándose el sudor, y nosotros sí, claro, nos manda la Señora (esa gorda de la Dirección de Cultura). El año pasado vinieron para esta misma fecha, ¿no?, dice en tono de reproche, y con mirada oblicua nos muestra sólo la parte blanca de sus ojos. Sí, es cierto, pero recuerde que no pudimos actuar por desperfectos técnicos, no había luz eléctrica en la pista y aunque lo intentamos, fue imposible leer las partituras a la luz de la luna. Está bien, concede el hombre restableciendo en sus ojos un equilibrio de colores, está bien, ahora mismo saldrá el carrito de la propaganda para avisar a los vecinos. Pero traten de ser breves por favor, mañana se trabaja y la gente debe madrugar.

Tratando de olvidar el excluyente <sup>cuartetos</sup> pero otra vez ustedes por aquí? visitamos la pista, le quitamos al piano (de media cola) su forro de lona descolorida, verificamos la afinación, una llave que tenemos siempre con nosotros nos ayuda a repasar las quintas.

En la Comisaría nos prestan un calabozo para cambiarnos de ropa, nos lavamos un poco, Edith está preciosa con ese vestido todo escotado por la

7. lo protogeno de los  
Sobry y de Uruvis



espalda, y nosotros cumpliendo órdenes estrictas no podemos quitarnos ni siquiera la corbata,

Faltan como tres horas para el concierto, paseamos por las calles solitarias, la gente no se atreve a salir hasta la caída del sol, pero desde adentro pueden escuchar la voz del carrito callejero, señor vecino no deje de asistir esta noche a la pista Bazán, actúa el Cuarteto Estable del Conservatorio de la Provincia con motivo del Día de la Música.

*Si, pero es Universal (Canta y invita, dice dudo)*

Y qué puesta de sol, madre mía, lo mismo que en el mar sólo que en el confín de estas salinas donde cabrían Suiza y Holanda juntas, que en contados minutos se está tragando a esa bola de fuego, mientras detrás del camioncito de la propaganda aparece su gemelo regador, como cabelleras de cometas un chorro a cada lado, donde con un último rayo de luz les aparecen aureolas de arcoiris, saltamos y subimos a la vereda cuando pasa sin mirarnos, y casi salpicando los pliegues del vestido de la pianista,

Los recuadros de luces en las ventanas y el canto de los grillos comienzan casi al mismo tiempo, La oscuridad impide ver los nubarrones que vienen desde Córdoba, Claro que va a cambiar el tiempo, dice el cello, desde ayer me están doliendo las articulaciones, Y no acaba de decirlo cuando allá arriba se ve venir entre relámpagos una nube negra, qué digo una, dos, una de ellas a todas luces de agua, la otra no se sabe de qué y parece más que densa,

*¡ci*

Los instrumentos estaban sobre las sillas, las partituras en los atriles, nosotros de pie a la espera de que acabara de entrar el público, distraiéndonos con los zumbidos de los fluorescentes, que servían de acompañamiento rítmico al pestafleo de luces de los tubos mal conectados, que titilaban como haciendo señas,

Justo cuando empezamos a afinar dice el violín que el concierto puede acabar en un desbande si prospera la tormenta; ojalá comenta el cello, en este pueblo hace cinco años que no llueve, y las cosechas ya se sabe son más importantes que la música, Además, según anuncian unas estadísticas que flotan por el aire, en tres siglos y medio, que se sepa, nunca ha llovido aquí el día de Santa Cecilia, Patrona de la Música, Edith nos suelta un la medio dudoso, la humedad y el calor para los pianos son fatales,



La gente desde las mesas chasquea los dedos llamando a los camareros, por favor un porrón y dos de queso y mortadela, y creyendo que vamos a tocar lo mismo que el cuarteto Leo los jóvenes empiezan a mirar buscando pareja para el baile.

Somos concientes del equívoco, pero cualquier explicación nos pondría en ridículo y acaso la gente al enterarse que íbamos a tocar música de Schubert y que eso no se baila saliese en desbandada como si se hubiese desatado por fin el aguacero. Estamos nerviosos, no sabemos si por la situación o la humedad intolerable.

Edith nos mira como para atacar por fin pero en eso se acerca un camarero ¿los señores van a tomar algo? Paga la casa ¿una cerveza un whisky un vino de la zona? Y en eso hay algo como una bola hecha con miga de pan que da contra la caja del violoncello, seguramente algún gracioso de los que nunca faltan, y enseguida otra, esta vez en la viola, y luego varias juntas contra la tapa del piano, ¿el aguacero? resbalan y se pierden en el arpa del instrumento, siguen cayendo y tamborilean ¿o es granizo? sobre el zinc del tinglado, justo cuando hemos atacado aparece una de estas bolas sobre mi arco, y está viva, no le distingo bien los ojos pero tiene patas, muchas, pero más muchas son las migas, todas vivas, y uno descubre, al verlas posadas sobre las partituras, que también tienen alas, cáscaras quitinosas, y antenas como pelos.

Venían de la segunda nube, atraídas por la humedad y las únicas luces de neón que había en miles de kilómetros a la redonda, que desde el aire seguramente les habría parecido un oasis arcangélico, un mar de luces, un enjambre de hadas, un montón de peces luminosos, unas flores nocturnas o galácticas,

Hacia el fin del Adagio habían acabado de posarse. Estaban en todas partes, eran millones y en el aire otros tantos esperaban turno. Donde se asentaban, cubrían toda la superficie. En el piano; en los atriles, como langostas devorando maizales; en las partituras, dejando apenas espacio para que leyéramos las notas. Y en la espalda desnuda de Edith, de súbito marrón. Menos mal que sabíamos la obra de memoria, porque si hubiéramos tenido que leer, los valores estaban alteradísimos. Había bichos instalados en las negras, con cuatro patas atravesadas en la plica de la figura, que



a modo de corchetes la convertían en fusas, y así, claro, hubiera resultado cualquier cosa, a lo mejor por culpa de o gracias a los bichos salíamos tocando algo del cuarteto Leo y la gente tan contenta se ponía a bailar,

En la pausa obligada, antes de atacar el Rondó, en vez de repasar la afinación intentamos espantar por lo menos a los que cubrían las partituras. Pasé el arco rasante sobre la mía, los cascarrudos rodaron al suelo, pero en el acto fueron sustituidos por los que venían del aire, del chorro incesante de insectos procedentes de la nube apocalíptica, ansiosos de fundirse en ese incendio blanco que ardía en el centro del desierto,

Edith volvió un poco la cabeza, mirándonos como siempre antes de iniciar el segundo movimiento. Yo le miré la espalda desnuda; nada de su piel era visible, bajo aquella capa de quitina ansiosa, salvo el cuello, cuyo movimiento lo salvaba de la invasión. Y nunca olvidaré que unos segundos después, cuando íbamos por el último compás del primer pentagrama, apareció esa cosa prendida en la oreja derecha de la pianista, casi al mismo tiempo que su ay, larguísimo.

El bicho, para empezar, aparte de su tamaño desmesurado (con las sequeías prolongadas estas especies del desierto duplican su tamaño para poder subsistir), tenía la fuerza suficiente como para obligar a Edith a inclinarse, mientras gritaba, la cabeza hacia la derecha. Yo estaba justo detrás de ella y podía ver, desviando un poco los ojos de la partitura, que era un monstruo asimétrico, con nueve patas por un lado y siete por la otra, no sé si por naturaleza o accidente. Pero más que su tamaño o sus posibles deformaciones, lo que pesaba realmente era su significado, mejor dicho el de la situación que había creado su absurda circunstancia. Porque ser un bicho y estar prendido de la oreja de una pianista durante un concierto y en el día de la música, lo colocaba finalmente, en cuanto a su necesidad o verosimilitud, en un terreno muy resbaladizo, donde quizás no pudiera sostenerse mucho tiempo.

El cellista, que solía tomarse la libertad de inventarse compases de espera, pasó una mano rápida por la espalda de la pianista haciendo caer un considerable racimo de intrusos, mientras ella, interrumpiendo su largo ay con una acotación, gritaba desesperada esos no, esos no, el de la oreja



por favor; pero el de la oreja estaba fuera del alcance visual del cellista, mientras yo lo tenía al alcance de la punta de mi arco,

101

Buscando impulsos para sacar de esa situación a la pianista sin que por ello tuviera que saltar ni la más mínima de mis notas, deduje que la situación del bicho carecía de congruencia y que por eso no podría mantenerla mucho tiempo, por propia convicción tendría que abandonar esa coyuntura. Pero claro, lo verdaderamente fuerte era su significado, su parafernalia, su intención terrorista. Y en este campo, claro que conseguía cierta congruencia. El estaba prendido de la oreja, con su trompa succionadora clavada hasta el fondo del lóbulo, intentando sugerir que antes de que acabara la obra de Schubert la pianista podía morir envenenada. Entonces la palabra parásito relampagueó en mi mente. Parásitos de las aves, los de Horacio Quiroga, esos que habitan en los almohadones de plumas y no es raro que abandonando su habitáculo conquisten otros lugares, entre ellos las pianistas. En ese momento decidí matarlo, *Los ojos de b*

En cuanto al ay de Edith, que por su persistencia ya formaba parte de la obra, los chamicalenses empezaban a encontrarle cierta congruencia al asunto, aquella extraña música por lo menos tenía letra y ésta se entendía. El ay de Edith era el ay de Yerma, un ay andaluz cuya modulación tentaba al violinista, nos tentaba a todos a un súbito abandono de Schubert para, guiados por el ay, entrar francamente en el flamenco y abordar un ritmo de soleares. Decía o cantaba su ay recorriendo con manos espasmódicas la extensión del teclado, mientras el hirsuto bicho succionaba intentando incorporarse a la naturaleza de la pianista.

Matar. Se dice fácil. Pero para mí, lector de T. S. Eliot, significaba atreverme a perturbar el universo. Toda vida es un enigma, forma parte de la trama desconocida. Eliminar la de ese bicho acaso significase para mí el riesgo de entrar en la intimidad de una mecánica que desconocía. Sin contar los remordimientos, claro. No me animaría seguramente. La pianista lo pedía a gritos, y esto parecía obligarme. Pero tanto ella como los bichos eran naturaleza pura, y yo siempre le he tenido miedo a esa desnudez de la vida. Prefiero las formas inventadas, que nos aíslan del volcán. La escritura, a la viva voz. Las notas (figuras), a los sonidos. La imaginación, a la realidad. Uno se salvaba de los delirios de la naturaleza



por las formas. La partitura que estábamos ejecutando era ante todo una forma, y debía respetarse. Aunque la mayoría de esa gente no nos escuchaba, aunque nadie se hubiera dado cuenta de nada si yo dejaba de tocar unos compases para liberar a la pianista de esa eclosión, yo jamás hubiera podido alterar la forma, al menos que la misma forma me lo permitiera.

El de la oreja, por favor, clamaba Edith incitándome a perder unos compases y a perderme con ellos. Y la única posibilidad de quitárselo era un silencio de corchea que estaba como setenta compases adelante. Todo lo que yo pudiese hacer para liberarla del bicho estaba en ese silencio. Tan breve, que sólo podría conseguirlo con una máxima destreza, sin perder ni una décima de segundo, actuando igual que los grandes atletas, que controlan hasta la respiración.

Tocando automáticamente mientras llegaba el compás con el silencio de corchea, me entregué a las reflexiones. La música debía su fuerza al hecho de ser naturaleza, no invención del hombre. Existió antes que él. Amábamos la música porque era el esfuerzo de la materia para transformarse creándose a sí misma; era una actitud de la materia para que pudieras sentirla en el tacto, modelarla como un arcilla, mezclarte con ella millones y millones de veces y escuchar, en su interior, el pulso del universo.

Pero bueno, los bichos también eran naturaleza, y en ese sentido, pese a su errónea actitud, al terrible equívoco al que fueron arrastrados por la luz en el desierto, merecían otro tipo de consideración. Ellos, a su modo, también eran música. Había bichos corchea y bichos fusas, bichos bemoles y en fin, toda la gama.

Aunque en una situación absurda, ellos estaban ahí por necesidad. Obligados por circunstancias naturales concretas. Meursault, en *El extranjero*, mata al árabe porque siente calor, y Wakefield, en el cuento de Hawthorne, entra en su casa tras veinte años de ausencia porque necesita protegerse del frío. Todo es naturaleza, incluso el tratar de contar esta historia, como si uno ahora mismo fuese el bicho que descubre esas luces de la memoria y se lanzase hacia ellas por necesidad impostergable. La idea de que los bichos eran notas vivientes se fijó en mi entendimiento. Llegaban a destiempo a las partituras, y en vez de

*lejos de  
su ferocidad*



integrarse a los sonidos eran unas formas dotadas de absurda vida, fatalmente colocadas del lado de lo perecedero, ya sin ninguna posibilidad de integrarse en la perennidad de las formas representativas. Por eso se posaban en las partituras, ya enigmas definitivos para ellos, que eran música perdida.

Sin embargo todo esto, para la sana gente del pueblo, era simplemente un baile frustrado en una noche de tormenta. *una introducción raiiviana que no damos, ante el fracaso inevitable.*

Cuando todavía faltaban treinta compases para el silencio de corchea, pensé que a lo mejor los bichos no llegaron allí atraídos por la luz sino por la música, parientes, al final, de las mulas y de los perros que se acercaban a nuestros conciertos. La música, de la que originalmente formaron parte, se había evadido hacia las formas, pero ellos, que poseían una memoria cósmica, conservaban ese lejano hecho como si fuese de riguroso presente. Y ahora, gracias al pretexto de la luz de los tubos de neón, se reencontraban con sus antepasados.

De modo que cuando llegara ese silencio que me permitiría la acción liberadora, tendría que afrontar el hecho de estar destruyendo un antepasado y un sonido al mismo tiempo.

Y bueno, a todo se llega en este mundo, porque para eso está hecho el tiempo. Y entre todas esas cosas que llegan fatalmente estaba ese silencio de corchea, mientras mi remoto pero presente primo, ajeno a ese hecho que sin embargo era definitivo para él, seguía empecinado en vaciar a la pianista.

Estaba decidido a matar esa cosa, fuese lo que fuese, prendida a la oreja de Edith. Afrontando todos los riesgos. Aunque se tratase del propio Beethoven, transfigurado. Aunque fuese el espíritu mismo de la música. Siempre y cuando no se alterase para nada la partitura que estábamos ejecutando. Lo que Schubert escribió *debe* corresponderse con sus reproducciones en el tiempo, sin alterarse para nada. Yo estaba dispuesto a levantar el arco en ese silencio, desviarlo de su función específica y convertirlo en el arma asesina que eliminaría al intruso, siempre y cuando regresase en término, antes de la iniciación del siguiente sonido. De lo contrario no haría el esfuerzo, y la pianista quedaría librada a su suerte.



Estaba también el cuerpo del delito, es decir, el ruido que haría la cosa viviente al reventar. A modo de despedida, O de protesta, vaya uno a saberlo en este universo algo incongruente. Para los neófitos, es necesario decir que en los compases, especies de células, hay un tiempo fuerte y un tiempo débil. Un latido vital. Gracias a eso existe la música. Como la respiración o los latidos del cor. El ruido del cuerpo del bicho, al estallar, debía coincidir con la parte fuerte del compás, para que nada se alterara y la música siguiera como si tal cosa pese a la explosiva desaparición del susodicho. Si el golpe sucedía en la parte débil, entonces se produciría un efecto no deseado por el autor de la Sinfonía Inconclusa.

ici

Pero bueno, es inútil seguir demorando con palabras el desenlace del conflicto planteado por ese insecto que dejó de ser anónimo para morir de una manera singular. El silencio de corchea, que lo esperaba desde toda la eternidad, llegó por fin, y con él el levantamiento del arco, que a partir de ese momento entraba secretamente en la forma, la actitud y la función de los cuchillos.

Me cuesta contar que yo estaba sentado justo detrás de la pianista, y que calculando el largo del arco/cuchillo y de mi brazo, fui corriendo la silla hacia atrás buscando el punto de vista o ángulo preciso para este golpe de arco totalmente inédito, digamos que unos diez compases antes del silencio asesino.

Unas notas antes de su arribo, el recorrido del arco ya estaba trazado, y la muerte del bicho prácticamente ya estaba sucediendo, aunque él siguiera con vida y en el mejor de los mundos.

El, doblemente evadido de la naturaleza y de la música, que son la misma cosa, acababa de entrar en un terreno ambiguo y resbaladizo, regido por convenciones que permiten creer que es absurdo tocar el piano con un insecto prendido en una oreja, como si el mundo no fuese, por contener la vida que contiene, el lugar de todo lo posible.

Yo no era conciente entonces de que mi víctima, que en cierto modo me había elegido para convertirme en verdugo, obligándome a esa acción violenta me estaba corrompiendo, me estaba sacando de mi tranquilo lugar en el cuarteto —que es como decir de mi lugar en el mundo— para arrastrarme hasta su violenta y casi diría repugnante circunstancia final.



al Inconciente de todo, yo levantaba el arco, lo sacaba de la cuerda como para siempre, y sin alterar en lo más mínimo la estructura de la música que ejecutábamos, escondido en ese silencio, perturbaba el universo privándolo de una de sus criaturas,

El ruido que ésta hizo al estallar, para la pianista significó liberación y para mí remordimiento y entrada en el dudoso y corruptible mundo de las acciones que sumadas forman esa cosa aburrida y falsa que es la historia del mundo, o sea su memoria. Por errores de apreciación, la muerte de este insecto no tiene la importancia que la Historia atribuye a la muerte de Julio César por ejemplo. Pero son la misma cosa.

No me gusta decir, por razones humanitarias y ecologistas, que el ruido que Osvaldito (el bicho se merece un nombre) hizo al estallar tocado por mi arco, fue a contratiempo. En vez de sonar, como estaba previsto para que pasase inadvertido, en la parte fuerte del compás, lo hizo sobre la parte débil, alterando la partitura de Schubert, que al oír la desde su tranquila tumba se dio vuelta para dormir del otro lado, a salvo de estas molestas interrupciones.

Mientras recogía el arco, como quien limpia y guarda su puñal, devolviéndolo a la inocente cuerda, lo único que había en mi mente fría era un sentimiento de orgullo por mi hazaña, mientras la desgraciada criatura entraba en el seguramente intrincado proceso del olvido.

La muerte de ese bicho que intentó interrumpir la música (de la que él sin embargo y sin saberlo procedía) significó el fin de mi carrera musical. Tenía demasiados remordimientos para seguir tocando. Además me entró la sospecha de que mis quince años como músico por esas soledades o habían sido un recurso de la urdimbre secreta que hay en todo para que esta historia fuese escrita.

Por lo que decidí, según recomendaba Hesíodo por temor a los naufragios, colgar la viola y el timón, y ahora mismo estos recuerdos, sobre el tranquilo humo del hogar,

En la hamaca  
con la radio  
pero está

humanitario

101



## Un silencio de corchea

Quelga el timón sobre el humo del hogar.

(HESÍODO, "Los trabajos y los días")

En un compás del Adagio y Rondó Concertante en Fa Mayor de Schubert hay un silencio de corchea donde, durante cientos de años, estuvo escondida y al acecho un arma asesina ante la cual, en un encuentro que pareció calculado como si se tratase de una cita, encontró la muerte una forma viviente de este contradictorio planeta que compartimos, entre otros, con los demás animales y la música. Acaso actuó como cómplice del hecho aquel profesor de violín que nos recomendaba alzar el arco en los silencios, sin advertir que un arco olvidado por su cuerda y librado a su suerte puede perderse en otros planos de la trama invisible del universo y, desviado de su función, convertirse en un instrumento de la muerte. De no mediar estas desdichadas circunstancias, otra hubiera sido la suerte de aquella criatura cuya existencia interrumpí tempranamente con un golpe de arco asesino aquel lejano 22 de noviembre que, debido a la fuerza de ese suceso, permanece como cristalizado en su almanaque y se resiste a desaparecer, como cualquier otro día de la infinita sucesión, en el pozo del tiempo.

El lugar del encuentro, o de la cita, se llama Chamental, quinientos habitantes en una aldea junto a una salina con tamaño de provincia. Calles de tierra polvorienta, un centenar de casas bajas, la estación de FF.CC con trenes de carga que sólo llevan

leña, y una pista de baile al aire libre junto a las vías alumbrada por tubos fluorescentes, donde los fines de semana actúan unos Cuartetos que vienen desde Córdoba, piano, violín, batería y bajo eléctrico, y la gente que baila bajo los tubos de neón mal conectados que titilan en medio del desierto.

Esta historia debería comenzar diciendo que llegamos a Chamental aquel veintidós de noviembre de mil ochocientos setenta y tantos, para que la relación entre tiempo y lugar fuese más acorde; pero el hecho sucede un siglo después, en los últimos tramos del milenio, sólo que en Chamental el tiempo transcurre con más lentitud debido a notorias influencias del olvido.

Santa Cecilia o sea Día de la Música, ¿otra vez ustedes por aquí? dice de mal modo el Intendente Municipal secándose el sudor de la frente, y nosotros sí, claro, nos manda la Directora de Cultura, y él a nosotros ¿otra vez esa gorda?, el año pasado vinieron para esta misma fecha, ¿no?; y mientras esto dice, con mirada oblicua nos muestra sólo la parte blanca de sus ojos, a todas luces un reproche. Sí, es cierto, pero recuerde que no pudimos actuar por desperfectos técnicos, lo dijeron por los altavoces para que la gente no se vistiera inútilmente, recuerde que no había luz eléctrica en la pista y era imposible leer las partituras al resplandor de la luna. Está bien, concede el hombre desconectando la agresividad de sus ojos, está bien porque ustedes no tienen la culpa si los mandan, ahora mismo saldrá el carrito de la propaganda para avisar a los vecinos, pero traten de ser breves por favor, no toquen todo el programa, sólo una

parte de la primera parte, tengan en cuenta que mañana se trabaja y la gente debe madrugar.

Tratando de olvidar, sin conseguirlo del todo, el hiriente "¿otra vez ustedes por aquí?", le echamos una ojeada a la pista, al piano cuartetero bajo su toldo de zinc caliente, le quitamos el forro de lona descolorida que lo protege del polvo que traen los vientos y de insectos dañinos, corregimos su afinación con una llave que nunca se nos cae de las manos en nuestras giras.

En la Comisaría, que huele a comida de presos, nos prestan un calabozo para cambiarnos de ropa y lavarnos un poco. Edith la pianista está preciosa con ese vestido todo escotado por la espalda, y nosotros, cumpliendo órdenes estrictas de la Gorda, nos anudamos la corbata como quien da otra vuelta de tuerca a ese bochorno de la siesta en el desierto salitroso.

Faltando tres horas para el concierto paseamos por las calles solitarias; la gente no se atreve a salir hasta la caída del sol (es hermoso verlo ponerse tan rojo en el horizonte blanco de las Grandes Salinas), no se atreve pero desde sus cuartos que huelen a albahaca escuchan adormilados la voz electrificada del carrito callejero, señor vecino no deje de asistir esta noche a la Pista Bazán, actúa el Cuarteto del Conservatorio con motivo del Día Universal de la Música, con los auspicios de la Municipalidad. Sí, comenta Chicho, día universal, o sea que la cosa viene de Europa; pero allá es invierno y se puede tocar, y aquí cuarenta y ocho grados a la sombra, díganme qué instrumento puede aguantar la afinación en estas condiciones.

La ausencia de Europa, de donde él procede, se le compensa con la puesta de sol; madre mía dice, lo mismo que en el mar que atravesé cuando me vine, pero aquí se pone en las salinas. Suiza y Holanda caben juntas en ellas, que en escasos minutos se están tragando a esa bola cósmica y de fuego, mientras detrás del camioncito de la propaganda aparece un hermano gemelo que es regador, como cabelleras de cometas un chorro de agua a cada lado, y al cruzarse los chorros con el último sol en un ángulo preciso surge un pequeño arcoiris; el gemelo pasa junto a nosotros sin mirarnos y para que no nos moje saltamos sobre el chorro y sobre el arcoiris, Edith no lo hace a tiempo y la salpican, miren, ahí van los músicos dice alguien por ahí, y por ser ésa nuestra condición y porque además lo dicen, somos músicos esa tarde del veintidós de noviembre que podría ser de mil setecientos y tantos, músicos en un instante preciso del tiempo y en un arrabal del mundo llamado Chamental, casi un milagro si uno desea verlo de ese modo. Porque si esto no fuera el Cono Sur y no estuviéramos en el final de este milenio, a estas horas estaríamos paseando por Salzburgo o Viena y nos codearíamos con Mozart nada menos, qué les pasa muchachos nos diría, qué es eso de Chamental y Cono Sur seguiría diciendo, y hay que entender sus palabras teniendo en cuenta lo que sería América para él en Viena y en su siglo, y que Chamental no existía cuando él nació, en 1756, y seguía no existiendo cuando se fue de Viena en 1791, o sea que para Mozart Chamental no fue ni siquiera una sombra, se trata de caprichos del tiempo y de la música.



Los rectángulos de luz en las ventanas del pueblo y el canto de los grillos comienzan casi al mismo tiempo. La oscuridad impide ver los nubarrones que vienen desde el Sur. Claro que va a cambiar el tiempo, dice el cello tocándose las articulaciones doloridas, y no acaba de decirlo cuando allá arriba se ve venir entre relámpagos un oleaje de nubes oscurísimas.

Las luces de los tubos de neón mal conectados zumban y titilan como haciendo señas mientras afinamos. El concierto puede acabar en un desbande si prospera la tormenta, dice el violín. Ojalá, comenta el cello, hace cinco años que no llueve en este pueblo, y las cosechas ya se sabe, son más importantes que la música. Pero según las estadísticas, en lo que va del siglo nunca ha llovido aquí para Santa Cecilia. Edith nos suelta un la dudoso, la humedad y el calor están haciendo estragos en el piano.

Desde las mesas alrededor de la pista al aire libre la gente chasquea los dedos llamando al camarero, por favor una cerveza y dos de queso y mortadela; y creyendo que vamos a tocar la misma música que los cuartetos cuartetos, se acomodan el peinado y empiezan a mirar para todos lados en busca de pareja para el baile. Somos concientes del equívoco, pero cualquier explicación nos pondría en ridículo, y acaso la gente, al enterarse de que vamos a tocar música de Schubert y que además no esailable, salga ahí mismito en desbandada como si se hubiese desatado por fin el aguacero.

Edith nos mira como diciéndonos que ha llegado el momento de empezar, y justo cuando alzamos los arcos para atacar se acerca

un camarero con un gentilísimo ¿los señores van a tomar algo?  
Paga la casa ¿una cerveza un whisky para templar los nervios?

Algo como una bola de miga de pan da contra el violoncello, seguramente algún gracioso de los que nunca faltan, y enseguida otra, esta vez en la viola, y luego varias juntas contra la tapa del piano ¿el aguacero?, desde allí resbalan y se pierden en su interior y cada vez son más tamborileando ¿o es granizo?, sobre los instrumentos y también contra las chapas de zinc caliente, y justo cuando atacamos veo una de estas bolas haciendo equilibrio sobre mi arco y está viva tiene patas camina sobre el arco y son muchas todas vivas posadas en las partituras y también tienen alas cáscaras quitinosas y antenas como garfios.

Eran insectos brotados con la humedad y el calor, que viajaban desde los confines del desierto atraídos por las únicas luces de neón que había en muchos kilómetros cuadrados a la redonda.

Hacia el final del Adagio, ya habían acabado la ocupación del concierto, desviando su estricto sentido musical hacia unas connotaciones que ni siquiera presentíamos, atentos como estábamos a la ejecución, acaso ya inútil, de la obra. Estaban en todas partes y serían millones, contando los que permanecían en el aire a la espera de poder posarse. Tan juntos como granos de maíz. Del piano, pocas cosas quedaban visibles. Y en los atriles, parecían langostas devorando un maizal. En las partituras ya era casi imposible distinguir los signos. Y eran escalofrío pululante en la espalda desnuda de la pianista.

Menos mal que sabíamos la obra de memoria, porque si hubiéramos tenido que atenernos a la lectura, los valores rítmicos estaban alteradísimos, en razón de que había bichos instalados en las negras, con cuatro patas atravesadas en la plica de la figura, que a modo de corchetes las convertían en fusas, y así, claro, hubiera resultado cualquier cosa, a lo mejor por culpa de o gracias a los bichos acabábamos tocando música bailable cuartetera y la gente por fin nos aplaudía, porque era eso lo que estaban esperando desde temprano.

En los últimos compases del Adagio yo tocaba por inercia, porque estaba medio hipnotizado, los ojos fijos no en la partitura sino en el arco que iba y venía sobre las cuerdas con su carga completa de bichos, de extremo a extremo de la baqueta, inmóviles uno al lado del otro dejándose llevar y traer por el violista, como salidos a pasear en coche, negros, feisimos, contrahechos, de alas caídas unos, de patas medio quebradas otros, moviendo nerviosamente las antenas.

En la pausa obligada, antes de atacar el Rondó, en vez de repasar la afinación, alterada por la temperatura, intentamos espantar por lo menos a los que cubrían las partituras. Pasé el arco rasante sobre la mía, cayeron no sé cuántos cascarudos, pero en el acto fueron sustituidos por los que estaban esperando turno desde el aire, ansiosos de fundirse en esas luces que para ellos eran como una gran estrella polar en medio del desierto.

Edith volvió un poco la cabeza, mirándonos como siempre antes de iniciar el siguiente movimiento. En su espalda nada de lo que fuera su piel era visible, bajo aquella capa de quitina

ansiosa. Parecía resignada, dispuesta a soportar la carga hasta el final del Rondó. Cuando quiso orientar otra vez su cabeza hacia la partitura, ya se le había prendido en la oreja derecha ese insecto monstruoso que le arrancó aquel ay que todavía zumba en mis oídos, un ay que duró nos sé cuántos compases. Tan astuto y artero que ninguno de nosotros lo vio hasta que Chicho al oírla gritar intentó en un compás de espera pasarle el arco por la espalda y ella entonces gritó como quien canta: no, el de la oreja por favor.

Y entonces mientras conteníamos la respiración lo vimos, esa cosa peluda y quitinosa llena de patas y de manchas, las tenazas mordiendo ese delicado órgano acústico de Edith. El bicho, aparte de su tamaño desmesurado (con las sequías prolongadas estas especies de los desiertos salineros duplican su tamaño por razones de subsistencia), tenía la fuerza y el peso suficiente para obligar a Edith a inclinar, mientras gritaba, la cabeza hacia la derecha. Yo estaba justo detrás de ella y esta posición no sólo me permitía ver con claridad lo que sucedía en la oreja de la pianista sino que era lo único que tenía ante los ojos. Un pergeño asimétrico, con siete patas por un lado y unas cinco por otro (ignoro si por naturaleza o accidente). Lo que pesaba realmente de él, aparte de su realidad física, era el significado de la situación que había creado con su insólita circunstancia. Porque ser un bicho y estar prendido de la oreja de una pianista durante un concierto y en el Día Universal de la Música lo colocaba finalmente, en cuanto a su necesidad o



versimilitud, en un terreno muy resbaladizo donde quizás no pudiera sostenerse mucho tiempo.

Don Celestino, que solía tomarse la libertad de inventarse compases de espera, lo hizo esta vez justificadamente para intentar alcanzar la oreja de la pianista con la punta de su arco. Pero no llegaba. El arco del cello es relativamente corto y la posición del cellista no era la adecuada. Si alguien podía alcanzar la oreja cautiva era la viola. La tenía a menos de un arco de distancia.

Buscando impulsos y justificativos (detesto la violencia) para sacar a la pianista de esa circunstancia sin que por ello tuviera que alterar la ejecución salteando ni siquiera la más insignificante de las notas que debía ejecutar, deduje que la situación del bicho carecía de congruencia ontológica. Por esa razón no podría mantenerse mucho tiempo en el espacio conquistado, por propia convicción tendría que abandonar esa coyuntura. Pero claro, lo verdaderamente fuerte era su significado, su parafernalia, su intención terrorista (deduje). Y en ese campo, claro que conseguía cierta congruencia. Estaba prendido de la oreja, los garfios clavados hasta el fondo del lóbulo, intentando sugerir que antes de que acabara la obra de Schubert la pianista podía convertirse en algo así como su propiedad privada, su coto de caza. Bastó este razonamiento para que la palabra "parásito" relampaguease en mi mente ya proclive al crimen. Parásitos de las aves, me dije, los de Horacio Quiroga, éstos que habitan en los almohadones de plumas vampirizando novias inocentes, y que no es raro que abandonando

su habitáculo natural consiguieron lugares más propicios, como las orejas de las pianistas por ejemplo. En ese momento decidí matarlo.

En tanto el ay de Edith, por su persistencia, ya formaba parte de la obra y los chamecalenses empezaban a encontrarle cierta congruencia a nuestro concierto, aquella extraña música por lo menos tenía letra aunque constara de una sola palabra. Incluso a mí empezó a gustarme, parecía el ay lorqueano de Yerma, un ay de Andalucía cuya modulación nos tentaba a un súbito abandono de Schubert para, guiados por un ay que ya era gaditano, entrar francamente en el flamenco y abordar un ritmo de soleares. Emitía su ay recorriendo con manos espasmódicas la extensión del teclado, mientras el hirsuto bicho succionaba intentando incorporarse a la naturaleza de la pianista.

Matar. Una palabra que se dice fácil. Pero para mí, lector de T.S. Eliot, significaba atreverme a perturbar el universo. Toda vida forma parte de la trama invisible. Eliminar la de ese bicho acaso significase para mí entrar en una mecánica oculta cuyas consecuencias desconocía. Sin contar los remordimientos, claro.

Además, tanto Edith como el bicho, en esas circunstancias de violencia, eran naturaleza pura, y yo siempre le he temido a esa desnudez de la vida. Prefiero las formas inventadas que nos aíslan del volcán; la escritura, a la viva voz; las figuras musicales, a los sonidos; la imaginación, a la realidad. Uno se salvaba de los delirios de la naturaleza por las formas. Y tanto la pianista como el bicho estaban dando un vergonzoso espectáculo

de naturaleza desnuda. Entrar allí para matar al bicho, saliendo de la partitura donde yo estaba instalado, era muy fuerte para mí.

De todos modos, me dije, en el caso de ejecutar al bicho jamás lo haría salteándome un compás o alterando de cualquier manera la forma de la partitura. Cometería el crimen a espaldas de la música, valiéndome de las sombras de un silencio de corchea que tenía unas páginas adelante. Un silencio tan breve, que me obligaría a una máxima destreza con el arco. Quitárselo limpiamente, en el tiempo preciso que usan los atletas, para que, acabada la duración del silencio, el arco estuviese otra vez sobre la cuerda en el compás siguiente, como si no hubiese pasado nada. El de la oreja, por favor, clamaba en tanto la pianista incitándome a perder unos compases y a perderme con ellos vaya a saber en qué vericuetos de lo que la vida esconde sabiamente para que podamos tolerarla.

Menos mal que la memoria táctil se ocupaba de tocar, casi automáticamente, mientras mi pobre cabeza, alterada por la acción que me esperaba dentro de aquel silencio de corchea, en millonésimas de segundo iba saltando de una cuestión a otra. La música debía su tremenda fuerza al hecho de ser naturaleza, no invención del hombre. Existió antes que él, y la amábamos porque era la piel que nos permitía acariciar el mundo; porque era una actitud de la naturaleza para que pudiéramos sentirla en el tacto, modelarla como arcilla, mezclarnos con ella millones y millones de veces y escuchar, en su pulso, el del universo, lejos de su ferocidad inevitable.

Pero los insectos eran también naturaleza, y a su modo, música. Había bichos corcheas y bichos calderón, bichos bemoles y también becuadros. Y estaban ahí por necesidades concretas, atraídos por la luz. Obligados por circunstancias naturales que tanto el público como los integrantes del Cuarteto ignorábamos. El personaje Meursault de Camus en "El extranjero" mata al árabe porque siente calor, y Wakefield, en el relato de Hawthorne, entra en su casa tras veinte años de no querer hacerlo, sencillamente porque tiene frío. Incluso yo, intentando contar desde ahora esta historia que sucedió hace tiempo, lo hago porque descubro a lo lejos, como los bichos, esas luces lejanas de la memoria y me lanzo a ellas por necesidad impostergable.

La idea de que los insectos eran notas musicales perdidas se fijó en mi mente. Llegaban a destiempo, fatalmente colocados del lado de lo perecedero, sin ninguna posibilidad de integrarse con las formas. Por eso se posaban en las partituras, que eran sus verdaderas luces lejanas, ya enigmas definitivos para ellos, aspectos físicos bajo los cuales estaba oculto para siempre el bien perdido. La música, de la que por naturaleza alguna vez formaron parte, se había evadido hacia las formas; pero ellos, que poseían la memoria cósmica, conservaban ese lejano hecho como un riguroso presente, y ahora, gracias al pretexto de la luz de neón se reencontraban con sus antepasados. Y en este sentido, pensé, son igual que las mulas y los perros que aparecen por nuestros conciertos. Y sin embargo iba a matarlo, en el sitio preciso del silencio de corchea, ya visible al dar vuelta la página. A todo se llega en este mundo, para eso está hecho el



tiempo, y entre las cosas que llegan fatalmente estaba ese silencio.

Estaba también el asunto del cuerpo del delito, o sea el ruido que haría el bicho al reventar. A modo de despedida, o de protesta, vaya uno a saberlo entre las incongruencias de este mundo. Es necesario decir, para los neófitos, que en los compases hay un tiempo fuerte y uno débil. Gracias a eso existe la música. Como la respiración o los latidos del cor. El ruido del cuerpo del bicho, al estallar, debía coincidir con la parte fuerte del compás para que nada se alterara y la música siguiese como si tal cosa pese a la explosiva desaparición del susodicho. Si el golpe, en cambio, sucedía en la parte débil, se produciría un efecto no deseado por Franz Schubert.

El silencio de corchea se acercaba por mi derecha como un tren de alta velocidad, y ante su aproximación vertiginosa me preparé para levantar el arco, que a partir de ese momento entraba secretamente en la forma, actitud y función de los cuchillos. Para poder darle al insecto justo con la punta del arco tuve que retirarme un poco, correrme hacia atrás arrastrando la silla en busca del ángulo preciso. La muerte del bicho comenzó cuando encontré ese ángulo y me detuve a la espera de la llegada del silencio.

Mi víctima, con su acción, había abandonado la naturaleza en que se sustentaba para entrar en un terreno resbaladizo regido por convenciones que permiten creer que es absurdo tocar el piano con un bicho prendido en una oreja, como si el mundo no fuese,

por contener la vida que contiene, el lugar de todo lo posible. Y él a eso no podía saberlo.

Yo no era conciente entonces de que mi víctima, que en cierto modo según deduzco ahora me había elegido para convertirme en su verdugo, obligándome a realizar aquella acción violenta me estaba sacando de mi tranquilo lugar en el cuarteto -que es como decir de mi lugar en el mundo- para arrastrarme hasta su violenta y casi diría repugnante circunstancia final. Inconciente de todo eso, yo levantaba el arco, lo separaba de la cuerda como para siempre, y sin alterar en lo más mínimo la estructura de la música que ejecutábamos, escondido en ese silencio, perturbaba por un instante el equilibrio del planeta privándolo de una de sus criaturas.

El ruido que hizo al estallar, para la pianista significó liberación y para mí remordimiento y entrada en el dudoso y corruptible mundo de las acciones eminentemente volitivas que sumadas forman esa cosa aburrida y falsa que es la historia del mundo, o sea su memoria. Por errores de apreciación, la muerte de ese insecto no tiene la importancia que la Historia atribuye a la muerte de Julio César por ejemplo. Pero son la misma cosa.

El ruido que Osvaldito (el bicho finalmente se merece un nombre) hizo al reventar tocado por mi arco, fue a contratiempo. En vez de sonar, como estaba previsto, en la parte fuerte del compás para que pasase inadvertido, lo hizo, por un fallo milimétrico mío, en la parte débil, alterando la partitura de Schubert, que al oirla desde su tranquilísimo retiro se dio la

vuelta para dormir del otro lado, a salvo de estas molestas irrupciones.

Mientras recogía el arco, como quien limpia y guarda su puñal, devolviéndolo a la inocente cuerda, lo único que había en mi friísima mente antiecológica era un sentimiento de orgullo por mi hazaña, mientras la desgraciada criatura entraba en el seguramente intrincado proceso del olvido.

La muerte de ese bicho significó el fin de mi carrera musical. Los remordimientos me impidieron seguir tocando. Entonces decidí, según recomendaba Hesíodo por temor a la navegación y a los naufragios, colgar la viola y el timón, y ahora mismo estos recuerdos, sobre el tranquilo humo del hogar.

\* \* \*

November 7, 1989

## Proludio

Entre los años 60 y 76 fui ejecutante de viola en el Cuarteto del Conservatorio de La Rioja (la del lado de allá), y en la Orquesta de Cámara, de existencia breve, de esa provincia argentina. Viajábamos llevando música a los pueblos más apartados, tanto del llano como de la cordillera. A falta de salas, actuábamos en los patios de las escuelas, o debajo de los árboles, o a la orilla de los ríos que bajan de los Andes hacia el Atlántico. Especies de músicos ambulantes, rurales, casi de a caballo. Y en ese sentido éramos realmente virtuosos, porque no cualquiera es capaz de montar un alazán sosteniendo las riendas con una mano y llevando en la otra un violoncello, o de usar el arco como látigo. Tocábamos para campesinos que escuchaban música en vivo por primera vez. Abrían muy grandes los ojos al mirarnos, seguramente que como a marcianos. Bajo esa apariencia éramos la música llamada culta, que insuflada desde la lejanísima Europa llegaba hasta esos alvéolos de los últimos rincones del remoto Cono Sur.

En uno de esos conciertos, un perro entró en la sala y escuchó con notorio interés todo el programa. El maestro José Rodríguez Fauré, que prestado por Buenos Aires nos dirigía por entonces, me sugirió que pusiera en palabras la historia de ese perro, que llamamos Arpeggione. Las sugerencias de los maestros, en cuestiones de música, son órdenes veladas. Yo le obedecí, años después y desde España, como lo hice siempre cada vez que me corrigió un golpe de arco o una nota. Y después de escribir esa



historia, agregué otras muy insólitas y muy increíbles que nos sucedieron por esas tierras melancólicas.

Madrid, 1990

\* \* \*

Escribiendo estas casi memorias de mi experiencia musical, vi que recordar hechos pasados y traerlos a la superficie es igual que navegar, lanzarse a este otro mar hecho de tiempo, que también tiene sus honduras, sus playas o sus islas. Navegar en esta embarcación frágil que es uno mismo, especie de recuerdo único, por esas aguas que son todos los recuerdos juntos. Lanzado hacia el pasado, me he sentido flotar en la falta de gravedad que tienen los hechos fuera del tiempo cronológico. Desde mar adentro me he visto a mí mismo lejos, allá en la orilla abandonada, como una espuma.

## PROLUDIO

Comencé a escribir este libro como una especie de memorias de mi vida como músico en el noroeste argentino, Antes las había contado muchas veces, oralmente, a mis amigos y alumnos, variándolas cada vez, según las exigencias de la oralidad, Ahora, al darles una forma definitiva, es como decirles adiós para siempre, De modo que casi sin darme cuenta las escribía para despedirme de ellas,

Escribiéndolas, me daba cuenta de que recordar hechos pasados y traerlos otra vez a la superficie es igual que navegar, Lanzarse al mar, igual que el otro sólo que de tiempo, al indudable cansancio que nos provoca, a sus honduras y peligros, Navegar en esa embarcación frágil que es uno mismo, especie de recuerdo único, por ese mar, que es todos los recuerdos juntos, Lanzarse hacia el pasado, flotar en la falta de gravedad que tienen los hechos fuera del tiempo, y acaso, desde mar adentro, verse uno lejos, allá en la orilla abandonada, como una espuma,

[Comparación con el navegar de los griegos y su idea del mar, Releer en los trabajos y los días el pasaje donde dice que no navegue, Se navega por extrema necesidad, De allí entonces lo de colgar el timón,]

## PROLUDIO

Entre 1960 y 1976 fui ejecutante de viola en el Cuarteto del Conservatorio de La Rioja (la de allá), y más tarde en la Orquesta de Cámara de esa provincia argentina. Viajábamos llevando música a los pueblos más apartados tanto del llano como de la cordillera. Tocábamos en aldeas perdidas en las montañas, y, a falta de salas, en los patios de las escuelas, o debajo de los árboles, o a la orilla de los ríos que bajan de los Andes hacia el Atlántico. Eramos especies de músicos ambulantes, rurales, casi <sup>músicos</sup> a caballo. Tocábamos para gentes que acaso escuchaban música por primera vez en la vida. La Rioja misma, o sea la capital de la provincia, era casi virgen de la música llamada culta.

Cuando, en uno de esos conciertos, un perro entró en la sala y escuchó con gran interés todo el programa, el maestro José Rodríguez Fauré, que nos dirigió por los años setenta cuando nuestro Cuarteto se convirtió en orquesta, me comentó que si él contaba esa historia nadie se la creería, especialmente en Europa. Entonces años después, o sea ahora, me puse a escribirlas a ver si consigo hacer creer esas verdades que parecen sueños.

*Recuerdos*  
De modo que estos relatos, que por su apariencia a veces parecen ficción, son estrictamente memorias musicales, salvo el de los negritos saltarines, que no es un recuerdo mío sino uno que me pasó mi padre.

Escribiendo estas memorias, me daba cuenta de que recordar hechos pasados y traerlos a la superficie es igual que navegar. Lanzarse a este otro mar hecho de tiempo, que también tiene sus honduras y demás peligros. Navegar en esa embarcación frágil que es uno mismo, especie de recuerdo único, por ese mar que es todos los recuerdos juntos. Lanzarse hacia el pasado, flotar en la falta de gravedad que tienen los hechos fuera del tiempo cronológico, y acaso, desde mar adentro, verse uno lejos, allá en la orilla abandonada, como una espuma. Me daba cuenta de todo esto y, como Hesíodo, le tenía miedo al mar.



Doc. : Musicali. 006 - 22 K

Disc : Crescien 2

( 21/22 - 07 - 88 )

Parosoa  
Sprint

una tremenda fuerza. En casa mi violínco solitario, sonando sin acompañamiento.  
era una pura tristeza. mi música (estaba) **Para dos pianos** estudiando «La folia» de Corelli para presentarme al concurso del Cuarteto, bueno,

Era la edad dorada, eran los tiempos heroicos del gobernador Herminio, que los domingos inauguraba fábricas de luz en los pueblos, abrazaba a medio mundo y comía muchos cabritos todo al mismo tiempo, y por intermedio del Cholo Lanzillotto que era un primo de ministro nos permitió formar un Cuarteto, de modo que mientras él electrificaba la campaña nosotros la musicalizábamos.

A Irma y a mí nos acababa de nacer Ricardo, justo cuando Carlos Cáceres, el pintor riojano-parisino que era el director de cultura, nos dijo que fundásemos un conservatorio y un cuarteto, y así se hizo, de modo que el hijo vino como quien dice con el conservatorio bajo el brazo. Vivíamos en una vieja casa de la calle Rivadavia casi esquina Sarmiento, tan caliente que de noche había que dejar la puerta de calle abierta para que corriera un poco el aire. Una noche entraron unos de esos burros que recorrían las calles husmeando en los cubos de basura en busca de papeles, y se comieron siete de mis mejores cuentos, que nunca pude reconstruir y seguramente andan perdidos por ahí, en la memoria animal, corriendo vaya a saber qué suerte.

Irma tenía un piano en su casa de allá lejos en la pampa húmeda, un Krämer que llegó de Europa por mar, forrado con láminas de plomo que costaban casi tanto como el propio instrumento, y embalado con maderas de abeto que eran un lujo para la zona. Había que oírlo cómo se estremecía de emoción cuando alguien tocaba en él una canción que dice «Oh, Tannenbaum», recordándole su Vaterland.

Hasta su embalaje era musical, por aquello del Tannenbaum, madera de árbol de navidad europea, de nieve y villancicos, de *Stille Nacht heilige Nacht*, es que el Krämer era música por donde se lo mirara.

Habían prometido enviárselo, cuando algún pariente con camión viajara para nuestra zona tan lejana, pero los años pasaban y pasaban y el piano no venía. Le habíamos reservado un sitio en la casa, fuera del alcance de los burros intrusos. Y estábamos tan seguros de que finalmente lo enviarían y tan acostumbrados a su presencia virtual, que jamás pasábamos por el lugar que él de algún modo ocupaba, para no atropellarlo. Y un día rechazamos no sé qué mueble que nos regalaban porque el único lugar donde podíamos ponerlo era la habitación del piano, y por su baja condición de armario y sus colores chillones desluciría al Krämer.

Krämer. Una palabra que me recordaba un verso de Rilke que hablaba de la «Musik der kräfte», o sea música de las fuerzas. Su nombre y la distancia le daban

¡¡¡  
¡¡¡  
¡¡¡



una tremenda fuerza. En casa mi violincito solitario, sonando sin acompañamiento, era una pura tristeza. Pero el día que llegara el Krämer, mi música (estaba estudiando «La follia» de Corelli para presentarme al concurso del Cuarteto), bueno, acaso pudiera convertirme en el Topolski de La Rioja. Lo único que no me ayudaba era mi apellido. Moyano no cuadra con la profesión de violinista. En el mejor de los casos, se parece al del dueño de un bodegón, chicos, vayan a lo de don Moyano y traigan vino, y en el peor a un cuchillero de barrio Firpo o barrio Güemes en Córdoba: tengan cuidado, che, ahí viene el negro Moyano, y cuando anda «calzado» es medio peligroso.

Andar calzado con una púa. Pero en mis tiempos de músico por los barrios de Córdoba yo tocaba mandolina y la única púa que calzaba era la del instrumento. Una noche tenebrosa en barrio Talleres Este, de borrachos y peleas, yo había tenido que dejar de tocar para esquivar los botellazos, y cuando por fin la cosa parecía terminar y el patrón me pedía que siguiera tocando para ayudar a restaurar la calma, dije "alcáncenme la púa", que me habían hecho saltar de la mano y rodaba pisoteada. Al oír la palabra, dos de los negros sacaron nuevamente sus cuchillos creyendo que iba a atacarlos. Y yo solamente me disponía a atacar un vals peruano que estaba muy de moda.

Un día que Irma recordó una melodía pulsando un teclado imaginario le dije bueno, mañana mismo nos vamos a Buenos Aires y compramos un piano.

Los buenos costaban un dineral y estábamos juntando ladrillos para hacer la casa, de modo que fuimos a parar a un cambalache para el lado del Once y allí, en el rincón más oscuro, estaba el pianito, que era piano por milagro, casi una espineta, y costaba apenas treinta mil (unos mil ladrillos), porque a todas luces le quedaban pocas notas en las cuerdas. Y bueno, lo compramos para utilizarlo provisionalmente, en cuanto nos llegara el Krämer lo venderíamos, y si nadie quería comprarlo lo regalábamos y listo.

Lo despacharon por ferrocarril, en pleno enero. Mil doscientos kilómetros encerrado en un vagón, con el traqueteo de los durmientes flojos y el calor sofocante de los Llanos, era una situación riesgosa para nuestro piano, a quien, aunque carifiosamente, empezamos a llamar Pérez, para que de entrada quedasen claramente señaladas, por medio de los nombres, las diferencias siderales que había entre ambos instrumentos.

Lo normal era que llegara en tres días, pero a ese tren le tocaron las primeras crecientes del verano, que como todos los años levantó tramos de vía en Cruz del Eje, y hubo que esperar a que en otro tren trajeran vías y durmientes



para hacer un desvío, de modo que el Pérez llegó varios días después, sin embalaje, envuelto en papel de estraza y unos cartones sucios atados con hilo sisal, un desastre, desafinado y con algunos martillos flojos. Sobre la tapa del teclado, pegada con cintas, una llave de afinar. Al comprarlo no me dijeron que no mantenía la afinación, pero tuvieron la delicadeza de enviarme una llave.

Ocupó el espacio reservado al Krämer (no todo, era más pequeño), mejor dicho se lo prestamos, dada su condición de piano transitorio. Lo limpiamos por fuera y por dentro (venía con dos cucharachas que por pertenecer a un piano eran buñuelescas). Después de ver el estado ruinoso de su arpa, las clavijas gastadas, las cuerdas deshilachadas, resolvimos afinarlo al principio con un La más bien bajo, parecido al de Verdi, de 432 vibraciones por segundo, un poco más bajo todavía, con lo que mi violín sonaba menos pero el Pérez parecía respirar mejor.

Lo inauguramos con «La follia» de Corelli. Y sonaba de maravilla. Parecía haber sido construido especialmente para esa pieza, con la que el Pérez podía exhibir sin esfuerzo todos sus colores. Era como si se la supiera de memoria, como si la tocara solo, decía Irma, como si tuviera esa pieza guardada adentro, oculta entre las cuerdas. Porque bastaba apretar las teclas del primer acorde para que su viejo maderamen se estremeciese, desplegase las velas y navegara impulsado por todos los vientos.

En un mes de trabajo, a razón de unas seis horas diarias, la sonata de Corelli estaba memorizada por mis dedos de la misma manera que el Perecoito la tenía grabada en sus cuerdas becquerianas. Y una madrugada clara como la del Martín Fierro cuando cruzan la frontera, salimos calle Rivadavia abajo para el lado del Conservatorio, para presentarnos al concurso.

El Jurado, venido de Buenos Aires, o sea casi de Europa, parecía terrible. No sé qué idea tendrían de nosotros, pero cuando dije que, acompañado por mi mujer, iba a tocar "La follia", uno de ellos dijo «¿pero no es muy difícil eso?».

El piano del flamante Conservatorio, un Gaveau de media cola, sonaba como dos Pérez juntos. Hay que ver todo lo que tuve que subir mi La. Seguramente estaba afinado no en el 440 de todo el mundo, sino en el 456, según últimas tendencias llegadas secretamente de Alemania. Menos mal que ni Irma ni yo teníamos que cantar, si no quedábamos afónicos. El que ganaba era mi violincito, que en vez de ser de serie y de carpintería barata parecía un violín de autor, de algún luthier de nombre rimbombante. Y ganamos el concurso, claro, o sea el derecho a integrar el Cuarteto Estable del Conservatorio, de formación inmediata, y la Orquesta de Cámara del futuro.



Carlos Cáceres lo había pensado como un cuarteto de cuerdas, pero como no se presentó ningún viola, llamamos a Edith Fernández, pianista, y lo convertimos en un «Klavier Quartet». Primer violín Chicho Palmieri, segundo el susodicho, Celestino Palmieri al cello, y Edith, nimbada por la aureola de haber sido discípula de Scaramuzza y compañera de Marta Argerich, al Gaveau. El conjunto nos permitió entronizar en La Rioja, secularmente marginada de la música, el Cuarteto con piano Opus 16 de Beethoven, que desparramamos por todos sus pueblos. Y aunque aparentemente lo hayan olvidado, por falta de Cuartetos, seguramente si uno escarba un poco encuentra esa obra perfectamente resguardada, para tiempos mejores, en el inconciente musical colectivo.

Pero bueno, volviendo al asunto del Percito, a quien, para ayudarlo a superar su status, llamábamos a veces Kleine Pérez, cada día se hacía más evidente que había que sustituirlo, porque ya no aguantaba ni siquiera el La de Verdi. Nosotros teníamos que progresar, hacer méritos, tocar cosas más difíciles, y él no daba para tanto. La única pieza donde sonaba bien era «La follia», en todo lo demás era un desastre.

Habíamos decidido deshacernos de él, pero a la vez nos daba pena, cuando sonaba con sus medias voces (los pulmones no le daban para más) nos parecía que él sabía que queríamos abandonarlo a su suerte, y que entonces se esmeraba, trataba de mantener durante más de una semana la afinación, y debido al esfuerzo se desafinaba todavía más; y para colmo todo de golpe, como atacado por un fuerte acceso de tos. Él quería quedarse a vivir con nosotros para siempre; pero ya no tenía salud.

Cada vez que en la esquina frenaba un camión nos parecía sentir que el corazón del pianito se ponía a latir asustadísimo creyendo que se trataba del vehículo donde traían finalmente el Krämer que él tanto temía, porque significaba su desaparición o su traslado a un cementerio de pianos, que ni siquiera existen. Entonces su cadáver, como el de Paganini excomulgado por el Papa por tener pactos con el Diablo, ni siquiera podría dormir en tierra santa. Por eso tiritaba (y nosotros dos con él) cada vez que oía el ruido de un camión.

Para no venderlo, empezamos a prestarlo. Unas horas o unos días fuera de casa permitirían que lo valoráramos un poco más, como sucede con las personas cuando están ausentes. Fue inútil intentar afinarlo con el La 440 que los clientes exigirían: no aguantaba ni media hora la afinación correcta. Así que lo dejamos más o menos por donde él quiso, cerca, sin alcanzarlo, del 432 de Verdi, pero ni siquiera eso aguantaba, a cada rato había que andar con la llave subiéndole las



cuerdas. Dicen que ya para entonces, en vez de sonar hablaba, de tan gastadas.

Alterando, por su afinación, las voces de los cantantes, arruinó algunos prestigios formados y acabó con varias carreras folclóricas brillantemente iniciadas. Los cantantes, sin conocer las razones, cantaban fuera de sus registros, y no se podían explicar por qué la gente silbaba con bronca y como si eso fuera poco les tiraba tunas podridas.

Incluso Peggy Collins, la única cantante riojana con nombre inglés, se negó a cantar, acompañada por nuestro Perecito, la canción que mejor sabía, la que habla de "las filles de Paris". Y esa noche, pese a la propaganda radial y al público reunido, no hubo concierto. Ella, cuando apareció en el escenario dispuesta a saludar, en cuanto vio al Pérez esperándola se retiró del escenario sin decir ni mu, y algunos aplaudieron, vaya a saber con qué intenciones. Con lo que el Pérez se convirtió en el único piano que en vez de acompañar hizo callar a la cantante.

Barrera, un vendedor ambulante amigo nuestro, nos dijo un día: -Ese pianito suena mal porque ustedes nunca le han dado importancia, lo tienen como de lástima, esperando que les llegue el otro. Y necesita de alguien que lo cuide y le dé la importancia que se merece. ¿Por qué no me lo venden?

El día que se lo llevó nos dio un poco de tristeza, pero enseguida nos olvidamos de él debido a que teníamos indicios ciertos de que el Krämer no tardaría en llegar.

Barrera, que tenía visión para los negocios, ideó un carromato, tirado por dos caballos, con piano incorporado, para alquilarlo a los serenateros, aprovechando que el gobierno había emitido un decreto auspiciando este tipo de actividad musical, de gran arraigo en la provincia en otros tiempos. Apenas hacía ruido al deslizarse, gracias a sus ruedas de coche. Lo ideal para su trabajo nocturno, sin molestar al vecindario. Tenía un toldo plegable, de aluminio, para casos de lluvia inesperada. Por su media voz y el desgaste de los martillos, que medio pegaban de costado como si pellizcaban las cuerdas en vez de golpearlas, parecía una guitarra barroca; y esto encantaba a los serenateros y a las damiselas.

Con esto el pianito perdió un poco su identidad. De su forma apenas era visible el teclado, estaba integrado al carromato, formaba parte de su carrocería, mejor dicho era una carrocería, sólo que sonora. Fue su primera degradación. Cuando decayeron las serenatas, Barrera lo alquilaba a los pequeños circos sin fieras ni payasos que se atrevían a llegar a esas soledades del noroeste, como una atracción cómica; pero al oírlo, la gente, en vez de reír, lloraba.

Pizur or. mus - 9896  
del 29-10-89



Dicen que ya para entonces, en vez de sonar hablaba, de tan gastadas que estaban sus cuerdas. Los circo, cuando las crisis más o menos periódicas se hicieron permanentes, borrarón a La Rioja de sus giras. Entonces Barrera puso en venta su invención, y el Perécito fue adquirido por un comerciante de la vecina localidad de Sanagasta, adonde se trasladó por sus propios medios, es decir, tirado por dos caballos a través de treinta kilómetros de pedregales que dejaron sus cuerdas en un estado más desastroso todavía. Los folcloristas del lugar, que desconocían el uso de las teclas, lo consideraron pura percusión utilizándolo como bombo, golpeándolo por cualquier parte; y él aguantaba todo porque ya estaba muy viejo y justamente por eso ya nada le dolía.

Cuando dejó de ser novedad, su nuevo dueño lo convirtió en una especie de bar o mostrador. La gente bebía apoyada en una barra que a la vez sonaba tocando las piezas folclóricas de moda. Su madera reseca absorbía el vino caído de las copas, y cuando se emborrachaba, en vez de las piezas folclóricas de gusto general intentaba exponer el tema de «La follia», que era su orgullo, pero esto no gustaba a la gente y lo hacían callar.

Y bueno, finalmente llegó el mes de marzo del 76 y pasó lo que pasó, en 24 horas tuvimos que abandonar la ciudad y poner proa hacia España si queríamos seguir viviendo. Desmantelamos la casa y cuando se nos iba acabando la provincia, cerca de los límites con Córdoba, medio adormecidos por el silencio del desierto y los años oscuros que empezaban, vimos de pronto cruzarse con nosotros un camión procedente de la pampa húmeda, y en su carrocería, con su embalaje de árbol de navidad europea, nada menos que el Krämer mitológico, que al no encontrar destinatario regresó sin pena ni gloria hacia un destino incierto.

En ese destino, se convirtió, por falta de alguien que lo tocara, en un objeto decorativo. Las teclas se le llenaron de sarro, el olvido lo invadió por todas partes, y en consecuencia llegó para él el más terrible de los virus: el Silencio. Sus dueños, aburridos de su presencia, se lo cambiaron a un vecino por un televisor en color. En esos pueblos de la pampa húmeda es difícil luchar contra las manchas de la humedad en las paredes de las casas viejas. El Krämer en realidad no fue adquirido para tocarlo (nadie sabía hacerlo en la casa) sino para disimular una mancha enorme en la pared del salón destinado a las visitas, que el televisor ya era incapaz de disimular. Lo cubrieron íntegramente con una gran carpeta blanca, con su nombre bordado en hilos azules, salvo los de la a, hechos con hilo rojo. Dicen que para unas navidades intentaron abrirlo, levantar la tapa del teclado, pero ésta estaba soldada firmemente con ciertas impurezas calcáreas de

las teclas y el implacable moho del tiempo. Con lo que la carpeta blanca que lo cubría se convirtió en su sudario.

De pronto en Madrid empezaron a pasar más años, y un día el cartero que llega me entrega un sobre grande y gordo, y al abrirlo vemos que se trata de una partitura, con una aclaración manuscrita apenas legible que dice algo así como "ésta es una zamba que han hecho los changos para el Perecito".

La letra de la pieza nos reveló el final de nuestro piano. Lo preparaban para que tocara música folclórica, pero él, tozudamente, en medio de las piezas intercalaba acordes de Corelli, porque le encantaban las citas. La gente, que desconocía el valor de las mismas, creía que eran errores. El mientras tanto estaba tratando de darles lo mejor. Sus últimos dueños, oyendo que él se empecinaba con sus citas, decidieron que había que tirarlo a la basura.

Dice la letra que mientras era transportado como leña para un asado, las tablas, en el fondo del carro, empezaron a sonar intentando desarrollar el tema de «La follia». Pero no pasaba de las tres o cuatro notas iniciales. Entonces las repetía, pero cada vez con menos sonido y más lentitud, hasta enmudecer por falta de cuerda, como sucede con las cajitas de música.

*Daniel Moyano*



## Arpeggione

Y estaba también ese perro de Vinchina, un pueblo justo al lado de la cordillera, que sorprendió al maestro Fauré entrando tan campante cuando el concierto ya había comenzado, y se sentó entre la tarima donde tocábamos y la primera fila de sillas, en ese espacio neutro que no es del público ni de los músicos sino del sonido, allí se posó el señor tan seguro y orondo, sentado sobre las patas traseras y manteniendo estiradas las de adelante, cruzadas como dos paréntesis, las orejas como campanas atentísimas, con sus pelos internos orientándose hacia violas y violines, pelos por cuyas puntas casi microscópicas entraban las corcheas o las fusas al interior de su cuerpo, que se henchía,

Digo que sorprendió al maestro porque en ese momento sus ojos estaban centrados en una frase musical hacia la derecha y final de la página, y el perro entró por su izquierda, de modo que el director, ante esa intrusión móvil y extraña tuvo que desviar parte de la mirada, sin dejar de mirar la partitura, desviarla en un recorrido donde los ojos iban dejando una gran estela blanca, Albinoni era lo que tocábamos y me acuerdo que gracias a que yo leía en la parte superior de la página pude, siguiendo el recorrido de esa estela y sin dejar de mirar mis notas, ver al perro entrar por el centro de la sala y ocupar ese lugar normalmente reservado a las autoridades, donde seguramente se encontraban los sonidos más bellos en una curiosa cita acústica, a juzgar por el deleite de los ojos del animal, los pelos que se le estremecían de gozo, los movimientos acompasados de su cola contra el suelo, las crispaciones de sus enormes orejas según la altura de los sonidos, como esos aparatos reproductores de música, con puntos rojos que se encienden y aumentan o disminuyen según la intensidad,

Hay que tener en cuenta que el maestro dirigía orquestas en todo el mundo, que aquel día acababa de llegar a Buenos Aires desde Armenia cuando tuvo que tomar el avión y salir para La Rioja casi sin poder desarmar las maletas, llegar unas pocas horas antes del concierto, y

*al final  
de la  
blanca  
de la  
estela*



sin tiempo para un ensayo general partir con nosotros en nuestro camión sinfónico hacia Vinchina, subir al escenario, levantar la batuta y ver con los rabillos de los ojos que un perro vagabundo lleno de espinas y de abrojos entraba en la sala de conciertos, entraba en su vida, en su curriculum, en sus recuerdos, entraba en sus composiciones futuras, donde su forma y su presencia se convertirían en sonidos, y que era eso lo que uno podía ver desde su atril en la estela dejada por la blancura de los ojos del maestro desviándose hacia la irrupción canina,

Interrupción para nosotros, que teníamos una idea rutinaria de los conciertos, pero no para la gente que bajando de la montaña asistía a ese tipo de funciones por primera vez, porque para ellos era novedad tanto la orquesta como el perro que la oía, Y siendo ésta la primera idea que tuvieron de los conciertos, si hubiesen podido seguir al maestro en sus giras por Europa seguramente le hubieran preguntado por qué no había perros en los teatros de ciudades como París o Viena,

Ignorantes, por supuesto, de ese famoso perro madrileño de comienzos de siglo, cuyo amo, un noble, lo llevaba a los teatros, a su palco, las orejas del hermoso dogo alemán leonado asomadas *avant-scene*, ante cuya presencia los músicos temblaban, porque si el perro del conde ladraba, entonces al otro día los periódicos decían lo peor, que habían desafinado, que se fueran con la música a otra parte; porque los críticos, en vez de oír la música, interpretaban los gruñidos o ladridos o silencios del noble perro para hacer sus comentarios, seguros de que así no se equivocarían, un perro músico cuya lápida, en Madrid, evoca su melomanía y le agradece el haber forjado la reputación de muchos críticos musicales de la época,

Tiempo después aparecerían también mulas en nuestros conciertos, y a partir de entonces ya no nos asombraríamos de ningún tipo de público, pero aquella vez el perro era un asombro, Los ojos del maestro, borrando en su camino de regreso la estela que habían trazado, volvieron a la partitura como si nada hubiese sucedido, Pero claro, no era así, el perro estaba allí, escuchando como cualquier persona, Escuchando más que las personas, El alcalde dijo que no nos afligiéramos, la cosa no tenía importancia y no volvería a suceder, Qué iluso,



101:

Acabada la primera parte, todo el mundo salió al patio para hacer pis entre los matorrales próximos y fumar su cigarrito, lo mismo que el perro, que orinó como cualquier persona educada y se entretuvo husmeando los corrillos como quien se entera de los comentarios,

Nosotros, encerrados en el aula contigua al escenario, comentábamos que había entrado por casualidad, y que si se quedó quieto fue porque intuyó que si actuaba de otra manera lo sacarían a patadas. El hecho no volvería a repetirse y su irrupción en la sala sería una anécdota más.

Pero estaba allí, en el mismo sitio, sentadito, triangular, chueco, con sus grandes orejas como pantallas de radar moviéndose nerviosas a la espera de la música. Mientras el resto del público se aburría, haciendo ruido al desenvolver los caramelos envueltos en celofán, o comentando al oído cosas ajenas al concierto, él, sentado sobre sus dos patas, era el más atento de todos los oyentes, y no sólo porque tuviese más capacidad auditiva que sus colegas los humanos,

Seguramente había algo más, como explicó el primer cello de la orquesta, gran lector de Darwin; había llegado la hora en que las demás especies también quieren erguirse. Y sólo cuando estos hechos se produzcan cabalmente, aseguró, habremos descubierto nuestra verdadera naturaleza,

Opinión que aceptamos sin chistar, era categórico y el registro grave de su voz, idéntica a la de su instrumento, aumentaba su credibilidad. Además era tan inteligente, que resolvimos dejar que en situaciones como ésta él pensara por todos, mientras nosotros, liberados de esa engorrosa función, ganábamos un espacio más para las alegrías de la música.

Volvimos otras veces, y antes de que el alcalde y los concejales pudieran divisar en la llanura la presencia de nuestro camioncito filarmónico, él ya nos había olfateado y salido a nuestro encuentro, ya nos había hecho fiestas corriendo al lado del carromato entre los pedregales, ya había vuelto al pueblo y recorrido sus calles y golpeado las puertas con sus alegres coletazos anunciando el próximo concierto, cuando nadie, ni el alcalde, por estar estropeado el telégrafo, tenía idea de nuestra llegada. Fue el día que lo bautizamos llamándolo *Arpeggione*, en homenaje a Schubert. El mismo día que le



agradecemos su interés, que nos comunicamos con él en plenitud, por medio de sonidos, como si fuera un extraterrestre. El, claro, no pudo contestarnos, pero comprendió todo y guardó nuestra comunicación en la memoria de su especie, para días más venturosos.

Cada vez que volvimos, su aspecto había cambiado. Las orejas, a todas luces, se especializaban orientándose solamente hacia un tipo de sonidos, los musicales; su cara, por influencias biológicas de la transformación del aparato auditivo, perdía ciertas curvas, iba tendiendo hacia una búsqueda pero no precisamente humana; se trataba de algo estrictamente perruno y bellissimo. Al sentarse sobre sus patas traseras, ahora ya no podía mantener bien apoyadas en el suelo las delanteras. Entre el piso y ellas había un espacio, la distancia inicial de un camino muy largo.

Quando borraron nuestra orquesta de un plumazo, Arpeggione perdió toda posibilidad de alimentar su vocación. Nos contaban que seguía creciendo, pero hacia otros órdenes; desarrollaba sobre todo las orejas a ver si podía captar música a la distancia, y eran cada vez más grandes mientras él permanecía pequeño. La gente le tenía miedo al oírlo llorar, creyendo que veía visiones, las almas de los muertos, sin saber que él lloraba porque advertía que le faltaba la música. Viendo que el pueblo, por miedo y superstición, había decidido eliminarlo, finalmente se escapó y siguió deformándose en los lugares más solitarios del desierto. Dicen que últimamente, oculto en los matorrales, era un monstruo auditivo con orejas desmesuradas junto a un cuerpo raquítico y unos ojos donde brillaba una tristeza biológica fija. Un enorme animal de música abandonado en ese silencio terrible de los Llanos, acosado por las víboras y husmeado por los pumas.

Al enterarnos de su situación, los integrantes de la ex orquesta resolvimos enviar nuestra opinión sobre el asunto al periódico local, y redactamos un texto para la sección "Cartas al Director", donde afirmábamos, como conclusión, que hacer desaparecer una orquesta podía significar, en determinadas condiciones, un atentado contra la leyes del Universo. Pero no la publicaron. La falta de inteligencia creadora de los periodistas suele alcanzar niveles altamente peligrosos.

Lo Tenes como este y demas seres no entran en la orbita de los intereses generales y a priori ya la muerte de Arpeggione para el especie y demas seres vivos  
Pág. 4  
le importa  
Arpeggione



*Acaso aquí pueda  
entrar, mejorado, el párrafo  
apegado al protocolo.*

## Concierto para dos viejas

### y otras observaciones

Madrid, enero del 88

Querido Ricardo; en tu última carta me decías que no te había comentado nada acerca de la cinta que nos enviaste con el Cuarteto Opus 16 de Beethoven que tantas veces tocamos en La Rioja y sus pueblos. Fue una suerte que lo encontraras en París, aquí en Madrid nunca pude conseguirlo. Y no te lo comenté porque escuchar esa música después de tantos años y la experiencia del exilio resultó un asunto tan rico que merecía una carta aparte. Además quería escucharlo otras veces antes de comentarlo, porque cada vez que lo hago la música me lleva a un lugar distinto de los tantos que se vinculan con su ejecución. Más que una cinta con un concierto, es una especie de máquina que te lleva por el tiempo,

Habitado al *tempo* ligeramente acelerado que le dimos siempre, me costó un poco habituarme al de estos intérpretes, que seguramente es el que corresponde, ellos son europeos y saben más que nosotros de su música. Su lentitud permite una mejor apreciación del fraseo, especialmente en el segundo movimiento, donde, gracias a ella, se enfatizan momentos que pareciera que revelaran cosas nuevas. Y claro, además está muy bien tocado, es una maravilla cómo ejecuto *mi solo*, ya que ese pasaje, toque quien lo toque, para mí siempre seré yo su ejecutante, porque todo eso sucede en el tiempo del recuerdo, no en el de los conciertos reales. Y dentro de ese tiempo, todos los solos de viola son míos.

De la misma manera, es Chicho Palmieri el de los solos del violín, y así el resto. En el caso del cello, hay cosas que escucho por primera vez claramente, se ve que nuestro cellista no les daba el énfasis necesario como para que se instalara en la memoria y uno pudiera traérselo a Madrid. Es una maravilla, no sabía que don Celestino tocara tan bien y afinadito; claro que con otro nombre, otro







¡Uí  
↓

Para <sup>so</sup> lo significativo,  
evitando lo anecdótico.

Lo ensayamos por primera vez, según me dice ahora la memoria (ayer era en otro lado), en una casa grande y vieja con pisos de madera, a la que se entraba por una escalinata, con un patio grande atrás donde se hacía teatro al aire libre, en la calle creo que Copiapó, o sea la del Correo, pasando el Automóvil Club y yendo hacia el barrio 3 de Febrero, al lado de un club que tenía piscina y que creo que se llamaba Amistad. Allí ensayamos mucho tiempo, especialmente en invierno, en una gran sala de piso crujiendo, donde estaba el piano destartado, media cola, creo que un Gaveau, Edith tiritaba de frío, y nunca conseguimos que nos proveyeran de una estufa, pese a las reiteradas solicitudes por escrito a las autoridades. Una vez quise hacer un fueguito, pero lo apagamos enseguida, se chamuscaban las maderas del piso, y las cucarachas que vivían debajo de las tablas salían al exterior, ante el peligro de incendio, y se refugiaban entre las cuerdas, martillos y apagadores del Gaveau, distorsionando la música, de la misma manera que hoy podrían distorsionarla los recuerdos, especies de cucarachas, ellos, entre el tiempo y los hechos de entonces y el tiempo y las reconstrucciones de ahora, se ve que hoy me levanté proustiano.

De los conciertos en los que incluimos esa obra recuerdo particularmente uno en Chilecito, cuando Chicho andaba por Europa y lo sustituía un violinista de Udpinango o de Tudcún, no lo recuerdo, que además tenía una chacrita donde cultivaba tomates. Fue su debut (o debú, como dice el diario "El Fais", que también dice chelo en vez de cello, con lo que el instrumento se degrada para convertirse en una especie de sobrenombre, el hermano de la Chela), su debut como reemplazante de Chicho. Antes del concierto me aclaró que él a veces no podía entrar a tiempo, no por problemas musicales sino ontológicos. Y nos hizo la putada justo ante los chilecitateños, que nos tenían antipatía por rivalidades en el fútbol y en el folclore.

En cuanto entramos, y antes de que acomodáramos los atriles y nos sentáramos, ya nos estaban mirando torcido, porque les daba bronca que en Chilecito no hubiese un Cuarteto mejor que el nuestro, un Sexteto por ejemplo. Pero poco a poco, según conseguimos envolverlos en la música, abandonaban esos gestos avinagrados y escuchaban con

porque lo  
chilecitateño no  
+ era músico y  
de corazón sencillo

fuego no  
de un  
de un

normalidad, gozando a Beethoven como si se tratara de un festival folclórico. Y el violinista reemplazante, una maravilla. Buen sonido y fraseo, y precisión en las entradas. Casi como Chicho. Lástima lo que pasó al final, cuando no pudo entrar, faltando apenas unos compases para llegar a las barras de conclusión.

Recuerdo que mientras él no entraba y no entraba y seguía no entrando y Edith alargaba un trino esperando que despertase, los chiliciteños de la primera fila nos miraban como diciendo "¿y esa es la mierda que nos mandan de La <sup>Capital</sup>?" Fruncían la frente, ponían ojos de basilisco; otros sonreían despectivamente, concediendo: "está bien, está bien, <sup>muchachos</sup>, se hace lo que se puede, no teman, no vamos a contárselo a nadie, las cosas no saldrán de Chilecito".

Yo miraba desesperado al violinista, y con señas de los ojos y la boca, torciendo los labios, y ayudándome con el arco por si eso era poco, le pedía que entrara por favor, pero no me daba ni cinco de bola, miraba el aire como papando moscas, mientras el compás del trino se alargaba más y más y parecía que en cualquier momento se cortaba de tan estirado y finito que estaba.

Cuando Edith se dio vuelta desesperada, y entre los tres le clavamos miradas como alfileres y casi lo derretimos con los ojos, entonces alzó la mano y movió un dedo que decía "no, no puedo", de la misma manera que el tío Jacinto de "Tía Lila", cuando se ahogaba en el remolino. Y ese dedo negativo es lo que sale del fondo de mi "mate" cuando escucho ciertos compases de ese concierto.

Hay que decir que allí tuvo lugar la segunda de mis grandes hazañas musicales (la primera fue el golpe de arco que reventó al bicho prendido en la oreja de la pianista); hice yo la parte del violín, para que pudiera entrar el cello, y todo acabó felizmente ante las miradas siniestras de los chiliciteños, que se sentían doblemente agredidos.

De esa actuación en Chilecito también recuerdo, y a esto no te lo he contado nunca porque afloró ahora por primera vez gracias a la cinta que nos enviaste, a un poeta que en pleno verano andaba de frac negro. Inédito, sus obras completas estaban compuestas por miles de

*al tiempo  
un enfrentamiento  
y...*



carpetas que reventaban de papeles, apiladas hasta el techo. Estaba sentado en la tercera fila, a la derecha, con los dedos entrecruzados, haciendo girar los pulgares. La particularidad de su actitud, que hoy viene muy vívida a mi memoria, es que tenía seis dedos en cada mano, es decir, un meñique más pequeño justo al lado del meñique, medio tirando hacia afuera y con unos uñones llenos de mugre. Se dice que escribía sus poemas a máquina, a dos versos por vez como quien dice a doble cuerda. Es de pensar las cosas que hubiera hecho si en vez de escribir poesía hubiera sido guitarrista.

Hace tiempo escribí un cuento donde el narrador se trae un Re bemol al exilio. Y eso no es literatura; es mi viejo. Era la única forma posible de hacerlo aparecer aquí en Madrid, la única "transportable", en el espacio y en el tiempo. Y además, él insistió, cada vez que me predispose para un encuentro, en presentarse bajo esa forma. Un (unos) Re bemol que hay en la partitura del tango "Flor de alheli", bajo esa forma ha quedado representado en la memoria, mejor que en otros recuerdos y que en las fotografías, que terminan por ponerse amarillas y borrarse. Las melodías en cambio nunca amarillean, su código de comunicación, además de más preciso, es más duradero.

ici

De ese Cuarteto Opus 16 veo también la copia de mi parte, que yo hice en uno de esos cuadernos de clase, de hojas anchas y cortas, llena de anotaciones en rojo y en azul, matices escritos, borrados y vueltos a escribir; la veo en el atril, del que cuelga el lápiz azul rojo ligado por un hilo a una goma de borrar que había que tener siempre a mano en los ensayos. Recuerdo que cuando los matices quedaron decididos, volví a copiar mi parte en hojas normales, donde pasé los detalles de interpretación definitivos. Pero de esa segunda hoja no hay recuerdo vivo, sé que existió pero no puedo verla, como a las del cuaderno, que además tenía una lámina de Glück, *dicha, fortuna*, Ich bin glücklich heute lieben Sohn. Ojo, no confundir con Glucke, que significa gallina clueca, según recomendaba esa profesora de alemán que tuve en Córdoba, llena de unos rulitos que yo después traspasé a cuanta maestra o profesora apareció por mis cuentos, y que son los rulitos del Niño Dios de los villancicos, el "holder Knabe im



lockigen Hear" de la canción de Navidad, Pero bueno, dejemos las germanías y volvamos al concierto en cuestión,

Las ejecuciones de esta obra en la ciudad se relacionan, y no pueden disociarse, con fiestas puntuales o efemérides (hacia años que no necesitaba usar esta palabra de esdrújulosidad agresiva). De esa manera, Beethoven se tife con, o está forrado de, de la misma manera que el Filifor de Gombrowicz se forra de niffo. Entonces, cuando uno aprieta la tecla de la memoria llamada Beethoven Opus 16, aparece, sí, la obra en la pantalla; pero nunca pura; porque nosotros las más de las veces tocábamos para rellenar otros espectáculos, declamaciones, bailes, etc,

Entonces Beethoven aparece al lado de la Peggy Collins por ejemplo, una riojana que se llamaba así y cantaba siempre la misma canción en las mismas fiestas y con el mismo público, más o menos igual que nosotros, que siempre teníamos a las mismas personas en las mismas filas, me acuerdo del flaco Caglianone, de la Shalo Páez, o del Chacho Cabral por ejemplo, que cantaba en el coro de Edgar Pierángeli y en la fila de tenores en altura les ganaba a los demás por una cabeza,

Antes o después de nuestra intervención con esta obra, solían actuar recitadores. En realidad no tocábamos; ilustrábamos, éramos como el dibujo del texto de otros. Se puede decir, con estricta verdad, que una de las principales funciones de esta obra en su periplo riojano ha sido ilustrar a Munir Menem (especie de Boabdil riojano y único músico de la familia, los demás son políticos) cada vez que cantaba "Granada", la canción que mejor le salía, en esos festivales de barrio donde la gente, aburrida, no veía las horas de que el concierto terminara,

De modo que ahora tendré que escuchar esa obra muchas veces aquí en Madrid, donde está libre de esos acechos, hasta despojarla de sus atributos memoriosos y devolverle su pura condición beethoveniana. Para que cuando yo apriete la tecla correspondiente a Beethoven éste aparezca solo, no al lado, por ejemplo, de ese alumno desorejado que yo tenía en el Conservatorio, cuando disfrazado del Santo Patrono San



Francisco Solano, que evangelizó a los indios ayudándose con su violín, sobre una carroza tirada por burros desafinaba dando vueltas a la plaza. Increíble, ¿no?

Y hablando de alumnos, recuerdo el aula, las clases en pleno verano, el techo de zinc pelado, un sol que traspasaba las chapas irradiando entre nosotros un calor con olor a metal recalentado. Habíamos iniciado un expediente pidiendo la colocación de un cielorraso que permitiera la formación de una cámara de aire entre las chapas y nosotros, y dos años después ni siquiera nos dijeron que no, el expediente fue archivado. Los alumnos protestaban a su manera, sin interrumpir sus lecciones de solfeo. Recuerdo el pasaje de una lección del Lemoine, "un sol la sol", que ellos, con cara socarrona y entonación crítica, pronunciaban "un so-la-zo", que se podía traducir por "nos derretimos, Profesor".

La última vez que tocamos esta obra que ahora quince años después y aquí en Madrid nos devuelve tiempo transcurrido como si acabara de ocurrir, fue un 22 de noviembre, Día de la Música decía el programa, a las cinco de la tarde en un salón (cerrado y sin ventanas ni ventiladores) cuya pared del fondo, donde estábamos tocando, colindaba, para más datos y calor, con los hornos de una panadería. La hora exacta de iniciación del concierto, auspiciado por el Consejo de Educación, eran las 5, con un "se ruega al público puntualidad, dado que, comenzado un movimiento, no se permitirá el acceso de nadie hasta una vez finalizado el mismo". Ya eran las siete menos cuarto y solamente había dos personas de público, dos viejas que acababan de llegar de la campaña y no teniendo donde ir por error se metieron en la sala. Además eran muy feas, menos mal que por el sudor y el calor las veíamos borrosas.

Mientras tanto afinábamos, cada diez minutos repasábamos las cuerdas, que, recalentadas, bajaban por semitonos. En eso entró por una puerta lateral el presidente del Consejo, un petiso gordito, de apellido Busleiman me parece; subió al escenario y nos dijo que en su opinión el concierto debía suspenderse, adónde se ha visto cuatro músicos tocando para dos. Las viejas para colmo estaban sentadas en medio de la fila del medio, de modo que la sala parecía vacía. Y ni



siquiera hablaban, ni siquiera tosían, estaban ahí como dormidas, sudando como nosotros, a la espera del final del concierto que para colmo todavía no había empezado. No llegaban desde afuera, como otras veces, los ruidos de los escapes abiertos de las motos ni de los coches ni de los verduleros ambulantes; la ciudad estaba semidesierta porque casi toda la población, ante el peligro de una deshidratación masiva, estaba en una pileta de natación de La Quebrada, remojándose y esquivando los vientos en picada de los viruchos, especie de murciélagos muy pequeños y medio muertos de hambre que intentaban ponerse al día con los veraneantes. "De ninguna manera", le dije patrióticamente al petiso, "Esa gente ha venido a escuchar música y vamos a tocar, aunque sea para dos". Y tocamos. Como el kulo, claro, con el calorón y esas viejas que bostezaban...

Al final parece que la vida, los hechos que la configuran, puede reducirse a una estructura más o menos clara, semejante, si no idéntica, a la de la música. Aquellos hechos que pasaron y son irrepetibles, convertidos a lo sumo en una suerte de peso en la memoria, pueden volver a suceder, en un plano virtual, en cuanto los tocamos con unos sonidos cuya anatomía es como la de ellos. Schopenhauer tenía razón cuando decía que una melodía vale tanto como un ser viviente. Ahora lo comprendo. Aquella música que tocábamos y que vuelvo a escuchar en Madrid reproduce el tiempo que se fue; lo representa, lo esculpe en el aire de modo que podamos tener la ilusión, perfecta, de volver a vivir vida pasada. La construcción, milagrosa, desaparece cuando cesa la música.

Nunca se grabó una actuación de nuestro Cuarteto. Pero nosotros, al tocar, estábamos grabando vida, sin saberlo. Y lo que hemos hecho ahora al escuchar nuevamente esa música, como si la tocáramos nosotros, ha sido decodificarla, traerla violentamente a nuestros días y mirarla. Podemos hacerlo todas las veces que se nos ocurra. Y esto es casi una brujería, ¿no? Aquellos hechos, por haber sido encerrados en unos compases que copiando su estructura los pueden trasladar al porvenir, nunca serán cabalmente pasado. Y el Cuarteto Opus 16 de Beethoven los irá arrastrando por el tiempo indefinidamente.

Pero bueno, terminemos ese concierto, dejemos que las dos  
viejecitas que por equivocación entraron en la sala por fin despierten  
de la pesadilla. ♦



## CONCIERTO PARA DOS VIEJAS

Madrid, enero del 88

Querido Ricardo: en tu última carta dices que no te comenté nada acerca de la cinta que nos enviaste con el Cuarteto Opus 16 de Beethoven que tantas veces tocamos en La Rioja y sus pueblos. Fue una suerte que lo encontraras en Paris, aquí en Madrid nunca pude conseguirlo. Y no te lo comenté porque escuchar esa música después de tantos años y de la experiencia del exilio resultó un asunto tan rico que merecía una carta aparte. Además quería escucharlo otras veces antes de comentarlo, porque cada vez que lo hago la música me lleva a un lugar distinto de los tantos que se vinculan con su ejecución. Más que una cinta con un concierto, es una máquina que me lleva por el tiempo.

Habituado al tempo ligeramente acelerado que allá le dimos siempre, me costó un poco habituarme al de estos intérpretes franceses, que seguramente es el que corresponde, ellos son europeos y saben más que nosotros de su música. Esta lentitud permite una mejor apreciación del fraseo, especialmente en el segundo movimiento donde, gracias a ella, se enfatizan momentos que pareciera que revelaran cosas nuevas. Y por supuesto está muy bien tocado, es una maravilla cómo el viola ejecuta mi solo, y digo que es mío porque toque quien lo toque para mí siempre seré yo su ejecutante, porque todo eso sucede en el tiempo del recuerdo, que tiene su autonomía y no pertenece al de los conciertos reales. De la misma manera es Chicho Palmieri el de los solos del violín, y así pasa con los demás.

O sea que la cinta que nos enviaste, pese a los nombres europeos de los ejecutantes es una ejecución nuestra, una síntesis de todas las que hicimos, desparramadas en años, en tantos pueblos de los Llanos y de la Cordillera. Digamos que nuestras versiones son el "master", todo lo demás copias. Y según se sabe, en cada reproducción se pierde algo del original. El único problema que veo para eso es que nuestro master nunca se grabó en un disco físico, salvo en mi memoria RAM, que como en las computadoras es un disco virtual. Y las pocas copias que



existen están en tu memoria, o en la de tu madre (todas son RAM), quizá en algún curioso escucha perdido ahora en esos desiertos provinciales.

Más que un concierto, aparece como una acumulación de datos memorísticos significativos. Despojado de partitura y de ejecución, alumbrado o alimentado únicamente por la memoria, a veces pierde su condición de obra musical y entonces su melodía y armonía se convierten en paisaje y su ritmo en tiempo y en espacio. La unión de ambos, aquí y ahora, evocando un sonido que no puede oírse, trae consigo paisajes y momentos que creía desaparecidos.

Cada vez que lo escucho recupero del limbo de la memoria, y lo visualizo todo, desde los distintos lugares donde lo ensayamos durante años hasta las salas donde lo tocamos tantas veces, en distintas estaciones del año, en los pueblos de la alta montaña precordillerana o en los cenicientos del llano salitroso; y todo eso sale, a lo Proust, <sup>sale</sup> de la cinta que me enviaste.

Aquella partitura llegó por correo una mañana con llovizna. Un paquete gordo que el cartero sacó del bolso de cuero salpicado de gotas simétricas. Esa misma noche la estábamos ensayando en una vieja casa deshabitada de la calle Copiapó con pisos de madera que crujían bajo el peso del Gaveau de media cola destartado ante el que Edith Fernández la pianista tocando los primeros compases tiritaba mitad de la emoción mitad de frío. Recién llegada de Suiza la partitura, Casa Hugh & Co. desde Zürich nada menos, y ya estaba sonando por primera vez en esas latitudes, de los barrocos en adelante, como recordarás, casi todo lo que tocábamos era en primera audición para la zona.

El Gaveau, gringuito cautivo con ojos de potrillo zarco, desamparado en esa casa fría y solitaria. En invierno las cucarachas que vivían bajo las tablas del piso abandonaban sus guaridas y buscaban abrigo entre las cuerdas, apagadores y martillos perturbando la música, de la misma manera que hoy la perturban estos recuerdos, especies de cucarachas de tiempo. Cucarachas oscuras sobre las teclas blancas, se ve que además de proustiano hoy me levanté buñuelesco, ¿no?.

De los conciertos en los que incluimos esa obra recuerdo

ahora uno en Chilecito. Chicho Palmieri nuestro mejor violín andaba por España y lo sustituía un catamarqueño que, nos los aclaró de entrada, a veces no podía entrar a tiempo, no por problemas musicales sino psicológicos. Especie de tic nervioso o somatización nos dijo, imprevisible porque aparecía en cualquier momento. Y justo apareció cuando tocábamos por primera vez ante los chilecitateños, que nos tenían antipatía por rivalidades en el fútbol y el folclore.

En cuanto entramos y acomodábamos los atriles antes de sentarnos, ya estaban mirándonos torcido vaya a saber por qué rivalidades ancestrales. Pero poco a poco, según conseguíamos distraerlos con la música de sus altibajos históricos, abandonaban esos gestos avinagrados. Porque los chilecitateños por naturaleza son músicos y de corazón sencillo. Y escuchaban el cuarteto de Beethoven con la misma emoción conque escucharían una chaya, cosas que en el fondo, hoy lo sabemos, vienen a ser lo mismo cuando están bien tocadas por curiosos tañedores.

Faltando apenas unos compases para el final glorioso de la obra, el catamarqueño no entró. Y mientras él no entraba y no entraba y seguía no entrando y Edith alargaba hasta el cansancio el trino que le daba pie esperando que espabilase finalmente, los chilecitateños de la primera fila nos miraban como diciendo "¿y éstos son los músicos de la capital?". Arrugaban la frente, ponían ojos de basilisco, nos descolocaban para siempre. En las filas de más atrás había rostros diversos, ambiguos pero siempre provocativos, algunos incluso sonreían como diciendo "está bien, changos, se hace lo que se puede". Consternante.

Yo miraba desesperado al no entrante, con señas de ojos y de boca y ayudándome con el arco para darle mayor fuerza al mensaje le pedía que entrara por amor de Dios, pero él, aunque me miraba, estaba como ido, mientras el trino de Edith se alargaba más y más, debilitándose, claro, como cavando nuestra propia fosa.

Cuando Edith se dio vuelta hacia nosotros iniciando con esa actitud los mecanismos de la desesperación, y los tres le clavamos al violinista suplente miradas de alfileres, entonces alzó un poco la mano del arco y movió un dedo en actitud



negativa, "no, no voy a entrar ni quiero entrar", dijo el dedo perverso. Entonces cualquiera de nosotros entra por él, se le da pie al cello y la cosa acaba normalmente, pero el público se retira en silencio y Beethoven queda humillado y escondiéndose tras los cerros próximos, de pura vergüenza, y todo por culpa del catamarqueño que en el fondo nos estaban boicoteando, ellos tampoco tenían ni orquesta ni cuarteto ni ná.

Nosotros casi nunca actuábamos solos, siempre formábamos parte de algún espectáculo, en general de esas espantosas veladas literario-musicales de los pueblos, donde las hijas de las familias "bien" recitaban o cantaban. Entonces Beethoven siempre aparecía teñido, al lado de la Peggy Collins por ejemplo, única cantante riojana con nombre y apellido inglés, que cantaba siempre la misma canción (ésa de "les filles de Cadix"), en las mismas fiestas y con el mismo público, lo mismo que nosotros, que durante 17 años de conciertos tuvimos siempre más o menos a las mismas personas en las mismas filas.

Antes o después de nuestra intervención con esta obra, actuaban recitadores y cantantes, a veces también había bailarines, sólo faltaban enanos y malabaristas. En realidad tocábamos para ilustrar esos números, como a Munir Menem por ejemplo (especie de Boabdil riojano y único músico de la familia, los demás eran políticos), cada vez que cantaba "Granada", la canción que mejor le salía, en esos festivales de barrio donde la gente, aburridísima, no veía las horas de que dejáramos de tocar. Y para colmo, en el fondo lo único que hacíamos era molestar a Munir o a la Collins, distrayendo a su público. Estoy seguro de que Munir, cada vez que nos recuerda, hace un gesto de desagrado. Dirá: sí, éstos, los que nunca me dejaban cantar tranquilo.

De modo que ahora tendré que escuchar muchas veces esa obra aquí en Madrid y libre de compañías memoriosas para devolverle su pura condición beethoveniana.

La última vez que lo tocamos fue un 22 de noviembre Día de la Música con cuarenta grados a la sombra y por la tarde, en un salón (cerrado y sin ventanas ni ventiladores) cuya pared del fondo, junto a la cual estábamos tocando, colindaba con el horno

de una panadería. La hora exacta del concierto, auspiciado por el Concejo de Educación, eran las 6, con una amenaza en el programa, "se ruega al público puntualidad dado que comenzado un movimiento no se permitirá el acceso hasta la finalización del mismo".

Pero a la hora de empezar la sala estaba vacía, y a las ocho menos cuarto sólo había dos viejas que acababan de llegar de la campaña y no teniendo adónde ir para protegerse del solazo de afuera se metieron en nuestro concierto. Eran feísimas las pobres, y con pinta de sordas.

Mientras tanto afinábamos, cada diez minutos más o menos, que era lo que aguantaban las cuerdas por el calor, bajando por semitonos descarados. La situación era difícil, no sabíamos qué hacer porque no podíamos empezar sin los discursos, y las autoridades no venían.

Por fin apareció por una puerta lateral el presidente del Concejo, un petiso gordito de apellido Busleimán. Sin ocuparse de las viejas subió al escenario y nos dijo que en su opinión el concierto debería suspenderse, "adónde se ha visto cuatro músicos tocando para dos personas". Las viejas para colmo, adormiladas, estaban en medio de la fila del medio, de modo que la sala parecía más vacía. Y no hablaban, ni siquiera un cuchicheo, moviéndose lo menos posible, lo mismo que nosotros, para controlar el flujo del sudor, a la espera del final del concierto, que para colmo no había empezado todavía.

No llegaban desde afuera, como otras veces, los ruidos de los escapes abiertos de las motos ni los gritos de los verduleros ambulantes. La ciudad estaba semidesierta debido a que la población, ante el peligro de una deshidratación masiva (era el Día Más Caliente del Siglo) había huído hacia un arroyo existente en las montañas próximas.

Bueno, díganle a las viejas que se vayan, dijo el presidente del Concejo. Las mujeres se echaban aire agitando revistas como abanicos, y de tanto en tanto suspiraban medio ahogadas. Afuera el asfalto se derretía y de los cerros próximos bajaban ofidios y lagartos calcinados.

No podíamos exigirles que salieran hacia una suerte



incierta. "De ninguna manera; hemos venido a tocar y tocaremos", le contestamos al Presidente (éramos unos patriotas).

El Petiso encogió los hombros y se fue tranquilamente. El cuarteto de Beethoven cumpliría la función de un gran abanico distraiendo a las ancianitas del calor más terrible que jamás habían soportado.

Y lo tocamos. Como el kulo, claro, dadas las circunstancias no podía esperarse otra cosa. Menos mal que a nadie se le ocurrió grabarlo.

Los que estábamos grabando algo, pienso ahora, éramos nosotros. Al tocar, grabábamos a esas viejas como si fuesen música, como lo demuestra el hecho de que al escuchar esa obra otra vez ellas aparecen intactas, vuelven a vivir la aventura de aquel día desaparecido en un tiempo físico pero recuperado en el tiempo malabarista de la música. Unas viejas que ya nunca serán pasado irremediable, porque cada vez que suene el Cuarteto Opus 16, éste las ira trasladando, igual que vivas, por el tiempo, que es largo, como si la cosa acabara de suceder. Viejas que se volvieron melodía y, entreveradas con los sonidos, andan ahora mismo recorriendo el mundo, por Amsterdam y Düsseldorf las viejas melodiosas qué increíble.

\* \* \*

(27 de octubre de 1989)

DANIEL MOYANO

Manterner que la madre es de Folsi, todos  
Euse es española.

## Carta

Y bueno, viejo, vamos a hablar claro. Esta es una especie de carta al padre, igual que la de Kafka; porque como aquélla, no tiene nada que ver con la literatura. Es la carta que nunca te escribí. Un poco tarde y fuera de órbita. Pero hay cosas que no pueden quedar no dichas. En los últimos años ha quedado claro que poco a poco me convierto en mi padre, por eso es fundamental, antes de que el tiempo se acabe, que hablemos de estas cosas que siempre hemos callado por comodidad o indiferencia.

Antes voy a explicarte cómo se produce esta conversión. Es un asunto de días y de espejos que se acumulan. Si tomara una fotografía de mi imagen en el espejo del baño cada mañana de los últimos veinte años cuando me afeito, y las pusiera en movimiento cinematográfico, se vería claramente la transformación de una cara en otra. De la mía en la tuya. Como esos cambios han quedado desparramados e imperceptibles en el tiempo, es difícil darse cuenta de que aquel adolescente que todavía llevo adentro es este anciano que cada mañana me mira desde el espejo y es capaz de hablar con familiaridad de todo lo relacionado con la muerte. Nadie se daría cuenta de este cambio, salvo yo, que tengo todas las imágenes y las puedo mover como quien mezcla una baraja y moviéndolas rápidamente obtener con ellas la ilusión del movimiento. Y te digo esto porque convertirme finalmente en eso sería lo peor que pudiera sucederme.

Nunca olvidaré la mañana en que te conocí, cuando acababas de cumplir 57 y salir de la cárcel y yo tenía 17 años (parece la letra de una canción de amor cursi, ¿no?). Te habías juntado con

una chica de origen belga, Emilia Deleu, ¿te suena?, y estabas radiante en todo sentido. El encuentro que tuvimos no fue efusivo externamente (nunca fuimos capaces de expresar nada por fuera), pero por dentro el asunto era muy fuerte, al menos para mí. Sentí que estaba enamorado de mi padre; a pesar de todo lo que nos hiciste. Te oía tocar la mandolina, o mandolín, como preferías decir, y me parecía mentira tener a mano el milagro de un padre. Eran tangos de Agustín Bardi y de Eduardo Arolas, entre otros que se me olvidan. La mañana en que te conocí, una maravilla. Aunque antes te había visto. Incluso habíamos vivido juntos, con mamá y mi hermana. Pero para mí todo lo anterior era una pesadilla. El encuentro verdadero fue aquella mañana en Córdoba, en la piecita con terraza que habías alquilado en camino a Monte Cristo. Después hubo otros encuentros, tan fuertes como ése, pero en un territorio donde me era más fácil mantenerte, que es el de la ficción. Allí te modifiqué para adaptarte a mis necesidades. Aquí en cambio, o sea en estas palabras, estoy tocando al verdadero; al criminal (te ruego perdonarme la expresión, no volveré a usarla).

Porque me diste la vida pero pasaste por ella desparramando calamidades, no porque fueras malo ni bueno ni nada de eso sino porque actuabas así, de la misma manera que los pájaros solamente vuelan. Nos diste (hablo de mi hermana y de mí, como sabrás) esas calamidades, con acciones especialmente tuyas. Acciones determinantes, como la del tigre que a la hora de recoger el alimento para su familia elige, entre varias cebras que beben en el río, una especialmente y sólo ésa, y saltando sobre ella le



clava los colmillos en la yugular y la arrastra hasta matarla. Esa era la clase de tus acciones, y yo no podría responderte de la misma manera. Soy cobarde y por eso recorro a las palabras, que simplemente suenan. Intento ponerte en palabras verdaderas a ver si mediante ese juego consigo conocer tu misterio alucinante, cuya develación necesito para saber qué estoy haciendo en este mundo. Te pediría que por favor me ayudaras a vivir. O mejor, que me dejaras vivir. Si no estuvieras muerto, claro.

Quisiera decirte dos palabras solas sobre este asunto de las efusiones externas. No recuerdo que nos hayamos tocado nunca. Jamás hubo entre nosotros una caricia, ni un beso circunstancial, pese a las tantas despedidas que tuvimos, y que hubieran sido un buen pretexto. Porque aunque uno no desee, por las razones que hubiere, besar a determinada persona, en los aeropuertos y en las estaciones de trenes las circunstancias permiten hacerlo más o menos mecánicamente. Ignoro el calor y la textura de tu piel. Tengo en cambio tu voz, <sup>(a)</sup> desmesuradamente, pero los sonidos no se tocan. Muchas veces he pensado que solamente fuiste un sonido para mí. Sonido, duración efímera, y después un recuerdo interminable. Había una barrera de sonidos entre nosotros, que nos impedía tocarnos con las manos. La verdad: nos daba vergüenza. Sin embargo muchas veces, delante de mí y de mi hermana Blanca, abrazaste y besaste a oscuros primos o sobrinos que llegaban o se iban. Nosotros hacíamos lo mismo con tus hermanos nuestros tíos. Había esas barreras. Me llevó años ser conciente de ellas, saber que existían. Hoy han desaparecido, los años o sea el tiempo han demostrado que eran una simple invención

Siempre en la otra pag.

(a) que es lo único, también, que tengo de mamá, lo único y recuerdo de ella.

Mamá para mí es principalmente ajadomeis, una melodía.



nuestra. Hoy, gracias al tiempo, tenemos el terreno limpio entre nosotros. Bastaría estirar un poquito la mano para tocarte y palparte finalmente. Pero, a causa de ese mismo tiempo que hizo posible el acercamiento, ya no estás entre los vivos, y ahora menos que nunca puedo tocarte, ahora tú mismo eres la barrera ilusoria. Y lo que queda vivo de aquel deseo de palparnos es la certeza de poder decir nunca una caricia ni un beso entre nosotros, ni siquiera darnos la mano, siempre a la hora del acercamiento los ojos para abajo y las manos caídas, como avergonzándonos de vivir. Dejábamos pasar el instante propicio, y siempre llegábamos tarde al momento del encuentro. Cuando lográbamos aproximarnos, ya éramos tardíos. Como estas palabras, por ejemplo. Como esta decisión de escribirte desde Madrid, a catorce mil kilómetros de distancia de esa tumba que tienes en Cosquín, tan hermosa en lo alto de la colina, con el valle a tus pies; si la contemplación entra en los esquemas de la muerte, ese lugar es un privilegio, con todo lo que tienes hacia abajo para mirar, las montañas y los ríos y las nubes; el único problema es que no puedes tocarlos, como no pudimos tocarnos entre nosotros nunca. Muerte como vergüenza de vivir, o de estar vivos, que viene a ser lo mismo. Cada vez que no nos tocamos en todos esos años, por miedo o por vergüenza de vivir, estábamos viviendo anticipadamente la situación de ahora, creándola con artificios.

La condición de la paternidad es dar vida a alguien; pero hay cosas tuyas que no me dejan vivir. Son muchas, por eso no las digo aquí. Ya vendrán solas. Lo que importa fundamentalmente es por qué hay cosas tuyas que no me dejan vivir. Qué hiciste, o qué

hicimos, para que no pudiéramos vivir como padre e hijo en esta única oportunidad que hemos tenido sobre la tierra. A pesar de habernos querido. A pesar de quererte ahora mismo, desde este otro lado del tiempo y a catorce mil años o a catorce mil tumbas de distancia.

Hay una persona, es decir, alguien que fue engendrado y vivió y luego desapareció, que tiene algo que ver en este asunto y que estuvo con nosotros una sola vez, en todo ese tiempo que perdimos viviendo sin saber que vivíamos. Tiene algo que ver porque su problema era buscar a su padre, que lo echó al mundo y mentalmente lo borró, por problemas con la mujer utilizada para echarlo al mundo. Vivían en la misma manzana, todo el mundo y sobre todo ellos sabían que eran padre e hijo, pero no había razones para mantener por cierta esa situación. El hijo reunió todos los datos y papeles demostrativos, y cuando finalmente se los puso ante los ojos demostrándole la consanguinidad, el padre admitió todo con un movimiento afirmativo de la cabeza y un brillo necesario de los ojos, pero a la hora de hablar, cuando el otro le dijo (y ambos ya eran muy adultos), cuando le dijo que simplemente esperaba de él un monosílabo sonoro que no fuera movimiento afirmativo de cabeza y que con sonidos claros dijera sí, el otro, a la hora de emitir el sonido, dijo simplemente no, (\*) por razones sociales y económicas y demás cosas que hay detrás de esa apariencia de seguridad o de congruencia en este mundo real de azares y esperpentos. Cuando su padre lo negó, este amigo que sólo estuvo una vez sola con nosotros en el tiempo que nunca se repite, se fue a México en busca sin saberlo de una muerte

(\*) Todos los papeles eran ciertos, pero el padre no, decía el padre.

compensatoria que lo resarciera de todo. En 1980 fui a México y no encontré ni una sola huella de él, que pese a mi búsqueda permanecía muerto allí, más o menos a catorce mil kilómetros de distancia de su padre todavía vivo en Argentina. Cuál es la diferencia entre el suyo y el mío. El mío no me niega como hijo, pero se elimina como padre. Por eso nunca nos tocamos, por eso siempre tuvimos vergüenza de estar vivos en este mundo que él especialmente alteró con acciones o necesidades que llevan al tigre a clavar sus colmillos asesinos en el cuello indefenso de la cebra elegida.

¿Cómo conociste a mamá? ¿Te gustó porque era extranjera? No sé y nunca sabré adónde la viste por primera vez, qué viste en ella para que te gustara como cuerpo o máquina de donde saldría yo como algo que salta desde el fondo desconocido. Por lo que he visto en fotos, ella tenía lindas piernas. Te gustaron sus piernas, fue eso lo primero que miraste y por eso te acercaste a ella por primera vez generando el acto fundacional para que yo naciera después, para que naciera precisamente saliendo de entre esas piernas que llamaron tu atención acaso porque intuías que eran piernas conformadas por la memoria genética europea, mamá había salido de su madre que llevaba, con sus antepasados, varios milenios en Forlì. Tu sangre india se acercaba, entre esas piernas, al corazón de la Europa que violó y destruyó a un montón de madres tuyas.

¿La conociste durante la tarde dulce de esa canción que los dos sabemos, "Merceditas", que resucita cada vez que un acordeón la toca? ¿La viste blanca, te atraieron sus cabellos largos y su



→ Contradicción,  
porque después cuenta  
cómo la conoció

manera extraña y dulce de pronunciar las erres? Cómo la viste. ¿Era una mujer o una cebra de cuello alto, visible al filo del colmillo?

No sé en qué circunstancias, ni cómo la conociste. Todo eso está en un segmento del tiempo que no entró en mi conciencia, yo estaba todavía en el espacio físico que había entre tu mirada codiciosa indigenista y las piernas europeas de mamá. Es decir, yo era el deseo.

Debo decirte que me preocupa mucho, por lo que sucedió después, que en uno de los primeros recuerdos que tengo de los <sup>tres</sup> cuatro juntos (tú y la extranjera, mi hermana y yo) aparece, precedido por un sonido de flauta, un afilador de cuchillos. Un personaje extraño al plan de nuestra vida. Alguien que nada tenía que ver con nosotros, que era totalmente externo, y extemporáneo, y traído de los pelos, y de otro mundo, y violento, y agorero, totalmente indeseable pero que existía, pero que se imponía, pero que aparecía porque también formaba parte de este mundo, pero por qué tenía que tocarnos a nosotros, pero por qué estaba ahí como brotado de la sombra. Visto desde aquí y ahora, es terrible que el primer recuerdo de nuestro encuentro consanguíneo en este mundo y en este tiempo sea el filo de un cuchillo. Y además, nunca un beso y ni siquiera una caricia entre nosotros, ¿no? Teníamos vergüenza de vivir.

Me imagino a la Extranjera mi madre cuando te vio, ella, con ojos codiciosos. Nunca te faltaron atractivos. Nunca te faltó lo que en nuestras tierras violentas y calientes suelen llamar cultura. Tus conocimientos. Tu manera culta de pronunciar las



palabras extranjeras, en un malabarismo de diptongos. Todo eso te llevó a ocupar el espacio que había entre las piernas de mamá la extranjera para que yo naciese.

Con esas armas nativas la sedujiste, sólo porque era extranjera. Con esos mismos argumentos, una mujer nativa no se hubiera sentido atraída por un hombre como tú.

Habrás notado que te trato de tú y no de vos, como hablábamos en nuestro país. Ya no puedo usar el vos, tan familiar para nosotros. Me suena a cuchillo. Y si te trato de tú es porque estoy de este otro lado del mar, quiero decir del lado de mi madre.

...mujer nativa, no se hubiera sentido atraída por un hombre como tú. O sea que la unión tuya con ella es más bien una violencia, no un transcurso natural de los hechos. Con lo cual me convertiste a mí en una violencia, no en un ser que nace porque existe el sol y el sol calienta. Es que todas tus acciones fueron siempre, a pesar de tu debilidad como hombre, una pura violencia; Mamá entonces, por ser extranjera y seducida violentamente, es la cebra o el cuello de la cebra con la yugular casi desnuda que el león elige en mitad de su salto.

Seguramente estás muy tranquilo y distendido en esas alturas de Cosquín desde la que contemplas el valle, indiferente a la agonía de la cebra que te sirvió de alimento. Debo decirte que hilvano estas palabras intentando que se metan en tu cómodo silencio y se conviertan en tu pesadilla. Una pesadilla en la que oigas con claridad absoluta el ruido de la muerte de mamá.

Sin embargo qué hermosura el día que se conocieron. En las sierras, ¿no? Eras el músico del pueblo, te llamaban para tocar en las fiestas. Ella te oyó tocar y tú la oíste hablar, te encantaron sus erres vivaldeanas. Ella tenía quince años con anhelos de sufrir y amar. Sin saberlo, mamá acababa de entrar en la letra de un tango. Y los tangos son nuestras verdades más profundas, casi las únicas entre tanta mentira de la Historia con mayúscula. Madre cebra yugular. Estaba vestida de percal y así vestida se iba para el centro, llena de anhelos de sufrir y amar y casi una niña como diría Rilke años después de que ella formara parte de uno de sus versos, y cuando digo versos estoy hablando de ecuaciones matemáticas. Los versos, los sonidos y los números son la única cosa capaz de explicar la realidad. Por eso es tan importante para mí en este momento y en España a catorce mil kilómetros de la tumba donde te olvidas de todo, recordar la vinculación de mamá con el tango llamado <sup>12 palpera</sup> Percal, del cual sólo retengo en este momento la falda que envolviendo las piernas de mamá ocultan el lugar extranjero donde me vas a hacer nacer mediante un acto de tu voluntad violenta. ¿No hubiera sido mejor que nada de eso sucediese, que mamá se hubiera vuelto a Europa libre de ti y yo me hubiese quedado en el limbo o en el vientre o matriz donde sombras no me vieses y hubiese sido como pasar de un sepulcro a otro como dice Job desde la Biblia hace un par de milenios más o menos inútiles?

Antes de que la vinculases con los terribles cuchillos sudamericanos, ¿qué es lo que más te gustó de ella, que tenía poco más de quince años? ¿Su manera extranjera de pronunciar las

mi madre salió de Europa  
70 años a la misma edad que  
tú

erres? ¿O acaso lo celeste de sus ojos? Porque ella tenía ojos celestes, ¿no? ¿Qué hiciste pues con lo celeste de sus ojos? ¿Adónde está, dónde pusiste lo celeste de mamá cuando le quitaste sus conexiones con el mundo visible o alcanzable? No entiendo que exista un lugar donde alguien pueda esconder lo celeste de unos ojos de quince años junto a un vestido de percal. Entonces, ¿dónde están los ojos celestes de mamá? ¿Dónde los pusiste?

Si ella hubiese vuelto a Europa sin conocerte, acaso todavía estuviese viva. Y todo esto sería una historia cursi y sentimentaloides, como en el tango (de tangos y de muerte estamos hablando en este momento) "Mañana zappa un barco" que alguna vez te oí tocar. Los marineros salían hacia Europa (de donde era ella, es necesario que te lo recuerde), y uno de ellos que podías ser tú bailaba con mamá el último tango, y le decías que le dirías su nombre al mar (voy a recordártelo, por si en tu estado que supongo precario hubiese dificultades para recordar nombres: se llamaba María, era extranjera, pronunciaba las erres dulcemente y en la letra del tango le decías "muchacha, vamos, no sé por qué llorar"). Todo hubiera terminado como en esa historia tonta, mamá se hubiese quedado sola con sus lágrimas y su vestido de percal, tú no hubieses vuelto nunca (la letra sugiere claramente que no habría regreso, porque el barco naufragaba) y yo no hubiese nacido. Pero ella y sus ojos celestes permanecerían hasta ahora y para siempre a salvo de esas terribles contingencias que crearon tus manos y tus pensamientos. Hubiese vuelto a Europa en un barco limpio de tus manos, a sus ríos apenas rumorosos con orillas muy verdes, al lugar de donde nunca



debió salir en busca de una ilusión americana que no existió nunca, a las mazurkas que salían del acordeón del viejo melancólico que era su padre (que te odiaba, claro), a su infancia de ríos dulces como canciones de cuna y mansos como clavicordios. Allí estaría mamá ahora, en otro destino junto a hombres sin desesperada sangre india, y yo hubiese sido sustituido por otro, por un niño europeo para quien Mozart es lo suyo cotidiano, sustituido por el adulto que sería ahora, que en vez de probar estas crueldades de la sangre violenta estaría escribiendo unas canciones de amor que brotasen de los clavicordios que rodearon la infancia de mamá, cuando sus ojos eran celestes por naturaleza o inocencia, inocentes del brillo desesperado que tuvieron cuando tú decidiste enturbiar ese celeste con tu terrible pensamiento y con tus manos más terribles todavía.

El hecho de que yo esté vivo todavía y tú a catorce mil kilómetros de aquí pero muy bajo tierra, no significa un diálogo de sordos, porque tu hecho es superior al mío, el mío desaparece en la aparente contingencia de las palabras, que por ser abstractas pueden salvar la distancia en cuestión de segundos, mejor dicho sin segundos porque no son físicas, y meterse dentro de tu contingencia permanente casi en el mismo momento en que se generan en mi ánimo. Estamos hablando mano a mano, como decíamos allá, o sea que la muerte no te libera de mí, tu único testigo de cargo, pero por eso mismo el más terrible. Y en cierto modo, por el poder de estas palabras verdaderas, tengo acceso a los territorios de la muerte, tan familiares para ti, especialmente



antes de que emigraras hacia ellos. Claro que me da miedo. Es un miedo más que te debo. El que debo pagar para rescatar a mamá de tus manos y de tu pensamiento.

Necesito rescatarla de ese tango terrible donde mintiendo y calumniándola para salvarte intentaste dejarla para siempre: Noche de Reyes. Estoy dispuesto a todo para conseguir este rescate. Si es necesario, morirme como tú y quitarte el espacio de tu tumba para obligarte a reconocer que la traición fue una invención de tu mente atormentada. Mamá nunca te engañó, ella tenía los ojos celestes y por eso no pudo engañarte nunca. En el fondo lo sabías, o acaso lo supiste en el momento de tu muerte. Por saberlo fue que inventaste eso de ponerla en Noche de Reyes, para poder morir/dormir tranquilo y sin remordimientos. Ella tenía los ojos celestes como potrillito zarco. ¿Te acordarás? Es el color que tenían los ojos de ese gringuito cautivo que los indios matan en el Martín Fierro. Que era un niño. Como ella cuando la conociste, atraído por lo celeste de sus ojos. Qué tenían para ti los ojos celeste de mamá. Adónde está ahora lo celeste de sus ojos.

Mamá, y tú lo sabes mejor que yo, no pertenece al destino de Noche de Reyes. Ella es más bien de Grisel. Y si te hablo en letras de tango es porque este lenguaje incorrupto es lo más apto que encuentro para este diálogo a catorce mil kilómetros de distancia más tu muerte. Entenderás esas historias mejor que las palabras actuales, porque con esas letras y esas músicas viviste junto a ella. Pertener a Noche de Reyes es la peor de las calumnias, inventada por ti para justificar tus pulgares y tus

dudosas circunvoluciones. Mamá regresará, gracias a estas palabras, a Grisel, donde queda muy claro que nunca debiste pensar en lograr su corazón (precisamente por la naturaleza peligrosa de tus manos, cómplices de tu pensamiento), pero sin embargo la buscas y la encuentras "sin importarte que era buena". (TODOS ESTOS PARRAFOS O CONCEPTOS SERAN CORREGIDOS Y DEBIDAMENTE DESARROLLADOS).

Mamá tenía 18 años cuando la conociste debajo de un parral cuando ella bajo su vestido de organdí que después fue percal conservaba en su piel la humedad del océano que había atravesado para que tus azorados ojos indígenas pudieran contemplarla. Tengo una foto de ella en mi memoria, bajo esas condiciones. Una foto hecha por ti, con el sol detrás tuyo, de modo que el camino que en esa foto me conduce a ella es tu sombra proyectada sobre el suelo, ya me lo dijo una vez el padre de ella, esa sombra es tu padre, un padre que ahora mismo y en Madrid y bajo lluvias otoñales recuerdo vivamente por la fuerza que tenían sus pulgares. ESTO ES INTENTO DE INICIAR HISTORIA DE AMOR ENTRE AMBOS.

La conociste en esa fiesta donde eras músico, y no podías bailar con ella porque estabas tocando pero mientras tocabas no dejabas de mirar lo celeste de sus ojos, y ella no podía dejar de mirarte a ti; bailó con todos los hombres del pueblo que se sentían atraídos por su tumulto transoceánico, pero cuando el baile acabó ella se te acercó hasta rozarte con su cuerpo entonces inmortal como diciéndote "llévame contigo" y tú la miraste como diciéndole "contigo me voy".

Cambiar el 1º capítulo, unirlo de cierto  
bien el asunto padre y madre. El  
huye de eso en busca de Eugenia,  
nueva vida.

Yo también la vi y sentí desnuda a mamá, como tú; en otras dimensiones, yo nací en o de su desnudez, y aquí en esta equidistancia de palabras entre tu muerte y mi vida, las cosas son bien claras. Mamá, la noche que te amó allá en ese pueblo serrano, estaba desnuda por todas partes, exactamente igual que la noche en que nací. Tú poseías esa desnudez; yo en cambio me desposeía de ella. Entonces las cosas estaban claras, había una desnudez de ella para ti, claramente delimitada, que era posesión, y otra para mí, que era pérdida. Ahora y aquí, en cambio, las dos desnudeces de la pobre mamá se juntan en una sola. Como no deseo esa mezcla, te dejo a ti la de su cuerpo, apoyo cierto de tus pulgares y de tu pensamiento, y me reservo para mí la clara desnudez de sus ojos celestes.

Esa fiesta donde eras el músico, tu sombra de veinte años junto al retrato de mamá. Todos al abrazar su cuerpo europeo durante el baile tuvieron la ilusión de ella, pero ella al bailar con todos se iba despojando de esas sombras en busca de la tuya, por eso cuando el baile acabó y estabas por enfundar tu mandolina ella se acercó y te dijo con sus erres ultrasónicas que si querías ella estaba dispuesta a bailar contigo, sin música, porque nadie había bailado con el músico y ella quería darte esa posibilidad porque además te amaba, te venía amando en el barco cuando cruzaba el océano, y entonces no te lo creíste pero lo consideraste un milagro, y después de enfundar el instrumento te acercaste al increíble instrumento barroco o sea europeo de su cuerpo, y bailaron sin música, tarareando interiormente uno el ritmo y otro la melodía, debajo del verano bailaban sin música ni



nada, sólo con los cuerpos, tus pulgares entonces eran dulces y con ellos la acariciabas, mientras yo desaparecía en cada posible amante de mamá y sólo empezaba a pertenecerte a ti, que ahora estás dentro de una tumba sonora donde intento introducir estas palabras.

Sé muy bien en qué lugar y cómo la desnudaste para que pudiera nacer yo. Conozco perfectamente esos pueblos de las sierras de Córdoba, sus ríos melódicos, junto a los cuales me engendraste sin mucha imaginación, con movimientos torpemente rutinarios, lo único hermoso allí era el lugar, y lo demás rutina.

Salvo mamá, que acababa de cruzar el Océano, que venía de otros mundos que ciertamente eran ella misma. Ella te gozaba porque tú eras, a sus ojos celestes, una especie de otra alternativa planetaria, no esa triste realidad que en ti conoció después, no esta triste y desesperada realidad de fin de siglo.

El río junto al cual ella desnudó su inocencia europea junto a tu antiquísima sabiduría indígena existe todavía, ya se sabe que los hechos naturales subsisten mientras los históricos desaparecen. Lo he recorrido muchas veces, en la misma orilla donde me engendraste, pero nunca pude hallar el lugar preciso, porque sólo existe dentro de tu olvido.

Mamá no sabía qué decir, porque no tenía palabras en nuestro idioma. Pero tú y ella tenían la misma temperatura erótica junto al río donde yo el que ahora te vitupera empezaba a existir, aunque fuera de una manera muy precaria, dentro de las cavernas



de ese cuerpo extranjero que después iba a ser mamá (la de los ojos celestes).

De mamá recuerdo especialmente el calor de su mundo interior, el darme vueltas en cualquier sentido sin salir de ella, avanzando hasta lo más y trasponiéndolo todo pero sin salir de ella, podía ser un astronauta y abandonar mi lugar preciso y arribar a otros mundos pero sin salir de ella, mamá entonces era circular y tú para mí todavía no existías porque nada existía fuera de ella, y yo parincipalmente existía porque estaba dentro de ella, existía para siempre y todo eso era una eternidad perfecta sobre todo si no se salía del interior de ella o sea de mamá que es lo único a lo que puedo llamar ella, no hay más ella que ella en ninguna parte de este mundo que es el único y que además es de ella.

Si estuvieras vivo y oyendo directamente esto sobre mamá en el mismo momento en que lo digo, sonreirías. Digo "oyendo directamente" porque sé que a esto no lo oyes ahora mismo, lo inscribo aquí para que te llegue algún día, una vez vencidas las dificultades de comunicación que pueda haber entre la vida y la muerte. Y digo "vencidas" porque estamos en un mundo donde todo es posible, desde que es posible el crimen, que es la primera y principal actividad humana como tú bien lo sabes y no puedes olvidarlo allá en tu tranquilo refugio cordobés frente a las sierras, mientras esperas este mensaje que ya sabes que existe pero que tardará mucho en llegar a ti dada la diferencia entre emisor y receptor, uno de este lado del tiempo y el otro al otro lado de cualquier otoño putrefaccional, de ésos que dentro de la

tumba de los muertos prefiguran la muerte definitiva, que tarda todavía muchos tiempos en llegar, convirtiendo la muerte primera en una angustia, en una espera de la otra, mientras se pasa revista a lo vivido a medida que llega la disolución. Yo quiero que quede absolutamente claro lo de mamá antes de tu disolución definitiva.

Digo que al oír esto sobre ella sonreirías, por ignorancia de lo interno de ella, interior que por suerte nunca te perteneció. Sonreirías con esa expresión unívoca de tu rostro indígena, esa sonrisa que como en todos los seres humanos no es sentimiento ni expresión de nada, es una respuesta mecánica ante una situación que nos desprotege, que nos invalida. Lo interno de mamá está fuera de cualquier alcance, especialmente tuyo o de tus pulgares y de tu pensamiento, por eso cuando lo oyes mencionar sonríes aparentando complacencia cuando deberías demostrar espanto. Espanto, porque es lo único que ha quedado vivo de mamá, cuando todo debería indicar, para ti, que eso también había desaparecido. Mamá sobreviviendo a tus pulgares pangenésicos.

Sonreirías sin comprender, porque nunca estuviste dentro de ella. Nunca hubieras podido estar, son razones planetarias. Por eso, todo lo que puedas oír de mí sobre lo de adentro de ella, para ti debe ser sagrado. O sea, algo referencial, algo a lo que puedes aspirar pero que nunca conseguirás, porque está por encima de ti y está por encima para protegerte porque eres menos que eso. Las cavernas internas de mamá deben de ser algo sagrado para ti, que nunca comprendiste el mecanismo de estas cosas más o menos terribles que existen y que además nos pertenecen. En esos

escondrijos oscuros del cuerpo y de la mente, no debe entrar ni siquiera la luz, porque son parte del corazón del mundo. Escondrijos que tienen prolongaciones externas, en la luz, como los ojos celestes por ejemplo. Intocable, lejos y a salvo de los torpes pulgares de la historia.

Sonreirías ante lo incomprensible, incomprensible porque nunca estuviste dentro de ella, como lo estuve yo. Yo soy el adentro de ella. Tú, su inútil afuera. Es esto lo que fundamentalmente nos separa. No hay distancia mayor que la existente entre un padre y un hijo, que para poder serlo tienen que utilizar un cuerpo diferente, el cuerpo de ella.

Para entenderla y poseerla, tú necesitarías poder estar dentro de ella. Pero esto es una imposibilidad absoluta, al menos en los términos biológicos conocidos en este planeta que compartimos. Yo sí, yo vengo de su adentro, soy su adentro, por eso todo lo que yo te diga desde adentro debería ser sagrado para ti, que no puedes ni hubieras podido nunca estar adentro. Todo lo que tú podías entrar en ella era tu pobrecito sexo buscando unas profundidades vedadas a nuestra naturaleza masculina. Yo te estoy hablando desde esas profundidades, que son mi patria natural. Yo vivo en mamá, aunque esté para siempre desterrado de ella, me desterró cuando nació. Es por eso que todo, fuera de ella, es un exilio.

Cuando me pongo enteramente en su adentro, por razones de sobrevivencia, puedo escuchar nítida y necesariamente los latidos de su corazón. Latidos que, ya se sabe, son el pulso de este mundo que compartimos tanto vivos como muertos. Latidos que son



el ritmo del planeta. Ritmo es tiempo. Tiempo es vida, y también muerte. Empecé a vivir ahí dentro cuando fui capaz de escuchar ahí dentro el ruido que hacía el corazón de mamá, que era terrible al principio pero hermoso después. Una especie de tempestad que temes pero que después aceptas porque has empezado a sentirte parte de ella. Eso eran los tremendos latidos de su corazón que yo escuchaba desde un rincón precario de su vientre. De pronto siento que yo también tengo un corazón, pequeñito, pero igual que ése de ella que me está enviando esos sonidos. Entonces con el mío en sueños imito el de ella, y suenan bien, los dos son internos, digamos que están dentro de la sangre, y los dos rítmicamente hacen el mismo uso del tiempo, y esto me da la seguridad de pertenecer a un mundo que todavía no conozco pero que existe, algo existe en esta inmensa duda, ahí afuera hay un espacio para meter estos tic tac de nuestros corazones, y con este ruido hermoso del corazón de mamá que escucho desde adentro y con el mío acoplado mamá que abre las piernas que tú le fecundaste, y uno que nace.

El afuera fue horrible. La visión que tengo de afuera está condicionada por la visión externa que tengo de ella. Mamá para mí siempre estuvo muerta, pero no puedo erradicar de mis oídos el ruido de los latidos de su corazón. En el momento de nacer, lo hacemos con un recuerdo auditivo: el latido del corazón de la madre de la que procedemos por determinación biológica. El ruido del corazón de mamá, que subiste en mi memoria, es una puerta que da yo no sé adónde. En realidad lo único que busco es poder escuchar otra vez esos latidos, que es de donde realmente



procedo, que es mi cuna más secreta. Yo podría identificar a mamá en donde se encontrara por sus latidos, podría distinguirlos entre miles de madres mezcladas y sonando al mismo tiempo, porque yo tengo adentro la respuesta adecuada a esa pregunta permanente que es el latido de su corazón. En el poco tiempo que vivimos juntos, sin mamá, claro, cada vez que tocabas el tango Grisel (lo hacías muy bien y con mucho sentimiento), cuando llegabas a esa parte de la melodía que se corresponde con las palabras "lograr tu corazón", estaba claro que ambos, sin mirarnos, estábamos pensando en la misma cosa, es decir en el corazón de mamá. La letra dice más adelante que lo conseguiste, sin importarte que ella era buena. Pero a ti no te importaban sus latidos. Era una música a la que no tenías acceso, no la comprendías. Tú querías su corazón para callarlo. ¿Acaso para poder oír con claridad el de tu propia madre? Tan sólo tú posees el secreto. Revélamelo, por favor, necesito esa verdad para seguir viviendo.

Por mi hermana supe que cuando nací hubo un problema en el hospital, parece que por descuido de las enfermeras se mezclaron los bebés, y a la hora de llevárselos a las madres, que ni siquiera los habían visto todavía, había una tremenda confusión. Por una pesadilla reiterativa que me visita desde siempre, puedo reconstruir esos momentos, de los que la memoria de mi hermana posee una parte, mi sueño la otra. En busca de la verdadera me llevaron a distintas madres, y dice mi hermana que en cuanto ellas me abrazaban yo lloraba aterrado. El sueño me acerca ese hecho diluido en el tiempo, y a través de él siento que no veo pero escucho, y el corazón de la mujer que me abraza no late como

el que yo sentía cuando estaba adentro, junto a él, por eso lloro, es como volver a un vientre que no me corresponde. Mientras tanto el tiempo no pasaba y era una eternidad el tiempo, hasta que finalmente dice mi hermana te pusieron con mamá, lloraste al principio pero en cuanto ella te abrazó te callaste y buscaste su seno. Ese sonido, ese timbre que sólo podía ser de ella, ese tumulto de vida diferente que había en esos golpeteos casi a flor de piel que me conectaban con la velada congruencia del mundo, eran inconfundibles para mí. Eran el lenguaje que me comunicaba con ella, escuchado permanentemente en esperas donde no había días ni noches, tan sólo tiempo, lleno de anhelos y presentimientos. Cómo no reconocer inmediatamente lo que había escuchado durante toda una vida.

Desaparecieron en ese espacio helado y blanco que había entre tus pulgares y tu pensamiento. Pero de alguna manera son inmortales: por eso se me aparecen en sueños. Y mientras el sueño dura vuelvo a estar dentro de ella, en esa otra vida a salvo de las realidades y los sueños propios de la atmósfera.

Mamá tenía 18 años cuando la conociste en aquella fiesta bajo el parral donde eras el músico. Cuando te invitó a bailar apenas te lo creíste, y al abrazarla sentiste en su vestido de organdi la humedad del océano; se lo dijiste, tenías buena labia y el sonido armonioso de tus palabras disimulaba el aire helado que latía debajo de tus pensamientos. En tus brazos, la sentías asustada; te dijo algo torpemente, pronunciando mal las erres y dándole otro color a las vocales. Pero más que sus palabras, lo que llamaba tu atención eran los latidos de su corazón con miedo,

a flor de piel o de organdi, lo oías latir con ese mismo ritmo que después desapareció de los espacios físicos pero que vive dentro de mí y se me aparece en sueños, y mientras el sueño dura el corazón de mamá vuelve a la vida. Tenía 18 años y los ojos celestes, venía de las nieves europeas salpicadas de mazurkas, que dejaron de sonar para ocultar su alegría ante esa tristeza que manaba de tus ojos indios suplicantes. La sacaste de las mazurkas más alegres para meterla en el mundo terrible de ese tango que se llama "Noche de Reyes". Por qué lo hiciste. Es una pregunta que te haría. Si vivieras, claro. La otra posibilidad de conseguir una respuesta sería poder volver al vientre de mamá y, desde ahí dentro, escuchar esa respuesta en los latidos de su corazón.

Hay otra cosa. Cuando retrocedo hacia atrás en ella, están los abuelos maternos, el acordeón de su padre inmigrante, y cartas visibles y muy reales y testimoniales de padres y más padres europeos allá en el fondo de los tiempos, asegurando una congruencia vital, un claro camino recorrido y un claro camino a recorrer. Mis hijos saben de sus tatarabuelos maternos, y también de los anteriores, existen árboles genealógicos precisos, y fotografías amarillas pero fotografías de personas físicas reales que se prestaron para que hoy tengamos esas imágenes, olvidadas, sí, en unas cajas que andan siempre dando vueltas por la casa, pero que en cualquier momento uno puede abrir para decir miren, ésta es la casa it aliána donde nació la abuela.

De tu padre y de tu madre, yo mismo no sé nada. Ni siquiera he podido verlos en fotografías. No existen fotos tuyas. Nunca me



Simplificar

hablaste de ellos. Qué hay entonces en tu pasado. Qué pasa en eso desconocido que es tu pasado. Nadie sabe nada de tus antepasados. Dicen que la primera vez que apareciste por el pueblo adonde acababa de llegar el inmigrante con mamá pequeña, fue cuando el viejo estaba tocando el acordeón en el patio de la casa, ibas pasando y escuchaste la música y pediste permiso para entrar, pase cómo no dijo el viejo sin dejar de tocar esa mazurka que estaba tocando, pase por favor dijo en su defectuoso castellano, adónde se ha visto que un inmigrante niegue la entrada a su casa a un nativo como usted. El respetaba el color oscuro de tu piel que era el color de la América que él veía italiana con los ojos de Américo Vespucio. Entraste y fuiste derecho a mamá, que tenía acaso menos de 18 años y tiritaba dentro de su vestido de puro miedo y al mismo tiempo de puro amor a la vida.

¿Te das cuenta de que detrás de ti no hay nada? No puedes explicar tu origen, ni con fotos ni con palabras ni con papeles ni con nada, y entonces me digo que si descartamos a mamá, de dónde vengo yo. Mis hijos me preguntan: ¿y el padre del abuelo? Entonces oriento mis ojos hacia ese espacio que debe corresponder a esa pregunta, y lo único que aparece allí eres tú, absoluta, inconmensurable, inquietante y absurdamente solo, ocupando espacios que corresponden a otros, asumiendo un tiempo incompleto, solo en el tiempo, solo de nosotros tu descendencia, solo de una completa soledad. Por favor, qué haces allí. Y esto sería una pregunta, en el caso de que la muerte donde vives te permitiera una respuesta.



Lo que me preocupa ahora es qué hay detrás de esas ausencias, qué es lo que ocupa el lugar de las ausencias, y si no es acaso la existencia de esas ausencias, de esos borrones o errores del tiempo, lo que produjo la muerte violenta de mamá. De mamá, que tenía todavía un largo handicap en el tiempo, si no hubiera desaparecido todavía pertenecería a nuestro tiempo, estaría aquí y ahora mismo con todos nosotros, se levantaría antes que nosotros para sorprendernos, pese a su vejez, con el desayuno preparado, miren mis queridos, me salvé de aquellas ferocidades y ahora estoy aquí compartiendo, porque el tiempo me lo permite, un pedazo del tiempo con ustedes.

En ese sentido, qué le pasó a mamá. Qué estaban haciendo, bajo tu control, esas ferocidades. Bajo el control de un hombre que no tiene a nadie antes que él o que por lo menos lo oculta. Qué andaba haciendo un cuchillo suelto, como puedo verlo ahora, alrededor de estas historias. Y lo peor que podía sucederle a nuestra historia era esa aparición funesta del cuchillo, donde las letras que componen la palabra tienen vergüenza de nombrar esa cosa espeluznante. Otra pregunta: ¿estabas solo en ese espacio sin nadie, o te acompañaba la idea de un cuchillo? Bueno, dejemos este asunto del cuchillo por ahora. Descansemos por favor, no puedo más.

Hay otra cosa muy dura que me duele cuando me acuerdo de la fórmula verbal que utilizabas para referirte a ella. Le decías "la finadita". No te atrevías a llamarla por su nombre. Ni como "mi mujer". Ni como la finada, ni como la muerta. Te escondías detrás de un diminutivo. Con el diminutivo intentabas

empequeñecer la desmesura de su muerte. Y la muerte no tiene un sistema de pesos y medidas, es siempre solamente muerte. Por eso, cuando la llamabas finadita, estabas omitiéndola, emitías un sonido que nada tenía que ver con ella.

En los quince o veinte años que tú y yo estuvimos próximos pronunciaste tres veces, exactamente, la palabra finadita. Mi memoria es inflexible para estas cosas. La primera vez fue cuando nuestro primer encuentro después del tema del cuchillo. No recuerdo las palabras, porque sólo dijiste incongruencias; recuerdo, sí, que estábamos frente a frente, muy cerca el uno del otro (se trataba de un encuentro mutuamente deseado durante mucho espacio de vida), y que cuando te referiste a ella, no porque yo te preguntara nada con palabras sonoras y concretas sino porque ella estaba presente flotando en el aire que había entre nosotros, porque ella era el único tema del que podíamos hablar en esas circunstancias para que las palabras y el encuentro entre nosotros tuvieran algún sentido, cuando te referiste por fin a ella, digo, no pudiste mirarme frente a frente como lo habías hecho hasta entonces, y justo en el momento de pronunciar el eufemismo que la sustituía, o sea "la finadita" (ahora me doy cuenta de que no te animaste a nombrarla, te dio miedo), justo en ese momento desviaste los ojos y miraste hacia un ángulo difícil, de tal modo que los forzaste y a mi vista desapareció el cuerpo o la parte viva de tus ojos y sólo quedó el blanco del fondo, una lechosidad vacía donde no había nada, donde te borrabas en el espacio y en el tiempo para alejarte de lo que había detrás del diminutivo que le adjudicabas a su muerte.

La segunda vez que ella apareció concretamente entre nosotros, tampoco fue porque yo te preguntara nada con palabras. Te viste obligado a mencionarla para darle congruencia temporal a la historia que me estabas contando. Hasta ese momento habías conseguido eludirla y darle continuidad lógica a tu historia, pero llegó un momento en que, sin que yo te lo preguntara, para poder seguir adelante te veías obligado, si no a hablar directamente de ella, que hubiera sido lo normal, por lo menos a mencionarla por su nombre. Lo normal hubiera sido que dijeras María, o en todo caso Ella, o, por qué no, esa mujer que tenía los ojos celestes como la Pulpera de Santa Lucía. Pero ninguna de estas expresiones podían presentarse decorosamente en tu boca o en tu voz. Hubieran sido como violaciones. Tenías la palabra Ella en la punta de la lengua, lo advertí, estuviste a punto de decirla, pero retrocediste ante el Vacío que esa palabra te planteaba y recurriste otra vez, como lo habías hecho muchos años atrás en el tiempo de nuestro primer encuentro, a la palabra "finadita". ¿No te dabas cuenta de que al llamarla así estabas intentando matarla para siempre? Matarla en la muerte, como si no estuviese muerta, ¿no? No puedo ver de otra manera la segunda vez, en muchos años, que pronunciaste ese diminutivo.

Pero tanto en la primera vez como en la segunda, a la expresión donde te refugiabas para no hablar concretamente de mamá le faltaba un complemento. Lo tenías en tu interior pero no te animabas a decirlo, y yo lo necesitaba para entender el mundo adonde acababa de caer con mis diecisiete años, entenderlo para poder seguir viviendo con algún fundamento, con hilos vivos que



me conectaran con la desconocida congruencia de la vida. Un complemento que para siempre hubiera preferido desconocer, que acaso podría ser el fundamento de esta sinrazón que nos separa.

En estos momentos de mi diálogo contigo no puedo comprender cabalmente ni el rango ni el alcance de la tercera vez que usaste el eufemismo, y sobre todo no lo aguanto emotivamente, de modo que voy a volver atrás en el tiempo, a esos momentos fundacionales bajo el parral, momentos del tiempo que para mí, viviente, tienen un orden cronológico, y para ti, allá en la tumba de Cosquín, está antes o después o al lado de cualquier cosa, porque todo, como en un acorde, seguro que te suena al mismo tiempo en esos territorios definitivos de la muerte adonde todo lo que hiciste "antes" no tiene ningún sentido, la realidad posterior, que es eterna por naturaleza, anula todo lo anterior, que es caduco por definición.

Pero antes que volver a los episodios que sucedieron bajo el parral, que aquí en Madrid y a la luz de la muerte parece que no tienen sentido, me interesaría hablar de nuestra relación, o sea la de padre e hijo, que supongo debería ser biológica o por lo menos natural, y que en nosotros, por razones de océanos que había de por medio, o por razones eminentemente tuyas y del lado tuyo del océano, no fueron posibles, y a esto debo agregar un adjetivo: dolorosamente.

La vida, por dinámica propia, está hecha para la alegría y el placer ulteriores, dentro de las contingencias que supone el estar vivo. Nosotros, tú y yo, solamente estuvimos vivos. Además de solos. No supimos estar juntos. Perdimos el tiempo de



convivencia en miedos y prevenciones, en olvidos o distracciones. Nunca supimos estar juntos con toda la fuerza de estar juntos, con toda la alegría que supone el estar juntos en este mundo de solitarios que no saben estar juntos. Y cuando empezamos a comprenderlo, cuando dijimos bueno, será mejor dialogaar para entendernos, ya no había tiempo físico, se estaba acabando el tiempo real dando paso al tiempo cien mil veces real que es el tiempo de la muerte. Y entonces teníamos un montón de palabras sabias y congruentes para decirnos, pero no había tiempo físico para que las palabras existieran, sólo quedaba la posibilidad de decirnos adiós, ciertamente que para siempre.

Esto es lo primero que nos falló en el asunto de ser padre e hijo verdaderos. No supimos aprovechar el tiempo, que apenas existe. Sé que te hubiera gustado ser contemporáneo mío, ir juntos por el tiempo, y acaso esa circunstancia soñada hubiera hecho posible una comunicación mejor. Pero el tiempo lo impide, yo he nacido para que tú murieras. Y creo que este hecho biológico-temporal determina nuestro desencuentro fundamental en esta búsqueda del color de los ojos de mamá. Aparte de lo que tú hiciste para ocultarlo, claro.

Antes no había tiempo físico para comunicarnos, el tiempo iba pasando y nos exigía palabras precisas en tiempos precisos, y nosotros no éramos capaces de decirlas, de allí nuestra incomunicación. Pero ahora, en estos territorios neutros equidistantes entre Madrid y Cosquín, donde todo está muerto, el tiempo para hablar de todo aquello sobra, sólo falta la determinación de hacerlo. Ahora hay todo un tiempo interminable



por delante para el diálogo entre nosotros dos. Hay un problema formal, estás muerto, y desde esa noche sin fondo donde te aislas me condenas con tu silencio a esta soledad de palabras donde vivo. La pregunta es: ¿quieres realmente hacerlo? Quiero decir, si quieres que lo haga por los dos, por el momento no hay otra posibilidad y me temo que nunca la haya. Antes no pudimos o no supimos estar vivos y juntos, solamente estábamos vivos. ¿Te sientes próximo ahora? ¿Sientes que podemos estar juntos en un territorio neutral que no es vida ni muerte, pero que existe poderosamente, por estas palabras que te digo? ¿Sientes que en mi pregunta nace tu respuesta y que ésta existe aunque no puedas decírmela? Yo la escucho. Ahora mismo estoy escuchándola. Con la única limitación de que sólo escucho el sonido, no el sentido. Lo importante es que te oigo a ti. Esa voz de un ser enteramente desvalido que tuviste siempre, con inflecciones y falsetes que patentizaban siempre esa especie de humillación que había en el timbre de tu voz, el mismo que en el silencio de esta larga noche madrileña, y transoceánica por el puente sonoro que hay entre Madrid y Cosquín, me está zumbando ahora en los oídos. El sonido viene de Cosquín. El significado, las respuestas concretas, están ocultas en esos sonidos, son su germen, pero también están en mis preguntas, en estas palabras, en esas distancias neutras que hay, en tiempo y en espacio, entre una y otra. Todo consiste en aprender a descifrar esos silencios. Intuyo que lo conseguiré más adelante, cuando avance en intensidad en esta carta. Y no dejaré de escribirla hasta que lo consiga, y si no lo consigo no dejaré nunca de escribirla, porque



Importante por lo que viene en la pág. 31  
y es importante

este diálogo es absolutamente necesario para mí y para ti, tanto en la vida como en la muerte. Ambas, juntas, simples formas o polos de lo único verdaderamente importante que sucede en el mundo: los encuentros entre seres vivientes. Como el tuyo y el mío por ejemplo, Único e irrepetible para siempre, compuesto de dos partes, una de las cuales está rota o en situación precaria, que con palabras intento traer otra vez a la vida conciente para que podamos decirnos lo que no nos dijimos cuando era posible hacerlo, por miedo o incapacidad de estar juntos o encontrados.

Esa noche que empieza en Cosquín y extendiéndose por el mar llega casi hasta los bordes de este Madrid milenario. Las fuerzas no le alcanzan para más. En sus momentos de máximo desefo, consigue traspasar los límites y visualizarse, a través de una vibración violenta, a pocos pasos de esta ventana por donde ahora mismo miro hacia el pasado. Entonces escucho esa especie de llamado tuyo, esa especie de disculpa por no poder comunicarte conmigo para hablar francamente del asunto de mamá, y según voy escuchando, tu rostro se representa junto al cristal de la ventana, gesticulando como en sus mejores tiempos, tan vivo y fuerte que en cualquier momento puede romper los límites de la visión y saltar hacia el mundo de sensaciones táctiles que separa a los vivos de los pasajeros en tránsito. Si lo consiguieras, esta soledad de palabras solas y sin sentido aparente se terminaría.

En esa frontera entre lo táctil y lo que no puedes tocar porque está huyendo, algunas veces encontré tu verdad anatómica, esos rasgos inconfundibles que tantas veces reconocí en sueños.



Una vez me dijiste, en vida, que eras un indio. Yo no te lo creí. Pero luego te miré detenidamente, es decir, te miré con realidad por primera vez, y vi que realmente lo eras. Un indio, ese objeto de olvido. Y por supuesto, me sentí excluido de ti. Lejos como al otro lado del mar. Los indios en nuestro país fueron razonablemente exterminados, según lo aprendimos en la escuela, porque eran salvajes sin dios y por lo tanto no merecían vivir. Con lo cual tampoco merecías vivir tú. Yo me salvaba de ese espanto histórico por ese asunto del barco en que vino mamá, gracias a él yo merecía vivir. Un barco que ahora siento doble, uno está en la realidad de la realidad y el otro en la realidad del recuerdo, acaso más fuerte que la otra.

"Cuando se murió mi padre/ese día no existió./El día que yo me muera/nos moriremos los dos". No sé de dónde sale la copla. Parece tuya, de las muchas que te gustaba hacer y ponerles música para cantarlas en Carnaval. Apareció escrita entre los borradores de esta carta definitiva, no sé si la escuché en sueños, o la leí en alguna parte, o me la dijo alguien. La copla estaba ahí, una madrugada clara, como nacida durante la noche, estaba ahí recién amanecida, interrumpiendo el libre discurrir del tema principal de esta carta, que es saber adónde fueron a parar hechos y partes fundamentales de esa mujer que los dos tratamos tan íntimamente, tú por fuera y yo por dentro, fundamental para mí porque necesito saber con cierta urgencia qué es ella en este diálogo distante al que se ha reducido el conjunto total de nuestras vidas. La copla, en cambio, que parece una pregunta tuya, intenta que yo quiera saber qué eres tú. Y es claramente un mensaje tuyo intentando



ablandar mi corazón. Como queriendo ocupar su lugar en mis afectos. Como queriendo ser ella, tan luego tú. Como queriendo estar junto los tres, acaso por primera vez en la vida, tan tarde, cuando la vida, al menos para dos, ha terminado, y tan sólo queda de este drama el que está combinando estas palabras como una manera de no estar tan solo. A través de tu copla, viejo, puedo escuchar ahora y desde aquí tu mandolín o tu guitarra. Son los mismos elementos que utilizaste para hacerte con mamá en el espacio y en el tiempo, para encontrarte con ella en el único momento posible, fue cuando le dijiste vente conmigo y ella temblando de amor y de miedo te dijo en su acento extranjero contigo me voy. A través de esa copla que me dejaste en sueños escucho ahora mismo tu mandolín y tu guitarra, tal como los escuchó mamá en sus 17 y tal como los escuché yo cuando te conocí, lo mismo que ella, a los 17 de la vida, en el centro del corazón de la inocencia. Lo has hecho para ablandar mi corazón, para que yo me olvide adónde fueron a parar esas partes de ella que necesito para darle un poco de congruencia a este delirio que es mi vida desde que te conocí, como ella, a los 17 de inocencia pura.

Como nunca hemos hablado, hablar ahora es una pura turbación. Todo quiere ser dicho al mismo tiempo y la emisión de la voz no alcanza. Los cauces físicos del pensamiento o del deseo son angostos, la puerta de la voz es muy pequeña para el caudal de sonidos que viene del pasado.

Y entre las cosas que quieren ser dichas al mismo tiempo, entre las miles de ellas que se agolpan como por ejemplo los



valses de tu mandolina o los 17 años de este y del otro lado de los nacimientos, donde ella y yo podemos ser iguales por antipodas, o el diálogo franco entre el vendedor de cuchillos y su comprador certero, entre todo eso que se agolpa elijo algo que apenas aparece en los recuerdos, cuando hice ese largo viaje de ida y vuelta en coche y cuando regresé me pediste una cinta métrica, mediste el diámetro de la rueda y conociendo la distancia del lugar adonde iba hiciste un cálculo matemático (te encantaban los números) y me dijiste que las ruedas del coche habían dado tantos miles (precisos) de vueltas).

Hermoso. Pero ahora te voy a pedir que por favor calcules, con la misma precisión matemática que usaste para las ruedas de mi coche, la cantidad exacta de los latidos del corazón de mamá en el instante preciso de su muerte, de la que fuiste el único testigo. Tan sólo tú conoces la cantidad exacta de esos latidos. Si la recuerdas, si, como supongo, la muerte de ella ha sido transferida a la tuya, y ambas muertes están juntas, entonces utiliza por favor tu inteligencia matemática para decirme, desde aquella muerte hasta ésta, cuántas veces latió en el tiempo el corazón de esa mujer cuya existencia hemos compartido en el espacio y en el tiempo. Por favor, cuántos latidos/rueda. Tengo en mi memoria el recuerdo sonoro de sus latidos, oídos desde dentro de ella, porque yo antes de nacer vivía precisamente junto a su corazón. Yo tengo sus primeros latidos; tú, los últimos. Entre Madrid y Cosquín; estamos cada uno en un extremo de ella. Podemos verla entera en el espacio y en el tiempo, tanto desde allá como desde aquí, y calcular con precisión matemática los



golpes exactos que dio su corazón desde que empezó a latir de este lado del mar aquí en Europa hasta que terminó de hacerlo en las soledades de esas pampas del Sur desamparado. Aquí en Europa, adonde he venido para buscarla; buscarla en lo que dejó aquí cuando partió, esas cosas de ella que por quedarse de este lado del mar no murieron como ella, allá en las pampas desoladas. Suelen ser calles madrileñas, formas de la geografía, momentos en el tiempo y gestos y voces de la gente. Intento vivir todo eso con fruición: es la vida cotidiana de la de los ojos celestes antes del naufragio, en su existencia plena antes de que apareciéramos nosotros, que somos los dueños de su muerte. Uno desde adentro y otro desde afuera, ambos tenemos la obligación de saber cuántas veces latió en el tiempo el asustado corazón de esa mujer que como la pulpera de Santa Lucía mentada por la canción tenía los ojos celestes y además cantaba como una calandria; allá en el fondo de los tiempos, ahora que tanto la muerte de ella como la tuya le han quitado la cronología al tiempo y todo está sucediendo simultáneamente y para siempre; bajo el parral donde se conocieron llega el barco que la trajo de Europa, y mientras ella y tú se miran y se gustan y sonríen determinando mi existencia, al mismo tiempo existe este momento en que te escribo esta carta, al mismo tiempo estoy dentro de ella y oigo latir su corazón, al mismo tiempo estabas muerto allá en Cosquín y al mismo tiempo mamá estaba por subir al barco en el que sin saberlo iba a buscar el filo del cuchillo que la esperaba al otro lado del mar por esas pampas desoladas donde desaparece la pulpera que tenía los ojos celestes y cantaba con la voz de las calandrias.



Preferiría no hablar de la tercera vez que usaste la expresión "la finadita" para referirte a esa mujer que nos contiene en la vida y en la muerte. Yo la llamé mamá, palabra tonta para denominarla pero creo que no hay otra. Tú, en el otro extremo, el de los últimos latidos, a mis oídos nunca la llamaste mi mujer, o mi compañera, o ella, o María simplemente; siempre dijiste: la finadita. Sólo tres veces en la vida la mencionaste así. Las dos primeras se toleran. La última parece difícil muy difícil, porque es la primera vez que aparece esa cosa cierta y concreta del cuchillo, junto a los dedos de tus manos, junto a tus pulgares y a tus pensamientos, ese cuchillo que aparece de pronto sin que nadie lo espere, con brillo y filo aparece en el aire en el mismo momento en que el barco que transporta a mamá abandona los muelles europeos para buscarnos a ti y a mí que somos la forma de su muerte violenta, como si se echara a navegar sólo para ir en busca de su naufragio.

*La pantera*  
"En el desierto de Sahara, una feroz pantera devoró mi cuerpo". Es una expresión verbal tuya que me acompaña por el mundo vaya donde vaya. Cuando tuve que venirme a Europa, durante los 15 días que duró la travesía del Atlántico me pasaba la mayor parte del tiempo en la popa, mirando la estela que dejaba el barco y pensando en los hechos fundamentales que estaban en mi existencia, los hechos que la constituían. Eran momentos duros en que uno se lo cuestiona todo, y entonces hacía una gran limpieza, arrojaba al mar toda la hojarasca a ver qué quedaba en el fondo, a ver qué era uno.



## Pantera, reducir

Y en pleno Mediterráneo, cuando ya no quedaban ni sombras de lo que uno había creído ser allá en nuestras tierras doloridas, quedaban dentro de mí, como en el fondo de una red marinera, apenas cuatro o cinco cosas, a eso se había reducido todo, uno apenas era una enorme caja casi vacía, con unos pocos objetos que bailoteaban allí sin saber qué hacer con tanto espacio como el que sobraba.

En el último tramo del viaje, con Barcelona a la vista, en la caja estaba mamá con un vestido blanco bajando del barco europeo que la llevó a la pampa bárbara, y pude ver, con una gran alegría para mi corazón, que no había allí nada que te representara; como si no existieras, como si mamá y yo pudiéramos ahora cumplir naturalmente un hecho vital en este mundo, sin interrupciones y naturalmente, el hecho vital de ser una madre y un hijo que después de vivir dentro de ella sale de su vientre y el mundo es una fiesta, una pura alegría de vivir y de amar y de ocupar con alegría el espacio, desplazándonos libremente por el aire, volando, renaciendo.

Y cuando ya me lo creía así, me llegó auditivamente ese espantoso asunto tuyo de las panteras en el desierto, con lo que ocupaste casi todo el espacio de la caja, te apropiaste de ella, nos dejaste afuera como expulsándonos del tiempo.

Porque cada vez que hablabas de esas asquerosas panteras, estabas borracho y en una clara situación de violencia. Primero le pegarías a mamá, con lo que tuvieras en la mano, o con la mano misma si faltaba el instrumento; luego nos pegarías a nosotros, quiero decir a mi hermana y a mí, que habíamos salido del

interior de mamá y no entendíamos nada de ese asunto de la pantera que en el desierto de Sahara devoró el cuerpo de ese personaje que aparecía en tus visiones alcohólicas. Yo creía estar llegando a Europa, es decir al pasado de mamá, libre de ti, y sin embargo, por la aparición del recuerdo de tu voz en el momento de las panteras etílicas, era tu prisionero y ni siquiera había podido moverme de mi sitio. Mientras todo el mundo salía del barco hacia la luz de la mañana europea, yo permanecía junto a ti en el interior de esa tumba que tienes en Cosquín.

"En el desierto de Sahara una feroz pantera devoró mi cuerpo, y el fakir Tubalión me puso en drogas químicas para que mis nervios no murieran". Cuando salí del barco en el puerto de Barcelona, oí entera esa expresión tuya que estaba dentro de mí sin que yo lo supiera, que me acompaña por la vida y de la que no podré liberarme nunca más. Con esas palabras que escuchaste en un circo y que sólo el alcohol podía revelarlas en tu memoria, mi existencia entera, con todo su pasado y todo su futuro, se me convierte, cuando bajo del barco en Barcelona, tan sólo en un momento fugaz de tus borracheras. Junto a tus panteras, mi existencia es virtual y aparece sólo en un momento preciso del alcohol a través del cual te conocemos los que te acompañamos durante ese tramo de tu vida, que nunca jamás se repetirá porque el tiempo no puede volver sobre sus pasos. Y de ese tiempo que todo lo contiene, apenas somos el olvido. Tú lo sabes muy bien, allá en ese refugio.

Tú fuiste el primero en darme la noción de sangre. Por ti me di cuenta de que lo único que somos es eso: sangre. Ni junco

pensante, ni homo de la clase que sea. Deberíamos llamarnos: los Sangre. En la Biblia, y también en la realidad, es lo que "se derrama hasta la muerte". Es decir, es su camino. Se va a la muerte por el camino de la sangre. Lo sabías muy bien, por eso se la sacaste del cuerpo mediante el uso de un cuchillo. Y ella se derramó hasta la muerte. Dicen que la sangre mancha, pero después de los años de cárcel, cuando nos encontramos casi por primera vez, tus manos estaban limpias, tu traje impecable, y especialmente tu camisa blanca. Fue lo primero que busqué en ti cuando te vi casi por primera vez: huellas de sangre. Y no las había. Estabas a salvo de todo, vivo, sano, impecable en el tiempo y en el espacio. A salvo de todo, especialmente de la sangre derramada.

Allí me di cuenta de lo horrible que es la sangre. Horrible y terrible, porque es la vida y la muerte al mismo tiempo. Nosotros apenas somos su envoltura. Con nuestro nombre y nuestra historia y nuestros trajes, que tienen todos el mismo valor nulo, lo único que conseguimos es envolver la sangre, forrarla para que no se derrame al menos por un tiempo, contenerla, con la piel y con la historia, para que no se derrame (situación para la que siempre está dispuesta). El difícil equilibrio entre su deseo de derramarse y nuestro impulso de contenerla se llama vida. Un equilibrio tan frágil que para destruirlo basta una acción cuyo epicentro puede ser un cuchillo de cocina. Mal llamado de cocina. Un cuchillo de sangre. Adónde lo compraste. Cómo llegó a tu cabeza la idea del cuchillo.



Ver

Me gustaría poder hablar con ella de este asunto, de la misma manera que lo estoy hablando contigo. Pero las palabras que me asisten en estos momentos no llegan hasta ese recinto donde la pusiste, donde permanece por una decisión de tu mente. Una decisión ejecutada por tu manos inexpertas para matar, pero que sin embargo entraron en el aprendizaje. Ella está tan muerta como tú, pero en otra región de la muerte, y no puedo llegar a ella porque no tengo la llave del cuchillo que te sirvió para encerrarla en ese olvido que habita para siempre, lejos de ti y de mi e incluso de ella misma, porque a través de tu acción cuchillesca dejó de ser María para convertirse en un filo, en un mango, en una arista del objeto filoso que le quitó la sangre para siempre, que se la derramó por cualquier parte. Que le hizo perder su cuerpo (para siempre), que además de contener su vida contenía su memoria, es decir, la memoria de la vida.

Uno habita su cuerpo, en toda la historia de la eternidad, y lo habita por única vez. Habita su cuerpo y simultáneamente el mundo. El cuerpo es el puente que nos permite ver esa otra parte de la realidad llamada mundo. Cuerpo: gafas con aumento que permiten ver lo borroso o lejano. El cuerpo es simplemente una función, no un hecho. Por eso su destino es la muerte. Muere porque solamente cumple o llena una función. De lo contrario sobreviviría, como las estaciones o las cosas, que nunca mueren. Estar vivo es asomarse al mundo, y nada más que eso. La realidad total no es nuestra, sólo pertenece al mundo. El mundo sabe adónde va; nosotros, no. El cuerpo y todo lo que contiene, es decir, la mente o el entendimiento, tiene los sentidos



Va

suficientes para ver el mundo, pero no los tiene, al menos naturalmente, para entenderlo. Entender el mundo no es función de los cuerpos perecederos. Sólo las instancias permanentes, como la memoria llamada animal por ejemplo, próxima a lo que llamamos instintos, puede entender el entramado del mundo. Nosotros, los meros cuerpos multiplicativos, hechos para funciones reproductivas y mecánicas que llamamos amor, no tenemos acceso al conocimiento. Somos apenas la degustación del mundo, no su comprensión profunda. El mundo, que somos nosotros mismos, se degusta a sí mismo, sin comprendernos. Simplemente comemos, nos comemos, nos comen.

Uno, el cuerpo, no solamente es vida sino memoria de la vida. Esta segunda condición o situación es lo que nos permite amar y proteger la vida propiamente dicha. De lo contrario, nuestras costumbres vitales serían muy otras. No sabríamos si querer vivir o no. Cada vida individual sería una experiencia nueva, cada individuo tendría que inventárselo todo. No tendríamos pasado, o sea que no podríamos recrear ni inventar nada, porque el pasado es lo que nos sostiene y nos da pie para sentir el futuro como un pasado y poder recordarlo. Si uno, al levantarse por la mañana después de la inconciencia del sueño, no fuese además de vida la memoria de la vida, al ver la luz del día hallaría que nada tiene sentido, y volvería inmediatamente a la inconciencia del sueño, que de las cosas que hay es lo que más se parece a la muerte. Esa memoria de la vida milagrosamente ligada a nuestro cuerpo/vida, o sea a nosotros, a ti y a mí y al tercero en discordia, es una especie de lo que antes se llamaba alma. La

Va

memoria de la vida que hay en uno es lo que se recuerda de uno cuando uno está al otro lado del Tiempo. Y digo "está" y no "esté", porque no hay diferencia entre ambos términos. Los tiempos verbales son evasiones, ya que si vas a estar (o sea: cuando estés) en el futuro, ya lo estás ahora mismo, porque la Única diferencia entre estar vivo y estar muerto es un tiempo verbal para nosotros, y para el Tiempo es apenas un problema de situación o ubicación, no de tiempo, porque el Tiempo, ya se sabe, es intertemporal y todo lo ve simultáneamente, porque él además de conocer la memoria de la vida conoce también la memoria del tiempo, es decir, su propia memoria.

Y todo eso estaba en el cuerpo y en los ojos celestes de mamá, devorada por una feroz pantera en el espantoso desierto de este mundo cuando tuvo que entregarse, por imposición de tu voluntad destructiva y de Sáhara, al filo de un cuchillo.

La Única vez que tocamos el tema (una sola vez en toda la vida) me dijiste que solamente querías darle un susto pero que se te fue la mano, y bueno, a partir de ese momento, por un problema de fuerza exagerada y no de pensamiento, a ella se le salió toda la sangre afuera y empezó a ser "la finadita", como la llamabas antes de morirte, ignoro cómo la llamarás ahora allá en la muerte compartida, si es que en la muerte hay algo, cosa que dudo profundamente, que dudo certeramente, y entonces todo esto que te estoy diciendo no es nada más que la forma externa de una terrible soledad que no se puede comunicar con nadie.

Ella no era "la finadita" cuando se encontraron bajo aquel parral por vez primera y te atrajo la forma de su cuerpo hermoso,

lleno de sangre como todos los cuerpos, y era su sangre lo que le daba a sus ojos ese color celeste que te atrajo hasta el amor.

Eras el músico de la fiesta, los sonidos que producías iban dirigidos a ella, y todo flotaba allí en una pura permanencia hermosa hasta que llegaron los sucesos y con ellos la historia, y con ellos esas notas que se degradan hasta convertirse en un objeto cortante, arma blanca, acero o como se llame ese instrumento que le hundiste.

En qué momento se hundía. Cómo hiciste para hundirlo. Cómo estaban tus manos, unas manos que yo vi de cerca en esta vida y este mundo, cuando empezaste a hundírselo. Cómo presionaste para que el cuchillo se hundiera. Con los dedos, con qué dedos, o con la palama de la mano. Quiero decir, acaso primero lo clavaste un poco, con fuerza porque la carne es dura, y luego presionaste con la mano en otra actitud, de modo que pudieras usar como instrumento de presión la palma de la mano.

Además no le hundiste ese filo una sola vez. Según el relato forense, las puñaladas mortales fueron cuatro, una de ellas en el cuello, que es la que recuerdo cuando la vi a ella, de cuyo interior yo vengo, en el ataúd. Se lo habían cosido, pero esa cosedura no disimulaba nada, detrás de ella estaba la presión de tu mano y de tu pensamiento asesino.

Las mortales fueron cuatro, pero hubo otras, especies de marcas, según el relato forense. ¿Lo hiciste para asustarla o sólo para probar el filo del cuchillo?

¿Ibas sintiendo en tus manos cómo se hundía a medida que se hundía? ¿Y cómo era o cómo estaba en esos instantes tu



ESTO EN Eugenia es un rescate ~~en~~ mi madre. Si lo diré sin problemas.

pensamiento mientras con los ojos, que no son pensamiento sino contacto directo con la realidad, veías cómo se le escapaba la sangre que trajo encerrada en su cuerpo hermoso a través del mar desde una Europa que la abandonaba para siempre al filo de tus manos. Y si no tenías los ojos cerrados mientras hundías el cuchillo, si mirabas cómo entraba la muerte en el cuerpo que cruzó el mar en un barco para que yo naciera, ¿podrías decirme, por favor, para dónde miraban, en sus últimas luces, los ojos celestes de mamá, cuál era la situación de sus ojos, que es lo único que retengo de ella, en esos momentos definitivos que le imponía la fuerza de tu mano presionando para que el metal se hundiera para siempre?

freudiano  
es la  
única  
posibili-  
dad!

A veces pienso que mientras la matabas, lo celeste de sus ojos miraban para la Europa abandonada. Otras, que se olvidaba de su origen europeo y que las luces celestes de sus ojos se orientaban hacia ti, hacia tus pensamientos, a ver por qué la matabas para siempre, mientras la palma de tu mano empujaba al cuchillo, ya clavado como un simple susto, para que se hundiera definitivamente. En sus últimos contactos con el espacio y con el tiempo, acaso quiso mirarte por dentro, saber por qué el hombre que ella había elegido para amar en este mundo le quitaba la vida derramándole, mediante un adecuado hundimiento, la sangre que la vida le había otorgado para que su cuerpo fuera cuerpo, un cuerpo que le estabas quitando con una simple presión de la mano guiada por tu pensamiento, cuyo origen no conozco ni quisiera conocer.

Pensándolo bien, prefiero no saber en qué momento se hundía. Esas son cosas de tu memoria. Que se queden allí. Para mí es

sin ningún tipo de las palabras completas (o etc todo)

suficiente saber que el cuchillo se hundió. En qué momento, es una noción que sólo te pertenece a ti, que con el uso del cuchillo asumiste la condición del asesino. La víctima tampoco sabe en qué momento se produjo el hundimiento, porque por estar en el último instante del tiempo ha perdido la capacidad de medirlo. Para ella el tiempo ha desaparecido, porque sólo se trata de morir y en la muerte no hay tiempo. Mamá, en esos momentos, ni siquiera podía darse cuenta del color de sus ojos, que sería su identificación después de su cambio de lugar. Porque en la muerte tampoco existen los colores, todo es posiblemente blanco y negro, como en las fotografías, que sólo con el tiempo se ponen amarillas. (Pag. 45 línea 7. 62)

→ add aquí, ampliado, la anotación a lápiz de la pag. anterior. El final del capítulo es decir que sólo en Eugenia podría rescatarla, hallando a Eugenia. por eso la búsqueda es tan importante. Creo que tendría 5. ser el capítulo 2 para 1. después la búsqueda sea más rica.

